

LAS CRÓNICAS DE MALUS DARKBLADE IV

LA ESPADA DE DISTORSIÓN

DAN ABNETT & MIKE LEE



WARHAMMER

Lectulandia

En el Viejo Mundo no existe una raza tan cruel ni malvada como la de los elfos oscuros. Su malevolencia y odio son legendarios, pero hay un nombre que se destaca por encima de todos los demás: Malus Darkblade.

¡Poseído por el ancestral demonio Tz'arkan, Darkblade debe emprender una peligrosa búsqueda para recuperar cinco objetos de poder o condenar su alma para siempre! ¡Ahora, su atención se centra en la legendaria Espada de Disformidad de Khaine, un arma de inimaginable poder que podría significar la diferencia entre la condenación y la supervivencia!

Lectulandia

Dan Abnett, Mike Lee

La Espada de Disformidad

Crónicas de Malus Darkblade 4

ePUB v1.0

Bercebus 25.11.11

más libros en lectulandia.com

1. El zurrón de huesos

Dos lunas llenas flotaban bajas en el cielo del anochecer, relucientes como perlas bruñidas en una mano de añil, justo por encima de los afilados riscos de las montañas situadas al oeste. Su luz iluminaba la inquieta superficie del Mar Maligno con un resplandor de oro pálido, y el aire que llegaba desde el agua era frío y húmedo. A lo largo de la rocosa costa se enroscaban jirones de niebla que se adentraban, inseguros, hacia el norte a través de los susurrantes campos de hierba amarilla y acariciaban levemente las oscuras piedras del camino de los Esclavistas. A medida que avanzara la noche, la niebla se haría cada vez más densa hasta ocultar completamente el camino y adentrarse con voracidad en los bosques de oscuros pinos situados al otro lado.

Los integrantes del pequeño grupo druchii que avanzaba por el sinuoso camino observaban la niebla creciente con algo parecido a desconfiado temor. Tras numerosos días de viaje a lo largo de la costa, sabían que el viento y la niebla penetrarían a través de las finas capas de verano como el cuchillo de un asesino, y les calarían los huesos. Eran todos jóvenes y fuertes —cosa que habían demostrado en más de una ocasión desde que habían salido del hogar—, pero les dolían los músculos y tenían las articulaciones rígidas tras semanas de dormir sobre la húmeda tierra fría. Así que cuando uno de ellos reparó en una pequeña zona despejada con un agujero para fuego de campamento en la linde de los árboles, los miembros del grupo se detuvieron de inmediato para hablar entre sí en voz baja y grave.

La jefa, una mujer alta que llevaba huesos de dedos sujetos en las trenzas de cabello negro, se volvió a mirar a lo largo del camino en dirección norte, en busca de algo que les indicara que su punto de destino podría estar a corta distancia. Ella quería continuar avanzando durante un rato más, pero cuando el hombre que había avistado el claro avanzó hacia el pozo para fuego y señaló un montón de leña preparada que había debajo de un pino cercano, acabó el debate. Con una última mirada inquisitiva hacia el norte, la mujer se reunió con sus compañeros junto al pozo, se echó atrás la capa y se deshizo de los zurrónes que le colgaban de los hombros. Los troncos resonaron al ser arrojados a la pequeña depresión del suelo, mientras los druchii murmuraban tranquilamente unos con otros, complacidos ante el pensamiento de un fuego cálido que mantuviera la niebla a raya.

Debido a lo concentrados que estaban en el yesquero y la leña, y en desempaquetar lo que les quedaba de las magras raciones de comida, ninguno de ellos reparó en la delgada figura macilenta que se aproximaba silenciosamente desde las nieblas cercanas a la costa que la ocultaban. La pesada capa forrada de piel de Malus Darkblade estaba cubierta de gotas de agua que destellaban como esquirlas de vidrio y bajaban en regueros por sus gastadas botas de costuras reventadas. El largo

pelo negro le colgaba en una espesa mata enredada, casi indistinguible de la piel de lobo que descansaba sobre sus estrechos hombros. La luz lunar le iluminaba el curtido rostro y afilaba los huesudos ángulos de los pómulos y el pálido mentón puntiagudo.

Con las sumidas mejillas y las hundidas cuencas oculares en sombras, se puso a estudiar a los cuatro hombres y dos mujeres que formaban un círculo en torno al pozo para fuego, a pocos metros de él. Uno de los druchii metió un manojo de ramas finas debajo de la leña apilada, cogió el yesquero e hizo saltar un reguero de chispas con unos cuantos golpes diestros, para luego inclinarse a soplar la leña menuda que ya humeaba. Al cabo de unos instantes, una lengua de fuego se alzó de las ramitas y lamió la leña seca, y todos los druchii se inclinaron hacia adelante con expectación al tiempo que tendían las delgadas manos pálidas para sentir el calor que no tardó en aparecer. Malus sonrió con frialdad y apenas notó en la cara los gélidos dedos húmedos con que lo acariciaba la brisa procedente del mar. Unos pocos momentos más, pensó, al tiempo que asentía con la cabeza para sí. Habían mordido el cebo, pero ahora tenía que poner el anzuelo.

Al cabo de pocos momentos, los druchii ya habían logrado un rugiente fuego que iluminaba el claro y pintaba con oscilante luz anaranjada los troncos de los oscuros pinos. Los druchii tomaron una comida fría de galletas duras, pescado seco y queso, y extendieron los pies con cautela hacia las llamas. Tras un largo y duro día de viaje, los hombres y mujeres parecieron relajarse con la embriagadora sensación del calor y la comida en el estómago. Ninguno reparó en que Malus se aproximaba hasta que entró cojeando como un muerto ambulante en el círculo de luz del fuego.

Las conversaciones cesaron. Varios de los druchii se irguieron al tiempo que tendían una mano hacia la espada. Las expresiones de los rostros eran cuidadosamente neutras, pero Malus percibió el destello calculador de los ojos. Estaban midiéndole, decidiendo si debían tratarlo como a un depredador o como a una presa. Sacó ambas manos de debajo de los pliegues de la capa para enseñarles las palmas vacías.

—Bienhallados, hermanos y hermanas —dijo, cautelosamente, con voz baja y ronca; tras dos meses y medio de vivir como un animal en los bosques que flanqueaban el camino de los Esclavistas, había perdido el hábito de conversar—. ¿Podría un compañero de viaje compartir durante un rato vuestro fuego?

Sin aguardar respuesta, se soltó el broche de la capa y se la quitó de los hombros. Debajo llevaba una andrajosa cota de malla ennegrecida y un vapuleado kheitán de piel humana, cortado al estilo rústico del territorio del norte. Una ancha espada recta de la misma procedencia, además de un juego de cuchillos, pendía del cinturón encima de un conjunto de ropones de lana desgarrados y desteñidos. Las negras botas también estaban en pésimas condiciones, con la suela desprendida en las afiladas

puntas. Salvo por el anillo grande de rubí que brillaba intensamente en la mano derecha y la banda de plata que destellaba en la izquierda, parecía un autarii medio muerto de hambre o un demente eremita de la montaña.

Malus extendió cuidadosamente la capa sobre el suelo y se descolgó del hombro el zurrón de tela lisa que llevaba. Agudos ojos calculadores fueron de la cara de Malus al zurrón pardo y manchado, para regresar luego a su rostro. Todos los viajeros llevaban zurrones similares que mantenían junto a sí. Al igual que Malus, los druchii vestían ropa sencilla: ropón liso y kheitan, unos con armadura ligera, otros sin ella, y una sola espada o un cuchillo ancho para tratar con los malos encuentros del camino. Si hubieran llevado caballos y tintineantes manojos de grilletes de hierro para esclavos, habrían podido ser comerciantes que se dirigían a Karond Kar en previsión de la cosecha de carne del otoño.

Pasado un momento, la jefa del pequeño grupo se inclinó hacia adelante con un suave susurro de lana, y estudió pensativamente a Malus. Llevaba el cabello recogido en la nuca en una serie de apretadas trenzas que acentuaban su largo rostro de facciones severas. Los ojos color latón de la mujer brillaban como monedas pulimentadas a la luz del fuego.

—¿Has viajado desde muy lejos, hermano? —preguntó.

El noble miró a la mujer a los ojos y se esforzó por ocultar la sorpresa que sentía. Aquellos ojos la señalaban como una suma sacerdotisa de Khaine, el Dios de Manos Ensangrentadas. La distinguían incluso entre otros miembros del templo de Khaine como alguien especialmente favorecida por el Señor del Asesinato.

Malus asintió con lentitud.

—Desde Naggor —replicó, pensando en describir la ruta por el camino de la Lanza hasta más allá de Naggarond, pero se contuvo en el último momento. «No digas más de lo imprescindible», se advirtió a sí mismo—. ¿Y vosotros?

—Venimos del templo de Clar Karond —respondió la mujer, y luego inclinó la cabeza hacia dos hombres que tenía a la derecha—. Y ellos, desde Hag Graef.

Malus continuó asintiendo con la cabeza y mantuvo una expresión cuidadosamente neutra, al tiempo que les dedicaba a ambos la más breve mirada. Su mente trabajaba a toda velocidad y un puño se cerró en torno a su corazón. Dentro de la cabeza le susurró una voz como el sonido de una espada deslizándose sobre hueso desnudo.

—Te advertí sobre esto, pequeño druchii —dijo el demonio, con una voz que destilaba desprecio—. Te reconocerán de un momento a otro, y tu patético plan quedará desbaratado.

—Después de esta noche, no podrás regresar a Hag Graef-le había dicho su madre, cuya voz atravesaba el aullante viento mientras la ciudad ardía en torno a ellos—. Debes buscar la *Espada de Disformidad* de Khaine en la ciudad de Har Ganeth.

Tu hermano Urial te espera allí, con la intención de quedarse con la espada.

Así que se había encaminado al nordeste, tras escabullirse fuera del Valle de las Sombras sembrado de cadáveres, con provisiones recogidas entre las ruinas del campamento Naggorita. Viajaba de noche y se mantenía fuera del camino siempre que podía, sabedor de que los suyos irían tras su rastro en cuanto les fuera posible. Una vez que se hubieran apagado los incendios y restaurado el orden en la ciudad, su medio hermano Isilvar enviaría a sus soldados al valle para que examinaran cada cuerpo desgarrado e hinchado con el fin de ver si él yacía entre los caídos. Cuando se dieran cuenta de que había escapado, correría la voz y todos los druchii de la Tierra Fría estarían alerta, porque el hombre o la mujer que entregara a Malus Darkblade — vivo o muerto— a las garras del Rey Brujo, recogería un rescate de drachau en riquezas y favor. No por el hecho de que Malus hubiese conducido un ejército contra su antigua ciudad de origen, sino por el crimen de haber acabado con la vida de su padre, Lurhan, el Vaulkhar de Hag Graef y, por extensión, de un vasallo jurado del propio Malekith. Nadie mataba a alguien propiedad del Rey Brujo sin su licencia, y por eso Malus lo había perdido todo: posición, propiedades, riqueza y ambición, todo le había sido arrebatado por un solo tajo de espada.

Se había creído listo, pero al final les había hecho el juego a sus enemigos. Ahora, Isilvar era el Vaulkhar de Hag Graef, y no sólo poseía las riquezas de Lurhan, sino también las de Malus. Su media hermana Nagaira había conspirado con Isilvar; entre ambos sabían más de lo que Malus había imaginado acerca de su secreta búsqueda por cuenta del demonio Tz'arkan. Tenían conocimiento de las cinco reliquias que necesitaba encontrar con el fin de liberar al demonio de su prisión y recobrar su alma robada. Sabían que buscaría la *Daga de Torxus* en la tumba de Eleuril el Maldito, así que dispusieron las cosas para que Lurhan la consiguiera antes. Y él, ciego ante cualquier cosa que no fuera recuperar las reliquias y librarse del demonio, había rematado los planes de ellos como un perro bien adiestrado.

Había tardado una semana en llegar al camino de los Esclavistas, y dos más hasta Har Ganeth, Ciudad de Verdugos. Allí se había detenido, dudando con desconfianza ante las puertas abiertas de la ciudad y las sombrías calles.

Las puertas de Har Ganeth nunca se cerraban porque la Ciudad de Verdugos estaba hambrienta de carne y sangre. Era la Ciudad de Khaine, sede del poder mundano del templo, y nadie entraba ni salía de ella sin la aprobación de los sacerdotes que la gobernaban.

Malus sabía que estarían alerta por si lo veían. Su medio hermano Urial se habría asegurado de eso, como mínimo. Urial tenía todas las razones posibles para odiar y temer a Malus, y deseaba la *Espada de Disformidad* por razones propias. Aparecía en una profecía antigua que el tullido noble creía que era su derecho de nacimiento.

Malus tenía motivos para creer que no era así. Las profecías a menudo eran

engañosas y tenían la tendencia a volverse contra aquellos que creían controlarlas.

No obstante, no sabía nada de la ciudad ni tenía una sola moneda con la que poder sobornar a nadie, así que no confiaba en poder escabullirse discretamente al interior de la población y permanecer oculto bajo las mismísimas narices de Urial, mucho menos andar hurgando por la fortaleza del templo en busca de una reliquia sagrada. En más de una ocasión le resultó amargamente divertido el hecho de que antes, cuando podía perderlo todo, se había lanzado de cabeza al interior de la ciudad con la convicción de que podría hallar la salida de cualquier lío en que se encontrara, mediante la inteligencia. Ahora, sin embargo, desde que lo había perdido todo, era mucho más circunspecto.

Decidió que necesitaba más información acerca de la ciudad y sus habitantes. Se había retirado a las boscosas estribaciones de las montañas situadas al norte de la ciudad, y aguardado a que alguien saliera.

Lo primero de lo que se enteró fue que, a diferencia de todas las otras ciudades de Naggaroth, pocos eran los que iban y venían de Har Ganeth. Pasó casi una semana antes de que un viajero solitario saliera por las puertas de la población y se encaminara hacia el oeste a lomo de caballo. Malus siguió a la solitaria figura hasta que cayó la noche, cuando el hombre abandonó el camino y encendió una hoguera en un sitio de acampada situado en la linde del bosque. Después de observar al hombre durante media hora, Malus entró en el campamento y le ofreció vino a cambio de un sitio junto al fuego. Después de probarlo, el hombre accedió a regañadientes.

Resultó ser un forastero en la ciudad; había ido a visitar a un primo que tenía una cerería cerca de la fortaleza del templo de Har Ganeth. Como Malus había temido, todos los forasteros que entraban en la ciudad tenían que presentarse de inmediato en el templo para recibir la bendición de las sacerdotisas, o bien ponían en riesgo su vida. En la Ciudad de Verdugos había sólo tres clases de personas: los servidores del templo, los huéspedes del templo y las víctimas de sacrificio para Khaine. A un druchii sorprendido en las calles —de día o de noche—, que no tuviera la bendición del templo, podían darle muerte de inmediato como ofrenda al Señor del Asesinato, y la gente de la ciudad era fanática en su devoción al Dios de Manos Ensangrentadas.

El viajero nada sabía de la fortaleza a la que sólo se permitía la entrada a los miembros del templo, y los devotos tenían que conformarse con cualquiera de los doce santuarios más pequeños situados en diversos lugares de la ciudad. Sin embargo, se había enterado de un chisme reciente. Por toda la población corrían rumores de que un hombre santo había aparecido ante los ancianos del templo, con señales y portentos que indicaban que la culminación de una grandiosa profecía era inminente. El hombre no sabía qué quería decir eso, pero por las calles había acólitos que exhortaban a los fieles a prepararse para una época de sangre y fuego, y habían comenzado a aparecer cráneos ensangrentados apilados en todas las esquinas.

Temeroso de que su cabeza no tardara en sumarse a las apiladas, el hombre había huido para salvar la vida.

Esta noticia turbó profundamente a Malus. Acabaron el vino en triste silencio, y luego apuñaló al hombre en el corazón y registró sus pertenencias en busca de cualquier cosa de utilidad. *Rencor* se dio esa noche un banquete con el hombre y el caballo, y Malus comió pan y salchicha durante toda una semana.

A medida que pasaron los días, Malus desarrolló una rutina inflexible; seguía a los viajeros que abandonaban la ciudad, y por ellos se enteraba de todo lo posible. A veces, las conversaciones acababan en la punta de un cuchillo; otras prefería la discreción y se escabullía oscuridad adentro cuando se acababa el vino. En una ocasión, las tornas estuvieron a punto de volverse contra él, y sólo la suerte de la propia Madre Oscura y su familiaridad con el bosque le permitieron escapar con el pellejo intacto. Poco a poco, su conocimiento de la ciudad fue en aumento, pero nada de lo que averiguaba lo ayudaba a resolver los enigmas más cruciales de todos: cómo pasar inadvertido para el templo sin acabar en un indeseable sacrificio, y cómo encontrar la *Espada de Disformidad* de Khaine.

No se le ocurrió ni una sola vez pedir ayuda a Tz'arkan o a su madre, Eldire. El anillo de plata que llevaba era un regalo de ella, una de las hechiceras y videntes más poderosas de la Tierra Fría. Podía usarlo para hablar con ella las noches en que las lunas estaban brillantes. En cuanto al demonio, nunca había dejado pasar una ocasión de tentarlo con pequeñas demostraciones de sus poderes sobrenaturales, pero tras aquella noche en la ciudad en llamas, su comportamiento había cambiado. Ahora se mostraba más cauto, cuestionaba cada movimiento de Malus y no le ofrecía nada a menos que se lo pidiera. Por alguna razón, el demonio le tenía miedo al poder de Eldire, y eso complacía a Malus tanto como lo inquietaba.

Al avanzar el verano, cambió el ritmo de los viajeros. Comenzaron a llegar druchii a Har Ganeth, primero de uno en uno, y luego en pequeños grupos de hasta media docena, a cualquier hora del día y de la noche. Llegaban por el camino de los Esclavistas desde el oeste, o atravesaban el Mar Maligno en barcas, y todos viajaban subrepticamente, sin fanfarria ni lujos. Procedían de todas las clases sociales, hasta donde Malus podía determinar: nobles y plebeyos, príncipes, panaderos y ladrones, y todo lo que había en medio, y una vez que entraban en Har Ganeth, no volvían a salir. Malus se sorprendió pensando otra vez en Urial y su profecía, y se preguntó si quizá habría algo de cierto en el asunto, después de todo.

En busca de respuestas, Malus se puso en marcha por el camino para ver si hallaba un viajero solitario con quien compartir una botella de vino.

El primero con quien se encontró lo recibió como a un hermano perdido hacía mucho, y apenas bebió un sorbo de vino antes de intentar cortarle la garganta. Se había reído como un lunático mientras rodaban por el suelo húmedo, forcejeando con

el cuchillo serrado del viajero. Cuando Malus logró por fin imponerse y registró el cuerpo, encontró un zurrón de tela color marrón lleno de trozos de cuerpos: manos, orejas, narices y genitales, muchos aún pegajosos de sangre.

Al día siguiente, Malus abordó a otro viajero y obtuvo otra cálida acogida. Esta vez estaba preparado cuando el druchii saltó hacia él con un cuchillo. También éste llevaba un zurrón lleno de trozos de cuerpos. Movido por la irritación, Malus echó la cabeza del druchii dentro del zurrón y se lo llevó.

Después de eso, observó con mucha mayor atención a los viajeros que pasaban por el camino. Hombres o mujeres, jóvenes o viejos, todos llevaban espada o cuchillo de hoja ancha y un zurrón manchado que les colgaba de un hombro o del cinturón.

¿Habría en perspectiva alguna ceremonia sagrada que llamaba a los fieles a la ciudad para que presentaran sus ofrendas ante Khaine? Nunca antes había oído hablar de algo parecido. Sin embargo, una cosa estaba clara: los viajeros parecían encantados de matar a cualquier desconocido con quien se encontraran, salvo a los que también llevaban zurrón. Malus no tenía ni idea de por qué importaba aquello, pero finalmente, un atisbo de plan comenzó a tomar forma en su mente.

—¿Vino, hermanos y hermanas? —Malus sacó una botella de barro de un segundo zurrón y se la ofreció al grupo. Uno de los de Hag Graef se inclinó hacia adelante y cogió la botella con ansia. Malus miró al hombre a los ojos en el momento de entregarle la botella, pero no vio en ellos ningún destello de reconocimiento.

—No me había dado cuenta de que hubiera seguidores de la fe verdadera viviendo en el Arca Negra —dijo la doncella del templo.

¿La fe verdadera? ¿Qué significaba eso?, se dijo Malus.

—Tampoco yo tenía noticia de que los hubiera en Karond Kar —replicó—. Supongo que eso nos deja en tablas. —Ansioso por cambiar de tema, inclinó la cabeza hacia el este—. Llegaremos a Har Ganeth a mediodía de mañana.

Los otros viajeros de Karond Kar murmuraron su aprobación.

—Tendríamos que haberte escuchado, después de todo, santa —le dijo el segundo druchii a la doncella del templo—. Si hubiéramos continuado camino, habríamos llegado a la ciudad santa a medianoche.

—Pongámonos en marcha, entonces —dijo otro de los viajeros—. Tenemos un deber sagrado, ¿no es cierto? El hereje y sus secuaces podrían estar batallando contra los fieles ahora mismo...

La doncella del templo silenció al hombre con un brusco gesto de una mano. En ningún momento apartó los ojos de Malus.

—Por tu aspecto, parece que hayas estado deambulando por las montañas durante semanas —le dijo al noble.

Malus se encogió de hombros para disimular, pero su mente era un torbellino. ¿El hereje? Eso tenía que referirse a Urial. ¿Quién más había acudido recientemente a

Har Ganeth, vociferando sobre el fin del mundo?

—Yo... bueno —tartamudeó Malus, y apartó la vista—. Confieso que me he entretenido durante algún tiempo en el camino, santa. —Tendió una mano y alzó el zurrón manchado de sangre—. Hay poco que recoger en el camino de la Lanza en esta época del año, y no quería llegar a Har Ganeth con una ofrenda pobre para el dios.

Varios de los fieles asintieron con gesto de aprobación. Había hecho una conjetura arriesgada respecto al contenido del zurrón, y había acertado. La doncella del templo lo estudió durante un momento más, y luego se recostó contra un tronco caído y reanudó la cena.

El de Ciar Karond miró a Malus.

—¿Has visto a muchos otros fieles en el camino, hermano?

—Ya lo creo que sí —asintió Malus—. Llegan de todas partes. Apuesto a que hay millares dentro de la ciudad santa, preparados para luchar contra el hereje.

Al oír esto, los ojos del hombre destellaron con luz salvaje.

—¡Al fin! El día del ajuste de cuentas está cerca. ¡Ya hemos sufrido las mentiras del hereje durante suficiente tiempo!

—No podría estar más de acuerdo, hermano —declaró Malus con sentimiento. El de Hag Graef le devolvió la botella, y él bebió un buen sorbo. Esto iba a salir bien. Si conservaba el control, podría escabullirse al interior de la ciudad con el resto de los fieles y nadie, menos aún Urial, se enteraría de nada.

Con una ancha sonrisa, el de Ciar Karond tendió la mano para que le diera la botella.

—Cuando son tantos los de la fe verdadera que corren a la ciudad, las calles deben estar realmente concurridas —dijo—. Tenemos alojamiento preparado en la casa de Sethra Veyl. ¿Dónde te alojarás tú?

—Con mi primo —replicó Malus—. Es velero, y tiene una tienda cerca de la fortaleza del templo.

El hombre de Ciar Karond quedó petrificado, con la mano tendida hacia la botella. La sonrisa desapareció de su rostro. De repente, Malus reparó en que todos habían guardado silencio.

La doncella del templo se puso de pie, con una daga curva en una mano.

—Apresad al hereje —siseó.

2. Ojos de latón

Malus reprimió una maldición. «Bravo por tu facilidad para mezclarte con la grey», se dijo amargamente. Pensando con rapidez, cogió el zurrón de las ofrendas y se puso lentamente de pie.

—Dónde decida alojarme en la ciudad es asunto mío —dijo con voz cortante, y clavó una mirada acerada en la doncella del templo—. El hecho de que sea cauteloso no me convierte en uno de los enemigos. Resulta obvio que las infiltraciones en nuestras filas os preocupan tanto como a mí, o no haríais tantas preguntas.

Malus vio que los dos de Hag Graef dudaban, con las armas a medio desenvainar. Miraron a la doncella del templo para saber qué hacer.

Ella se detuvo y los músculos de las mandíbulas se le contrajeron al luchar contra la sed de sangre. La doncella abrió la boca para hablar, pero lo que fuera a decir quedó en nada cuando la otra mujer que los acompañaba chilló como una esclava escaldada y se lanzó hacia Malus.

La daga serrada de la mujer silbó al hender el aire cuando intentó degollar a Malus. Él paró el ataque con el manchado zurrón de ofrendas, y la hoja, afilada como una navaja, cortó la tela como si fuera papel mojado. Trozos de cuerpos, arrugados y en estado de descomposición, regaron el campamento, y algunos cayeron en el fuego entre siseos y columnas de chispas. Malus apoyó firmemente el pie que tenía más atrás y lanzó el zurrón vacío hacia los ojos de la mujer para detener su avance. Luego, agarró la botella de vino y se la estrelló contra un lado de la cabeza. Cayó con un aullido de furia, y sus compañeros recogieron el alarido y corrieron por el terreno húmedo hacia Malus, con las armas ante sí.

Malus retrocedió mientras maldecía con ferocidad y desenvainaba el espadón. Los fanáticos lo acometieron por ambos lados y le lanzaron salvajes tajos con espadas y cuchillos. El noble paró un cuchillo con la espada a medio desenvainar, y luego giró precipitadamente a la izquierda para esquivar el tajo descendente de una espada que hizo saltar chispas de la cota de malla ennegrecida. Rugió al blandir el espadón e hizo retroceder un paso a los fanáticos con un barrido feroz dirigido a los ojos, pero menos de un segundo después volvían al ataque y rodeaban a Malus con una red de destellante acero.

Lo que a los fanáticos les faltaba en destreza marcial, lo compensaban con un absoluto arrojo, al parecer sin miedo de perder la vida en el proceso de acabar con la de Malus. Continuaron con el implacable avance que lo obligaba a permanecer a la defensiva contra las destellantes puntas de espadas y cuchillos. Se daba cuenta de que los fanáticos estaban calibrando sus reflejos, y los ataques adquirían un ritmo mortífero. Los dos de Hag Graef lo acometían por la derecha, mientras que la doncella del templo y el de Ciar Karond se desplazaban hacia la izquierda. Uno de los

de Hag Graef arremetió con una estocada larga dirigida al cuello de Malus. Cuando desvió la hoja a un lado con un rápido movimiento de espada, la daga de la doncella del templo atacó en el mismo momento y se le clavó en el costado. Se partieron algunos eslabones de la cota y la punta de la daga dejó un surco en el kheitan de cuero, pero la armadura contuvo lo peor de la puñalada. Gruñendo, Malus acometió con un tajo salvaje dirigido al cuello de la doncella, pero ésta saltó ágilmente hacia atrás y se puso fuera del alcance del noble. En ese instante, el otro de Hag Graef avanzó y clavó la daga en el muslo derecho de Malus.

El ataque fue flojo porque el druchii se había avanzado demasiado, y la hoja penetró sólo unos cuantos centímetros en la pierna de Malus, pero el feroz estallido de dolor hizo que el noble diera un traspié. El de Hag Graef le enseñó la hoja manchada de sangre a su compañero, y soltó una risa como un cacareo que dejó a la vista los dientes toscamente afilados.

Malus miró los frenéticos ojos del druchii y lanzó un bramido furioso, para luego acometer contra la mano que sujetaba el arma manchada de sangre. El hombre saltó hacia atrás igual que lo había hecho la doncella del templo, pero el movimiento fue un desperdicio de energía porque el ataque del noble había sido sólo una finta. Tras detener el golpe en el último momento, Malus invirtió la dirección justo cuando el de Ciar Karond lo acometía por la izquierda. El druchii se lanzó a fondo para asestar un tajo bajo con el cuchillo, y el pesado espadón de Malus se le clavó en un lado de la cabeza. El druchii se tambaleó a causa del impacto, al tiempo que un estrangulado jadeo sanguinolento silbaba al pasar por la mandíbula partida. Dejó caer el cuchillo y aferró la espada de Malus con las manos desnudas para atraparla en la presa de la muerte.

El fanático cayó mientras la sangre manaba abundantemente del destrozado rostro y las manos, y arrastró a Malus consigo. Sin pensarlo, Malus apoyó una bota en la cara del druchii y aferró la empuñadura de la espada con ambas manos, pero no lo hizo con la rapidez suficiente para arrancar la espada. El cuchillero de Hag Graef lo aferró por la cintura y lo derribó.

Malus cayó al suelo con un rugido al sentir que la espada se le escapaba de las manos. La daga del fanático quedó atrapada bajo el noble, por el momento. Malus aporreó y arañó la cabeza del druchii, pero el fanático pegó el mentón al pecho y cerró con fuerza los ojos para protegerse de los puntiagudos dedos del noble.

Malus cambió de táctica y palpó en busca de la daga que llevaba al cinturón, pero la doncella del templo y los restantes fanáticos cayeron sobre él con las armas preparadas.

—Sujetadle los brazos —ordenó ella. La doncella se pasó una lengua rosada por los relucientes dientes blancos—. Quiero que observéis cómo bebo de su corazón palpitante.

Malus se debatió y pateó, pero los druchii de Hag Graef lo aferraron por las muñecas y le echaron los brazos atrás por encima de la cabeza. La doncella se arrodilló y levantó con una mano la cota de malla de Malus hasta dejar a la vista el kheitan. La hoja serrada que empuñaba hendería con rapidez el duro cuero. Apoyó la punta del cuchillo justo por debajo de las costillas del noble y le dirigió una sonrisa lujuriosa.

—Servidor del falso Portador de la Espada —susurró—, fuiste un estúpido al pensar que podías enfrentarte a nosotros en solitario. Depositaste tu fe en un falso profeta, y ahora pagarás por ello.

El noble hizo un último intento de soltarse, lo que provocó maldiciones de los fanáticos, pero lo sujetaron con manos férreas. Finalmente, se rindió al tiempo que sacudía la cabeza.

—¿En solitario? Creo que no —replicó Malus con frialdad—. Deja que te muestre dónde deposito yo mi fe, puta del templo. —El noble inspiró hasta llenarse los pulmones, y bramó—: ¡*Rencor!*

Se oyó un silbido siseante, como si vertieran agua sobre una forja caliente, y una enorme forma oscura salió a la carga de las profundas sombras de debajo de los árboles. El nauglir era pequeño para su especie, no más de siete metros de largo desde el romo hocico a la puntiaguda cola, pero las fauces abiertas mostraban colmillos largos como dagas y las garras delanteras eran tan anchas como el pecho de un hombre. Se impulsaba con las poderosas patas posteriores y sus pisadas hacían temblar la tierra. Músculos magros, como cables, ondularon bajo la piel verde acorazada cuando cargó como un león hacia los pasmados fanáticos. La mujer de Ciar Karond, a quien le corría sangre por un lado de la cara, estaba poniéndose de pie en el momento en que el gélido llegó hasta ella. El alarido se interrumpió con un potente crujido húmedo cuando las fauces de *Rencor* se cerraron sobre su torso y la cortaron en dos. La bestia de guerra ni siquiera ralentizó la carga al lanzar la mitad inferior de la druchii por el aire con una sacudida seca de la cabeza, y soltó un rugido como un trueno.

La doncella del templo respondió al bramido de caza de *Rencor* con un chillido, pero fue como un grito de guerra ante una aullante tormenta. Se puso en pie de un salto, con la daga preparada, pero el de Hag Graef que empuñaba la daga lanzó un grito aterrado y huyó para salvar la vida.

Rencor llegó hasta ellos en pocos instantes, y las garras golpearon el suelo al caer a ambos lados de Malus y los fanáticos que lo sujetaban. De las fauces del gélido gotearon trocitos de carne y saliva venenosa cuando le lanzó un mordisco al druchii que aún no había soltado a Malus. El noble maldijo y gritó junto con los enemigos al tiempo que rodaba de costado y tiraba del brazo sujeto con todas sus fuerzas. El gélido le cortaría el brazo fácilmente en el ardor del momento, sin darse cuenta de la

diferencia.

El de Hag Graef se negaba a soltar a Malus, y chillaba maldiciones contra la escamosa bestia de guerra y la doncella del templo por igual. *Rencor* adelantó la cabeza hacia el druchii y cerró las mandíbulas, pero el fanático lo esquivó en el último momento y evitó por muy poco perder la cabeza.

Sin dejar de gritar de furia, la doncella del templo intentó clavar el cuchillo en el cuello del gélido, pero no calculó el grueso de la correosa piel del nauglir. La hoja serrada apenas penetró unos cinco centímetros en las escamas verde oscuro, y quedó atascada. *Rencor* gruñó y se volvió contra la doncella, pero ésta previo el movimiento y saltó hacia atrás, fuera del alcance de las fauces de la bestia de guerra. O al menos ésa era su esperanza.

Justo cuando saltaba, Malus la cogió por un tobillo con la mano que tenía libre, y le impidió huir. La doncella tropezó, pero *Rencor* la atrapó antes de que cayera al suelo. El grito de furia de la mujer se transformó en un alarido de dolor cuando el nauglir la sacudió como un terrier que ha atrapado una rata y luego la lanzó contra el druchii que aún sujetaba a Malus. Ambos fanáticos rodaron por el suelo, y el impacto estuvo a punto de sacarle al noble el brazo de la articulación antes de que el druchii lo soltara.

Rencor saltó tras las aturcidas presas, abiertas las fauces manchadas de sangre, y Malus logró sacar la daga en el momento en que el druchii que le sujetaba las piernas veía la oportunidad de escapar e intentaba apartarse. El fanático rodó hasta ponerse de pie, con los ojos brillantes de odio, y Malus lanzó con la mano izquierda la daga, que se clavó en la garganta del druchii.

Para cuando el noble se puso trabajosamente de pie, los únicos sonidos que se oían en el claro eran el crepitar del fuego y el crujido de los huesos que se partían. *Rencor* se encontraba ante los restos de la doncella del templo y el druchii de Hag Graef, y devoraba ropa, carne y hueso con veloces mordiscos. Malus describió un amplio rodeo en torno al gélido que comía, y buscó al druchii que había huido hacia el camino de los Esclavistas. Pasado un momento, atisbo un semblante pálido que se encontraba en el camino, a varios centenares de metros de distancia, en dirección nordeste. No distinguía detalles, pero imaginó al hombre corriendo a la máxima velocidad que le permitían las piernas y lanzando aterrorizadas miradas por encima del hombro cada pocos metros, por temor a que el espantoso nauglir le diera alcance.

—¡*Rencor*! —llamó Malus. El gélido alzó la vista de la comida, con el hocico recubierto de sangre caliente de la que se desprendía vapor. Chasqueó una vez los dientes, y luego saltó pesadamente hacia el noble como un fiel sabueso.

Malus señaló camino abajo.

—Allí, bestia de la tierra profunda —dijo con tono frío—. ¿Hueles su miedo? Caza, *Rencor*. ¡Caza!

El nauglir alzó el hocico, se le dilataron las fosas nasales, lanzó un rugido atronador y partió con velocísimo trote. No pasaría mucho tiempo antes de que el fanático lanzara una mirada por encima del hombro y no viera otra cosa que ojos rojos y dientes como dagas.

Malus regresó al lugar en que se encontraban los cuerpos de los fieles y reprimió un gruñido de consternación.

—Condenación —dijo con voz cansada, mientras recogía la daga primero y luego el pesado espadón—. Un día tendré un plan que funcione a la perfección, y probablemente el asombro de que sea así me matará.

—Fuiste un estúpido al pensar que los engañarías, pequeño druchii —se burló Tz'arkan—. Todos los cultos nacen de los secretos y el engaño para identificar mejor a los profanos. Una palabra incorrecta, una mirada errónea, y tu cráneo acabará en lo alto de una pila, en una esquina de Har Ganeth.

—¿Y qué querías que hiciera? —le contestó Malus—. ¿Que entrara abiertamente en Har Ganeth y les pidiera cortésmente la espada?

La presencia del demonio se deslizó contra sus costillas como si fuera de seda. Malus había llegado a pensar en la sensación como la versión de una sonrisa de Tz'arkan.

—¿Por qué no? Está destinada a ti, después de todo.

Malus dejó escapar un gruñido involuntario y se puso a registrar los zurriones de los fanáticos. Dentro de uno de ellos tenía que haber una botella de vino.

—No estoy interesado en tus enigmas —gruñó—. No estoy atado por destino ni profecía algunos, y mucho menos por los tuyos.

En tiempos antiguos, cuando los druchii aún gobernaban Nagarythe, el culto de Khaine estaba proscrito a causa de sus violentos excesos y por su negativa a reconocer la autoridad del condenado Aenarion, rey de los elfos. En aquellos tiempos, los fieles que adoraban al Dios de Manos Ensangrentadas se aferraban a una profecía que afirmaba que un día el Señor del Asesinato enviaría a su servidor elegido para que condujera a los druchii a la gloria eterna en una época de sangre y fuego.

Urial pensaba que ése era él, elegido por Khaine debido a su pureza y devoción, a pesar de sus deformidades físicas. Ciertamente, se ajustaba a los criterios expuestos en la profecía. Pero, por otro lado, también lo hacía Malus.

El Azote estaba destinado a empuñar la *Espada de Disformidad* de Khaine. Si Urial era realmente la figura de la profecía, iba a sorprenderse mucho cuando Malus recogiera el arma de sus frías manos muertas. Tenía que conseguir la espada, y que el resto se fuera a la Oscuridad Exterior.

—Tu madre te ha llenado la cabeza de mentiras —susurró Tz'arkan.

—Pareces celoso —replicó Malus, ausente, cuando arrojaba a un lado el último de los zurriones. No era de extrañar que los fanáticos fuesen unos desgraciados tan

miserables. No llevaban ni una sola gota de vino. No era natural.

—Yo nunca te he mentado —replicó el demonio, quejumbroso—. He compartido contigo mi poder cuando lo has necesitado, incluso cuando me causaba un gran dolor hacerlo.

—Y me has destruido en el proceso —le espetó Malus—. No tengo ni riquezas, ni posición ni futuro; lo he perdido todo gracias a ti.

—Naderías —se burló el demonio—. Fruslerías baratas indignas de alguien como tú. —Tz'arkan se deslizó suavemente bajo la piel de Malus, cosa que le hizo rechinar los dientes—. ¿Has considerado alguna vez que quizá esta búsqueda no es más que una prueba?

—¿Una prueba? —escupió Malus— ¿De qué?

Volvió a sentir el sedoso, escamoso roce de la sonrisa del demonio.

—Malus, querido Malus. Piensa por un momento. Yo no he nacido de carne. Soy Tz'arkan, el Bebedor de Mundos. Soy eterno. ¿Piensas honradamente que sufro dentro de mi prisión de cristal en el norte?

La respuesta parecía evidente.

—Por supuesto.

—Necio druchii. Para ti, un milenio de prisión constituye un horror que escapa a la imaginación, pero ¿para mí? No es más que un parpadeo. Si permanezco encerrado en ese cristal hasta que el sol se apague en el cielo, me resultará tan oneroso como pasar una larga tarde aburrida.

El noble se detuvo.

—¿Así que no te importa de verdad si recobras la libertad o no lo haces?

Tz'arkan rió.

—Recobraré la libertad, Malus. De eso no hay duda. La pregunta es si tú podrás ponerme en libertad.

Malus frunció el entrecejo.

—Ahora estás hablando con enigmas.

—No, tú te muestras obtuso. ¿Acaso tengo que delectarte? No me importan en lo más mínimo los pequeños mundos lastimosos ni las naciones de pálidos gusanos que se retuercen sobre ellos. Soy como un dios, Malus. También tú podrías serlo, si eres digno.

El noble rió y sacudió la cabeza con asombro.

—¿Y esperas que me crea eso? ¿Que tú me convertirás en un dios, así de simple?

Esperaba que el demonio se burlaría de él. En cambio, la respuesta de Tz'arkan fue extrañamente sombría.

—¿De qué otro modo piensas que nacen los dioses?

El pensamiento detuvo a Malus en seco.

«Está mintiendo —pensó el noble—. Tiene que ser así. Está intentando recuperar

la ventaja, ahora que Eldire se ha aliado conmigo.» Y sin embargo..., todo aquello tenía una especie de sentido terrible.

Malus lo meditó.

—De acuerdo —dijo con lentitud—. Devuélveme el alma.

—¿Qué?

—Ya me has oído —replicó el noble—. Si esto no tiene que ver con tu libertad, no hay necesidad de retener mi alma para obligarme a cooperar. Devuélvemela, y yo te conseguiré las reliquias.

El demonio se retorció dentro del pecho de Malus.

—¡Druchii impertinente! ¡Te ofrezco un poder con el que nadie ha soñado siquiera, y tú me insultas!

—Interpreto eso como una negativa —dijo Malus, complacido ante la idea de haber derrotado al demonio. Poco a poco, pero con seguridad, estaba aprendiendo el juego.

Tz'arkan se agitaba como una tormenta dentro de su pecho, pero Malus apretó los dientes e intentó concentrarse en lo que tenía entre manos. Había pensado que con un zurrón de huesos y un ingenio rápido podría fingir que era un peregrino y entrar con engaños en la ciudad, pero había subestimado las tensiones que se vivían dentro del culto. Daba la impresión de que el templo estaba al borde de la guerra civil.

No obstante, ahora sabía más que antes acerca de la situación. Sabía que los fieles estaban reuniéndose en Har Ganeth para detener al falso Portador de la Espada, cosa que le daba ánimos. También sabía que los fanáticos estaban reuniéndose en la casa de Sethra Veyl.

Absorto en sus pensamientos, Malus avanzó hasta los restos de la doncella del templo. *Rencor* no había dejado mucho. La cabeza y parte de un hombro yacían en medio de trozos del druchii sobre el que había caído. El rostro de la doncella estaba petrificado en un rictus de odio, desafiante hasta el final.

El noble se arrodilló y estudió la cara. Lo que necesitaba era un detalle más para su disfraz, algo que hiciera que los fanáticos se lo pensarán dos veces antes de sospechar de él.

—Muy bien, demonio —dijo, pensativo—. Olvídate de darme el poder de un dios. Ahora mismo, me conformo con un par de ojos color latón.

Tz'arkan lo había complacido sin vacilar. Era una mala señal.

El dolor había sido inmenso y pareció durar horas. Hubo un momento en que Malus pensó que el demonio había decidido tomar su petición al pie de la letra y transformarle los ojos en metal fundido. Al cabo de un rato ya no pensaba mucho en nada, con los brazos apretados en torno al pecho para evitar sacarse los ojos con las uñas.

Para cuando el dolor se calmó, la niebla había llegado a la linde del bosque y el

fuego se había consumido hasta quedar apenas unas ascuas. Tenía la cara enrojecida y cada parpadeo hacía que le recorrieran el cuerpo escalofríos de dolor.

Malus oía cómo *Rencor* se movía por el claro y mordisqueaba ociosamente los restos de los fanáticos. Tras pensarlo un poco, el noble rodó para apoyarse sobre manos y rodillas, y gateó hacia las ascuas de la hoguera. Incluso la mortecina luz de las brasas le clavaba agujas de dolor en los ojos, pero, tras rebuscar un poco, encontró el zurrón de ofrendas de la doncella. Malus llamó al gélido y subió torpemente a la silla de montar. Luego guió a *Rencor* camino arriba en dirección a Har Ganeth, y lo dejó que continuara por su cuenta.

Viajaron durante toda la noche. Malus se balanceaba sobre el lomo de la cabalgadura, con los ojos cerrados con fuerza. Ya muy pasada la medianoche, sintió la garganta reseca tan contraída que apenas podía respirar, y palpó la parte posterior de la silla de montar en busca de un pellejo de agua. Bebió largamente el líquido salobre y luego, por impulso, se vertió un poco en cada ojo. El dolor fue tan repentino y fuerte que gritó, pero después se sintió mucho mejor.

La luz previa al alba coloreaba las montañas del este cuando llegaron a la Ciudad de Verdugos. La brisa marina cambió y le llevó el olor a cobre quemado de la sangre, momento en que Malus abrió lentamente los ojos.

La ciudad rielaba como un fantasma en la luz perlada.

Har Ganeth, la Fortaleza de Hielo. Antes de que los druchii construyeran Karond Kar en la desembocadura de los Estrechos de los Esclavos, Har Ganeth había sido la ciudad más septentrional de la Tierra Fría. Sus murallas y torres habían sido construidas con el más puro mármol blanco, extraído de las montañas cercanas a las Casas de los Muertos. La Fortaleza de Hielo era fría, cruel y eterna, un símbolo del corazón despiadado de los druchii.

Eso había sido antes de que Malekith le entregara el control de la ciudad al templo de Khaine, antes de la noche de la matanza, hacía siglos, cuando las calles se habían transformado en ríos de sangre.

Las murallas de piedra de nueve metros se encumbraban por encima de Malus, con la superficie pintada con capas de rojo desde las almenas hasta la base. Las murallas recubiertas de sangre podían ser vistas desde kilómetros de distancia; pero al verla de cerca, cuando la luz del amanecer despertaba el mármol blanco de debajo, Malus contempló con asombro los cientos y cientos de huellas de manos ensangrentadas, unas sobre otras, destinadas a crear sutiles matices y homicidas tonalidades. El brillante rojo parecía fresco. A pesar de sí mismo, Malus sintió la tentación de tocarla, de contribuir a la totalidad del mosaico de matanza con una fina capa más.

La puerta de la ciudad era insólitamente ancha y baja, lo bastante amplia para que seis jinetes montados pudieran entrar cómodamente uno junto otro, pero no con las

lanzas en alto. Un enorme cuerpo de guardia se encumbraba muy arriba, con la ancha fachada perforada por saeteras y aspilleras. Salidas para aceite pendían como lenguas arqueadas desde las bocas talladas de dragones y basiliscos, preparadas para verter abrasadora muerte sobre cualquier invasor. No obstante, las puertas de Har Ganeth habían desaparecido hacía mucho tiempo y el rastrillo había sido desmantelado. La entrada parecía la enorme boca de un leviatán que bostezaba, siempre hambriento de nuevas presas.

No había ningún guardia sobre las almenas, ni luz verde de fuego brujo que ardiera tras las saeteras. Al otro lado de la entrada, Malus contempló calles envueltas en remolinos de pálida niebla.

En algún lugar lejano, una voz gritó de cólera y dolor. Malus clavó los tacones en los costados de *Rencor* y entró en la Ciudad de Verdugos, en busca de la casa de Sethra Veyl.

3. La ciudad de los cuervos

Malus perdió pronto la cuenta de los muertos.

Yacían por todas partes en las calles y cunetas de Har Ganeth, contorsionados por el dolor y la violencia, y dejados enfriar en charcos de sangre que se secaba. Algunos estaban amontonados en estrechos callejones como basura vieja; otros yacían desplomados contra las murallas de mármol teñidas de rojo, donde habían dejado pintadas grandes franjas con su propia sangre. La mayoría eran druchii como él, aunque en más de una ocasión vio el cadáver de un esclavo, desnudo salvo por el collar distintivo. Todas las víctimas habían sufrido tajos hasta morir. Muchas presentaban las sanguinarias heridas de un hacha o un *draich*, el gran mandoble preferido por los verdugos del templo. Había hombres y mujeres, druchii jóvenes y viejos. Algunos habían muerto luchando, con espadas y dagas en las manos y heridas mortales en la cabeza y el cuello. Otros simplemente habían huido y recibido las heridas en la espalda. El resultado era el mismo.

Muchas de las víctimas habían sido decapitadas y los cráneos añadidos a las pirámides de trofeos similares, algunas de las cuales llegaban a la altura de un hombre, levantadas a los lados de la calle o cerca de la puerta de un comercio o casa. Casi todas las pilas de cráneos descansaban sobre gruesas capas de sucio polvo gris. Aquello desconcertó a Malus en un principio, hasta que reparó en que se trataba de un macabro estrato de las propias pirámides. Las cabezas más próximas a la cúspide eran las más frescas, por supuesto, aún recubiertas de carne y piel tensa. Más cerca de la base, las alimañas y los elementos habían limpiado los cráneos y dejado una capa de hueso descolorido en la parte inferior. Con el tiempo, incluso esos resistentes huesos se desmenuzaban, aplastados por el peso de los de arriba, y se transformaban en polvo pálido.

La ciudad olía como un campo de batalla. En las plazas abiertas el hedor ya era bastante malo, pero ascender por las estrechas calles serpenteantes hacia los distritos más altos era como caminar por un matadero mal iluminado. *Rencor* gruñía y olfateaba la fuerte fetidez de sangre putrefacta y órganos derramados, y Malus luchaba contra el impulso de cubrirse la cara con un pliegue de la capa. Nunca había visto nada parecido, ni siquiera en las más brutales batallas, camino de Hag Graef.

La Ciudad de Verdugos había sido construida sobre terreno elevado en la costa del Mar Frío. Lo que al principio era sólo una colección de formidables torres que se alzaban hacia el cielo sobre una colina de granito, a lo largo de los siglos se había extendido como un manto de piedra blanca por las laderas de la colina y por el terreno llano que la rodeaba. Cuando Har Ganeth fue entregada al templo por un edicto del Rey Brujo, se había abandonado el templo de la zona inferior de la ciudad y los ancianos se habían apoderado de los distritos que rodeaban la cima de la colina.

Muchos de los ciudadanos más ricos habían sido desalojados de sus casas, y éstas demolidas para construir la enorme fortaleza del templo que encerraba las manchadas torres blancas del drachau en un puño de piedra oscura. Con independencia de dónde se hallara uno en la zona inferior de la ciudad, sentía la ominosa sombra del templo de Khaine.

Al igual que todas las ciudades druchii, Har Ganeth era un laberinto de estrechas calles y callejones serpenteantes, diseñadas a propósito para confundir a los intrusos. Los altos y estrechos edificios conducían a los pretendidos intrusos hasta callejones y otros sitios sin salida, donde quedarían a merced de ciudadanos que los aguardaban en los altos balcones de hierro forjado. Salvo unas pocas avenidas principales destinadas al comercio o la guerra, no había ninguna calle lo bastante ancha para permitir el paso de dos jinetes, y en muchos casos eran aún más estrechas. El sol raras veces llegaba al interior de estas claustrofóbicas vías, e incluso a plena luz del día una de cada dos casas estaba iluminada por un farol de intrincada forja de hierro que pendía en el exterior de la pesada puerta de roble.

Al entrar en Har Ganeth, Malus se encontró en el distrito de los comerciantes. Los remolinos de niebla giraban en torno a los flancos de *Rencor* mientras Malus lo conducía pasando ante destrozados almacenes y a través de mercados sembrados de basura. A continuación venía el barrio de los esclavos, con amplias plazas y jaulas de hierro. El primero de los muchos santuarios de la ciudad estaba justo saliendo de la plaza, y fue allí donde el noble vio los primeros signos de matanza. Malus no pudo evitar preguntarse cuánta carne era comprada en el mercado y llevada al otro lado de la plaza simplemente para desangrarla sobre el altar del Señor del Asesinato.

Las estrechas calles del barrio de los artesanos se hallaban allende el santuario, y más allá estaban los lupanares y los pozos de sangre del barrio dedicado al ocio. Todas las casas de huéspedes y tabernas estaban bien cerradas, con los salones desiertos de indigentes y borrachos. No se veía rastro alguno de los excesos de la noche pasada, sólo pilas de cabezas maltratadas con expresión contraída. Hacía semanas que fantaseaba con un baño, botellas de vino y una cama blanda en una de esas casas de huéspedes, pero la horripilante quietud del lugar borró de su mente todas las tentaciones.

Allende el vecindario de casas de huéspedes y tabernas, la calle comenzaba a ascender por la ancha colina. Las altas casas miserables de los plebeyos se alzaban en torno a él, y el camino se hacía más difícil. A Malus se le puso el pelo de punta al conducir a *Rencor* por las estrechas callejas. Las angostas ventanas tenían echados los postigos y los balcones de lo alto estaban desiertos, pero no podía deshacerse de la sensación de que lo observaban. El noble desenvainó la espada y la colocó sobre el regazo, mientras deseaba haber pensado en ponerse la armadura que llevaba envuelta en tela y colgada de la parte posterior de la silla de montar.

Cuanto más numerosas eran las escenas de carnicería ante las que pasaba, mayor se hacía su inquietud. De algunos de los cuerpos aún manaba vapor en el gélido aire matinal, cosa que sugería que sus verdugos aún estaban cerca. La idea de que tuviera lugar en ese mismo momento una batalla con una turba de fanáticos —en el propio terreno de éstos—, le dio escalofríos.

Sabía, por las conversaciones mantenidas con los viajeros, que los distritos de la nobleza se hallaban en torno a la cima de la colina, pero no estaba muy seguro de cómo llegar a ellos. ¿Durante cuánto tiempo podría deambular por las laberínticas calles antes de tropezar con un grupo armado que buscara más trofeos para apilarlos ante la puerta de su casa? No tenía modo de saberlo. Nada de lo que había visto hasta el momento tenía sentido alguno para él. Por primera vez desde el horrendo e interminable viaje de regreso de los desiertos del Caos, se sentía vulnerable y expuesto.

La verdad era que no podía ir de puerta en puerta y preguntar cómo llegar hasta la casa de Sethra Veyl. Por un breve instante, consideró encaminarse directamente hacia el templo y simplemente presentarse allí, ya que estaba seguro de que, cuando la herejía hervía en la ciudad, los sacerdotes no podrían escrutar demasiado minuciosamente a alguien que ofreciera ayuda. La solución era sencilla y directa, pero lo hizo pensar. Tenía que haber una razón para que los fieles estuvieran siendo alojados en casas de la propia ciudad. ¿Tal vez se habían infiltrado entre las tropas del templo? De ser así, ¿cómo podía estar seguro de que el sacerdote con quien hablara no era un aliado secreto de Urial? Dado que no tenía ninguna otra alternativa, hizo avanzar a *Rencor* y aguzó el oído por si captaba sonidos de movimiento en los callejones o en los balcones de lo alto.

Al romper el alba en el este, Malus oyó las primeras señales de vida, a la sombra de los aleros de las casas. Frotamiento de plumas y trocitos de piedra que caían por la manchada fachada de las casas. A Malus, desde tan abajo, le pareció que los sombreados antepechos de las ventanas situadas cerca de los tejados de pizarra se mecían y desperezaban con vida invisible. Entonces, con un quejumbroso graznido y un batir de pesadas alas, un cuervo enorme se lanzó desde las sombras y pasó muy bajo, en vuelo rasante por encima de la cabeza de Malus, antes de posarse sobre la cumbre de una pirámide de trofeos de carne. El ave carroñera le lanzó una desafiante mirada al noble que pasaba, antes de inclinar la lustrosa cabeza para contemplar el resplandeciente banquete rojo.

Al cabo de pocos minutos el aire estaba negro de cuervos que aleteaban y se llamaban unos a otros al recorrer las calles de la ciudad. Pasaban tan cerca que Malus sentía el viento de las alas en la cara, y no demostraban tenerle ningún miedo a *Rencor*. En una ocasión, el gélido pasó justo por encima de un cuerpo yacente que estaba cubierto de hambrientos cuervos, y las aves no prestaron la menor atención a

la pesada bestia.

El constante parloteo de las aves ponía nervioso a Malus. Algunas de ellas incluso le graznaron a Malus en un druhir aceptable.

—¡Espada y hacha! —chilló una.

—¡Cráneos! ¡Cráneos! —graznó otra.

—¡Sangre y almas! ¡Sangre y almas! —dijo una tercera.

Sus ojos destellaban cruelmente al acometer la carne desgarrada con los picos como dagas.

Le clavó los talones a *Rencor* para hacerlo trotar, y continuó adelante. Cada casa tenía el mismo aspecto que la anterior: muros manchados y puertas de roble oscuro con herrajes de hierro, sin símbolos ni signos que identificaran a quienes moraban en el interior. A cada giro, Malus escogía la senda que ascendía por la colina y espantaba nubes de cuervos que alzaban el vuelo entre graznidos ante los pasos de una tonelada de peso del nauglir.

Cuando Malus oyó el tintineante chocar del acero y los alaridos de los heridos, no dudó en hacer que *Rencor* girara en esa dirección, ya que sus temores de antes habían quedado eclipsados por la morbosa celebración de las aves.

Avanzó por una larga calle recta, seguro de que la lucha tenía lugar justo delante. Momentos después, Malus llegó a una curva de ciento ochenta grados, y de pronto se encontró con que descendía la colina. Con un gruñido, tiró de las riendas de *Rencor* y lo hizo girar en el estrecho espacio para volver sobre sus pasos, y a continuación cogió otra calle que parecía rodear la ladera de la colina, aproximadamente en dirección a la batalla.

La calle que había escogido no tenía salida y acababa en un tramo donde se apilaban huesos viejos y blancos cráneos limpios. Un solitario druchii anciano se hallaba de pie ante la barandilla de un balcón alto, y miraba con ferocidad mientras Malus hacía girar a *Rencor*. El gélido derribó pilas de huesos que aplastó con las patas, y lanzó dentelladas irritadas al manto de fino polvo que se alzó de ellos. El noble gruñó y espoleó al nauglir para que se lanzara al trote ligero, ansioso por librarse de la fija mirada del silencioso anciano.

Estuvo a punto de pasar por alto el estrecho callejón al avanzar tan de prisa por la calle. Malus captó un atisbo de él y tiró de las riendas con tal brusquedad que *Rencor* gruñó, colérico, y reuló por el empedrado. El callejón parecía dirigirse hacia la lucha, y era apenas lo bastante ancho para que el nauglir pasara apretadamente, hasta tal punto que Malus tuvo que subir las piernas y apoyar los pies en el borrén de la silla mientras la bestia de guerra lo recorría.

El callejón se cruzaba con otra calle que parecía ascender por la colina en diagonal. Malus tiró de las riendas mientras maldecía en voz baja aquel maldito laberinto. Entonces oyó, justo delante, el inconfundible sonido de una espada que

hendía carne, y un alarido agónico.

—Despacio ahora, *Rencor* —dijo Malus en voz baja al tiempo que presionaba los costados del gélido con las espuelas.

Giraron en el cruce y avanzaron apenas una docena de metros hasta la primera curva. Como era de prever, la calle acababa en un punto sin salida, unos diez metros más adelante. Era allí donde los asesinos habían acorralado a las presas.

Eran cinco los que habían sido acorralados contra el liso muro del fondo de la calle, pero sólo uno permanecía aún en pie y sangraba por una veintena de heridas profundas. Seis druchii se enfrentaban a él; naturales de la ciudad, dedujo Malus, por la similitud de los ropones oscuros que vestían. Llevaban el pálido semblante pintado con sangre seca —el sigilo de cinco dedos del Dios de Manos Ensangrentadas—, y empuñaban una mezcla de hachas, garrotes y cuchillos. La víctima vestía un kheitan de noble y un peto de acero, y luchaba con un cuchillo en una mano y un hacha de mango largo en la otra. A pesar de las heridas, el druchii rugía como un nauglir a los atacantes y hacía girar el hacha en mortíferos círculos que hicieron retroceder a los agresores. Tenían buenas razones para mostrarse prudentes; otros cuatro yacían tendidos sobre el empedrado, destripados por obra de la feroz hacha.

Malus vio que los naturales de la ciudad cedían terreno ante el hombre y se mantenían justo a la distancia suficiente para evitar que el hacha los alcanzara, pero lo bastante cerca como para atacarlo si tenían la oportunidad. Lo único que tenían que hacer era esperar, pensó el noble. El que blandía el hacha ya estaba tan blanco como el mármol de Har Ganeth, y tenía la ropa oscurecida y pesada, empapada en su propia sangre. Dentro de muy poco se volvería más lento, vacilaría, y entonces los cuchillos se le clavarían.

El noble estaba a punto de marcharse cuando vio la pila de zurriones de tela colocados ordenadamente uno junto a otro contra la pared lisa que se alzaba detrás del asediado druchii del hacha. Era uno de los fieles.

Malus se deslizó silenciosamente de la silla de montar y se acercó a la cabeza de *Rencor*. Señaló a uno de los naturales de la ciudad.

—Ése —le dijo al gélido—. ¡Caza!

Las fauces del gélido se abrieron de par en par mientras avanzaba con asombroso sigilo hacia el desprevenido druchii. El noble escogió una víctima para sí y avanzó en silencio por detrás, con el espadón en alto.

En el último momento, la presa de *Rencor* se puso rígida. Tal vez Khaine le había enviado una premonición, o tal vez simplemente percibió un soplo del aliento de carroñero del nauglir. Se dio la vuelta, con el arma a punto, y apenas tuvo tiempo para gritar antes de que las mandíbulas del gélido lo cortaran por la mitad. Sangre y entrañas regaron el empedrado y el nauglir recogió la parte inferior del cuerpo para devorarla.

Malus atacó en el mismo momento, e hizo volar la cabeza de encima de los hombros del druchii con un solo barrido del espadón. El cuerpo decapitado se desplomó mientras la brillante sangre arterial salía a borbotones por el cuello cercenado, y el noble, con un grito salvaje, saltó hacia el hombre siguiente de la hilera.

Los atacantes supervivientes se recobraron con sorprendente rapidez, y dos de ellos se volvieron hacia Malus al considerarlo la amenaza mayor. Uno de los naturales de la ciudad, con los dientes desnudos en una mueca sedienta de sangre, acometió al noble con un tajo en diagonal dirigido al extremo del hombro derecho. Al mismo tiempo, el segundo lo atacó por la izquierda y lanzó un golpe hacia una rodilla de Malus con un garrote manchado de sangre. Con una odiosa carcajada, Malus calculó la velocidad del hacha y retrocedió en el último segundo, para luego desviar el arma a un lado con un fuerte golpe de espada. El hacha salió disparada hacia el compañero y le partió una espinilla con un crujido. El que empuñaba el garrote cayó boca abajo, con un chillido de angustia, y Malus acabó con el druchii del hacha con un tajo de revés que le abrió la garganta hasta la columna. El noble se volvió hacia el caído y se entretuvo un momento para patearle un costado de la cabeza. Luego se dio la vuelta hacia el fanático herido, pero su oponente ya había caído y le manaba sangre a borbotones por media docena de heridas brutales.

Sonriente de satisfacción, Malus volvió atrás y remató al druchii de la pierna rota. Al del hacha le dedicó una sonrisa de camaradería.

—Ha sido bueno para ti que pasara por aquí cuando lo hice, hermano.

El fanático aún continuaba de pie ante el cadáver del enemigo caído. Tenía la cabeza muy baja y le temblaban los hombros. Sobre la pálida piel del rostro y las manos brillaban regueros de sangre. Inspiró entrecortadamente.

—Tú... tú me has salvado, santo —jadeó el hombre.

Malus se inclinó para limpiar la espada en el pelo del druchii muerto.

—Bueno, confieso que quería hacerte una pregunta...

Si el fanático no hubiese estado medio muerto debido a la pérdida de sangre, el primer tajo habría abierto a Malus desde la coronilla al ombligo. Pero el noble oyó el suave raspar de la bota del druchii y su instinto de batalla lo hizo lanzarse a un lado. El hacha cayó girando y cortó en dos el cadáver, pero el fanático apenas perdió un segundo. Recogió el arma y saltó tras Malus, con una expresión de locura y odio que le deformaba el rostro.

No había tiempo para la confusión ni para gritar órdenes, ya que el hacha, transformada en un borrón carmesí, acometía contra la cabeza, el cuello y el pecho de Malus. La destreza del fanático era increíble, y Malus apenas podía contener la lluvia de golpes de la afiladísima hoja. En la calle resonaba el estruendo del hacha contra la espada como una campana tocada por un demente.

Malus cedía terreno y su cólera aumentaba a cada paso. La hoja del hacha silbó al pasar junto al espadón del noble y le abrió un tajo en la parte superior de la manga izquierda. Sintió que la sangre tibia empapaba la tela de los ropones.

—¿Qué clase de gratitud es ésta? —gruñó.

Pero el druchii no hizo más que redoblar los ataques al tiempo que aullaba de furia. El fanático avanzó de un salto para hacer una finta dirigida al cuello de Malus, y luego continuar con un tajo ascendente destinado a destrozarle la cabeza. El noble apenas logró lanzarse hacia atrás para ponerse fuera del alcance del arma, y sintió que el filo le abría un leve tajo en el mentón al pasar de largo.

—Aun sin brazos puede responder preguntas —sugirió el demonio con voz sedosa.

—Muy cierto —jadeó Malus. Justo en ese momento, el druchii dirigió con saña un tajo hacia la cabeza del noble. Malus se dejó caer sobre las rodillas y el impulso del barrido del hacha hizo que el druchii perdiera el equilibrio. Antes de que pudiera recuperarse, el noble cercenó un pie del atacante justo por encima del tobillo.

El fanático gritó y cayó, sin dejar de acometer a Malus. El hacha le asestó un golpe de soslayo en el brazo derecho, y le dejó un largo tajo desigual allí donde partió los eslabones de la malla. Enfurecido, el noble cayó sobre el sangrante druchii y le cercenó la mano derecha. El acero resonó sobre el empedrado al salir el hacha girando hasta el otro lado de la calle.

—¡Mátame! —gimió el fanático, tembloroso debido a la pérdida de sangre y la desesperación—. ¡Devuélveme mi honor, santo! No he hecho nada para ofenderte.

«No, sólo has intentado convertirme en salchichas», pensó Malus, furioso. Se inclinó sobre el druchii.

—Tu honor no me importa en absoluto, estúpido —le escupió—. Yo sólo quería hacerte una pregunta. Esto te lo has buscado tú mismo.

—¿Yo he hecho esto? ¿Cómo? Si tú no hubieras aparecido, éstos me habrían matado. ¡Hemos estado luchando durante casi una hora.

Era obvio que el hombre deliraba. Malus estaba francamente sorprendido de que aún le quedara sangre que perder.

—Sólo dime una cosa: ¿dónde está la casa de Sethra Veyl? Era cuanto quería saber. Dímelo... —Malus hizo una pausa e intentó pensar en una amenaza adecuada—. Dímelo... o te dejaré vivir.

—¡No! —se lamentó el druchii, cuyos ojos se abrieron de horror.

—Puedo hacerte un torniquete en los muñones y cauterizarte las heridas. Puedo encargarme de que vivas durante mucho tiempo. —No podía creer lo que estaba diciendo.

El fanático miró a Malus como si fuera un monstruo.

—¡De acuerdo, de acuerdo! Su casa está en el barrio noble, cerca de la armería de

la ciudad. Una casa con la puerta blanca.

—¿Puerta blanca, dices? —le espetó Malus—. Debería ser fácil de encontrar en este sitio empapado de sangre. —Apoyó la punta de la espada contra el cuello del druchii—. Si me mientes... —El noble hizo una pausa—. Te... Bah, no importa. —Remató al fanático, que murió con una expresión de agradecimiento en los ojos.

Mientras sacudía la cabeza de asombro, Malus se volvió y llamó a *Rencor*.

—En Har Ganeth se perdona la vida a los enemigos y se mata a los amigos —murmuró—. ¿Qué tengo que hacer cuando conozca a Sethra Veyl? ¿Ofrecerme a incendiar su casa?

Por pura suerte —Malus ya no sabía si buena o mala—, la siguiente calle que ascendía por la colina lo llevó directamente al barrio noble. Las calles comenzaban a despertar; de las formidables casas comenzaban a salir sirvientes que iban a hacer recados para sus amos, camino del mercado o tal vez a reaprovisionarse de esclavos tras la juerga de la noche anterior. Los sirvientes avanzaban con determinación, los hombros caídos y la vista baja, sin mirar a nadie a los ojos ni demorarse en la calle durante más de un momento. Esquivaban elegantemente las pilas de cráneos y los cadáveres frescos, y daban un respetuoso rodeo en torno a los gordos y presuntuosos cuervos.

Tardó una hora más en encontrar la armería de la ciudad, donde se guardaban las lanzas y armaduras de la milicia en previsión de la guerra. Malus la tomó como punto de referencia y comenzó a explorar cada una de las calles cercanas, hasta que al fin encontró una vivienda con una puerta inmaculadamente blanca.

Malus desmontó y repasó mentalmente su historia una vez más mientras golpeaba la puerta de roble con un puño.

Pasaron varios minutos. Finalmente, oyó que descorrían un cerrojo y se abría una mirilla. Un ojo oscuro lo contempló desapasionadamente.

—Saludos, hermano —dijo Malus—. He recorrido un largo camino para responder a la llamada de los fieles. Me dijeron que habría sitio para mí aquí.

El ojo lo contempló durante un momento más, y luego la mirilla se cerró. Unos cerrojos más grandes rechinaron en los encajes, y la puerta se abrió. En la entrada apareció una mujer joven ataviada con ropones asombrosamente blancos. Un largo tajo reciente trazaba una línea roja que descendía por un lado de su semblante pálido, y de él aún caía un fino reguero de sangre. La expresión del rostro era inquietantemente serena.

—Bienvenido, santo —dijo con voz mesurada. Malus aguardó. «¿Debo entrar o desenvainar la espada?», pensó.

Se decidió por lo primero. Al atravesar la puerta se halló en un pequeño patio amurallado lleno de druchii armados. Todos llevaban ropones blancos, al igual que la mujer, y escasa o ninguna armadura, aunque cada uno de los fanáticos tenía en la

mano una espada desnuda, y estudiaban a Malus con beligerancia apenas disimulada.

Malus evitó cuidadosamente las miradas de los druchii reunidos, y se centró en la mujer herida.

—Necesitaré un sitio para mi nauglir —dijo. Se le ocurrió que casi todos los fanáticos que había visto en el camino viajaban a pie.

—Se te proporcionará —respondió la mujer—. En el barrio hay pozos para nauglirs atendidos por gente de confianza. —Hizo un gesto hacia uno de los hombres armados, que inclinó la cabeza y atravesó el patio a la carrera hasta una escalera que conducía a la casa—. Tu llegada es propicia —le dijo ella—. Los herejes se han enterado de cuántos fieles se han escabullido al interior de la ciudad en las últimas semanas, y han decidido venir contra nosotros.

Malus asintió con la cabeza.

—Vi una sangrienta batalla cuando venía hacia aquí. Los sirvientes del hereje acorralaron a cinco fieles y los asesinaron, no muy lejos de aquí. ¿Dónde está Sethra Veyl?

La expresión serena de la mujer se ensombreció.

—Muerto, santo. Los herejes enviaron asesinos por la noche y mataron a Veyl mientras dormía. Tyran el Intacto es el nuevo anciano, y ha jurado que la atrocidad no quedará sin venganza. —En ese momento se le ocurrió una idea—. Debo llevarte ante él, santo. Podrías resultar de gran utilidad para sus planes.

—Por supuesto —admitió Malus con tranquilidad, mientras consideraba las posibilidades. Cualquier cosa que pudiera hacer para ganarse la confianza de los fanáticos haría que su posición fuese tanto más sólida—. Tendremos que actuar con rapidez —dijo—. Llévame ante el anciano. Si los herejes se han puesto en movimiento, Urial debe de estar a punto de apoderarse de la espada.

—En efecto —asintió la mujer con una sonrisa feroz—. Los ancianos no podrán evitarlo durante mucho más tiempo. Pronto empuñará la espada y barreremos a los herejes en una marea de sangre. Si los planes de Tyran tienen éxito, tú abrirás la senda para que comience el Ritual de la Espada. ¡Piensa en las gratificaciones que recogerás cuando renazca la fe verdadera y el Portador de la Espada ocupe su lugar como supremo dirigente del templo!

4. Las guaridas de los muertos

La mujer lo condujo a una amplia sala desierta situada en el piso más alto de la casa, y lo dejó allí mientras iba a anunciarle su llegada a Tyran el Intacto. De tres de las paredes de la sala pendían una serie de espadas, hachas y cuchillos, y el suelo estaba recubierto por una fina capa de talco. Era evidente que la sala estaba destinada a la práctica y tal vez la meditación, aunque resultaba extraño encontrarla en la planta superior, junto con las dependencias del señor. No había hogar alguno para calentar el amplio espacio, y la mujer no le había ofrecido a Malus comida ni bebida. Con frío, hambriento y profundamente confuso, se encaminó hasta las altas ventanas que dominaban la pared norte de la estancia y miró hacia las calles situadas abajo. De repente, sintió envidia de todos los malditos cuervos y sus lustrosas alas negras. En ese momento deseaba huir de Har Ganeth lo más rápidamente posible.

—Esto es un manicomio —murmuró para sí—. ¿Urial es el héroe de los fieles y los ancianos del templo son los herejes? ¿Es que todo está del revés en esta condenada ciudad?

—La herejía es principalmente una cuestión de perspectiva —replicó Tz'arkan, claramente divertido—. La fe verdadera es aquella lo suficientemente implacable como para borrar del mapa a todas las rivales.

—O la que cuenta con el apoyo del Estado —matizó Malus—. Los herejes de la fortaleza del templo cuentan con el apoyo de Malekith, y Urial se ha situado en la oposición. Qué interesante... —El noble, pensativo, se dio unos golpecitos en el labio inferior—. Me pregunto desde cuándo está sucediendo esto.

—¿Cuánto hace que se cree el Portador de la Espada?

Malus asintió con la cabeza.

—Buena pregunta. Urial sobrevivió al caldero de Khaine y fue señalado por el Señor del Asesinato, pero tal vez los ancianos del templo se rebelaron contra la idea de que un tullido surgiera como heredero de su preciosa profecía.

—Y muy bien que hicieron, porque ambos sabemos quién es el verdadero Portador de la Espada.

El noble hizo una mueca.

—Cogeré esa condenada espada porque tengo que hacerlo, y maldita sea la profecía.

Tz'arkan rió entre dientes.

—A la profecía no le importa en absoluto lo que pienses de ella, Malus. Es como un mapa que muestra el camino que tienes por delante. Puedes maldecirlo cuanto quieras, pero el camino continúa invariable.

—¿De verdad? —replicó Malus—. Eldire piensa de modo diferente.

—La bruja no sabe nada —le espetó el demonio—. Te hace actuar según su

voluntad, pequeño druchii. Eres su peón, y te arrojará a un lado cuando ya no le seas de utilidad.

Malus rió despectivamente.

—A continuación me dirás que el sol es cálido y la noche oscura. Tendrás que hacerlo mejor que eso, demonio —se burló—. De momento, ella es una aliada mucho mejor que tú. Para empezar, no tiene mi alma en sus garras.

—No —replicó Tz'arkan—, pero ella te envió a mí. Piensa en eso.

La sonrisa de suficiencia del noble se desvaneció. Antes de que pudiera replicar, la puerta de la sala de prácticas se abrió y la mujer druchii lo llamó con un gesto desde la entrada.

—Tyran desea hablar contigo.

Malus asintió con un breve gesto de la cabeza y se reunió con ella, que lo miró con curiosidad.

—¿Estás inquieto, santo? —le preguntó.

—No más de lo habitual —murmuró él—. Parece que la vida nunca se queda en blanco a la hora de encontrar maneras de vejarme.

Lo condujo hasta un tapiz que había a poca distancia corredor abajo y, sin más preámbulo, lo apartó para dejar a la vista una estrecha abertura y otra escalera que ascendía hacia la oscuridad. La fanática hizo una ligera reverencia y le indicó, con un gesto, que la precediera. Con el ceño fruncido, el noble atravesó el umbral con prevención y miró hacia arriba. Una luz pálida brillaba sin oscilaciones por debajo de otra puerta situada en lo alto de un corto tramo de escalones.

Malus subió con cuidado por los escalones de madera que sentía crujir bajo las botas. Una ráfaga de poder brujo que le rozó la cara le puso el negro cabello de punta y le causó picor en las mejillas. Tz'arkan se apretó dolorosamente en torno a su corazón, y las frías hebras de energía demoníaca se retiraron de las extremidades de Malus para retroceder como la marea hacia el interior de su pecho. La repentina ausencia le causó dolor en todo el cuerpo. ¿Cuándo había llegado al punto de percibir el poder de Tz'arkan sólo en virtud de su ausencia? «¿Qué quedará cuando haya desalojado al demonio?», se preguntó.

Se detuvo en lo alto de la escalera y rozó con los dedos que le latían de dolor el frío picaporte de hierro. Lo acarició otra ola de poder tan invisible como el viento, que le recordó la hechicería de su madre en lo alto del convento de brujas de Hag Graef. «Tz'arkan no es el único poder del mundo —se recordó a sí mismo—, y donde el alma falta siempre tengo el odio para sustentarme. Con el odio, todo es posible.»

Malus hizo girar el picaporte y empujó la puerta que, al abrirse, dejó entrar la deslumbrante luz fría de un sol hiriente.

La puerta daba al tejado plano de la torre, que proporcionaba una vista panorámica del barrio noble oriental y del mar de blancas crestas situado al sur. El

oscuro baluarte de la fortaleza del templo se hallaba al oeste, una mancha permanente contra el cielo estival. Una brisa marina que silbaba intermitentemente por encima de las almenas y atravesaba la plana extensión del tejado llevaba hasta Malus soplos de penetrante incienso y fragmentos de salmodias susurradas en una ceremonia que se celebraba a pocas decenas de pasos de distancia.

Un bloque de basalto pulimentado descansaba en el centro exacto del tejado, con la cabecera y los pies orientados hacia el este y el oeste respectivamente. Sobre el bloque yacía el cuerpo de un hombre con el rostro manchado de sangre oscura y las manos en torno a la empuñadura de un destellante *draich*. El cuerpo estaba vestido con las ropas con que había muerto: sencillos ropones blancos similares a los de los otros fanáticos, pero los suyos estaban empapados en el rojo de la sangre que había manado de una enorme herida abierta que iba desde un hombro a la cadera.

Tres mujeres danzaban lentamente en torno al cadáver, con el espeso cabello blanco ondulando como un estandarte al viento. Llevaban un tocado negro de bruja, y sus cuerpos desnudos eran lustrosos y voluptuosos. El sudor brillaba en los poderosos brazos y destellaba fríamente en las gargantas blancas y pesados pechos, mientras las brujas se mecían a un ritmo que sólo ellas podían oír. Sus ojos eran como lagos sombreados, insondables y oscuros, y los labios carnosos se movían al susurrar las palabras del poder que él sentía rozarle la piel. Con sobresalto, vio que los finos decios estaban rematados por garras, y que los blancos dientes eran afilados y en forma de colmillos de león. De repente, a Malus le recordaron a las terribles estatuas que flanqueaban el camino de las Casas de los Muertos.

—¿No son magníficas? Son auténticas brujas de Khaine —le susurró la guía al oído. Malus ni siquiera la había oído acercarse—. *Heshyr na Tuan*, las Guardianas de los Muertos. Nadie, ni siquiera Sethra Veyl, sabía que aún existieran —la voz de la fanática estaba tensa de pasmo reverencial—. Este ritual no ha sido ejecutado en miles de años. El solo hecho de presenciarlo es un gran honor.

«Y a plena vista de la fortaleza del templo», pensó Malus, que levantó los ojos hacia las torres de vigilancia que se alzaban a intervalos regulares sobre las murallas negras. Tanto si era un honor como si no, sospechaba que Tyran quería enviar un mensaje a los ancianos del templo. Más de media docena de fanáticos se encontraban reunidos en apretado grupo justo a la izquierda de la puerta, y dividían la atención entre las murallas de la fortaleza y los hipnóticos movimientos del ritual. Estaban tensos y alerta, como si esperaran que en cualquier momento saliera una salva de flechas de las almenas del templo.

Había un druchii que se mantenía separado de los demás, aproximadamente a medio camino entre el ritual en curso y la puerta en la que se encontraba Malus. Estaba de espaldas a él, con el torso desnudo, cosa que dejaba a la vista unos anchos hombros poderosos y fuertes brazos que podrían haber sido esculpidos en mármol

pálido. Llevaba el negro cabello recogido atrás con una tosca cuerda de cuero. En una mano empuñaba un largo *draich* curvo cuyo pulimentado filo destellaba como hielo a la luz del sol. A pesar de que la pose era la de un diestro espadachín experto y en guardia, la piel desnuda no presentaba una sola cicatriz.

—Ése debe de ser Tyran, supongo —dijo Malus en voz baja.

—Sí —replicó la guía—. Esperaremos aquí durante unos momentos. El ritual ya casi ha concluido.

Malus no estaba seguro de cómo podía saberlo la mujer. Las brujas de Khaine continuaban la lenta danza en torno al cadáver de Sethra Veyl, con los entrecerrados ojos fijos en él y susurrando súplicas al Señor del Asesinato. De repente, el trío se detuvo. Dos se situaron a ambos lados del cuerpo de Veyl mientras la tercera quedaba justa detrás de su cabeza. Las brujas de Khaine tendieron las manos hacia el cadáver, estiraron los largos dedos provistos de garras, y la mujer que estaba detrás de la cabeza de Veyl se inclinó con una sonrisa bestial y apretó los labios contra los del muerto.

El cuerpo sufrió una convulsión, brazos y piernas fueron presas de espasmos como si el cadáver sufriera estertores de muerte. Las brujas de Khaine se apartaron al tiempo que echaban atrás la cabeza y lanzaban un ululante aullido que a Malus le provocó un escalofrío. Entonces, profiriendo un rugido furioso, Sethra Veyl se sentó bruscamente, con el rostro sucio de sangre contorsionado por una expresión de odio.

Varios de los druchii presentes retrocedieron con gritos de sobresalto. Tyran, sin embargo, abrió los largos brazos como si le diera la bienvenida a un hermano perdido, y lanzó una jubilosa carcajada.

—¡Levántate, Sethra Veyl! —gritó Tyran—. ¡Despójate del negro velo de la muerte y cumple con tu juramento a Khaine!

El cuerpo resucitado miró a Tyran con ferocidad. La cara de Veyl se contraía espasmódicamente, como si deseara cubrir de maldiciones al risueño druchii, pero incapaz de lograr que la boca formara las palabras. Sólo un gorgoteo estrangulado escapó por los labios manchados de sangre de Veyl cuando bajó del bloque de piedra y alzó el *draich* con ambas manos.

Pasado un momento, el cadáver renunció al intento de hablar. Los oscuros ojos de Veyl destellaron con amargo humor. De repente, Malus se preguntó si tal vez el anciano muerto estaría intentando, en lugar de maldecir, impartirles algún oscuro conocimiento del reino anegado en sangre de Khaine. Este pensamiento apenas había tenido tiempo de formarse cuando Veyl se lanzó silenciosamente hacia Tyran, y su espada destelló en una compleja serie de tajos mortales.

La velocidad del ataque conmocionó a Malus. Con independencia de cualquier otra cosa que pudiera decirse de los fanáticos, su dedicación a las artes de la guerra era pasmosa. Tyran permaneció inmóvil, y el noble se preguntó si también él estaría

pasmado ante la ferocidad del ataque del cadáver. De ser así, pronto habría otro cadáver por el que danzarían las brujas de Khaine.

Pero justo cuando la larga espada del cadáver hendía el aire en dirección a la garganta de Tyran, el fanático de torso desnudo se convirtió en un estallido de actividad. En un momento dado la espada pendía relajadamente de su puño, y al siguiente el druchii había pasado junto a la forma de Veyl que arremetía contra él. Malus apenas reconoció el sonido tintineante del acero contra la carne.

Veyl se detuvo dando traspiés, inmovilizado en medio del barrido, como si se sintiera confuso. Luego, Malus oyó que algo mojado resbalaba, y la parte superior del torso del cadáver se deslizó en diagonal y cayó al suelo en medio de una fuente de sangre coagulada. Lo más increíble fue que el resto de Veyl permaneció de pie durante un momento más antes de caer hacia adelante y derramar un reguero de órganos sobre el tejado de pizarra.

Con un chillido extático, las brujas de Khaine cayeron sobre el cuerpo cercenado de Veyl para quitarle la ropa y desgarrar la carne con colmillos y garras. Tyran giró grácilmente sobre los talones al tiempo que bajaba lentamente la espada hacia un lado, y Malus se sintió impresionado por la misteriosa expresión serena del bello rostro.

Tyran se acercó a las brujas acucilladas como si estuviera en trance. Las brujas lo miraron por encima del banquete de carroña, con el mentón oscurecido por la sangre. Lo estudiaron con grandes ojos leoninos.

Tyran les tendió la mano izquierda.

—Dadme lo que me corresponde —dijo—, en el sagrado nombre de Khaine.

Una de las brujas de Khaine sonrió y dejó a la vista los colmillos ensangrentados. Metió la mano en el pecho abierto de Veyl y le arrancó el corazón. Tyran cogió el órgano con respeto, echó atrás la cabeza y exprimió el contenido del corazón dentro de su boca.

Se produjo un cambio sutil en el aire. Malus percibió la repentina ausencia de una tensión eléctrica de cuya presencia no se había dado cuenta. Un suspiro recorrió a los fanáticos reunidos.

—Ahora, Tyran posee una parte de la fuerza de Veyl —susurró la guía de Malus, más para sí misma que para él—. Siempre se hizo así, cuando un anciano moría en los tiempos antiguos. ¡Verdaderamente, nuestro momento de ajuste de cuentas está cerca!

Cuando hubo caído la última gota de sangre, Tyran se volvió a mirar las altas murallas de la fortaleza lejana. Con lentitud, deliberadamente, alzó la espada y el macabro trofeo muy por encima de la cabeza.

—¡La llamada de la sangre se responde con carne hendida! —gritó.

—¡Sangre y almas para el Señor del Asesinato! —respondieron los fieles.

Tyran bajó la espada y les devolvió el corazón a las brujas de Khaine, que aguardaban. Tenía regueros de sangre en la cara, el cuello y la parte superior del pecho. En ese momento, reparó en Malus y le dedicó una sonrisa calculadora.

—Ah, aquí está nuestro nuevo peregrino —dijo el fanático—. ¿Cómo ha ido tu viaje, santo?

Malus guardó silencio durante un momento, sin saber cómo responder. Los ojos de Tyran eran oscuros, no de color latón como los de Urial o los de otros favorecidos sirvientes del templo. ¿Cómo le hablaba uno a alguien así? Con escalofriante certeza, Malus supo que, si Tyran así lo deseaba, podía abrirlo como a una calabaza antes de que se diera cuenta de que estaba en peligro.

—Mis viajes fueron provechosos —dijo, con cuidado—, aunque lo cosechado entre aquí y el Arca Negra ha sido escaso.

Tyran estudió pensativamente a Malus.

—Da la impresión de que has viajado a través de las montañas para llegar hasta aquí —remarcó—. ¿Te diste a la caza de autarii para conseguir las ofrendas?

El noble negó con la cabeza.

—No tengo ninguna destreza que me permita atrapar fantasmas, anciano. —Le ofreció a Tyran el zurrón manchado—. Recogí las ofrendas que pude a lo largo del camino, pero confieso que he pasado en el exterior más tiempo del que pretendía.

Tyran cogió el zurrón y vació el contenido sobre el tejado, junto a las hambrientas brujas de Khaine, que contemplaron con felino desdén la colección de trozos de cuerpos. Tyran tampoco pareció muy impresionado.

—¿Has dicho que vienes del Arca Negra de Naggor?

El noble inspiró lentamente.

—Así es. El templo de allí es pequeño, pero aún quedamos unos pocos que hacemos honor a las antiguas costumbres.

—No sabía que los hubiera.

—¿Acaso Veyl no te lo dijo, anciano? —preguntó Malus—. Me esperaba.

Tyran lo consideró.

—¿Y el resto? Estoy seguro de que no eres el único creyente verdadero del arca.

—Los otros han muerto, anciano —replicó Malus—. Tal vez has oído hablar de la enemistad existente entre el arca y Hag Graef. El Señor Brujo perdió todos sus efectivos contra las fuerzas de Hag Graef. Fue una tragedia para el arca, pero un día glorioso para Khaine.

La sonrisa de Tyran se volvió fría.

—Es una historia muy conveniente, santo, pero tus modales son extraños, y fácilmente podrías ser un espía hereje.

Malus se obligó a conservar la calma.

—No eres el primero que se burla de mis rústicos modales —replicó—, pero ¿por

qué los herejes iban a molestarse en espiaros, cuando ejecutáis vuestros rituales a plena vista de la fortaleza?

La sonrisa del fanático vaciló, y Malus sintió que se le contraían las entrañas. Entonces, Tyran echó atrás la cabeza y soltó una carcajada.

—Bien dicho, santo —reconoció—. Perdona mi impertinencia. La sangre de un corazón es embriagadora cuando la bebes, y me ha dejado confuso. Bienvenido a la casa de Sethra Veyl. ¿Cómo te llamas?

—Me llamo... —logró detenerse cuando iba a decir «Malus», e improvisó—. Me llamo Hauclir. Dime —preguntó con rapidez, ansioso por cambiar de tema—, ¿es prudente provocar al templo con semejantes espectáculos?

La expresión de Tyran se ensombreció.

—¿Temes a los herejes y a sus esclavos?

—Por supuesto que no —replicó Malus—, pero tampoco estamos en posición para desafiarlos abiertamente. De otro modo, habríamos acabado con los herejes hace mucho. —El noble estaba improvisando sobre la marcha, con el corazón acelerado.

El fanático se encogió de hombros.

—Ya saben que estamos aquí. El hecho de que anoche enviaran a un puñado de asesinos en lugar de la guardia del templo me indica que no desean provocar una confrontación. Si lo hicieran, no podrían tener la seguridad de matarnos a todos, y luego tendrían que explicar a sus adoradores por qué intentaron borrar del mapa a los discípulos del Portador de la Espada.

—¿Y qué noticias hay de Urial?

Tyran rió entre dientes.

—Permanecen encerrados en el Sanctasanctórum de la Espada Sagrada. Cuando él y su hermana entraron por la Puerta Bermellón, había demasiados testigos como para que los ancianos del templo pudieran silenciar el asunto. Urial presentó a su hermana como la Novia, y declaró que él era el Portador de la Espada ante casi un centenar de testigos. Así que ellos hicieron como que aceptaban su afirmación con muchos aspavientos, y han estado tres meses usando las escrituras para desacreditarlo.

Un brillo de triunfo destelló en los ojos oscuros del fanático.

—Han fracasado. Nuestros informadores del templo dicen que los ancianos ya se han visto obligados a admitir que Yasmir es, en efecto, una santa viviente del Dios de Manos Ensangrentadas. Así que supongo que les está entrando el pánico.

Malus tenía muchas ganas de saber por qué los ancianos del templo iban a sentir pánico por algo así, pero temía que la pregunta lo dejara al descubierto.

—Y por eso mataron a Sethra Veyl.

Tyran asintió con la cabeza.

—Fue un gesto torpe y tosco, que para mí delata la desesperación de los ancianos.

Intentan frustrar la voluntad de Khaine matando a sus verdaderos creyentes, como si eso pudiera salvarlos de su cólera. —El fanático avanzó un paso para posar una mano manchada de sangre sobre un hombro de Malus—. Por eso quería hablar contigo.

—¿Hay algún ritual que quieres que yo ejecute? —preguntó Malus, rezando fervientemente para que no fuera así.

El fanático rió.

—Me gustas, Hauclir. Para ser un sacerdote, tienes buen sentido del humor. —Se le acercó un poco más y bajó la voz—. No, necesito que encabeces un grupo de verdaderos creyentes que entre en la fortaleza del templo y mate a los bastardos responsables del ataque de anoche.

5. La Puerta del Asesino

La puerta se hallaba al final de una estrecha calle que sólo recibía la caricia del sol durante una hora al día. Casas altas, los hogares de los señores nobles, se alzaban a ambos lados de la vía. Malus reparó en que las ventanas que daban a la calle tenían echados los postigos. Estaba claro que los nobles no querían tener mucho que ver con los clandestinos asuntos del templo.

Se maldijo por no prever el plan de Tyran. Pensándolo bien, el interés del druchii era obvio. La muerte de Veyl debía ser vengada, y el jefe de los fanáticos necesitaba a alguien prescindible para hacer el trabajo. Malus era nuevo en la ciudad, de procedencia incierta, y no tenía protectores que pudieran hablar en su favor. Si moría en las profundidades de la fortaleza del templo, los fanáticos apenas notarían su pérdida.

El noble apartó la vista de la entrada del estrecho callejón y miró a sus dos compañeros. Los fanáticos eran apenas visibles en las profundas sombras del pasaje sembrado de basura. Con las caras ocultas por ajustadas capuchas de lana oscura, daban la impresión de estar completamente relajados y dispuestos para la acción en un momento. No parecía afectarles en lo más mínimo la perspectiva de una muerte segura. Por primera vez, Malus se preguntó qué gratificación les prometía el culto a cambio de su devoción. De niño nunca había manifestado interés ninguno por el templo; muchas familias nobles cultivaban fuertes lazos con el culto por razones políticas, pero los hijos del Vaulkhar Lurhan tenían poca necesidad de afiliaciones semejantes. «¿Qué pensáis que os aguarda allende el velo de la muerte? —pensó Malus—. ¿Espléndidas torres y vasallos? ¿Mil vírgenes? ¿Salones de banquete y una eternidad de batallas?» Aún recordaba vívidamente la noche en que entró en el sanctasanctórum de Urial y pisó el umbral del reino de Khaine. Se preguntó si los verdaderos creyentes se mostrarían tan optimistas si supieran qué los aguardaba.

Al igual que los fanáticos, a Malus lo habían obligado a vestir los ropones de un asesino del templo ya muerto. Los negros ropones de lana habían sido cuidadosamente limpiados y remendados durante el día para ocultar la suerte corrida por el anterior propietario, y Malus se había visto obligado a limpiarse la suciedad del camino de la cara y lavarse la mata de pelo enredado, cosa que le causó no pocas aprensiones. La suciedad le había servido para ocultar el tono grisáceo de la piel y las gruesas venas negro azuladas que le subían por el brazo derecho, el hombro y un lado del cuello. Durante un tiempo había logrado ocultar el corruptor toque del demonio mediante un simple acto de voluntad, pero cuantos más regalos había aceptado de Tz'arkan, más se había extendido la contaminación. Ahora llevaba las manos enfundadas en guanteletes y el cuello envuelto en bufandas. Sobre los ropones vestía el kheitan ligero del asesino, hecho con piel humana, y una cota de fina malla negra.

Del cinturón pendían dos espadas cortas de hoja ancha. Malus les hizo un gesto de asentimiento a los otros dos y se echó la capucha sobre la cabeza.

—El sol está poniéndose —dijo en voz baja—. Es el momento.

Sin aguardar respuesta, dio la vuelta y se escabulló fuera del callejón; el sonido de sus movimientos quedó ahogado por el ruido de la concurrida avenida situada al otro extremo de la calle de ventanas cerradas: caballos que caminaban por el adoquinado, hombres que se gritaban unos a otros o maldecían a sus esclavos, y sirvientes que charlaban entre sí mientras iban apresuradamente a concluir asuntos para sus señores antes de que se pusiera el sol. Durante el día, Malus descubrió que Har Ganeth se parecía mucho a cualquier otra ciudad de Naggaroth. Era durante las horas de la noche cuando se convertía en un sitio realmente muy distinto.

La Puerta del Asesino estaba hecha de hierro remachado con un pequeño ventanuco cubierto por una reja de barrotes de acero. No había picaporte ni manilla; las superficies deslucidas de las placas metálicas tenían grabados antiguos dibujos herrumbrosos de sonrientes cráneos y huesos apilados.

Malus alzó un puño y golpeó el hierro oxidado, mientras evocaba las extrañas palabras que Tyran le había dicho que debía pronunciar. De algún modo, las brujas habían logrado enterarse de la contraseña de los asesinos del templo. Se preguntaba si los habían hecho hablar antes de que murieran, o después.

De inmediato se oyó un roce metálico y se abrió el ventanuco. Un par de ojos oscuros estudió con desconfianza a Malus y sus compañeros.

Las palabras salieron como un torrente por sus labios. La frase era una forma arcaica de druchii, el idioma de los eruditos y los teólogos. Tal vez se trataba de un proverbio del templo o de una exhortación del dios; él simplemente se concentró en repetir las palabras según se las habían transmitido.

—La voluntad de Khaine se ha cumplido —concluyó el noble. No tenía ni idea de si era lo más correcto, pero parecía apropiado—. Hemos regresado de la casa de Sethra Veyl y debemos informar.

El ventanuco se cerró con tal rapidez que Malus temió haber cometido un error. Se oyó un estruendo de pesadas cerraduras y el noble se relajó ligeramente cuando la Puerta del Asesino rechinó al abrirse. Sin vacilar, Malus atravesó la abertura que se ampliaba y entró en la gélida oscuridad del otro lado.

Se encontró en un estrecho túnel iluminado por la oscilante luz de un par de lámparas de sebo. Largas sombras se agitaban y danzaban por las curvas paredes manchadas de hollín. Un pequeño semblante pálido se asomó por el borde de la puerta de hierro cuando Malus y los fanáticos entraron apresuradamente. El druchii que cerró la puerta no era más que un jovencito ataviado con blancos ropones manchados, y cuyo cuello rodeaba un *hadrilkar* de latón hecho de cráneos unidos por eslabones. El joven novicio encajó los pesados cerrojos de la puerta y luego se sentó

en un taburete de madera situado debajo de una de las chisporroteantes lámparas. Malus reparó en un segundo taburete desocupado, y dedujo que alguien había corrido a prevenir a los ancianos del regreso de los asesinos. Tras dirigir un gesto de asentimiento a sus compañeros, echó a andar por el túnel a paso vivo.

El plan trazado por Tyran y los otros ancianos era bastante general, pero el cabecilla de los fanáticos les dio órdenes muy específicas: sólo debían matar al maestro de asesinos y al anciano o ancianos que hubiesen ordenado la muerte de Veyl. Por supuesto, nadie sabía cuál de los ancianos había enviado a los asesinos a la casa de Veyl, ni qué aspecto tenía el maestro, ni dónde podrían encontrarlo. Finalmente, tras un prolongado debate, Tyran concluyó que, una vez que Malus y sus compañeros llegaran al templo, los objetivos acudirían inevitablemente a ellos. Los ancianos y el maestro de asesinos querrían oír el informe del ataque, y eso los pondría en manos de los fanáticos. El plan tenía una simplicidad audaz y directa que Malus no pudo evitar admirar, aunque la amarga experiencia lo dejó espantado ante la cantidad de maneras en que las cosas podrían salir desastrosamente mal.

Al cabo de unas pocas docenas de pasos, los fanáticos quedaron sumidos en una hedionda oscuridad. Malus tuvo que aminorar el paso y avanzar con mayor cautela, con los sentidos aguzados para penetrar la cavernosa negrura que los rodeaba. Aferraba con las manos las empuñaduras de las espadas cortas, y no por primera vez luchaba con la idea de volverse contra los dos druchii que lo acompañaban y degollarlos. Después de más de dos meses, al fin se hallaba dentro de las murallas de la extensa fortaleza. Podría dejar los cadáveres de los fanáticos pudriéndose en la oscuridad y perderse en el laberinto de túneles del templo. Tyran y los verdaderos creyentes simplemente pensarían que estaba muerto, y si regresaba y mataba al chiquillo que guardaba la Puerta del Asesino, no quedaría nadie que pudiera describírselo a los guardias del templo.

Era una idea tentadora pero, por otro lado, la experiencia le decía que las cosas no serían tan simples como eso. Tenía razones para creer que el arma que buscaba la guardaban en el Sanctasanctórum de la Espada, pero ignoraba por completo dónde estaba eso y cómo entrar. Averiguarlo le llevaría tiempo, cosa que sospechaba que en esos momentos era escasa. Urial estaba ansioso por hacerse con la espada, y era razonable pensar que él y Tyran conspiraban para obligar al templo a cumplir su voluntad. A Malus aún lo intrigaba el porqué de que el templo se mostrara reacio a aceptar a Urial como el elegido de Khaine. ¿Qué clase de proyecto tenían los ancianos del templo, y cómo podía usarlo para su propio beneficio?

El noble atravesó los bordes colgantes de una polvorienta telaraña cuyas invisibles hebras se le adhirieron a la cara y el borde de la capucha. Las manoteó con irritación y aminoró el paso un poco más. «Estoy fuera de mi elemento», pensó, enfadado. Las intrigas del templo eran lo bastante similares a la política de Hag Graef

como para que se hiciera una idea de lo que sucedía, pero las reglas del juego eran completamente extrañas y más desconcertantes de lo que le resultaba habitual. Necesitaba más información antes de poder efectuar su propia jugada para hacerse con la espada.

Debido a lo concentrado que estaba, pasaron unos momentos antes de que reparara en un oscilante resplandor anaranjado que delineaba el lejano extremo del túnel. Malus volvió a acelerar el paso y recuperó la concentración antes de atravesar la arcada y encontrarse en una galería abovedada, iluminada por antorchas, que se extendía a derecha e izquierda hasta donde llegaba la vista. Columnas de mármol blanco manchadas por siglos de hollín se alzaban hasta más de nueve metros en el aire para dar apoyo a gruesos arcos de piedra tallados en forma de atemorizadoras brujas de Khaine.

«No te quedes boquiabierto», se recordó con ferocidad, y se obligó a bajar los ojos y estudiar la galería con indiferencia fingida. En el fondo de unos braseros de hierro colocados cada doce pasos, más o menos, a lo largo de la galería, relumbraban y restallaban ascuas rojas que delineaban las estrechas arcadas que daban a ambos lados de la galería. Muchas de esas arcadas permanecían en la oscuridad, pero en unas pocas vio alargadas sombras y oscilantes luces de vela que iluminaban las paredes de pequeñas celdas.

Los acólitos del templo se movían arrastrando silenciosamente los pies por las sombras, con las manos unidas en gesto de contemplación. Eran de piel pálida, jóvenes y en buena forma, y el noble reparó en que muchos de ellos se movían con gracilidad y rapidez excepcionales. De repente, Malus recordó a su antiguo guardia personal, Arleth Vann, también él un antiguo asesino del templo que había roto el juramento y se había abierto camino hasta el servicio del noble. La última vez que había visto a Arleth Vann, lo arrastraban oscuridad adentro con dos flechas de ballesta clavadas en la espalda.

«¡Qué desperdicio!», pensó amargamente. Al igual que el resto de sus guardias personales, el honor de Vann había quedado arruinado cuando Malus mató a su padre en la Fortaleza Vaelgor. Cuando el noble había regresado a Hag Graef a la cabeza del ejército naggorita, el antiguo asesino del templo había hecho lo único que podía hacer para escapar a la mancha del crimen cometido por Malus: se había escabullido al interior del campamento naggorita e intentado matar a su antiguo amo. De no haber sido por la oportuna llegada de un grupo de exploradores autarii, habría logrado su objetivo. Malus recordaba vívidamente el contacto del agudísimo filo de la espada de Vann en la garganta. Muy probablemente había muerto en el bosque del exterior de Hag Graef, tosiendo sangre y maldiciendo el nombre de Malus.

De una arcada en sombras situada frente a Malus, salió una figura ataviada con oscuros ropones. Por un momento, el noble se quedó mudo al pensar que estaba

mirando a un fantasma. El druchii de piel alabastrina, cabello pálido y ojos color latón se parecía a Arleth Vann con espeluznante detalle, así como la pareja de espadas que pendían junto a sus caderas. Un joven novicio acompañaba al asesino. Señaló a Malus y a sus compañeros y luego retrocedió hacia las sombras con la cabeza inclinada.

El asesino del templo avanzó con las manos extendidas a la altura de la cintura y las palmas hacia arriba.

—Que la bendición de Khaine sea con vosotros, hermanos —dijo—. Éste es un día realmente glorioso. Cuando no regresasteis esta mañana, creímos que habíais caído bajo las espadas de los paganos.

Malus imitó el gesto del asesino.

—Lejos de ello —replicó, hablando en voz baja y contando con que la capucha le disimularía la voz—. Los estúpidos no llegaron a vernos. Simplemente tuvimos que ser pacientes para poder escabullimos mientras los jefes lloraban la suerte de Veyl. En el proceso, oímos muchas cosas sobre los planes de los paganos, y necesitamos hacerlos un informe.

El asesino asintió con la cabeza.

—Han ido a llamar al maestro Suril, al igual que a los ancianos. Seguidme.

Malus se relajó ligeramente cuando echó a andar tras el asesino del templo. Por lo que a él respectaba, la parte difícil del plan había concluido.

El guía llevó al noble y a sus compañeros en la dirección por la que había llegado, por los escalones de una estrecha escalera de caracol que ascendía a través de los pisos de otras varias galerías, hasta que salieron a una estrecha habitación iluminada con luz bruja. La transición desde el resplandor del fuego y las sombras a la luz verde pálido, dejó a Malus momentáneamente desorientado, sensación que se hizo más fuerte cuando el guía abrió una puerta alta y los condujo al exterior iluminado por el resplandor anaranjado del sol poniente.

Atravesaron un portal abierto en un costado de la gruesa muralla de la fortaleza que se abría, al nivel de la calle, en el extremo de una ancha avenida flanqueada a ambos lados por los edificios más regios que Malus hubiese visto jamás.

Ocultas tras las altas murallas de la fortaleza del templo, las casas confiscadas a los nobles de la ciudad por orden del Rey Brujo no habían sido transformadas en austeros recintos de adoración. En todo caso, las habían vuelto más grandiosas y opulentas que antes. Ante la fachada de la mayoría de estas viviendas se habían construido largos porches techados con columnas de mármol veteado talladas en forma de mantícoras, dragones e hidras. Se habían ampliado las ventanas y construido balcones con piedra blanda sujeta por duro hierro. Malus vio puertas con la parte frontal recubierta de oro y plata labradas en intrincados estilos que sólo podían ser obra de las manos de costosos esclavos enanos. El aire era fresco y olía a

incienso. Sacerdotes y sacerdotisas paseaban ociosamente por la calle, ataviados con gruesos ropones rojos y kheitans de fina piel de elfo con incrustaciones de oro, rubíes y perlas. La descarada exhibición de riqueza y poder casi hizo que Malus se detuviera. Sabía, como todo druchii, que el templo de Khaine era universalmente temido. Pero no se había detenido a considerar que también era muy, muy rico. El apoyo de Malekith había beneficiado enormemente al culto.

El guía los condujo rápidamente a lo largo de la calle, con los ojos cuidadosamente bajos al pasar ante altos cargos del templo. Los llevó hasta la tercera casa de la izquierda y ascendieron por una ancha escalera de mármol hasta un par de puertas ornamentadas con oro que se abrieron silenciosamente al aproximarse él. Unos esclavos humanos sujetaron la puerta abierta y se doblaron por la cintura cuando entraron los druchii. Al otro lado había un espacioso vestíbulo lleno de costosas estatuas, algunas de las cuales mostraban el estilo refinado pero decadente de Ulthuan. Probablemente habían sido donadas al templo, hacía algún tiempo, por un noble que buscaba ganarse el favor de los ancianos, sospechó Malus.

Atravesaron el vestíbulo donde las botas susurraron sobre capas de alfombras, y ascendieron por otra escalera. Cruzaron una habitación flanqueada por estatuas y con las paredes adornadas por costosos tapices, y entraron en una estancia pequeña donde había una mesa baja y una docena de sillas de madera. Sobre la mesa había una bandeja con una fuente de frutas y una botella de vino. El guía les hizo otra reverencia a los recién llegados, salió de la habitación y cerró la puerta. De inmediato, los dos fanáticos se pusieron a comprobar las armas. Malus miró el vino con ansia, seguro de que sería una buena cosecha, y luchó contra la tentación de abrirla y comprobarlo.

Aún estaba contemplando la botella cuando la puerta volvió a abrirse y una pequeña multitud de druchii ataviados con ropones rojos entró apresuradamente en la sala. Los fanáticos pusieron inmediatamente una rodilla en tierra, con las palmas hacia arriba, y Malus los imitó un momento más tarde.

—El Arquihierofante Rhulan llegará dentro de un momento. Entretanto, oiremos vuestro informe —dijo una mujer de voz áspera. Al alzar la mirada, Malus vio a una alta sacerdotisa de hombros estrechos que avanzaba con decisión hacia él apoyándose en un delgado báculo con engastes de plata. Tenía el pelo blanco y llevaba un tocado de bruja élfica, pero vestía los pesados ropones y el kheitan ornamental de una dignataria del templo. Un druchii bajo y ancho, también ataviado con ropones rojos, avanzó tras ella. En cada uno de sus rechonchos dedos brillaba un anillo de oro, y un par de ojos oscuros destellaban como obsidianas bajo dos cejas prominentes. Lo acompañaban, como ayudantes, un par de novicios del templo que cargaban con un caballete de escriba, tinta, plumas y hojas de pergamino.

—No sería apropiado comenzar sin Rhulan —dijo el último que entró en la sala.

Era de mediana estatura y delgado como una vara, con largas orejas puntiagudas que a Malus le recordaron a un zorro. Sus ropones rojos no eran tan pesados como los que llevaban los otros, y el kheitan que vestía estaba notablemente desprovisto de ornamentos. Para sorpresa de Malus, el druchii no llevaba ninguna arma visible, pero no le cupo ninguna duda de que tenía delante al maestro de asesinos del templo.

—En ausencia del Arquihierofante, yo soy la voz del templo —le espetó la mujer—, y yo oiré lo que tengan que decir. —Los dos druchii intercambiaron miradas de odio pero, pasado un tenso momento, el que había entrado en último lugar cedió con una reverencia—. Bien —continuó la mujer, que se volvió a mirar a los asesinos—. Vimos cómo los profanos oficiaban un ritual ante el cadáver de Veyl esta mañana —dijo—, así que sabemos que vuestra misión tuvo éxito. Lo que quiero oír es por qué no habéis regresado al templo hasta ahora.

Malus evaluó rápidamente la situación. Los dos ancianos del templo y los servidores estaban más cerca, pero eran menos peligrosos que el druchii que se encontraba junto a la puerta. Tendría que matar al maestro de asesinos a la primera, cosa que lo dejaría en posición de cortarles la retirada a los otros. Luego podrían esperar la llegada del Arquihierofante y enfrentarse con él a sus anchas.

De repente, se le ocurrió una idea. Consideró las circunstancias por segunda vez, y entonces sonrió en las profundidades de la capucha. Sí, allí había una oportunidad.

La anciana se inclinó para acercarse a Malus, casi lo bastante para que él sintiera su cálido aliento.

—¡Respóndeme, mastín! Se os dijo que regresarais de inmediato. ¿Por qué habéis tardado, cuando aún queda trabajo de Khaine por hacer?

Malus alzó la cabeza para mirar los furiosos ojos, y le dedicó una sonrisa de asesino.

—Por favor, acepta nuestras disculpas —dijo—. Habríamos venido antes, pero tardamos horas en limpiar la sangre de estos ropones.

En la cara de la anciana apareció una expresión de perplejidad. Abrió la boca para hablar, pero las palabras se perdieron en un torrente de sangre. La anciana dio un traspié, dejó caer el báculo y se llevó una mano al tajo abierto en un costado de la garganta mientras con la otra intentaba arañar a Malus. Pero el noble ya estaba de pie, con la espada goteando sangre, y cargaba hacia el druchii que se hallaba junto a la puerta.

Durante menos de un segundo, los ancianos del templo y sus sirvientes quedaron petrificados de asombro, exactamente como esperaba el noble. Los fanáticos saltaron a la acción una fracción de segundo después que Malus. Se oyó un sonido vibrante y uno de los novicios del anciano bajo y ancho lanzó un grito de sorpresa y se desplomó con una daga arrojada clavada en el pecho. Malus vio que el otro novicio sacaba un par de dagas del cinturón, pero supo que no lograría tenerlas preparadas a

tiempo. En tres pasos más estaría sobre el maestro de asesinos.

Para sorpresa de Malus, el druchii de cara de zorro aún no había reaccionado ante el ataque. «¿Es éste el maestro de asesinos que tienen?», se preguntó.

Entonces se produjo el golpe en un lado del cuello de Malus, debajo de la oreja. Se le nubló la vista en un estallido de dolor blanco, y el noble cayó de cara sobre las alfombras. Ambas espadas escaparon de sus dedos. Se dio cuenta, demasiado tarde, de que había cometido un error fatal.

Malus rodó débilmente de lado en el momento en que el druchii bajo y ancho se apartaba del aturdido noble para hacer frente, con las manos desnudas, a la acometida de uno de los fanáticos de ropón negro. Las dagas del fanático se movían vertiginosamente, pero el maestro de asesinos las apartó a un lado de una palmada con despectiva facilidad y clavó los dedos extendidos en la garganta del atacante. Crujió el hueso y el fanático cayó al suelo, retorciéndose e intentando respirar.

El novicio superviviente saltó hacia Malus con la intención de rematarlo, pero fue interceptado en su camino por el último de los fanáticos. Mientras los dos druchii comenzaban una mareante danza de afilado acero, Malus intentó desalojar la entumecedora parálisis de su cuerpo mediante la pura fuerza de voluntad. Tanteó con dedos entumecidos en busca de las espadas, sabedor de que disponía de escasos momentos antes de que el druchii que estaba junto a la puerta se recobraría de la sorpresa y diera la alarma.

Las puntas de los dedos rozaron el pomo de una de las armas, y el contacto físico pareció concentrar las energías de Malus. Manoteó y atrajo rápidamente la espada hacia la palma, para luego rodar y ponerse de rodillas. Se oyó un gruñido y un crujido de hueso, y el fanático restante salió dando traspies por las alfombras, con el brazo derecho doblado en un ángulo antinatural. Malus se puso de pie y vio que el druchii de cara de zorro tenía una mano sobre el picaporte. El novicio se sentó con lentitud sobre el suelo mirando cómo le manaba sangre por una herida que tenía por encima del corazón mientras el maestro de asesinos se volvía para enfrentarse otra vez con Malus, con los anillos brillando con fríos destellos.

Los finos labios de Malus se comprimieron en una severa línea cuando invirtió el modo en que sujetaba la espada y se la arrojó al anciano de cara de zorro justo cuando un par de golpes tremendos se estrellaban contra su pecho. Lo siguiente de lo que se dio cuenta fue que rebotaba contra la pared opuesta, con las costillas ardiendo de dolor. Unas costosas estatuas se estrellaron contra el suelo y se les partieron los delicados brazos y las alas abiertas de dragón.

«Muévete, muévete», se dijo Malus, desesperado, y reprimió un gemido de dolor al ponerse en pie de un salto. El maestro de asesinos avanzaba lenta y deliberadamente, con las pequeñas manos letales tendidas hacia él. El noble miró a su alrededor en busca de una arma. Recogió un brazo de piedra y lo lanzó hacia la

cabeza del maestro, a lo que siguieron un trozo de un ala rota y un trozo de cola con púas. El maestro de asesinos las desvió con facilidad a un lado y continuó avanzando inexorablemente hacia el noble.

Malus esquivó el primer golpe en el último momento, al protegerse tras la estatua de un grifo que rugía. El segundo golpe hizo pedazos la estatua, y esquirlas de piedra afiladas como navajas le hirieron el rostro. Tropezó y cayó sobre un montón de extremidades y alas de piedra desparramadas.

El maestro druchii le arrancó la capucha y lo aferró por el pelo en el momento en que tocaba el suelo.

—Tu técnica es vergonzosa —siseó el maestro de asesinos, con la mano libre a punto de golpear—. Cada vez que respiras insultas la gloria de Khaine.

—Me siento... halagado... de que te hayas dado cuenta —gruñó Malus, con el rostro contraído por una mueca de dolor—. Lo que me falta en... habilidad... lo compenso con... traición.

El noble rodó hacia un lado al tiempo que golpeaba con una extremidad de piedra que había cogido al caer. Al impactar contra el tobillo izquierdo del maestro, le partió el hueso y lo hizo desplomarse de rodillas. Gritando de cólera y dolor, Malus volvió a golpear, esta vez la mano que lo retenía, y partió la muñeca del aturdido druchii. Se libró de la presa del maestro y le asestó un golpe de revés en un lado de la cabeza. Se oyó un crujido espeluznante y el maestro cayó sin vida al suelo.

Malus se puso de pie con paso tambaleante y jadeando. Golpeó dos veces más al maestro para asegurarse, y luego arrojó a un lado el ensangrentado brazo de piedra. Puede que el druchii hubiese sido un maestro en asesinar víctimas mediante el sigilo y la astucia, pero no habría sobrevivido ni diez segundos en un campo de batalla.

Al otro lado de la habitación, el fanático superviviente se había levantado con piernas inseguras, con el brazo derecho roto sujeto contra el costado. Malus lo miró con ferocidad.

—Podrías haberme ayudado —siseó con los dientes apretados. Tenía la sensación de que se había partido una costilla, como mínimo.

El fanático abrió más los ojos.

—¿Y privarte del honor de matarlo? —preguntó, horrorizado.

—Ah —dijo Malus—. Claro. Por supuesto.

El anciano de cara de zorro aún estaba apoyado contra la puerta, clavado allí por la espada de Malus. El noble fue cojeando hasta él y arrancó el arma con un gruñido de dolor. Justo cuando el cuerpo del anciano caía hacia un lado, la puerta se abrió hacia el interior y Malus se encontró cara a cara con un druchii ataviado con ricos ropones rojos sobre los que llevaba un peto de latón tachonado de rubíes y perlas. En la frente lucía una banda de oro incrustada de gemas en forma de diminutos cráneos destellantes. Al igual que la anciana a quien Malus había matado, el druchii llevaba

un báculo, éste con incrustaciones de oro rojo.

El rostro del anciano se puso pálido de terror. Detrás de Malus se produjo un leve susurro de ropones de lana. El noble inspiró profundamente, cambió la espada de la mano derecha a la izquierda, giró sobre sí justo cuando oyó que el fanático se acercaba, y le atravesó el pecho con la espada. El fanático se dobló por la cintura debido a la fuerza de la estocada, y la vida lo abandonó con un solo jadeo gorgoteante. Malus apartó el cadáver de un empujón y se volvió hacia el pasmado anciano.

—Entra, Arquihierofante —dijo, al tiempo que señalaba la mesa con un gesto de la mano salpicada de sangre—. Bebe un poco de vino. Tú y yo tenemos mucho de qué hablar.

6. Equilibrio de terror

El Arquihierofante Rhulan llenó de espeso vino color ciruela, hasta el borde, una de las copas de latón que había sobre la mesa, y bebió un largo sorbo antes de volverse a mirar a Malus. Tenía el rostro de un asceta, con largos rasgos demacrados y un cuello flaco que se contraía violentamente al beber. Al principio, el anciano del templo no dijo nada mientras observaba el macabro contenido de la estancia.

El noble estudió atentamente las reacciones del druchii. Los ojos de Rhulan se detuvieron primero en la anciana que yacía sobre un creciente charco de sangre. Sus finos labios se contrajeron en una fugaz sonrisa, y el destello de arrogante satisfacción que apareció en sus ojos de color latón fue inconfundible. La mirada del anciano pasó sobre los escribas muertos y la contorsionada forma del fanático, en busca de la desplomada figura del anciano de cara de zorro, momento en que hizo una mueca de evidente disgusto. Malus casi podía ver cómo giraban los engranajes del interior de la cabeza del hombre mientras estudiaba la carnicería y calculaba nuevas ecuaciones políticas dentro del templo. «A juzgar por tus reacciones, da la impresión de que te he puesto en las manos toda una oportunidad nueva», pensó el noble.

Justo cuando la inquisitiva mirada se posó sobre la vapuleada forma del maestro de asesinos, Rhulan se mostró realmente perplejo. El vino, al moverse dentro de la copa, se derramó ligeramente por el borde cuando el anciano le lanzó a Malus una mirada de preocupación.

—Tú no perteneces al templo —dijo—. De eso estoy seguro. ¿Quién eres?

—No importa quién soy —declaró Malus—. Mi identidad no alterará la situación en que te encuentras. —Incapaz de resistirse por más tiempo, Malus avanzó con rapidez hasta la mesa y se sirvió vino. Le dolían terriblemente las costillas, olas de dolor que le recorrían el pecho.

—¿Y qué situación es ésa? —le espetó Rhulan. La conmoción de lo que acababa de ver estaba desvaneciéndose y el anciano comenzaba a recobrar la compostura.

—Ahórrate las bravuconadas, santo —le contestó Malus—. La única razón por la que continúas con vida es porque prefiero negociar contigo en lugar de matarte. Tu ciudad..., no, tu religión misma está bajo el asedio de un pequeño ejército de fanáticos que creen que estáis negando la sagrada voluntad de Khaine, y deben de tener razón, al menos a medias, dado que parecéis incapaces de actuar directamente contra ellos.

Era una finta destinada a alterar a Rhulan y hacerlo hablar, pero Malus se sintió secretamente conmocionado cuando el anciano rechinó los dientes y aceptó el insulto en silencio. El noble estudió atentamente a Rhulan. «Estás realmente desesperado —pensó—. Sospechas que los fanáticos tienen razón, pero intentas silenciarlos. ¿Por qué?»

—¿Cómo es que llevas sobre ti la bendición de Khaine pero te alias con los herejes?

Malus rió fríamente entre dientes.

—Rhulan, me dejas de piedra. ¿Durante cuánto tiempo los fanáticos se han opuesto a la voluntad del templo? ¿Crees honradamente que habrían podido sobrevivir durante tanto tiempo como lo han hecho si no contaran con el apoyo de algunos miembros del sacerdocio? El propio templo fortaleza ha sido infiltrado, Arquihierofante. ¿De qué otro modo crees que logré entrar aquí? —Era otro farol, pero, a juzgar por la expresión de terror que afloró a la cara del anciano, era una afirmación con cierto fundamento.

—¿Quién? —tartamudeó Rhulan, que apretó la copa con las manos.

«Esto es casi demasiado fácil», pensó Malus, y sonrió.

—A su tiempo, Arquihierofante. Consideremos primero la esencia de vuestro problema. ¿Cómo os van las cosas con Urial?

El anciano se irritó.

—Está engañado —le espetó Rhulan—. Deberíamos haber dispuesto su muerte hace mucho. Yo sabía que, antes o después, intentaría algo como esto.

—¿Por qué, entonces, continúa dentro del Sanctasanctorum de la Espada, si sus pretensiones son ilegítimas?

Los abultados músculos de la mandíbula del anciano se contrajeron como puños cerrados.

—Está el asunto de su hermana —concedió Rhulan— y su linaje. La situación es muy complicada.

Malus miró el espeso líquido de la copa. Bebió un pequeño sorbo para catarlo e hizo una mueca: demasiado dulce.

—Aceptáis que ella es una santa viviente. Los fanáticos lo saben.

Rhulan se movió con incomodidad.

—De eso no puede haber ninguna duda —admitió—. Entre los druchii no se ha visto a nadie como ella desde que se perdió Nagarythe —dijo el anciano, con la voz tensa—. Puede enseñarnos mucho, una vez que este... incidente se haya resuelto.

—¿Es el deseo de conservar a Yasmir lo que os impide rechazar las pretensiones de Urial, o en realidad se debe a lo que él pretende ser? Tenéis que comprender que cuanto más se prolongue esto, más les hacéis el juego a los fanáticos.

Rhulan le lanzó a Malus una mirada feroz. Hacía muchísimo tiempo que nadie se atrevía a hablarle con semejante insolencia.

—Sus pretensiones son lo bastante elevadas como para exigir un estudio exhaustivo antes de poder tomar una decisión.

Malus agitó una mano en el aire para interrumpirlo.

—El meollo del asunto es que pensáis que podría tener razón, pero no queréis

entregarle la espada, y sospecho que las razones que os mueven no tienen nada que ver con la voluntad de Khaine.

Un tenso silencio descendió sobre la habitación. Rhulan se había quedado muy quieto, y había entrecerrado los ojos para estudiar a Malus con desconfianza. El noble, con aire contemplativo, bebió un sorbo de vino. «He dado en un punto delicado», pensó. ¿Cuál era, entonces, el programa del templo?

—El templo se reserva su opinión en temas de fe —replicó Rhulan con prudencia—. Has dicho que querías negociar. Te escucho.

Malus se dio fuerzas con un sorbo del empalagoso vino y asintió brevemente con la cabeza.

—Vuestra posición es insostenible —dijo—. Se os acaba el tiempo, Arquihierofante. Hasta ahora habéis podido negaros a acceder a las pretensiones de Urial, pero sus aliados se preparan para tomar el asunto en sus propias manos.

—¿Cómo?

El noble negó con la cabeza.

—Lo primero es lo primero. Puedo poner al jefe de los fanáticos en tus manos, pero a cambio debes acceder a concederme refugio dentro de la fortaleza del templo. Cuando hayamos acabado con los fanáticos de la ciudad, podré comenzar a investigar qué simpatizantes tienen dentro del templo, lo que os permitirá a vosotros concentraros en Urial y su hermana.

Rhulan no respondió de inmediato, y se quedó contemplando el fondo de la copa.

—Será necesario que hable de esto con el consejo de ancianos —dijo.

Malus sobresaltó al druchii con una sonora carcajada.

—Rhulan, hace diez minutos estabas seguro de que los herejes no podían tener, de ningún modo, agentes dentro de la fortaleza del templo. ¿Estás completamente seguro de que puedes confiar en el consejo de ancianos? Cuanta menos gente esté enterada de este acuerdo, más probabilidades tendrás de volver las tornas contra los fanáticos. —Malus avanzó un paso hacia el druchii—. Escoge ahora mismo.

—¡De acuerdo! —le espetó Rhulan—. Acepto el trato. Pobre de ti si intentas engañarme.

—Lo mismo podría decir yo, Rhulan —replicó Malus, y dejó la copa a un lado. Buscó la segunda espada entre los cadáveres y luego sujetó el arma en la mano mientras estudiaba a los dos ancianos muertos—. No consideres esto como un acuerdo no provechoso, Arquihierofante. Ambos podemos beneficiarnos. Cuando hayamos acabado, los fanáticos habrán recibido un golpe que los dejará desarticulados, el templo quedará limpio de herejes y Urial ya no será un problema.

—¿Y qué me dices de ti? ¿Qué piensas ganar tú con esto?

Malus sonrió mientras avanzaba hacia el cuerpo de la anciana.

—Paso a paso, Rhulan —respondió—. Por el momento, concentrémonos en ti. —

Cogió a la anciana por el cabello y le alzó la cabeza. La corta espada destelló al descender y penetrar en el cuello del cadáver, pero estaba demasiado rígido para poder cortárselo. Malus tuvo que asestar varios tajos para cercenar carne y vértebras, mientras hacía muecas debido a lo chapucero de la decapitación.

—En el nombre de Khaine, ¿qué estás haciendo? —preguntó Rhulan, con voz ahogada.

—No puedo volver junto a los fanáticos con las manos vacías —explicó Malus. Con el macabro trofeo sujeto a un lado, avanzó hacia el anciano de cara de zorro—. Por lo que respecta a ti, quiero que permanezcas aquí y te sirvas un poco más de vino mientras vuelvo a salir a la ciudad. Espera media hora antes de dar la alarma, y luego cuéntale a quien sea necesario que llegaste tarde a la reunión y encontraste las cosas tal y como están ahora.

—Muy bien —replicó Rhulan, y lanzó un sonoro suspiro al tiempo que tendía la mano hacia la botella de vino—. ¿Cómo vamos a comunicarnos? ¿Voy a encontrarte al acecho dentro de mis aposentos, mañana por la noche?

Malus rió entre dientes.

—Nada tan teatral. Tendré que hacer algunas averiguaciones más entre los fanáticos. Cuando tenga alguna noticia digna de ser comunicada, te haré llegar un mensaje a través del santuario del barrio de los nobles. Escoge a un sirviente de confianza y haz que compruebe cada noche las ofrendas que haya en el santuario.

—¿Qué deberá buscar?

El noble gruñó de dolor cuando se puso a trabajar otra vez con la espada.

—Dile que busque una cabeza a la que le falte la punta de ambas orejas —dijo, al tiempo que alzaba la cabeza del anciano de cara de zorro—. Creo que tendré abundancia de candidatos entre los que escoger durante los próximos días.

Los alaridos y el entrecocar de acero flotaban en el aire por encima de Har Ganeth, y resonaban como gritos de fantasmas bajo las relumbrantes lunas.

Había menos de un kilómetro y medio entre la Puerta del Asesino y la casa de Sethra Veyl, pero Malus tardó más de cuatro horas en recorrer esa distancia. Grupos armados recorrían las calles con espadas y hachas en las manos en busca de ofrendas para el Dios de la Sangre. Nobles armados y acorazados, con séquitos de guardias personales bien armados, pasaban junto a grupos de vasallos que blandían cuchillas para carne y garrotes nudosos, y cada uno medía las fuerzas del otro como manadas de lobos hambrientos. La noche aún era joven, pero muchas de las bandas ya exhibían uno o dos trofeos ensangrentados. Por lo que Malus podía determinar, parecía existir un acuerdo tácito de caer sobre los viajeros solitarios en lugar de trabarse en grandes batallas callejeras. Ciertamente, para los asesinos era menos peligroso hacerlo así.

Malus se movía con cautela y se valía de los ropones oscuros para fundirse con

las sombras siempre que oía acercarse un grupo de druchii. No había manera de saber con certeza si los merodeadores le perdonarían la vida ni siquiera a un asesino del templo una vez que tenían la sangre encendida. En una ocasión, el noble se metió dentro de un callejón sombrío y se encontró cara a cara con un fanático de ropón blanco. El verdadero creyente estaba salpicado de sangre y media docena de trofeos le pendían del ancho cinturón de cuero. El fanático se había deslizado silenciosamente hacia Malus y alzado la espada manchada, pero en el último momento reconoció el rostro del noble y se inclinó profundamente, pasó ante Malus y reanudó su cacería por las calles de la ciudad.

Malus no lamentaba que el recorrido se prolongara tanto. Le daba tiempo para pensar. Ahora que contaba con un medio de entrar en el templo, tenía que cumplir con su parte del trato y entregar a los fanáticos en manos de Rhulan. Una vez hecho eso, podría dedicar sus esfuerzos a penetrar en los confines del Sanctasanctórum de la Espada y localizar la maldita *Espada de Disformidad*. Mientras avanzaba con cuidado por el barrio noble, consideró las opciones de que disponía. Aún había muchas cosas que no sabía, pero por primera vez veía una senda clara hacia la meta. Por el momento, al menos, llevaba ventaja, y tenía intención de aprovecharla.

Era cerca de medianoche cuando giró en la calle de la puerta blanca de Veyl. Una pila de cadáveres decapitados yacían en medio de la calle, y en el exterior de la puerta montaba guardia un solo fanático manchado de sangre, con la goteante espada atravesada ante el pecho. Al acercarse Malus, le hizo una reverencia y se apartó a un lado mientras él abría la puerta y desaparecía en el patio del otro lado.

El pequeño recinto estaba casi desierto; evidentemente, habían enviado a los fanáticos al exterior para cosechar ofrendas para Khaine durante las horas de la noche. Para sorpresa de Malus, encontró a Tyran de pie cerca de los escalones de la casa, hablando con un pequeño grupo de recién llegados. Cuando el jefe de los fanáticos vio a Malus, sus ojos se iluminaron de interés.

—Bienhallado, santo —dijo con gravedad—. Regresas solo.

Malus asintió con la cabeza y se quitó la capucha.

—Mis compañeros murieron en gloriosa batalla —replicó. Parecía la frase apropiada.

—Y tú no —observó Tyran, con la pregunta tácita claramente expresada por el tono de voz.

El noble echó atrás la capa y la luz lunar rieló sobre la pálida piel y oscura sangre seca cuando Malus descolgó los trofeos del cinturón y se los presentó a Tyran.

—Alguien tenía que regresar con la buena noticia —dijo. Tyran se acercó para mirar más de cerca las caras manchadas de sangre.

—Veo a Aniya la Torturadora —dijo, señalando la cabeza de la anciana—; y éste es Maghost —añadió, al mirar al anciano de cara de zorro. Frunció el ceño ante la

masa vapuleada que era el tercer trofeo—. ¿Y éste?

—El maestro de asesinos, tal y como ordenaste —replicó Malus—. No fue tan complaciente como los otros dos.

Una lenta sonrisa apareció en el rostro de Tyran, y sus sospechas quedaron olvidadas mientras consideraba esa última noticia.

—El Haru'ann del templo ha quedado desbaratado, mientras que el nuestro está casi completo —dijo—. Ésta es una gran victoria para los fieles. —Le dedicó a Malus una ancha sonrisa—. ¡Estás verdaderamente bendecido, santo! Has acelerado la llegada del día en que el Portador de la Espada caminará entre nosotros.

—Ésa es mi ferviente esperanza —declaró Malus, con sinceridad convincente—. ¿Cuál será nuestro siguiente movimiento?

Tyran cogió las cabezas de manos de Malus, y las miró a los ojos vacuos con una sonrisa de orgullo.

—Ahora podemos competir con el templo por los corazones del pueblo —dijo—. Los ancianos supervivientes estarán desorganizados, y los asesinos permanecerán paralizados hasta que escojan un nuevo maestro. —El jefe de los asesinos señaló a los recién llegados con la mano libre—. Cada día llegan más y más verdaderos creyentes —añadió—. Somos lo bastante fuertes para presentar nuestra causa abiertamente en las calles de la ciudad. —Con un gesto, llamó a los druchii que aguardaban, para que se reunieran con ellos—. Incluso podemos contar en nuestras filas con otra alma bendecida como tú.

Malus apenas le prestaba atención.

—Es una noticia realmente buena —dijo, ausente, mientras meditaba qué sería el Haru'ann y cómo encajaba eso en los planes de Tyran.

Tyran le hizo una reverencia a una de las figuras encapuchadas.

—Santo, éste es Hauclir, un verdadero creyente de Naggor —dijo, al tiempo que señalaba a Malus—. Es en verdad un poderoso presagio que dos almas bendecidas de ciudades enemistadas se reúnan en nombre de la gloria de Khaine.

El fanático alzó una pálida mano y se quitó la capucha. Su largo cabello blanco relumbró como una mortaja fantasmal a la luz de la luna, y sus ojos color latón destellaron como monedas calientes al clavarse en Malus con una enigmática mirada.

—En verdad que los caminos del Señor del Asesinato son realmente misteriosos —declaró Arleth Vann, al clavar la mirada en los ojos de su antiguo amo.

—¡Preparaos, oh, sirvientes de Khaine! ¡El Tiempo de Sangre se avecina!

El fanático se encontraba de pie sobre un sucio bloque de piedra blanca, con las espadas gemelas que destellaban al sol alzadas hacia el cielo de la tarde. A ambos lados del verdadero creyente había pirámides gemelas de cráneos manchados que ofrecían un banquete a la bandada de cuervos que asentían con la cabeza y escuchaban con distraído interés el entusiasta discurso del fanático.

Apenas un puñado de druchii se habían detenido a escuchar lo que tenía que decir el verdadero creyente, al principio convencidos de que se trataba de un novicio del templo que estaba predicando para los ciudadanos en el exterior del santuario de mármol con columnas que había en el barrio noble. Una corriente de elfos y elfas oscuros pasaban por la pequeña plaza con ofrendas que depositaban ante el altar que había al otro extremo del edificio bajo. Un par de novicios auténticos que se hallaban de pie ante la entrada del santuario mortecinamente iluminado acariciaban con los dedos las hoces ceremoniales que les colgaban del cinturón y miraban a los fanáticos del otro lado de la plaza con desprecio evidente.

Malus se había apostado en la entrada de una estrecha calle que desembocaba en la plaza y que le permitía una visión clara tanto del santuario como del enérgico sermón del fanático. Hacía una hora que el druchii predicaba. Poco después de que comenzara, Malus vio a un mensajero que bajaba corriendo los escalones del santuario y se dirigía al norte, hacia la fortaleza del templo. El noble calculaba que no tendrían que esperar mucho más.

Durante los últimos tres días, los fanáticos habían enviado elfos y elfas oscuros al interior de la ciudad para que proclamaran sus creencias ante las gentes de Har Ganeth. Antes del presente día, habían permanecido en movimiento, recorriendo las calles para propagar sus ideas, pero sin proporcionarles al templo un objetivo estacionario en el que descargar su disgusto. Hoy, Tyran había decidido darles lo que deseaban, y había enviado a un druchii a predicar la fe verdadera ante cada santuario de la urbe.

—¡La Novia de Destrucción aguarda en el Sanctasanctórum de la Espada! — declaró el fanático ante su escaso público—. Espera a su compañero, pero los ancianos del templo no le dan satisfacción. ¡Desafían la voluntad del Dios de Manos Ensangrentadas, y no tardarán en sufrir su cólera!

Malus recorrió la plaza con los ojos para intentar ver a los otros fanáticos que acechaban la reacción del templo. Ataviados con ropas corrientes y kheitan sin adornos, eran invisibles en el constante flujo de sirvientes y guardias personales que atravesaban la plaza dedicados a los asuntos de sus amos.

Malus sabía que Arleth Vann estaba allí, en alguna parte, y el pensamiento le heló la sangre.

Había estado a punto de delatarse cuando el asesino había mostrado su rostro aquella noche. Por un momento, había sentido pánico al pensar que se había metido en una trampa diabólica. Sorprendentemente, había sido el demonio quien lo había contenido y desterrado el frío terror con una voz de hierro y hueso.

—Míralo a los ojos, Darkblade —había ordenado Tz'arkan—. ¡Míralo! Está tan conmocionado como tú.

Y era verdad. Por un fugaz instante, se habían mirado el uno al otro con

prevención, pero luego Tyran invitó a los recién llegados a entrar con él en la casa, y Arleth Vann se había limitado a dar media vuelta y echar a andar junto al jefe de los fanáticos, sin volverse una sola vez a mirar a Malus. Con la mente hecha un torbellino, Malus se había encaminado con paso tambaleante hacia la celda sin muebles que le habían adjudicado en la casa de Veyl, y se había sentado con la espalda contra la robusta puerta de madera y la recta espada nórdica desnuda sobre el regazo. Permaneció sentado a oscuras durante horas; el sueño iba apoderándose de su mente exhausta mientras él intentaba decidir qué iba a suceder. ¿Estarían esperando a que llegaran más fanáticos antes de enfrentarse a él? El instinto le había dicho que huyera mientras podía, que se escabullera al interior de la ciudad antes de que Arleth Vann pudiera revelarle a Tyran su verdadera identidad. Pero los fanáticos eran su moneda de cambio en el trato hecho con Rhulan. Si rompía el acuerdo con el Arquihierofante, dudaba que pudiera acercarse en lo más mínimo al Sanctasanctórum de la Espada. Estaba completamente enredado en una tela que había tejido él mismo. Así pues, había aguardado en la oscuridad mientras se preguntaba cómo y cuándo intentaría vengarse Arleth Vann. Lo siguiente que recordaba era que parpadeaba ante los primeros rayos del amanecer, con los ojos pegajosos de sueño y la charada que representaba aún intacta.

Desde entonces, había visto poco a su antiguo guardaespaldas. Tyran pasó los días siguientes enviando fanáticos a las calles para que intentaran averiguar noticias referentes a los ancianos muertos. Malus atisbaba al antiguo asesino al amanecer y al anochecer, cuando salía de la casa y entraba en ella como uno de los ubicuos cuervos de la ciudad. No sabía dónde dormía Arleth Vann, ni siquiera si dormía en absoluto, pero era evidente que cuando estaba en la casa pasaba la mayor parte de su tiempo en compañía de Tyran. Era una situación que a Malus le causaba una inquietud infinita, pero no tenía la más remota idea de qué hacer al respecto, teniendo en cuenta que el antiguo asesino podía traicionarlo cuando le diera la gana. Así que el noble se había mantenido a distancia y le había pasado a Rhulan breves mensajes que no hacían más que confirmar lo obvio: los fanáticos estaban agitando a la población de la ciudad con el fin de forzar una confrontación con el templo.

Pasaron dos días antes de que Malus se diera cuenta de que no corría un peligro inmediato. Nadie había hecho nada contra él, en realidad, y Tyran no lo trataba de modo diferente. Se dio cuenta de que Arleth Vann podría sentirse tan inquieto como él. A fin de cuentas, también él era un renegado, un asesino que había roto sus votos y abandonado el templo hacía años. El tratamiento que el templo daba a los pródigos era legendario. Nunca perdonaban ni olvidaban a los druchii que traicionaban su confianza. Si supieran que Arleth Vann estaba en la ciudad, no repararían en esfuerzos para capturarlo o matarlo. Unas pocas palabras condenatorias pronunciadas en uno de los santuarios de la ciudad serían suficientes. Momentáneamente, estaban

en tablas.

Pero ¿por qué estaba Vann allí?, se preguntaba Malus. «¿Acaso ha sido desde siempre un fanático que mantenía en secreto su herejía, o me ha seguido hasta aquí para intentar acabar la obra que comenzó en el Valle de las Sombras?» Lo único que sabía con certeza era que no podía aguardar a que Arleth Vann mostrara las cartas. Debía hallar un modo de matarlo sin delatarse a sí mismo con ese hecho.

Un movimiento que se produjo en un lado de la plaza captó la atención de Malus. Un trío de druchii vestidos con negros ropones avanzaba hacia el fanático que predicaba, y la luz del sol destellaba en el filo de los largos *droichs* que llevaban. Malus se irguió y bajó la mano hacia la espada. El templo había oído el mensaje de Tyran, y allí estaba la respuesta que habían esperado los fanáticos.

Los tres guerreros no eran solamente espadachines: eran *drüichnyr* no *Khctine*, asesinos incomparables famosos por matar a los enemigos con un solo y perfecto tajo de sus enormes espadas. Había visto druchii como ellos en acción cuando Urial había llevado a los guerreros del templo a la batalla contra su hermana Nagaira. Su reputación era sobradamente merecida. El noble echó a andar tras ellos mientras deslizaba la espada fuera de la vaina y la ocultaba bajo la capa. Reparó en que otras dos figuras embozadas también se habían puesto en movimiento y avanzaban tras los verdugos del templo como ágiles lobos hambrientos.

—¡En este preciso momento, los cobardes del templo lanzan sus perros contra mí!
—gritó el fanático desde el pedestal, y señaló a los espadachines que se aproximaban—. ¿Por qué? ¡Porque no quieren que se descubran sus mentiras! ¡Os han engañado, hermanos y hermanas! ¡Os han engañado y robado, y deformado las palabras del Dios de la Sangre para alimentar su propia codicia! ¡La Novia de Destrucción ha llegado! ¡El Tiempo de Sangre está cerca, hijos e hijas de la perdida Nagarythe! ¿Os erguiréis con orgullo ante el Azote, o seréis barridos a un lado?

—¡Hereje! —bramó el jefe de los verdugos, cosa que hizo que el reducido público del fanático se dispersara—. Blasfemas en la ciudad sagrada de Khaine e insultas el honor de sus devotos servidores. —Alzó la espada—. Incluso el Señor de la Sangre te repudia. Tu cráneo no es adecuado para yacer a los pies de Khaine. Después de que te hayamos destripado como a un novillo, serás arrojado al mar para que te devoren los peces.

Malus se encontraba a menos de diez pasos de la retaguardia de los verdugos. Se llevó una mano al broche de la capa, lo soltó y dejó que la prenda cayera sobre el adoquinado. Con el rabillo del ojo vio que sus compañeros también se preparaban. La mano del noble apretó la empuñadura de la espada cuando inspiró profundamente y gritó con una voz apropiada para un campo de batalla.

—¡El Portador de la Espada ha llegado! ¡Sangre y almas para el Portador de la Espada!

Había que reconocer que los verdugos reaccionaron con rapidez y destreza ante el ataque sorpresa. El que iba delante de Malus giró en redondo al oír el grito, y su *droich* dibujó un abanico de luz reflejada al desplazarse en torno al espadachín en un círculo defensivo. A la izquierda, Malus oyó el agudo tintineo del acero templado, y luego el estertor de muerte de alguien. Un cuerpo cayó sobre el adoquinado con un golpe sordo, pero el noble no se atrevía a apartar los ojos del druchii con quien se enfrentaba. Un solo movimiento equivocado, y el verdugo le cortaría la cabeza.

Malus lanzó un terrible grito de guerra y arremetió contra el guerrero. La curva arma del verdugo detuvo sus movimientos circulares y por un momento Malus recordó a Tyran, completamente inmóvil ante el furioso ataque de Sethra Veyl. «Quiere que me arriesgue, para luego asestarme el golpe mortal», pensó Malus. Contuvo el golpe mientras se acercaba aún más y hacía descender la punta de la espada. Si el verdugo no reaccionaba con rapidez, sería atravesado.

En el último instante, el verdugo se transformó en un torbellino: se apartó a un lado para esquivar la estocada del noble y dirigió un tajo hacia su cuello. Pero en el momento en que el guerrero quedó entregado al movimiento, Malus detuvo el avance apoyando con firmeza el pie que tenía más adelantado y pivotó para dirigir un tajo corto y violento hacia el estómago del guerrero. La pesada espada hendió el grueso *kheitan* y la dura musculatura de debajo, hizo que el druchii diera media vuelta debido a la fuerza del golpe y desbarató su ataque. Antes de que el guerrero pudiera recobrase, Malus le arrancó la espada del estómago y le clavó la punta en un lado de la garganta. De la herida manó un chorro de brillante sangre y el verdugo tropezó mientras se ahogaba en sus propios fluidos. Con ojos destellantes de odio, el guerrero barrió con la larga arma en un torpe tajo dirigido a la cabeza de Malus, pero el noble le arrancó la espada del cuello y lo bloqueó con facilidad antes de acometerlo con el golpe de retorno, que decapitó al druchii mortalmente herido.

Malus se apartó del camino cuando el cadáver sin cabeza caía, y evaluó la situación con rapidez. Un segundo verdugo yacía muerto, con el torso abierto por un terrible tajo que iba desde una clavícula hasta la cintura. El cuerpo decapitado del fanático que lo había atacado yacía a varios pasos de distancia. El jefe de los verdugos y otro fanático se movían en círculos el uno ante el otro, cautelosos, cada uno en busca de un punto débil en la guardia del oponente. Malus avanzó un paso hacia ellos con la intención de matar al hombre por la espalda, pero entonces recordó la extraña sensibilidad de los verdaderos creyentes. «Lejos de mí la intención de negarle la oportunidad de morir», pensó Malus amargamente, y dejó al fanático librado a su suerte.

Se volvió hacia el que había matado y recogió la cabeza manchada de sangre. Envainó con rapidez la espada y sacó un cuchillo corto mientras avanzaba hacia una de las pirámides de trofeos que se alzaban junto al bloque de piedra del predicador.

De espaldas a la plaza, cortó las puntas de las orejas de la cabeza del verdugo antes de guardar el cuchillo y sacar del cinturón una tira de hule. Metió la nota de hule entre los dientes del verdugo con un solo movimiento diestro, y luego dejó ostentosamente la cabeza sobre la pila.

Justo en ese momento oyó el sonido de una espada que se clavaba, y al volverse vio que el verdugo se apartaba del oponente con paso tambaleante y se aferraba una herida terrible que tenía en el pecho. El largo *droich* cayó de sus dedos insensibles mientras él se alejaba hacia el santuario. Los novicios de lo alto de la escalera observaron con horror cómo el guerrero caía boca abajo y moría.

—¡El Tiempo de Sangre está cerca! —volvió a gritar Malus, que repitió las palabras que Tyran le había dicho que pronunciara. Miró con el rostro encendido de cólera justiciera a los ciudadanos que aún se encontraban en la plaza—. ¡Haced que se estremezcan las puertas del templo y ordenadles que obedezcan al Portador de la Espada! ¡El Azote está aquí, y arrancará el alma a los indignos y los arrojará a la oscuridad exterior!

La gente de Har Ganeth miró los oscuros ojos de Malus, y él comprendió que le creían.

7. La espada del verdugo

Fueron por él aquella noche.

Era bien pasada la medianoche cuando la puerta de la celda de Malus rechinó al abrirse. Su mente registró el ruido, pero tardó unos segundos preciosos en obligar a despertar al exhausto cuerpo. Para cuando sus ojos se abrieron, una luz verde pálido penetraba en la habitación a través de la puerta abierta, y vio formas de elfos y elfas oscuros silueteadas en el corredor. Cerró la mano sobre la empuñadura de la espada, pero instintivamente supo que ya era demasiado tarde. Además, estaba tan completamente exhausto que le importaba un ardite.

Malus se quedó tendido bajo la gastada manta de viaje y parpadeó estúpidamente ante la luz bruja durante varios segundos. Nadie se movió.

—Si habéis venido a matarme, poneos a ello —gruñó—. De lo contrario, dejadme dormir.

Alguien rió entre dientes.

—Nos ha enviado Tyran —dijo una voz femenina—. Quiere hablar contigo.

«¡Dioses del Inframundo!», pensó Malus, mientras se sentaba rígidamente. ¿Dormía alguna vez, ese bastardo?

—De acuerdo, de acuerdo —gruñó—. Dejad que encuentre las botas.

Sentía cómo lo estudiaban mientras recogía sus cosas. Le dolía cada centímetro del cuerpo, y los músculos se le negaban funcionar como era debido. Percibía que los divertía verlo manotear torpemente con el cinturón y la espada. Los fanáticos no manifestaban el más ligero signo de molestia o fatiga.

Para ser unas gentes que se consideraban los verdaderos adoradores de Khaine, los fanáticos tenían extrañas nociones sobre la piedad. A diferencia de lo que sucedía en el templo, con sus devocionarios y catecismos, la única manifestación de probidad que respetaban los fanáticos era la perfección de las artes de matar. Cuando no salían a la ciudad para tender emboscadas a los guerreros del templo durante el día, o para recoger cráneos en las calles sucias de sangre por la noche, los verdaderos creyentes estaban en el patio o las salas de práctica de la casa de Veyl, luchando unos con otros. Hora tras hora, con pesadas armas de madera o incluso con las de acero, los fanáticos se consagraban en cuerpo y alma al oficio de eliminar vidas tan rápida y definitivamente como fuera posible. Los temibles verdugos del templo resultaban torpes por comparación.

Cuanto más sufrían los fanáticos los rigores del hambre y el agotamiento, más serenos estaban. Medraban con el sufrimiento, mortificaban su carne mediante el esfuerzo en lugar de hacerlo con el azote o la espada. Malus se había considerado un tipo duro antes de verse arrojado al mundo de los fanáticos. Ahora se sentía como alguien viejo y cansado que intentaba mantener el ritmo de una manada de leones.

«Que me concedan las tiernas mercedes de Slaanesh cualquier noche de éstas», pensó con amargura. Al menos, la diosa permitía que sus adoradores durmieran la mona de sus devociones.

Malus echó a andar en fila con los fanáticos que lo esperaban, y los siguió escalera arriba. Los aposentos del señor estaban oscuros y en silencio. La cansada mente del noble registró atisbos fragmentarios de pasillos oscuros y sombras hinchadas que proyectaban los braseros apagados. Antes de darse cuenta, ascendía por una escalera estrecha que le resultaba familiar y salía al tejado. Un cortante viento procedente del mar le echó niebla salobre a la cara y disipó los últimos vestigios de sueño. Se llenó los pulmones de aire salado y miró hacia la superficie de peltre pulimentado del Mar Frío, para luego desviar la vista hacia el oeste, donde las lunas se asomaban, brillantes y curiosas, por encima de las montañas lejanas.

Los fanáticos se echaron atrás las oscuras capuchas y atravesaron el tejado en silencio para instalarse aproximadamente en círculo de cara a Tyran el Intacto. El jefe de los fanáticos llevaba la cabeza descubierta, y en su pelo destellaban diminutas gotas de humedad marina. Tenía el *droich* tendido sobre las piernas cruzadas, y estudió a Malus con aire pensativo.

—Ven a reunirse con nosotros, santo —dijo—. Tenemos mucho de qué hablar.

Malus consideró las palabras de Tyran como signos de peligro. Cabía la posibilidad de que el jefe de los fanáticos estuviera jugando con él. De ser así, pensó Malus, haría que lo lamentara.

—Extraño lugar para celebrar una reunión —reflexionó, mientras se acercaba a los fanáticos sentados. Tyran se encogió de hombros.

—Para un urbanita, tal vez. Yo he pasado la mayor parte de la vida bajo el cielo abierto, viajando de una ciudad a otra o siguiendo a ejércitos en marcha. Esto es para mí tan natural como una celda del templo para ti —replicó—. Además, sólo un corazón infiel se oculta detrás de paredes de piedra. No tenemos nada que temer ni de hombres ni de bestias, porque el Señor del Asesinato está con nosotros.

El noble hizo una profunda reverencia.

—Bien dicho. —Se sentó pesadamente sobre las resbaladizas tejas e hizo una mueca al sentir el dolor de las articulaciones rígidas. Varios de los fanáticos rieron quedamente entre dientes, con el rostro oculto por las sombras. Ya completamente despierto, Malus observó con más detenimiento a sus compañeros. Eran seis, aparte de Tyran, y los reconoció a casi todos, incluido el cazador solitario con quien se había encontrado en las calles cuando regresaba de la fortaleza del templo, y la elfa que lo recibió cuando llegó a la casa por primera vez, hacía casi una semana. Ella le devolvió la mirada con otra franca y juguetona.

Al otro lado del círculo, Malus se encontró mirando un par de ojos de color latón. Arleth Yann lo estudiaba con el inexpresivo interés de una víbora de las rocas. Con

un esfuerzo, Malus apartó los ojos del antiguo asesino y los detuvo en Tyran.

—Cada día nos acerca más al triunfo de Khaine, hermanos y hermanas —dijo el jefe de los fanáticos, con una sonrisa feroz—. El mensaje del Portador de la Espada y su novia se difunde por la ciudad, y los ancianos del templo continúan desorganizados. Sus asesinos se han retirado para celebrar un cónclave y debaten la elección de un nuevo maestro, y los ancianos están paralizados de miedo: miedo a que el Tiempo de Sangre esté cerca de verdad y sus mentiras a punto de ser descubiertas.

Entre los fanáticos reunidos se oyeron murmullos de aprobación. Tyran alzó una mano para volver a captar su atención.

—Su miedo es tan grande que nuestros aliados del interior del templo informan que algunos de los apóstatas están considerando retractarse de su decadente estilo de vida y unirse a nosotros para mayor gloria de Khaine. Uno de ellos es un anciano del templo.

Los reunidos se miraron unos a otros, con los ojos muy abiertos por la sorpresa. Uno de los fanáticos resopló con asco.

—¿Ahora piensan en borrar toda una vida de apostasía, cuando los mastines de Khaine aúllan ante sus puertas? Que ofrezcan su cuello para el hacha, si tan arrepentidos están.

—En efecto —intervino Malus—. Sabían desde el principio qué mentiras estaban propalando. Los motiva el miedo a quedar al descubierto, no la fe verdadera.

Varios de los fanáticos asintieron con la cabeza y murmuraron su acuerdo. De hecho, lo que motivaba a Malus era el temor a quedar al descubierto. ¿Quién era el anciano? ¿Se trataba de Rhulan? ¿Y tenía el anciano la esperanza de comprar su supervivencia con la denuncia del plan del noble?

—Los caminos del Señor del Asesinato son misteriosos y terribles —replicó Tyran, que negó con la cabeza—. Al igual que vosotros, no tengo misericordia con aquellos que se apartan de la sagrada senda de la matanza, pero en este caso tenemos una gran oportunidad si somos lo bastante osados para aprovecharla. —El jefe de los fanáticos se cruzó de brazos—. Así que, tras una cuidadosa consideración acompañada de plegarias, he decidido ayudar a este anciano a escapar de las zarpas de los apóstatas. —Miró por turno a cada uno de los druchii reunidos—. Y os he escogido a vosotros para llevar a cabo el rescate.

Malus frunció el entrecejo.

—Entrar en la fortaleza del templo tan poco tiempo después de nuestra última acción será muy difícil —dijo—. Tendrán vigilada cada puerta y verja por si alguien intenta infiltrarse.

Tyran asintió con la cabeza.

—Por supuesto. Por eso el anciano vendrá a nosotros. —Respondió a las confusas

expresiones de los fanáticos con una sonrisa astuta—. Las confrontaciones que tuvieron lugar hoy por toda la ciudad han creado una oportunidad que podemos aprovechar —dijo—. Mañana, los ancianos del templo saldrán a la ciudad para hacer acto de presencia en ciertos santuarios con el fin de tranquilizar a la gente y demostrar su autoridad divina. El anciano que desea unirse a nosotros ha dispuesto las cosas para aparecer aquí, en el santuario del barrio noble, a mediodía. —Tyran sonrió—. Naturalmente, estará muy bien custodiado, lo que en sí mismo nos proporciona otra oportunidad de demostrar nuestra justa cólera. Vuestra misión es sencilla: matar a los guardias del anciano y escoltarlo hasta aquí, donde comprobaremos su devoción y planificaremos el movimiento siguiente.

Se oyeron gritos ahogados entre los fanáticos. Varios se postraron ante el jefe.

—Éste es un gran honor —dijo la elfa, con los ojos encendidos ante la perspectiva de una batalla semejante.

—Si tenéis éxito, las gratificaciones serán mucho mayores de lo que podáis imaginar —declaró Tyran con tono orgulloso—. Creo que Khaine nos ha ofrecido esta oportunidad por un motivo. Si mañana logramos el objetivo, será una señal de que la victoria definitiva está cerca. —El jefe de los fanáticos se volvió a mirar a Malus—. Hauclir, quiero que estés al mando de esta sagrada misión. Arleth Yann será tu teniente. Ambos estáis bendecidos por el Señor del Asesinato; juntos, sé que prevaleceréis contra los apóstatas.

Malus sintió que se le contraía el corazón. Sentía la mirada de reptil de Arleth Vann posada sobre él como la punta de un cuchillo.

—Es... es un honor —logró responder.

El jefe de los fanáticos asintió con la cabeza.

—Después de tus hazañas dentro de la fortaleza del templo, no me cabe duda alguna de que lo lograrás —dijo, y luego se puso grácilmente de pie—. Disponéis de diez horas, hermanos y hermanas. Preparaos según os dicte el corazón. Mañana, los ojos del Dios de la Sangre estarán sobre vosotros.

Como uno solo, los fanáticos se levantaron y se despidieron de Tyran. Malus permaneció sentado, perdido en sus pensamientos. Tyran tenía razón en una cosa: el día de mañana presentaría en verdad una oportunidad de oro que Malus no podía permitirse pasar por alto.

La cuestión era: si sólo disponía de una oportunidad para golpear, ¿sería mejor matar a Arleth Vann o al anciano renegado?

La lluvia que caía en finas cortinas sobre la pequeña plaza donde se hallaba el santuario obligaba a los viandantes a encogerse bajo las capas de hule, y convertía la vida en algo totalmente desdichado para la multitud que aguardaba la llegada del anciano. Se había dado la noticia justo después del amanecer, cuando unos pregoneros bien escoltados habían recorrido las calles y anunciado que los ancianos

del templo se presentarían ante el pueblo para denunciar las palabras de los herejes que blasfemaban contra el sagrado culto de Khaine. El anuncio hizo que las cosas fueran un poco más fáciles para Malus y los fanáticos, al proporcionarles un muy necesario camuflaje mientras aguardaban la llegada del anciano.

El noble alzó la mirada hacia el cielo gris que lloraba y frunció el ceño.

—Llega tarde —murmuró.

—Probablemente esté ofreciéndole sacrificios a Khaine para que cese la lluvia —replicó la fanática, con voz queda. Según había sabido Malus esa mañana, se llamaba Sariya. Era muy joven, hija de una familia noble de Karond Kar—. Que el Señor del Asesinato no permita que sus sirvientes elegidos se mojen los pies cuando caminan por la calle.

Malus sonrió ante la cáustica lengua de la muchacha. Los fanáticos estaban reunidos en la periferia de la multitud, en espera de las instrucciones del noble. Les había dicho que no sabría qué tendrían que hacer hasta casi el último minuto. Simplemente, había demasiados factores desconocidos: ¿Qué tamaño tendría la escolta del anciano? ¿Se detendría a hablar con la multitud, o marcharía directamente hacia el templo? ¿Cómo sería de estrecho el círculo de guardias que lo rodearía? Mientras no viera de primera mano con qué se enfrentaba, no tendría ni idea de cómo reaccionar.

Malus acariciaba las empuñaduras de un par de pesados cuchillos arrojadizos que ocultaba bajo la empapada capa. Poco antes del amanecer, había decidido finalmente cuál sería el objetivo de las armas.

—Lo más probable es que la escolta estorbe su avance —murmuró el noble, con tono malhumorado—. Un contingente numeroso tiene dificultades para organizarse y moverse con rapidez por estas estrechas calles. —Observó con detenimiento a los druchii reunidos en busca de una reacción adversa—. O eso, o están esperando noticias de sus informadores para saber si pueden atravesar la plaza sin peligro.

Sariya le lanzó a Malus una mirada de soslayo.

—Vaya, santo, eres una fuente de alegres noticias.

—La fe verdadera no es fácil —replicó el noble, con una sonrisa torcida—, pero es realista.

Se volvió hacia Arleth Vann, y se contuvo justo antes de preguntarle al antiguo asesino si había visto algo. El druchii estaba mirando hacia otra parte en ese momento y no vio la expresión sobresaltada de Malus. La chanza de Sariya había estado a punto de hacer que olvidara quién era. «Ya no es un guardia de mi propiedad», pensó el noble, enojado, y apartó rápidamente los ojos.

El ruido de pies acorazados llegó desde el este a la plaza barrida por la lluvia. Las cabezas se volvieron. Malus se puso de puntillas para mirar por encima de la multitud y vio a los verdugos que marchaban de cuatro en fondo. Sus armaduras lacadas

brillaban, mojadas, en la débil luz. Llevaban los *draichs* desenvainados y sujetos ante sí como un afilado seto de acero. Sus rostros eran severos y sus oscuros ojos estaban fijos en la muchedumbre como si la contemplaran desde el otro lado de un campo de batalla. Malus no prestó ninguna atención a los verdugos y aguzó el oído para calcular el número de pies que marchaban y resonaban sobre el empedrado. Reprimió un gruñido. Parecía que llegaba toda una compañía de espadachines, posiblemente doscientos. El templo quería hacerle llegar un mensaje muy claro a la gente de la ciudad.

—¡Condenación! —murmuró Malus, mientras consideraba las opciones. No había muchas entre las que escoger. Desde donde estaba, daba la impresión de que los guerreros armados marchaban directamente hacia la multitud reunida, evidentemente con la intención de formar un cordón protector para el anciano entre el público y el santuario. Tras pensar durante un momento, comprendió qué planeaba el contingente del templo.

—Bueno —dijo el noble, al tiempo que se volvía de espaldas a la multitud para dirigirse a los fanáticos en voz baja y tono urgente—, esto es lo que vamos a hacer. —Inspiró profundamente—. Arleth Vann, entrad con Sariya en el santuario lo más rápidamente que podáis. El resto de nosotros avanzaremos hasta el frente de la multitud y atacaremos a los verdugos cuando el anciano se haya dejado ver. En cuanto comience la lucha, se retirará al interior del santuario, donde estaréis esperándolo. Matad a los escoltas y llevádselo de inmediato a Tyran. Mantendremos distraídos a los ejecutores hasta que os hayáis marchado.

Malus miró primero a Sariya y luego a Arleth Vann para asegurarse de que había entendido las instrucciones. Miró al antiguo asesino a los ojos, y éste asintió con brusquedad para acusar recibo de la orden, como había hecho incontables veces en el pasado.

—Marchaos —dijo Malus, y los dos fanáticos se alejaron con rapidez, dando un rodeo en torno a la multitud para evitar la fila de verdugos que se aproximaba.

El noble volvió a mirar a los que quedaban.

—Dispersaos y avanzad hasta el frente de la multitud —ordenó—. Que nadie haga nada hasta que yo dé la orden. —Dicho esto, giró sobre los talones y comenzó a deslizarse a través de la multitud.

Al cabo de pocos momentos, Malus se halló forcejeando para avanzar a contracorriente de una masa que era empujada en la dirección contraria. Los verdugos usaban las armas para obligar a la gente a retroceder, lo que provocaba protestas por parte de los espectadores. Una larga doble fila de guerreros acorazados estaba desplegándose a lo largo de veinte metros por la plaza, ante el santuario. Un numeroso grupo de soldados se encontraba reunido cerca de la entrada de la calle de la que había salido la escolta, para asegurarles la retirada.

El ruido de pies en marcha cesó, seguido por el estruendo de las armaduras cuando los espadachines ordenaron la formación. Malus se detuvo justo antes de la primera línea de espectadores para observar primero a los guerreros y las espadas desenvainadas, y luego intentar ver los escalones del santuario. Justo entonces vio que dos figuras encapuchadas se escabullían dentro del edificio, y supo que Arleth Vann y Sariya estaban en posición.

Un movimiento que se produjo cerca de la entrada de la calle oriental atrajo la atención del noble. Lo único que pudo ver por encima de la fila de soldados fue el extremo de un báculo rematado con oro y una voluminosa capucha roja. ¿Era Rhulan? No había manera de saberlo.

Observó el avance de la figura al otro lado de la línea de verdugos mientras, debajo de la capa, sacaba la espada de la vaina. Malus se movió ligeramente para ocupar una posición casi directamente detrás de un ceñudo druchii alto que miraba con irritación a los soldados del templo.

Vio que el anciano comenzaba a ascender por los escalones, como había previsto, ya que iba a necesitar situarse en un punto elevado para hablarle a la multitud por encima de los soldados. El noble inspiró profundamente y bajó el hombro derecho.

—¡Sangre y almas para el Portador de la Espada! —rugió, y empujó al desprevenido druchii con todas sus fuerzas contra los verdugos. Pillado por sorpresa, el espectador voló hacia los espadachines con un grito de sobresalto, al tiempo que agitaba enloquecidamente los brazos para recobrar el equilibrio; el sorprendido verdugo que tenía delante reaccionó por instinto. Un *draich* trazó un destellante arco a través de la lluvia, el espectador gritó, y una fuente de sangre manó cuando la espada lo cortó casi por la mitad.

El noble atacó en ese preciso momento, mientras el arma del verdugo aún estaba profundamente clavada en el cuerpo de la víctima.

—¡Tienen intención de matarnos a todos! —gritó, y clavó la espada en el desprotegido cuello del verdugo. El espadachín osciló hacia atrás y la sangre corrió por la parte delantera de la armadura. A lo largo de la línea resonaron otros gritos que, con el estruendo del acero, se sumaron al pandemónium.

Malus saltó a la brecha abierta en la formación de los verdugos y se puso a asestar tajos a diestra y siniestra. Le dio al soldado de la izquierda un fuerte golpe en un costado de la cabeza y luego le abrió un tajo en una corva al de la derecha. El verdugo se desplomó con un grito al tiempo que se aferraba la pierna, y el resto de espadachines perdieron el control de sí mismos y atacaron a la multitud que gritaba.

Un *draich* descendió hacia Malus, pero llevaba poca fuerza y el noble lo apartó a un lado con facilidad. La apretada formación de los verdugos conformaba una imponente muralla de soldados y acero, pero les dejaba poco espacio para usar de modo adecuado las largas armas. Acometió al hombre que tenía delante con una finta

dirigida a la cabeza, y luego cambió la dirección del movimiento y descargó la pesada espada sobre la mano del verdugo. Dos dedos cercenados cayeron del guantelete derecho del oponente. Malus casi le hizo caer el *draich* de la mano con un barrido salvaje, y luego estrelló la hoja de la espada contra la cara del verdugo.

En cuestión de un instante, la plaza se había convertido en un estruendoso campo de batalla. Los verdugos atacaban a todo lo que se movía, y los espectadores de la multitud se defendían para intentar salvarse. Los alaridos y el olor a sangre inundaban el aire. El verdugo al que Malus había acometido cayó de rodillas, con el casco abollado por el salvaje golpe del noble, que avanzó y lo degolló con la espada, riendo como un demente en el estruendoso tumulto. Malus sintió que el demonio reaccionaba ante el terror y dolor que lo rodeaban, deslizándose y retorciéndose en torno a su acelerado corazón. Por un fugaz instante estuvo tentado de pedirle al demonio que compartiera con él su poder, sólo por el absoluto placer de derramar sangre. Éste era su elemento. Lo había sabido desde el día en que había rescatado al ejército del Arca Negra de la emboscada del Vado del Agua Negra.

La línea de espadachines se desintegraba. Sin órdenes, algunos avanzaban hacia el interior de la muchedumbre y otros cedían terreno, lo que dividía el contingente en aislados grupos de guerreros. El adoquinado estaba ennegrecido por charcos de sangre, y los druchii tropezaban y resbalaban con los cuerpos caídos y las entrañas derramadas. Malus vio a un verdugo que perdía el equilibrio y caía, y al instante un trío de druchii cayeron sobre él y le golpearon la cabeza y la espalda con trozos de piedra arrancados de la propia plaza.

Un grito sordo atrajo su atención hacia el este, y vio a un verdugo de ornamentada armadura que blandía un *draich* con runas grabadas y le gritaba órdenes al grupo de espadachines que cubría la calle oriental. Cuando entraran en batalla, la lucha acabaría en cuestión de momentos. El noble se dio la vuelta, en busca de algún signo de Arleth Vann y el anciano.

¡Allí! Malus observó que un par de figuras con capa oscura conducían a otro druchii de capa roja hacia la calle del lado sur de la plaza. Nadie les prestaba la más mínima atención en medio del caos de la batalla. Era la única oportunidad que iba a tener.

Tras desenvainar uno de los cuchillos arrojadizos, Malus retrocedió a través de la hirviente turba, inclinado, rodeando a los oponentes que luchaban, para acortar distancias con el trío. Un druchii que sangraba por una herida que tenía en la cabeza y barbotaba de modo incoherente cogió a Malus por un brazo. Con un colérico gruñido, el noble le clavó una estocada en una pierna y lo empujó.

Ya casi habían llegado a la entrada de la calle. Malus aceleró el paso y corrió hasta la periferia de la turba. Tendría que lanzar desde muy lejos, comprendió. Inspiró profundamente, echó atrás el brazo y arrojó el cuchillo con todas sus fuerzas hacia el

anciano que se retiraba.

Al volar en arco hacia el objetivo, el cuchillo era sólo un borrón oscuro contra la niebla gris. Se clavó en la figura de capa roja justo por debajo del omóplato izquierdo. Malus observó cómo la víctima se tambaleaba bajo la fuerza del impacto y luego daba dos traspiés antes de caer boca abajo sobre el adoquinado. Vio que Arleth Vann se volvía al oírlo. Las dos figuras de oscura capa se detuvieron apenas un momento para mirar al caído. Luego, dieron media vuelta y escaparon.

Un grito tremendo resonó desde el otro lado de la plaza cuando otro contingente de verdugos cargó hacia la refriega. Malus no pudo ver qué se había hecho de los fanáticos restantes. Tal vez ya habían abandonado la lucha o yacían entre los muertos que sembraban el empedrado. En cualquiera de los dos casos, ya no eran su problema.

Se encaminó hacia el sur y empujó hacia los lados a otros ciudadanos que huían de los verdugos que se aproximaban. Al acercarse al caído, no obstante, se apoderó de él una curiosidad subyugadora. ¿Era Rhulan? ¿Había tomado la decisión correcta? Por impulso, derrapó hasta detenerse junto al cuerpo y le arrancó el cuchillo antes de hacerlo rodar para mirar en el interior de la capucha.

Se le encogió el corazón.

—¡Madre de la Noche! —maldijo, al mirar los ojos sin vida de Sariya.

8. Revelaciones

La sangre corría por las calles de Har Ganeth y el estruendo de la batalla resonaba por toda la ciudad, donde los guerreros del templo descargaban su furia contra cualquier druchii lo bastante desafortunado como para cruzarse en su camino. Los perseguían y cortaban en pedazos, esparcían sus entrañas para los cuervos y les cortaban la cabeza como ofrendas para el Dios de Manos Ensangrentadas. Daban caza a los esclavos y los descuartizaban como a animales salvajes. Las plazas de mercado se convirtieron en osarios porque los servidores del templo intentaban ahogar su furia en ríos de sangre.

Habían apresado a un anciano del templo, según decían los rumores, lo habían hecho prisionero dentro del terreno sagrado de un santuario de la ciudad mientras sus guardias eran aniquilados por una turba aullante. Nunca se había cometido un crimen semejante en toda la historia del templo. Era un insulto demasiado grande para soportarlo. Durante toda la tarde sonaron trompetas sobre las murallas del templo, y una inundación de druchii de negro ropón corrió por las calles de la ciudad con armas desnudas en las manos, medio locos de cólera y congoja. Las brujas élficas se reunieron con ellos a última hora del día, con los musculosos cuerpos recubiertos de sudor y sangre y los ojos enloquecidos de éxtasis asesino. Olfateaban el aire y aullaban como lobas, con el rostro contorsionado en una máscara de hambre bestial. Y cuando no pudieron encontrar más víctimas para matar en las calles de la ciudad, las Novias de Khaine instaron a los servidores del templo a derribar las puertas de los hogares de los plebeyos y de los lupanares.

Fue entonces cuando la lucha comenzó de verdad. Durante centenares de años, los moradores de la ciudad habían prosperado bajo el terrible gobierno del templo y sangrado por el Señor del Asesinato cuando era necesario. La luz del día estaba consagrada a las necesidades mundanas de la urbe, pero por la noche las calles eran un lugar de sagrada comunión y podían hacerse sacrificios al Señor del Asesinato sin temor a enemistades ni represalias. Las familias nobles ofrecían puñados de esclavos con la esperanza de obtener una buena cosecha o para pedir una maldición contra sus enemigos. Las familias plebeyas, hambrientas de riquezas y poder, se veían forzadas a entregar a miembros de su propia familia con la esperanza de ganarse el favor del Dios de la Sangre. Todos y cada uno de ellos eran presas para los grupos armados que deambulaban por las calles desde el ocaso hasta la aurora en busca de víctimas para saciar la eterna sed del templo.

Se le entregaban las calles al Señor del Asesinato para que las casas de los ciudadanos permanecieran invioladas, según la ley tácita que había permitido que la ciudad sobreviviera durante siglos. Así que cuando los servidores del templo derribaron las puertas de las casas de los plebeyos, no hallaron víctimas atemorizadas

esperando la espada del verdugo, sino que fueron recibidos con hachas y lanzas, como cualquier invasor.

Malus Darkblade, arquitecto del derramamiento de sangre del día, deambuló por las calles de Har Ganeth durante toda la tarde, con el rostro transformado en una máscara de odio y la espada cubierta de sangre. Se tambaleaba como un borracho y mataba a toda cosa viviente que hallara en su camino, furioso consigo mismo y con los locos de la ciudad en que se encontraba.

Arleth Vann se le había anticipado y hecho que el anciano intercambiara su capa con la de Sariya. ¿Acaso había sido una trampa desde el principio, destinada a obligarlo a actuar y mostrarle a Tyran sus verdaderas intenciones? Malus no podía saberlo con certeza, y no estaba seguro de que importara a esas alturas. El anciano estaba indudablemente a salvo en casa de Sethra Veyl, contándole al jefe de los fanáticos todo lo que sabía. Si Rhulan les había hablado a los ancianos del trato hecho con Malus, sería descubierto sin lugar a dudas.

Todo esto había pasado por la cabeza de Malus cuando estaba acucillado junto al cuerpo de Sariya. Luego, lo rodeó la turba que huía, resonaron en sus oídos los gritos de cólera y dolor, y se dejó arrastrar por la desbandada.

Cuando recobró la sensatez, se encontraba sentado en un callejón y rodeado de cadáveres. Le llegaba el estruendo de una batalla desde una plaza situada a pocos metros de distancia. Malus oyó el entrechocar de acero y los gritos de los moribundos, como otro oiría el repiqueteo de la lluvia o el susurro del viento entre los árboles. Tenía el ropón acartonado de sangre y la espada pegada a la mano por capas de porquería seca. El hedor a campo de batalla inundaba sus fosas nasales. Le gruñó el estómago y recordó que no había comido nada en todo el día.

Pasó una sombra sobre el rostro de Malus, que sintió el batir de unas alas contra las mejillas. El cuervo se posó sobre la cabeza de un druchii que se encontraba doblado por la mitad sobre el suelo del callejón, junto a él. El ave lo estudió con un ojo amarillo y lanzó un graznido que sonó a carcajada.

—¡Sangre y almas! ¡Sangre y almas! —gritó el terrible pájaro.

Malus le lanzó un desganao tajo al maldito cuervo, que salió volando entre graznidos. Exhausto, se dejó caer sobre el suelo manchado de sangre, rodó hasta quedar de espaldas y miró hacia la estrecha franja de cielo nublado que se veía entre los edificios del estrecho callejón. Sintió que el demonio se movía en su interior, se frotaba contra sus costillas como un gato contento. La sensación le dio asco.

Ya agotada la cólera, el cansado noble consideró las opciones que tenía. Existía un riesgo muy real de que se descubrieran sus tratos con el templo. Ciertamente, Arleth Vann sospechaba de él, pero puede que el antiguo guardia hubiese obrado sólo por principios generales.

Los fanáticos eran la clave para entrar en el Sanctasanctórum de la Espada. Tenía

que poner a Tyran y a los otros verdaderos creyentes en manos del templo, y eso significaba regresar a la casa de Sethra Yeyl. Tal vez había otros caminos para llegar hasta la *Espada de Disformidad*, pero necesitaría tiempo para averiguar cuáles eran, y el tiempo era algo que no le sobraba.

«Tengo que regresar —pensó, ceñudo—. Tengo que saber qué están planeando. Que Arleth Vann haga sus acusaciones. Mi lengua ya me ha librado antes de situaciones peores.»

Otra sombra se proyectó sobre el campo visual de Malus. Por un momento pensó que el cuervo había regresado, pero luego aparecieron en su campo visual una cara manchada de sangre y un par de hombros. Una mano mugrienta se tendió hacia su pelo, y una destal manchada destelló en la luz del atardecer.

Malus rodó de lado con un gruñido y le clavó una estocada en el pecho al druchii. Éste, que vestía un manchado ropón de comerciante, gimió débilmente y cayó de costado. Llevaba un puñado de cabezas cortadas sujetas al cinturón y una bolsa de cuero llena de monedas, pendientes de oro y brazaletes de plata saqueados. Malus tuvo que admirar el oportunismo del druchii en medio del caos. El noble se apoderó de la bolsa y le cortó la cabeza para asegurarse.

Un graznido de risa resonó por el callejón. El cuervo alzó la cabeza del banquete y le dirigió una mirada de entendimiento.

—¡Cuervo de sangre! ¡Cuervo de sangre! —dijo, burlón.

Malus acertó de lleno al ave con la cabeza del comerciante y la hizo salir disparada hacia el cielo, entre graznidos coléricos, en una explosión de grasientas plumas. «Después de todo, los malditos cráneos sirven para algo», pensó.

El barrio de los nobles estaba relativamente tranquilo después del manicomio en que se habían convertido los barrios más humildes. Era evidente que, incluso en el punto cúspide de la cólera, los seguidores del templo eran lo bastante prudentes como para no amenazar a la nobleza bien armada. A pesar de eso, las altas casas estaban oscuras y tenían los postigos echados, y las calles se hallaban básicamente desiertas cuando Malus recorrió el camino hasta la casa de Sethra Veyl.

Al llegar, no halló fanáticos de guardia ante la puerta blanca. Malus la golpeó con el pomo de la espada, pero no obtuvo respuesta.

—¡Abrid, malditos sean vuestros ojos! —rugió por encima del muro, mientras regresaba la cólera que antes lo había poseído—. ¿Desde cuándo se esconden los verdaderos creyentes detrás de muros de piedra?

Al cabo de unos momentos se oyó que descorrían cerrojos y la puerta se abrió. En la entrada apareció un fanático de blanco ropón que aferraba la espada con una mano de nudillos blancos y clavaba en Malus una mirada feroz.

—Nadie entra esta noche, santo —escupió—, ni siquiera tú. Órdenes de Tyran.

—¡Si Tyran desea dejarme fuera, puede decírmelo él mismo! —gruñó Malus, y

avanzó hacia el druchii. Éste alzó la espada, pero el noble la apartó a un lado con la suya y le dio un rudo empujón en el pecho al fanático. El verdadero creyente cayó de espaldas sobre los adoquines, y quienes lo acompañaban cedieron terreno, pasmados ante el semblante ensangrentado de Malus. Para ellos, era la imagen misma de un ser divino ungido con el rojo vino de la batalla.

Malus alzó la espada y apuntó con ella a los pasmados guardias.

—Aquellos de vosotros que estéis dispuestos a ofrecerle vuestra cabeza a Khaine, sólo necesitáis interponeros en mi camino y estaré encantado de entregaros al dios.

Pero el druchii al que había derribado Malus no era tan fácil de acobardar. Se puso de pie con un grácil salto y una expresión feroz en la cara.

—Veamos, entonces, quién tiene la devoción más grande —dijo, y avanzó con cautela, la espada en posición de ataque—. Acudiré jubiloso junto al Señor del Asesinato, sabedor de que tú no tardarás en seguirme.

—¡Basta! —gritó una grave voz femenina desde el otro lado del pequeño patio—. Guardad las armas y dejad pasar al de Naggor. Veo los espíritus de los muertos que lo rodean. En este día le ha ofrecido un grandioso botín a nuestro dios, y ha castigado a las filas de los blasfemos.

Los fanáticos se apartaron a regañadientes y permitieron que Malus pasara. En los escalones que ascendían hasta la casa aguardaba una druchii cuyo pálido rostro relumbraba en las profundidades de una amplia capucha negra. La bruja de Khaine estudió a Malus con franca mirada de depredador.

Malus atravesó lentamente el patio y reparó por primera vez en que estaba decididamente desierto. Los fanáticos que acampaban en aquel lugar abierto habían desaparecido todos, y se habían llevado sus escasas pertenencias. El noble miró a la bruja con el ceño fruncido.

—¿Dónde está Tyran? —preguntó.

—En otra parte —replicó ella—. Cuando la noticia de la desaparición del anciano llegó al templo, los líderes que quedaban no pudieron contener la furia de sus servidores. En cuanto caiga la noche y su sed de sangre se haya calmado, regresarán a la fortaleza y los ancianos los enviarán contra las casas de los verdaderos creyentes, dondequiera que estén.

—¿Y el anciano que se ha unido a nosotros?

La bruja de Khaine sonrió y dejó al descubierto sus colmillos leoninos.

—Ha demostrado ser digno, santo, y deseoso de ser testigo del Tiempo de Sangre. Nuestro Haru'ann está completo, mientras que el templo continúa desorganizado.

Malus hizo una pausa para intentar dilucidar el pleno alcance de las palabras de la bruja de Khaine. Si sabía tanto y sin embargo le permitía entrar en la casa, estaba claro que los fanáticos aún confiaban en él. O tal vez simplemente no tenían tiempo para encargarse de él porque estaba sucediendo algo más importante. ¿Qué era ese

dichoso Haru'ann del que siempre hablaban todos?

—¿Qué quiere Tyran de mí? —preguntó.

La bruja de Khaine se encogió de hombros.

—Cuando no regresaste con los otros, se dio por supuesto que habías hallado una muerte gloriosa en los disturbios —explicó—. Aquellos de entre nosotros que no tenemos ningún papel que desempeñar en lo que se avecina, saldremos a las calles esta noche y ofreceremos prendas de devoción al Dios de Manos Ensangrentadas. —Volvió a sonreír, y sus ojos felinos relumbraron en la luz del sol poniente—. Esta noche danzaré con muchos, tomaré muchos compañeros y me bañaré en sus fluidos. Puedes danzar conmigo, si lo deseas.

—Eso... eso es todo un honor —logró decir Malus, desconcertado ante la feroz mirada de la bruja—, pero no soy digno de tus atenciones. Para empezar, estoy mugriento.

La bruja de Khaine echó atrás la cabeza y rió, un sonido que excitó a Malus y lo asustó al mismo tiempo.

—Márchate, entonces, como el Señor del Asesinato desea —dijo. La bruja de Khaine bajó los escalones y alzó una mano para reseguirle suavemente la mandíbula con una garra curva—. Otra noche, tal vez —dijo en voz baja—. Recuérdame, santo. Podría no reconocer tu rostro acabado de lavar cuando volvamos a encontrarnos.

Malus avanzó rápidamente por el corredor desierto mientras su mente trabajaba a toda velocidad. Tyran iba a hacer su jugada esa misma noche, de eso estaba seguro, pero ¿qué planeaba?

Llegó a la celda escasamente amueblada que le habían asignado, entró precipitadamente sin molestarse en cerrar la puerta, y se puso a reunir sus pertenencias. No había manera de que pudiera encontrar al jefe de los fanáticos antes de que el plan se pusiera en marcha. Lo mejor que podía hacer era entrar con engaños en el templo y contarle a Rhulan lo poco que sabía. Malus calculaba que podría improvisar el resto a medida que se desarrollara la situación. Y tampoco le quedaba otra alternativa.

Al ir a enrollar las mantas de viaje, se dio cuenta de que, después de todo lo sucedido, aún tenía la espada en la mano. La miró con irritación. «Guarda esa maldita cosa —pensó—. No habrías llegado tan lejos si los fanáticos quisieran matarte.»

Entonces, un escalofrío le recorrió la columna cuando una sombra oscura atravesó la luz a sus espaldas. Malus se volvió justo cuando Arleth Vann atacaba.

El asesino era casi invisible en la habitación mortecinamente iluminada. La única advertencia que había tenido Malus había sido un destello de luz bruja sobre metal cuando las espadas de Arleth Vann reflejaron el resplandor que entraba por la puerta desde el corredor. El noble alzó el arma y apenas logró parar un tajo que le habría abierto la garganta. E; puro instinto desesperado hizo que bajara la espada y parara la

segunda arma del asesino que intentaba asestarle una estocada en el estómago.

Malus retrocedió con rapidez e intentó caminar en círculo hacia la puerta para que la iluminación del corredor lo dejara en contraluz, pero Arleth Vann previó su acción y se movió rápidamente hacia el lado mientras dirigía un torbellino de tajos hacia la cabeza y el cuello de su antiguo señor. El noble paraba un golpe tras otro, pero se veía inexorablemente obligado a retroceder para mantenerse fuera del alcance de los ataques del asesino. Buscó a tientas uno de los cuchillos arrojados mientras el asesino cambiaba otra vez de posición y se fundía con la oscuridad.

El noble sacó la daga tan silenciosamente como pudo, y cambió la forma de empuñarla sobre ella con un gesto seco de muñeca. Se acuclilló y se deslizó cautelosamente hacia la izquierda.

—Continúo infravalorándote, Arleth Vann —declaró—. Jamás preví tu pequeña sorpresa en el Valle de las Sombras, y aquí has estado a punto de hacerme la misma jugarreta. Estoy seguro de que te das cuenta de que no queda honor ninguno que poder reclamar por mi muerte. Por lo que sabe el mundo, morí con el ejército, en el exterior de Hag Graef.

Por un momento, reinó el silencio. Malus aguardó y aguzó el oído para percibir el más ligero sonido. Luego se produjo un movimiento muy leve y Arleth Vann habló con un susurro sepulcral, como un soplo de viento que suspirase a través de las grietas de una tumba.

—También he pensado en eso —dijo—, pero en ausencia del honor, persiste la necesidad de venganza.

Malus se centró en el punto del que manaba la voz y arrojó la daga con todas sus fuerzas antes de lanzarse hacia la puerta abierta. Oyó un discordante tintineo de acero cuando Arleth Vann desvió la daga a un lado y reprimió una maldición salvaje. Llegó al haz de luz proyectado por la iluminación del corredor y se lanzó hacia la relativa seguridad exterior, pero fue brutalmente derribado cuando Arleth Vann lo cogió por la capa manchada de sangre.

El noble se estrelló contra el suelo mientras agitaba la espada enloquecidamente por encima de la cabeza. Sintió que la hoja daba en el blanco y Arleth Vann lanzaba una sibilante maldición. Con la mano libre soltó los broches de la capa y rodó con rapidez a un lado, justo cuando la curva arma penetraba en el suelo de madera en el sitio en que él había estado.

—¿Qué venganza? —le espetó Malus, mientras gateaba hacia atrás—. Podría entender que Silar o Dolthaic tuvieran unos sentimientos semejantes, incluso el canalla de Hauclir, pero ¿tú? Te di una vida nueva cuando huiste del templo. Me lo debes todo. Fuiste tú el falso. ¡Me juraste vasallaje cuando, en secreto, tu primera lealtad era para con estos fanáticos!

Se oyó un silbido en el aire. Un objeto que giraba atravesó la tenue luz y Malus

vio, un segundo demasiado tarde, la espada arrojada hacia él. Intentó bloquear el arma, pero calculó mal la trayectoria. La parte posterior de la curva espada se estrelló contra su antebrazo derecho. El noble sintió que se le partían los huesos y gritó de dolor. Entonces otro golpe hizo que sus dedos entumecidos soltaran la espada. Una mano de Arleth Vann se cerró en torno a su garganta, mientras con la otra sostenía la segunda espada sobre su cabeza.

—¡Mi lealtad para contigo y el templo eran una y la misma! —le espetó Arleth Vann—. Te busqué a lo largo y ancho de Naggaroth. Te serví durante años, observando y esperando en secreto porque estaba seguro de que eras tú. Cuando los autarii desbarataron nuestro ataque en el Valle de las Sombras, pensé que era la voluntad de Khaine y me regocijé. —El asesino se le acercó más, hasta que Malus pudo ver la cólera y la desesperación que relumbraban en sus ojos color latón—. Luego regresé a Har Ganeth y me encontré con que tu hermano Urial estaba en el Sanctasanctórum de la Espada, y me vi obligado a admitir mi error. Había encontrado la casa correcta, pero escogido al hijo equivocado.

Malus forcejeó con la presa estranguladora de Arleth Vann, pero los dedos del asesino se aferraban como una prensa a su garganta. Lentamente, sin remordimientos, el antiguo guardia de Malus bajó la espada y posó la punta sobre el acelerado corazón de su señor.

—No sé cómo obtuviste la bendición de Khaine desde la última vez que te vi —dijo Arleth Vann—, pero cualquiera que sea la piedad que has descubierto aquí, yo te conozco por el embaucador que en realidad eres. Destruyes todo lo que tocas, Malus Darkblade. Por el bien de la fe y en nombre de la bendita venganza, tu vida concluye aquí.

Malus comenzaba a ver puntos luminosos. Desesperado, asió la muñeca de la mano con que Arleth Vann sujetaba la espada, pero el arma descendía inexorablemente, impulsada por una despiadada máquina de odio. Las palabras del asesino resonaban dentro del cerebro del noble: «Te serví durante años, observando y esperando en secreto porque estaba seguro de que eras tú».

La espada de Arleth Vann le perforó la piel. Una claridad gélida centró la mente del noble. «Ya sabes qué debes hacer. ¡Actúa ahora o morirás!»

—¡Tz'arkan! —gruñó Malus, con voz casi inaudible—. ¡Necesito tu fuerza!

Su cuerpo sufrió un espasmo y las venas le ardieron con un torrente de hielo negro que empujó a Malus contra la espada de Arleth Vann. Una ola de cristalino sufrimiento le arrancó un grito estrangulado cuando los huesos partidos del brazo derecho se soldaron. La oscuridad retrocedió cuando las energías del demonio le devolvieron la visión, y el noble vio la expresión de miedo y asombro que se apoderaba de la cara de Arleth Vann.

Malus apoyó la mano derecha contra el pecho de Arleth Vann, y con un solo

empujón lo lanzó volando al otro lado de la pequeña habitación. El noble se levantó como si volara, ingrátido, con las extremidades ardiendo de energías inmundas. Era algo que sabía como vino en sus labios. ¿Cómo había pasado tantos meses sin el toque del demonio? El poder era embriagador. Malus sintió que una risa le inundaba los oídos y pensó que era la suya.

Avanzó hacia su antiguo guardia, deslizándose como humo sobre el suelo. Sus ojos eran como metal fundido que relumbraba en la débil luz. Canalizó el hirviente poder del demonio hacia su voz al hablar:

—Fuiste tú el engañado, Arleth Vann. La fe te abandonó en un momento de prueba, y dudaste de la voluntad del Dios de la Sangre. Yo soy el Azote, el hijo ungido de Khaine, y el Tiempo de Sangre está cerca.

Arleth Vann alzó los ojos hacia Malus y lanzó un grito de pasmo reverencial.

—¡Mi señor! —dijo, al tiempo que se humillaba a los pies del noble—. En verdad que te he fallado. Mi vida está perdida. Mátame por mi debilidad, y arroja mi alma a la Oscuridad Exterior. —Sacó una daga del cinturón y se la ofreció al noble con mano temblorosa.

El gesto dejó a Malus pasmado y sin habla. ¿Qué clase de locura era esta religión que impulsaba a sus devotos a ofrecer sus vidas como corderos?

—Guarda el arma —le espetó—. No me sirven de nada los mártires, Arleth Vann. Si quieres redimirte, sírveme como lo hiciste en otra época, en cuerpo y alma.

Arleth Vann se irguió y alzó los ojos hacia su señor. Las lágrimas brillaron como oro al reflejar el resplandor de los encendidos ojos de Malus.

—Lo juro —dijo—. En cuerpo y alma hasta que la muerte me libere. —Se dobló por la cintura y posó la frente en el suelo de madera.

Los ojos de Malus se entrecerraron con expresión de triunfo. Sólo entonces se dio cuenta de que la risa aún resonaba dentro de su mente.

—Ahora aceptas tu destino, Malus —dijo Tz'arkan—. Sabía que era sólo cuestión de tiempo.

—Háblame de la batalla —dijo Malus, que miraba a través de la estrecha ventana las lunas gemelas que se alzaban en el horizonte oriental—. ¿Qué te sucedió después del ataque contra mi tienda?

Arleth Vann, que estaba curándose el tajo que tenía en el costado de la pierna izquierda, se encogió de hombros y el gesto le provocó una mueca de dolor.

—No hay mucho que contar. Los autarii estuvieron a punto de matarme. Si una de esas flechas se me hubiera clavado un dedo más a la derecha, me habría perforado el corazón —relató—. Perdí el conocimiento cuando me sacaban a rastras del campamento. Desperté más tarde, en un lupanar del barrio de los Esclavistas. Silar me había hecho atender por un cirujano, pero pasaron muchas semanas antes de que me recuperara del todo.

—¿Qué sucedió con Silar y el resto?

—Se dispersaron como cuervos, mi señor —replicó Arleth Vann—. Lo perdieron casi todo cuando llegó la noticia de que habías matado a tu padre. Todo el tesoro que tan duro trabajo le había costado a Silar transportar desde Karond Kar cayó en manos de Isilvar cuando se apoderó de tu propiedad. El nuevo Vaulkhar iba a hacernos matar en el siguiente Hanil Khar, pero luego se enteró de que tú te dirigías hacia la ciudad con un ejército de Naggor detrás de ti. Así que se nos dio la oportunidad de recobrar el honor si regresábamos a Hag Graef con tu cabeza.

Malus asintió para sí, y sintió sabor a bilis en la garganta.

—Yo habría hecho lo mismo, por supuesto. Fue sólo debido a la suerte, que sobreviví.

—Regresamos con las manos vacías, pero Isilvar nos atribuyó, a regañadientes, el mérito de haber causado la distracción suficiente para que el ataque principal fuera llevado a cabo con éxito —explicó Arleth Vann, que se envolvió la pierna con una venda improvisada—. Así que se nos concedió la libertad. Creo que quería parecer magnánimo ante la corte, porque aún estaba intentando ganarse a muchos de los nobles de la ciudad. En cualquier caso, Silar y Dolthaic se marcharon a Ciar Karond con la esperanza de que los contratara un corsario. Hauclir desapareció. Por lo que yo sé, todavía anda por ahí, en tu busca.

El noble frunció el entrecejo.

—¿Isilvar no me creyó muerto?

—Dijo que sí, pero yo dudo de que lo creyera realmente. Nosotros estábamos mejor informados. Los exploradores regresaron con el cuerpo del único hijo de Bale, pero a ti no te encontraron por ninguna parte.

—¿Y cómo hallaste tú mi rastro?

Arleth Vann se volvió a mirar a Malus, con expresión de desconcierto.

—¿Tu rastro? Yo no vine aquí a buscarte a ti, mi señor. Entre los verdaderos creyentes corrió la voz de que Urial había aparecido en Har Ganeth con la Novia de Destrucción. Se ordenó a los fieles que regresaran a la Ciudad Sagrada y lo apoyaran cuando solicitara ante el templo que se llevara a cabo el Ritual del Portador de la Espada.

Malus dio la vuelta y se acercó al asesino arrodillado, mientras consideraba cuidadosamente sus palabras.

—Arleth Vann, hace ya muchos años que me conoces. —Abrió las manos ante sí y sonrió con timidez—. Sabes que jamás fui a adorar al templo. No fue un accidente que Khaine te condujera hasta mí. Necesito un guía para que ilumine el camino en que ahora estoy. —Se arrodilló junto al guardia—. ¿Qué es el Ritual del Portador de la Espada, y por qué el templo es reacto a llevarlo a cabo para Urial?

—La *Espada de Disformidad* está encerrada dentro de antigua brujería poderosa,

de protecciones que sólo pueden anularse mediante un ritual especial, y sólo en presencia del elegido de la profecía —explicó Arleth Vann—. Sólo el Haru'ann puede officiar el ritual, motivo por el que el templo...

—Espera —lo interrumpió Malus alzando una mano—. ¿Qué es el Haru'ann?

Arleth Vann pareció escandalizado.

—El Haru'ann es el consejo de ancianos que sirven al Gran Verdugo —replicó—. El consejo consta de cinco miembros, cada uno con un deber sagrado dentro del templo.

Malus recordó las palabras de la bruja de Khaine, en el exterior de la casa: «Nuestro Haru'ann está completo, mientras que el templo continúa desorganizado». De repente, comprendió qué planeaba Tyran.

Mientras el templo enviaba fuera a los guerreros para atacar las casas de los fieles, los fanáticos iban a escabullirse al interior de la fortaleza para llevar a cabo ellos mismos el Ritual del Portador de la Espada y poner el arma en manos de Urial.

9. La ciudadela de hueso

Todas las piezas encajaban. Malus se dio cuenta de que Tyran había manipulado a los ancianos del templo de manera magistral. El jefe de los fanáticos recurriría a sus agentes del interior para que lo dejaran entrar en la fortaleza junto con su consejo de fanáticos, mientras los guerreros de Khaine luchaban contra el grueso de los verdaderos creyentes en las calles de la ciudad. No habría nada que pudiera impedirles llegar hasta el sanctasanctórum y ejecutar el Ritual de la Espada para Urial.

Malus se puso de pie y comenzó a pasearse por la habitación mientras consideraba su siguiente jugada.

—¿Dónde están ahora Tyran y los ancianos? —preguntó. Arleth Vann se encogió de hombros.

—No lo sé, mi señor. Yo traje al anciano hasta aquí, y encontré a Tyran esperándome en el patio con un grupo de guerreros. Se hicieron cargo del anciano y se marcharon de inmediato.

El noble enseñó los dientes.

—Lo más probable es que se haya escondido en algún lugar cercano al templo, a esperar el momento correcto para hacer su jugada; o podría estar dentro del templo ahora mismo, si se escabulló al interior con los guerreros que regresaron.

—Inspiró profundamente. Sólo quedaba un curso de acción viable que podía tomar—. Tengo que hablar con el Arquihierofante Rhulan —dijo—. ¿Puedes entrar en el templo?

Arleth Vann se apretó bien la venda en torno a la pierna y miró a Malus con el ceño fruncido.

—¿Deseas hablar con los blasfemos? ¿Por qué?

Malus se preparó por si lo que estaba a punto de decir provocaba otra pelea.

—Porque debemos dar la alarma y detener a Tyran y a los suyos antes de que lleguen al sanctasanctórum.

El guardia contempló a Malus durante largos minutos, con expresión insondable.

—¿Por qué querríamos hacer eso? —preguntó al fin.

—Porque Tyran ha unido su suerte a la de Urial —replicó Malus—, y mi medio hermano no se detendrá ante nada para ponerle las manos encima a la *Espada de Disformidad*.

El asesino negó con la cabeza.

—Él no es el elegido. El ritual no funcionará con él.

—¿Piensas que eso lo disuadirá? —preguntó Malus—. Él piensa que se encuentra al borde de la gloria eterna. Cree que puede tomar a Yasmir porque le pertenece. Cuando el ritual fracase, no se culpará a sí mismo, sino a Tyran y a su consejo. Cree

que es el elegido de la profecía, y no se detendrá ante nada para ver satisfechas sus ambiciones, aunque eso signifique destruir al culto en el proceso.

Tz'arkan se enroscó apretadamente en torno a su corazón, y su áspera voz susurró al oído del noble.

—Habla por ti mismo —siseó el demonio.

Arleth Vann meditó largamente las palabras del noble, con expresión angustiada. Finalmente, asintió con la cabeza.

—Hay un modo de entrar —dijo—. Lo conocen pocos, incluso dentro del templo, así que deberíamos poder llegar a los aposentos de Rhulan sin que nos vean. Sin embargo, el camino es largo y llevará tiempo.

—En ese caso, vámonos —decidió Malus, que miró sus pertenencias a medio empaquetar y decidió dejarlas allí. Los objetos verdaderamente valiosos, es decir, el Octágono de Praan, el ídolo de Kolkuth y la *Daga de Torxus*, estaban en el fondo de una alforja sujeta al lomo de *Rencor*. Más tarde podría conseguir otro juego de mantas de viaje y una cantimplora, si era necesario. En ese preciso momento, cada minuto contaba.

Si actuaban con rapidez, podrían atrapar a todos los jefes de los fanáticos en un mismo sitio, lejos de cualquier esperanza de recibir ayuda, y podría proporcionar a los ancianos del templo una gran victoria. En el fondo, no obstante, Malus tenía un plan aún más ambicioso. Si podía llegar al sanctasanctórum cuando los fanáticos estuviesen llevando a cabo el ritual, su presencia permitiría que éste concluyera con éxito. Entonces podría apoderarse de la reliquia, tal vez con ayuda del demonio.

El noble sonrió ceñudamente mientras trazaba sus planes. Valdría la pena sólo por ver la expresión de la cara de Urial.

Arleth Vann condujo a Malus por las calles ya oscurecidas y se encaminaron hacia el sureste, alejándose de la fortaleza. Malus mantenía el paso de su guardia, espada en mano, y observaba con atención calles y callejones. Los sonidos de lucha aún resonaban en las zonas inferiores de la ciudad, y en el horizonte, cerca del distrito de los almacenes, veía un oscilante resplandor de incendios. Basándose en lo que había presenciado a lo largo de la tarde, cuando los guerreros del templo fueran lanzados contra las fortalezas que los fanáticos tenían por toda la ciudad, las cosas se descontrolarían con rapidez.

El asesino condujo a Malus fuera del distrito noble, y siguieron un rumbo zigzagueante por vías sinuosas que descendían inexorablemente por la larga ladera. Por el camino esquivaron grupos de ciudadanos armados salpicados de sangre seca y ebrios de asesinato, en busca de más cabezas que colgar de sus cinturones. En esas ocasiones, Arleth Vann se deslizaba en silencio de una sombra a la siguiente, como un fantasma, sin que los grupos que pasaban lo vieran.

Atravesaron con rapidez el distrito de ocio de la ciudad. Los lupanares tenían

echados los postigos y numerosas cervecerías habían sido saqueadas a lo largo del día. En muchos de estos locales se veían pilas de cabezas recién cortadas en el exterior de las puertas y ventanas rotas. Malus imaginaba a los propietarios, que dejaban que los saqueadores bebieran hasta hartarse, para luego caer sobre los ebrios ladrones con garrotes y cuchillas, decididos a recuperar las pérdidas en carne, si no en dinero.

Después de casi una hora, Malus se encontró en el distrito de los plebeyos, cerca de los grandes almacenes y curtidurías de la ciudad. El hedor acre de los productos para curtir se mezclaba con el humo de los edificios en llamas y le hacía llorar los ojos. Malus creyó oír la llamada de una sola trompeta en lo alto de la colina, e imaginó las grandiosas puertas de la fortaleza que se abrían como las fauces de un dragón para vomitar la cólera del templo sobre la ciudad.

Estaba tan concentrado en este sonido distante, que casi chocó con Arleth Vann. El asesino se había detenido en una zona de profundas sombras, a poca distancia de la entrada de un estrecho callejón, y estudiaba una casa oscura y con los postigos cerrados que estaba situada al otro lado de la calle. Malus se acuclilló junto al guardia y miró el edificio. Le pareció muy viejo y decrepito. Los faroles de luz bruja que había sobre la puerta se había apagado hacía mucho, y en algún momento del pasado había cedido uno de los tres balcones de hierro y dejado profundos surcos en la piedra donde antes estaban las barandillas. La puerta, según vio, era de roble oscuro, y los goznes de hierro eran gruesos y estaban libres de óxido.

—¿Qué sitio es éste? —susurró.

Arleth Vann le dirigió una mirada de soslayo.

—Esta casa es la razón de que el templo escogiera a Har Ganeth como propia. — Avanzó con precaución y miró arriba y abajo de la calle—. No veo guardias. Tal vez se vieron atrapados en la lucha, o quizá el templo se ha vuelto descuidado a lo largo de los años. —El asesino se encogió de hombros—. Sigúeme.

Con rapidez y en silencio, los dos druchii atravesaron la calle iluminada por las lunas gemelas. Al llegar a la puerta, Arleth Vann apoyó una mano sobre la oscura madera y empujó. Se abrió silenciosamente y dejó a la vista una oscuridad abisal.

Malus le dirigió a Arleth Vann una mirada de preocupación.

—¿Ni guardias ni cerraduras?

—Cerraduras obvias, ninguna, pero la casa está muy bien protegida, mi señor. Ten la seguridad de que es así.

El guardia entró cautelosamente en la oscuridad. Malus lo siguió, con las entrañas agitadas por la aprensión. Al atravesar el umbral, sintió un cosquilleo en el cuello y el cuero cabelludo. Tz'arkan se removió.

—Magia antigua —susurró el demonio—. Sabe a podredumbre y sepultura. Ten cuidado, Darkblade.

La oscuridad, fría y húmeda, envolvió a Malus. Se detuvo y esperó durante un momento para permitir que sus ojos se adaptaran. El vestíbulo de entrada de la vieja casa era de techo alto, como muchas de las casas de los druchii, y tres ventanas estrechas dejaban pasar apenas la luz a través de los cristales mugrientos. Ante los ojos de Malus, todo aparecía como diferentes matices de noche. A la derecha se alzaba el fantasmal arco de una escalera, de una oscuridad diferente de la superficie de ébano del suelo. En lo alto, la perfecta bóveda de sombras estaba manchada por burbujas grises que Malus supuso que eran antiguas abrazaderas para lámparas de luz bruja.

Arleth Vann se volvió hacia Malus, y su semblante de alabastro quedó flotando en la oscuridad como un espíritu sin cuerpo.

—Hay una puerta al pie de la escalera. Por ella llegaremos a las celdas —dijo, y desapareció en las tinieblas.

Casi de inmediato, Malus perdió de vista al asesino. Maldijo para sí y desvió la mirada hacia la escalera que apenas veía para luego avanzar con cuidado por el suelo de piedra. Pasados unos momentos, llegó al pie de la escalera y recorrió la pared hasta que casi se dio de bruces contra Arleth Vann, prácticamente invisible. Malus oyó crujir la puerta y sintió una ráfaga de aire más frío y húmedo en una mejilla. Frunció la nariz al percibir el olor a tierra húmeda y podredumbre antigua. La entrada en sí era una mancha de sombra más oscura contra el gris acero de la pared. Percibió, más que vio, que Arleth Vann se deslizaba al interior, y avanzó con rapidez tras él.

Sin previa advertencia, los ojos de Malus quedaron deslumbrados por una explosión de luz verde pálido. Susurró una maldición e intentó protegerse la vista del pequeño globo de luz bruja que ardía en la palma de la mano que Arleth Vann tenía en alto.

—¡No tenía ni idea de que fueras brujo! —exclamó Malus, que parpadeaba de sorpresa. Arleth Vann se encogió de hombros.

—El templo enseña a sus asesinos unas cuantas triquiñuelas: cómo hacer luz, cómo silenciar goznes herrumbrosos, cosas de ese tipo. Nada parecido al conocimiento que posee alguien como Urial.

Se encontraban en una estrecha escalera que descendía hasta otra puerta con herrajes. Arleth Vann descendió lentamente, comprobando cada escalón de piedra con un pie antes de continuar.

—Uno de estos escalones activa una trampa de veneno —murmuró—, así que tienes que seguir mis movimientos con exactitud.

—Pareces saber muchísimo sobre este lugar —comentó Malus, que intentaba seguir los pasos del asesino.

Arleth Vann volvió a encogerse de hombros.

—Así fue como escapé del templo, hace tantos años. —Se detuvo ante el tercer

escalón contando desde abajo, y comprobó la contrahuella con la punta de la bota—. Es éste —dijo, y pasó con cuidado por encima de la trampa, para continuar hacia la puerta. Se oyó un raspar metálico cuando hizo girar la anilla de hierro y empujó la puerta por la que entró una fuerte ráfaga de aire gélido que a Malus lo caló hasta los huesos.

La puerta se abría sobre un descansillo de piedra alumbrado por un oscilante resplandor verde. El asesino apagó la luz bruja que llevaba en la mano y atravesó el umbral. Malus lo siguió de cerca, mientras observaba cómo la respiración se condensaba en el aire helado. Sus botas resbalaron sobre las oscuras piedras ribeteadas de destellante escarcha. Arleth Vann lo cogió inmediatamente por un brazo y lo ayudó a recobrar el equilibrio.

—Cuidado, mi señor —susurró en voz baja—. No os conviene caer justo aquí.

Malus recobró el equilibrio y miró en torno. El descansillo tenía apenas tres pasos de lado y se abocaba a un cavernoso espacio de al menos nueve metros de profundidad. Desde donde estaba veía que la mitad superior del espacio tenía forma cuadrada y estaba revestida de bloques de piedra bien acabados. Desde el descansillo descendía otra escalera que corría pegada a la áspera pared hasta el suelo de la cámara. La fuente de la luz estaba abajo y radiaba hacia lo alto en un oscilante nimbo fantasmal.

Malus zafó el brazo de la presa del guardia y se aproximó con cuidado al borde del descansillo. Abajo vio una franja de piedra oscura y lustrosa, lo bastante ancha para que cuatro hombres caminaran lado a lado, que llevaba hasta una alta arcada abierta en la ladera de la gran colina. La arcada tenía al menos cuatro metros y medio de altura hasta el ápice, y parecía estar hecha de enormes huesos pulimentados que no se parecían a nada que hubiese visto antes. Daba la impresión de que arcada y camino habían sido excavados en la fría tierra. Los montones de roca y tierra retirados de la senda formaban altos terraplenes a los lados, apisonados hasta adquirir la dureza de la roca a lo largo de los siglos. Cuatro barras de hierro de casi cuatro metros de largo habían sido clavadas en cada uno de los terraplenes que flanqueaban el camino para formar un tosco octágono por cuyo centro pasaba la senda.

En las barras de hierro había empalados cadáveres, cuyas oscuras formas marchitas se apilaban unas sobre otras de tal modo que Malus no sabía dónde acababa uno y comenzaba el siguiente. Todos tenían atados los pies y las manos, con las extremidades contorsionadas por los estertores de largas y dolorosas agonías. Hacía mucho tiempo que estaban allí, ya que se hallaban cubiertos del moho sepulcral responsable de la pálida luz que iluminaba el horripilante espacio.

Malus miró a Arleth Vann con asombro.

—¿Qué es este sitio?

—Hace siglos, cuando la ciudad fue fundada, un druchii llamado Cirvan Thel

construyó esta casa —explicó el asesino en voz baja—. Varios años después de que el edificio estuviera acabado, Thel decidió añadirle un nivel inferior destinado a bodega para vino, y los obreros descubrieron el camino. Las piedras del pavimento resistieron todos los intentos de arrancarlas, incluida la brujería, así que Thel ordenó a los obreros que lo siguieran para ver hasta dónde llegaba. Cuando los trabajadores llegaron hasta el túnel del otro lado, una bocanada de aire inmundo entró y los mató en un instante. Thel, que era devoto, lo interpretó como un presagio. Cuando el aire ponzoñoso se hubo disipado lo suficiente para que un esclavo sobreviviera sin sufrir efectos nefastos, Thel y un puñado de sus guardias entraron en el túnel para ver adónde iba.

—¿Y qué encontraron?

—La Puerta Bermellón —replicó el asesino. Señaló el arco—. El pasadizo se adentra profundamente en el corazón de la colina y llega a una cámara circular que podría descender hasta el corazón del mismísimo mundo. En el centro de esa cámara se alza una torre plana desde la que se extiende un antiguo puente de hueso, y en lo alto de la torre se halla la terrible puerta. Nadie sabe quién la construyó ni por qué, pero es de una antigüedad incalculable. —Se volvió a mirar a Malus con ojos atemorizados—. Conduce al corazón mismo de los dominios del Señor del Asesinato.

El noble se sintió desconcertado.

—Khaine es un dios druchii. ¿Cómo es posible eso, si la puerta fue construida en una época anterior a la pérdida de Nagarythe?

Arleth Vann abrió las manos ante sí.

—Thel estudió la puerta y pensó que había sido colocada allí en previsión de nuestra llegada, un regalo del Dios de la Sangre para su pueblo elegido. Les llevó la noticia del descubrimiento a los ancianos del culto, y llegaron de toda Naggarth para estudiar la puerta. Cuando la contemplaron por primera vez, supieron que a partir de ese momento la colina y todo lo que se alzaba sobre ella tenía que pertenecer al culto. Poco después, el Rey Brujo entregó Har Ganeth al templo de Khaine.

Malus miró la arcada de hueso, y una sensación de miedo le heló las entrañas.

—Urial habló de la Puerta Bermellón cuando regresábamos del Islote de Morhaut. La usó para llegar hasta Har Ganeth.

El asesino asintió con la cabeza, pensativo, como si el noble hubiese respondido a un enigma preocupante.

—Algunos de los textos de la biblioteca del templo afirman que el auténtico discípulo de Khaine puede valerse del poder de la puerta sin importar en qué lugar del mundo se encuentre. Puede llegar hasta la caverna de debajo de la colina de un solo paso, si hace las ofrendas adecuadas. Hay espíritus que protegen la puerta de los indignos, y si el que la atraviesa no les proporciona sustento, le cobran un precio terrible.

—Él los recompensó ampliamente —gruñó Malus, mientras pensaba en la carnicería de la cubierta principal del vapuleado barco corsario—. Y por lo poco que vi, programó la llegada para que hubiera una multitud de adoradores esperando al otro lado.

El asesino se encogió de hombros.

—Con cada luna nueva, los ancianos del templo se reúnen ante la puerta y celebran sagradas ceremonias de veneración. Si Urial salió por la puerta, y nada menos que con Yasmir tras de sí, tiene que haber parecido algo de lo más portentoso. —Se volvió y avanzó hacia la estrecha escalera que descendía hasta el fondo de la caverna.

Malus lo siguió con precaución a través del descansillo, e inició el largo descenso. Las contrahuellas destellaban a causa de la escarcha. Cuando tendió una mano para apoyarse en la pared mientras bajaba, se encontró con que estaba cubierta por una fina capa de hielo.

Sentía un hormigueo en la piel mientras bajaban lentamente. La caverna estaba inundada de energías brujas.

El noble se aclaró la garganta.

—Respecto a Urial... —comenzó.

Arleth Vann lo interrumpió con una mano alzada.

—Silencio —dijo, con una voz que era apenas un susurro—, estamos a punto de pasar ante los guardianes.

La escalera acababa al borde del camino. Al hallarse cerca, Malus vio que las piedras del oscuro sendero eran como bloques de obsidiana pulimentados como espejos. Parecía que cada piedra tenía un defecto: una ligera mancha pálida en el centro. Las formas eran borrosas, pero había el suficiente juego de luces y sombras para que los objetos adquirieran la calidad de caras vivientes. Perplejo, Malus comenzó a inclinarse para verlas más de cerca, pero la voz del demonio sonó áspera en sus oídos.

—Si en algo valoras tu cordura, mortal, no mires más —le recomendó Tz'arkan con frialdad—. Hay algunas cosas que ningún druchii, ni siquiera tú, está destinado a conocer.

El noble se enderezó con sobresalto. Arleth Vann ya se estaba alejando y llegaba a la primera de las largas barras de hierro, con la cabeza inclinada y las manos metidas dentro de los ropones.

Malus avanzó tan rápidamente como se atrevía para seguirlo, justo cuando el asesino llegaba a la primera barra. De repente, el aire se vio inundado por un lastimero coro de lamentos que salían por las ennegrecidas bocas de los cadáveres ensartados.

Un escalofrío de terror recorrió la espalda de Malus. Había oído ese sonido en una

ocasión anterior, en las profundidades de la torre de Urial.

El noble miró con miedo la pértiga de hierro que estaba a su derecha. De las bocas abiertas y las vacías cuencas oculares de los empalados manaba una niebla pálida cuyos jirones danzaban y ondulaban en un viento espectral para adquirir la forma de pálidas figuras delgadas con largos dedos y rostro demacrado. Los ojos eran globos del más puro azabache, desalmados y crueles.

—¡Los maelithii! —jadeó Malus.

—No tengas miedo —susurró Arleth Vann—. Aparta los ojos de ellos y recorre el sendero antiguo. No se les permite causarle daño alguno a los que tienen sobre sí la bendición de Khaine.

Malus apartó los ojos y los clavó en las piedras negras por las que caminaba. No se dejarían engañar por sus ojos alterados por la magia. Se imaginaba a los maelithii echándose encima de él, clavándole los negros colmillos y devorando su fuerza vital. Cuando acabaran con él, su piel tendría el color de un moretón oscuro, el negro azulado de un cadáver que ha permanecido durante meses en la nieve.

Los vengativos espíritus silbaban y aullaban por encima de la cabeza de Malus, acercándose cada vez más. Comenzaron a temblarle las piernas. No había manera de defenderse de esos espíritus: las espadas pasaban a través de ellos y, para colmo, el brazo quedaba entumecido y congelado. Luchó contra el impulso de dar media vuelta y correr hacia la escalera, mientras se preguntaba si aún quedaba mucha distancia hasta la arcada.

Uno de los maelithii lanzó un grito agudo y descendió hasta acercársele tanto que Malus sintió que se le formaban vetas de escarcha en el negro cabello. Otros maelithii comenzaron una cacofonía de lamentos a modo de réplica. «¡Lo han descubierto!», pensó.

Malus sintió que una aguja de hielo se le clavaba en una mejilla, y con la misma rapidez percibió que el demonio se desenroscaba dentro de su pecho como una víbora sobresaltada. Tz'arkan les bramó a los maelithii un desafío que hizo estremecer a Malus, y los funestos espíritus se retiraron entre lamentos plañideros.

El noble aceleró el paso, sin preocuparse de si pasaba por encima de Arleth Vann en el proceso. Los lamentos de los maelithii se alejaban con cada paso. Luego, sin previo aviso, se vio rodeado por una inundación de luz bruja. Cuando alzó la mirada, Malus vio que estaba junto a su guardia, justo al otro lado de la alta arcada de hueso pulimentado.

Arleth Vann miraba en la dirección por la que habían llegado y observaba a los ocho maelithii que volaban en círculo en el centro del octágono.

—Parecen interesados en ti, por alguna razón —le dijo a Malus—, y han gritado de miedo. Nunca he oído nada parecido.

Malus se volvió a mirar a los atormentados espíritus.

—Intentaban apoderarse de algo que pertenece a otro —replicó, ceñudo.

El asesino frunció el entrecejo.

—No te entiendo.

—Considérate afortunado por ello —replicó Malus, e hizo un gesto hacia el oscuro pasadizo—. Vamos.

El pasadizo parecía interminable. La luz bruja de Arleth Vann apenas llegaba a las curvas paredes de ambos lados. A Malus le pareció que estaban hechas de una oscura piedra granulada, como granito, pero formada por bucles y franjas, como si el túnel hubiese sido tejido con piedra en lugar de excavado en ella. No entendía cómo había podido hacerse algo semejante, ni mucho menos por qué. Las extrañas formas creaban muchos rincones, nichos y grietas entre las ásperas ondas de la obra de piedra, y a lo largo de los siglos los adoradores de Khaine habían llenado esos sitios con ofrendas dedicadas al dios. Miles de cráneos miraban con sonrisa burlona a los dos druchii que se adentraban en la colina. Unas manos esqueléticas parecían tenderse para cogerlos en la oscilante aura de la luz bruja. Malus vio huesos de piernas y vértebras, costillas y omóplatos, todos dispuestos para que se fundieran casi perfectamente con las líneas aparentemente fluidas de la obra de piedra. Los muertos presionaban a Malus por todas partes y le aceleraban el corazón. Intentó concentrarse en otra cosa y recordó la pregunta que había comenzado a formular en el exterior de la arcada.

—¿Por qué el templo no quiere que Urial posea la espada?

Arleth Vann se detuvo para volverse a mirar a su señor con una sonrisa triste.

—Si alguna vez te hubieras interesado en la religión, mi señor, no tendrías que hacer una pregunta semejante —replicó—. Por lo que al templo concierne, ya le han dado la espada a otro.

—¡Otro! —exclamó Malus—. ¿Quién?

El asesino negó con la cabeza.

—¿A quién? A Malekith, por supuesto.

—¿Piensan que Malekith es el Azote? ¿Cómo es posible?

Para sorpresa de Malus, Arleth Vann echó atrás la cabeza y rió.

—Con lo inteligente que eres, mi señor, me asombra que tengas que hacer esa pregunta. ¿Cómo crees que llegó a existir el templo de Khaine?

Malus frunció el ceño. No le gustaba mucho el tono paternalista del asesino.

—Malekith usó el culto para consolidar su gobierno después de la pérdida de Nagarythe —le espetó—. Tenían todas las razones del mundo para odiar a las antiguas casas, que adoraban a Slaanesh y los habían perseguido durante cientos de años. Malekith enaltecía al templo, lo convirtió en religión estatal, y a cambio el templo lo ayudó a desbaratar el poder de los brujos y asesinar a cualquier rival del trono.

Arleth Vann asintió con la cabeza.

—Exactamente, mi señor, pero debes entender que el culto de aquellos tiempos no era como el templo de ahora. Cuando piensas en el templo, ves personas como tu medio hermano Urial, pero en aquellos tiempos eran verdaderos creyentes, como Tyran. Se trataba de devotos absolutos consagrados a las enseñanzas puras del Señor del Asesinato, y herederos de siglos de persecución.

—Eran fanáticos —dijo Malus—, y supongo que les importaban poco Malekith y sus juegos de poder.

El guardia le dedicó una de sus raras sonrisas.

—Ahora comienzas a entenderlo. Sin embargo, los ancianos del templo vieron lo mucho que podían ganar con la oferta de Malekith: poder, legitimidad, riqueza e influencia, pero tenían que hallar un modo de convencer a sus seguidores de que la alianza cumplía con la voluntad del Dios de la Sangre.

—Así que afirmaron que Malekith era el Azote de Khaine.

—En efecto. Desde que los druchii se aposentaron en Naggaroth, el templo les ha enseñado a sus seguidores que Malekith es su señor incuestionable porque es el elegido Azote de Khaine. Cuando llegue el momento, acudirá a Har Ganeth para casarse con la Novia de Destrucción. Entonces empuñará la *Espada de Disformidad* de Khaine y anunciará el Tiempo de Sangre. Cualquier otra cosa constituye una herejía.

10. Fe y asesinato

Malus, sin habla, se quedó mirando fijamente al guardia.

—¿Quieres decir que todo esto está construido sobre una mentira? ¿Que los seguidores del templo vendieron su fe a cambio del favor político?

Arleth Vann asintió con la cabeza.

—¿Eso te molesta?

El noble ladeó la cabeza con aire pensativo.

—De hecho, es más bien tranquilizador. Al menos esas motivaciones tienen sentido para mí, pero está claro que no todos los fieles creyeron en la autenticidad del pronunciamiento de los ancianos.

—No —respondió el guardia—. Los ancianos presentaron el caso de manera impresionante, por supuesto, resaltando las numerosas enigmáticas profecías que parecían apoyar la afirmación. Una mente tortuosa puede hacer que las palabras de un oráculo encajen con lo que le dé la gana, si se esfuerza lo suficiente, pero no bastó. Varios jefes del culto y sus discípulos vieron el engaño en los argumentos de los ancianos, y se negaron a participar en la alianza a pesar de los beneficios. El debate continuó durante años, pero el templo naciente siguió creciendo y ganando legitimidad. Finalmente, los verdaderos creyentes se dieron cuenta de que su poder mermaba con rapidez. Si no actuaban pronto, los ancianos y sus blasfemias echarían raíces demasiado profundas como para poder arrancarlas.

—Y se decidieron por la lucha.

El asesino asintió con la cabeza.

—Sí, lucharon. En la culminación de una festividad sagrada de una semana de duración, el *Draich na Anlar*, los jefes del cisma reunieron a sus seguidores y atacaron a los ancianos en plenas consagraciones. Sin embargo, el intento fracasó. Algunos eruditos sugieren que los jefes del cisma fueron traicionados, mientras que otros lo atribuyen a la intervención divina. En cualquier caso, nunca se volvió a ver ni oír nada de los cinco verdaderos creyentes que entraron en el templo para matar a los ancianos blasfemos. Otras confrontaciones que se produjeron por la ciudad degeneraron en disturbios caóticos que acabaron con miles de vidas. Las luchas continuaron durante toda la noche por las calles, y al romper el día la Ciudad Blanca estaba teñida por ríos de sangre. A continuación, los ancianos del templo no dejaron piedra sin mover en busca de los jefes del cisma y sus aliados, y a los que encontraron los arrastraron hasta la calle y los decapitaron allí mismo. A ese hecho se debe que Har Ganeth haya acabado por ser conocida como la Ciudad de Verdugos.

—¿Y los supervivientes?

Arleth Vann se encogió de hombros.

—Huyeron de la ciudad y se dispersaron por toda Naggaroth y aún más lejos para

mantener viva la fe verdadera. Sabían que antes o después aparecería el auténtico Azote, y entonces habría otro día de ajuste de cuentas con los blasfemos.

—Así que los fanáticos volvieron a sus raíces y adoraron en secreto como habían estado haciéndolo desde tiempos inmemoriales.

El asesino asintió con la cabeza y reanudó la marcha por el largo túnel.

—Era la forma correcta de hacerlo, de todos modos. Khaine no es un dios para adorar en un templo, sino en el campo de batalla o junto al camino. Nos elevamos al poner a prueba nuestra fuerza ante otros y arrebatarles la vida con destreza y osadía.

Malus echó a andar tras su guardia mientras rememoraba el constante entrenamiento y la superlativa destreza de los fanáticos.

—¿Así que Khaine es, en realidad, un dios de combate?

—No, es un dios de muerte —replicó Arleth Vann—. ¿Cuál es el poder más grande que puedes tener en el mundo?

Malus se encogió de hombros.

—El poder de un rey.

El asesino bufó.

—Un rey puede morir en el campo de batalla como cualquier otro. Piénsalo mejor.

—La condenada brujería, entonces.

Arleth Vann negó con la cabeza.

—No, es más sencillo que eso. En este mundo, el poder más grande es la capacidad de poner fin a la vida. Lo único que todos compartimos, ya se trate de un esclavo o del mismísimo Rey Brujo, es un corazón palpitante. El poder para detener ese latido con un solo golpe es lo que más nos acerca a Khaine. Nos convertimos en dioses que tienen en las palmas de las manos las vidas de quienes los rodean. ¿Lo ves?

—Creo que sí —reconoció Malus—. Es el propósito de los verdugos, supongo.

El asesino asintió con la cabeza.

—En los tiempos anteriores al templo, cada uno de los adoradores de Khaine era un verdugo: una Espada de Khaine. El verdadero creyente mataba a sus oponentes con un solo golpe perfecto que convertía en gesto de adoración, y aumentaba su poder con cada enemigo que mataba en batalla. No fue hasta después de la fundación del templo que los verdugos se convirtieron en una secta aislada, debido a que los ancianos necesitaban acólitos que se dedicaran a prácticas pecaminosas como la recolección del diezmo.

—¿Y las brujas del templo?

Arleth Vann le lanzó a Malus una mirada de soslayo por encima del hombro.

—Ellas sufrieron la peor degradación de todas. En otros tiempos, eran sanguinarios oráculos de Khaine y las que imponían la divina voluntad del Dios de la

Sangre. Tenían el poder de invocar a las almas de los caídos y compartir su poder. ¿Y ahora? Ahora son degeneradas que remedan con drogas y lastimosa nigromancia las glorias de sus antecesoras. Tú has visto auténticas brujas de Khaine, mi señor. ¿Acaso las brujas del templo pueden compararse con la terrible majestad de aquéllas?

—No —admitió Malus—, desde luego que no. ¿Qué sucedió?

El asesino se encogió de hombros.

—Las brujas de Khaine intentaron mantenerse apartadas de las riñas durante los primeros años del cisma. Las novias de Khaine no se ocupaban de conflictos tan insignificantes. Cuando los verdaderos creyentes tuvieron que abandonar la ciudad y los ancianos confinaron en templos al resto del culto, su prestigio disminuyó gradualmente. Hace al menos dos mil años que una auténtica bruja de Khaine no sirve en el templo.

Mientras caminaban, Malus comenzó a reparar en estrechas entradas abiertas en la extraña obra de piedra de las paredes del túnel. Los marcos estaban hechos de mármol blanco pulimentado y tenían grabadas intrincadas runas en druchast arcaico. Junto a los relieves extrañamente ondulantes de las paredes, estas construcciones más recientes parecían toscas y poco elegantes por comparación.

—¿Qué son? —preguntó.

—¿Eso? Son tumbas —dijo el guardia—. El templo siempre ha enterrado a los fieles, a pesar del edicto de cremación del Rey Brujo. Tal vez los ancianos veneren a los espíritus de los muertos con la esperanza de que intercederán en su favor cuando Khaine descargue su cólera contra ellos. —Con la mano libre hizo un gesto para abarcar las entradas—. Toda la colina está acibillada de complejos de tumbas, y se adentran profundamente en la tierra.

Los dos druchii avanzaron en silencio durante un rato por el oscuro túnel, pasando ante las entradas de las tumbas. Algo en la composición de la piedra silenciaba los pasos, y durante un tiempo fue como si hubiesen dejado atrás el mundo físico y caminaran como fantasmas por un inframundo olvidado. Malus consideró la trascendencia de todo lo que le había contado Arleth Vann. Explicaba en gran medida el extraño comportamiento del templo..., pero su mente no dejaba de volver sobre el encuentro con Rhulan y la expresión desconfiada de la cara del anciano. «La afirmación de Urial pone en duda toda la historia del templo», pensó el noble, lo cual daba amplias razones para mantenerlo recluido y buscar un modo de silenciarlo. Sin embargo, eso era una evidencia en sí misma para cualquiera que estuviera familiarizado con el dictamen del templo. «Aquí sucede algo más —decidió—. Los ancianos tienen un secreto que nadie, ni siquiera los fanáticos, sospecha.»

Arleth Vann se detuvo. Malus miró en torno y vio que acababan de llegar a un lugar en el que dos escaleras —una ascendente y la otra descendente— habían sido talladas en la roca viva a ambos lados del oscuro túnel.

—No nos adentraremos más en la colina. La Puerta Bermellón está cerca, y siempre se halla bien guardada por un destacamento de brujas y verdugos. —Señaló la escalera ascendente—. Aquí es donde el viaje se vuelve arduo.

Malus miró la escalera.

—¿Más guardias espirituales?

Arleth Vann negó con la cabeza.

—No. Sólo cientos y cientos de escalones.

Malus perdió toda noción del tiempo mientras ascendían por la escalera de caracol. El recorrido se transformó en una sucesión de resonantes pasos y sombríos rellanos que daban a antiguas galerías y laberínticos pasadizos que conducían hasta tumbas mohosas. La colina del templo era un laberinto más vasto y complejo que cualquier cosa que hubiese visto jamás; incluso la torre del brujo demente, Eradorius, parecía más pequeña y menos complicada por comparación. Entre jadeos, el noble reflexionó sobre el hecho de que había resultado ser una gran merced que su camino se hubiera cruzado con el de Arleth Vann. A solas, podría haber estado deambulando a tientas por la colina y sus pasadizos hasta que los mares se secan.

Continuamente inspiraba la seca niebla de polvo de hueso que flotaba en el aire, ya que siglos de servidores del templo se pudrían en los nichos y huecos de debajo del grandioso templo. El polvo le causaba picor en la nariz y le dejaba sabor a sepultura en la garganta.

Al fin, salieron a una sala bien iluminada donde brillaba el fuego verde de las lámparas brujas. Se encontraban en un amplio espacio de abovedado techo bajo, prácticamente una plaza subterránea si se la comparaba con los estrechos pasadizos y la escalera que acababan de recorrer. Malus reprimió el impulso de masajearse las temblorosas piernas doloridas.

—¿Dónde estamos? —preguntó de inmediato.

—Nos encontramos en las cámaras que están situadas debajo del templo —respondió Arleth Vann, que observaba los numerosos pasadizos que partían desde la estancia—. Desde aquí podemos llegar a casi todos los edificios principales del interior de la fortaleza. Incluidos los aposentos privados de los ancianos.

Malus asintió con la cabeza y apretó los dientes a causa del lacerante dolor de las rodillas.

—Muy bien. ¿Dónde es probable que encontremos a Rhulan, en este momento?

—Cuando los ancianos no ofician rituales, normalmente se retiran a sus aposentos —le informó el asesino—. Sin duda para reflexionar sobre asuntos de fe —añadió con una sonrisa burlona.

—Sí, pero ésta no es una noche normal. Un anciano ha desertado del templo. Puede que la historia que corre por la calle sea que lo han secuestrado, pero imagino que el resto de los ancianos conocen la verdad. Los guerreros han salido a las calles

para luchar contra los verdaderos creyentes, y el consejo sagrado continúa inoperante. ¿Adónde suelen ir los ancianos cuando celebran cónclaves?

—A las cámaras del consejo que están en la Ciudadela de Hueso —respondió Arleth Vann—, pero si se encuentran reunidos allí, estarán bien protegidos.

—Pensaba que los asesinos del templo eran supuestamente invisibles —le espetó el noble.

—Cuando la situación así lo exige —respondió el guardia con frialdad—. ¿Mi señor puede decir lo mismo?

Malus le lanzó una mirada dura.

—Limitate a acercarnos cuanto puedas. Ya improvisaremos cuando estemos allí.

—Te refieres a que mataremos a cualquiera se interponga en el camino.

—Sí, es lo que he dicho.

Arleth Vann le dedicó otra de sus fantasmales sonrisas.

—Es bueno saber que algunas cosas nunca cambian. Sígueme, mi señor.

El asesino condujo rápidamente a Malus afuera de los túneles bien iluminados de debajo del templo hasta malsanos pasadizos llenos de telarañas y por cuyas paredes goteaba agua fangosa. No hizo intento alguno de encender otra vez la lámpara mágica, cosa que obligó a Malus a agacharse y seguir el casi indetectable sonido de los pasos del guardia. De vez en cuando cruzaban corredores más transitados, y en una o dos ocasiones el noble percibió conversaciones susurradas de los sirvientes del templo que llevaban a cabo tareas nocturnas. En cada ocasión, Arleth Vann se detenía en el cruce y escuchaba durante unos momentos para determinar los movimientos de los sirvientes antes de atravesar silenciosa y rápidamente el pasadizo hacia la oscura boca del túnel situado al otro lado. Malus se sentía como una rata dentro de las paredes de una gran casa de la ciudad, correteando de una sombra a otra para evitar a las serpientes del dueño del edificio.

Tras casi una hora, Arleth Vann se detuvo a pocos pasos del final del pasadizo y desenvainó las espadas gemelas, tras lo cual se volvió a mirar a Malus.

—A partir de aquí, yo voy por delante —susurró el asesino—. Aguarda tres minutos y luego sígueme.

Malus frunció el entrecejo.

—¿Tres minutos? ¿Cómo voy a saber hacia dónde has ido?

El asesino miró a Malus por encima del hombro.

—Sigue el rastro de cadáveres —dijo con dureza. Luego salió del pasadizo y se escabulló hacia la derecha.

Malus desenvainó la espada. Sentía las piernas pesadas como el plomo tras el largo ascenso por el corazón de la colina, y la perspectiva de luchar lo colmaba de una especie de exhausto temor. «Debería beber del poder del demonio —pensó—. Sólo un poco, para que me diera fuerzas y me librara de la condenada fatiga.»

Apenas pasó el pensamiento por su cabeza, cuando una ola de temblores le recorrió el cuerpo. Las entrañas se le retorcieron de ansia al pensar en la gloriosa vitalidad gélida del poder del demonio.

—¡Madre de la Noche! —jadeó, al caer con una rodilla en tierra. El hambre parecía insaciable, y su mente retrocedió con terror ante ella.

Pasaron varios minutos antes de que el temblor disminuyera y dejara a Malus aún más débil que antes. Tenía la cara y el cuello bañados de sudor frío y un nudo en las entrañas. El noble aferró con fuerza la espada y se concentró en la tensión de los nudillos y el duro contacto de la empuñadura que se le clavaba en la palma de la mano. Mediante un esfuerzo de voluntad, volvió a ponerse de pie. Una terrible sensación de presagio pesaba sobre él. ¿Acaso el reciente silencio del demonio no había sido más que la infinita paciencia de un depredador que sabía que la presa se encontraba a un solo paso de la destrucción? «Madre bendita, ¿habré ido demasiado lejos? —se preguntó—. ¿Estoy ya completamente en poder del demonio, en cuerpo y alma?»

El demonio se apretó contra sus costillas.

—¿Te sientes mal, Malus? —la voz de Tz'arkan se deslizó dentro de sus oídos como dulce veneno—. Los ancianos del templo esperan. ¿Deseas mi ayuda?

«Sí», pensó Malus. Se mordió los labios para que las palabras no escaparan por ellos. Su mente era un torbellino de horror y repulsión. Otra ola de temblor le recorrió el cuerpo tenso.

—Vamos, no seas orgulloso —susurró el demonio—. Percibo tu debilidad, pequeño druchii, tu necesidad. Si te presentas así ante los ancianos, verán lo débil que eres. Deja que te devuelva la fuerza.

Malus sintió sabor a sangre. Se mordió los labios con más fuerza aún para que el dolor avivara el fuego de su odio. «Con el odio, todo es posible», se dijo.

—No... no quiero nada de ti —jadeó, y un hilo de sangre le bajó por el mentón—. Nada, ¿me oyes?

El demonio rió entre dientes, engreído y tranquilo.

—Eso es fácil de decir cuando estás solo y a oscuras —dijo Tz'arkan—. No tienes ni idea de lo lastimoso que es tu aspecto. Si los ancianos te ven así, se te reirán en la cara. ¿De verdad es lo que quieres?

Gruñendo como una bestia herida, Malus obligó a su cuerpo a moverse: un paso, y luego otro. El odio hervía en su corazón, un fuego débil comparado con el gélido torrente del poder del demonio, pero a pesar de ello le daba energía. Enseñó los dientes manchados de sangre y escupió sobre el suelo de piedra.

—Verán lo que yo quiera mostrarles —dijo, mientras sentía que recobraba un poco de su antigua fuerza—; nada más y nada menos.

—Por supuesto —replicó el demonio con tono paternalista—. Debería haber

adivinado que dirías algo así. Tal vez podrías arreglártelas durante un rato más sin mi ayuda, pero recuerda esto: muy pronto llegará un momento en el que te encontrarás con una apremiante necesidad de mi poder. Pídelo, y será tuyo.

Malus salió con paso vacilante del oscuro pasadizo y parpadeó como un búho en la luz del corredor. A la derecha, a menos de tres metros de distancia, había un sirviente del templo tendido boca abajo sobre un creciente charco de sangre. Había muerto sin hacer el más leve ruido.

El noble inspiró temblorosamente, horrorizado porque de pronto sentía que no estaba a la altura de la tarea que tenía por delante. Estaba convencido de que le había sacado ventaja a Tz'arkan, pero durante todo ese tiempo el demonio simplemente había esperado su momento, como una araña que aguarda en el centro de su tela invisible.

«No todo está perdido, de momento —pensó—. Aún estoy vivo. Aún tengo la espada y el anillo de mi madre; y mi odio, siempre mi odio. ¡Madre Oscura, haz que baste con eso!»

Lamiéndose la sangre amarga de los labios, Malus partió tras el rastro del asesino.

Arleth Vann había cumplido con su palabra y dejado una senda de muertos que habría podido seguir un ciego. Malus pasó junto a más de una docena de servidores del templo, tendidos en corredores y cruces como si los hubieran matado mientras caminaban. En un caso pasó ante un trío de cadáveres que se mantenían verticales al apoyarse unos en otros, y Malus fue asaltado por la imagen del asesino de pálido semblante que pasaba entre el apretado grupo y los mataba con tal rapidez que caían casi al mismo tiempo. La sobrenatural destreza de Vann llenó a Malus de admiración, al tiempo que le recordó su propio estado desastroso.

Por último, Malus se halló en el extremo de un corredor de pálido mármol que relumbraba bajo globos de luz bruja. Al otro extremo aguardaba una puerta abierta ante la que había una pila de guardias acorazados. El noble pasó entre el enredo de cuerpos revestidos de acero, y sus pasos sonaron pegajosos al atravesar un enorme charco de sangre que se coagulaba.

Al otro lado había una sala estrecha dominada por una corta rampa que ascendía hasta una estancia amplia y resonante. Arleth Vann esperaba al pie de la rampa, rodeado por media docena de servidores muertos. El asesino se había detenido a limpiar las espadas gemelas con un jirón de tela arrancado de uno de los cadáveres. Tenía el pálido semblante salpicado de sangre e inquietantemente sereno. El rugido de decenas de voces iracundas procedentes de la estancia de lo alto de la rampa de piedra bañó a Malus en hirvientes oleadas.

—¿Dónde... dónde estamos? —tartamudeó el noble, que alzó la voz para hacerse oír por encima del escándalo.

—Justo delante de la cámara del consejo —replicó Arleth Vann—. Ésta es la sala

a la que traen a los demandantes que no logran presentar persuasivamente su caso ante el consejo.

En ese momento, un proyectil se estrelló contra la parte superior de la rampa con un sonido sordo, y rebotó al bajar por ella y pasar junto al asesino. Malus captó la furiosa expresión de la cabeza decapitada que rodaba por el suelo.

El guardia alzó la mirada de las espadas que estaba limpiando.

—¿Te encuentras bien, mi señor? Pareces...

—Supongo que tengo aspecto de haber salido de una sepultura, considerando la ruta por la que nos has traído —le espetó Malus—. Es un milagro que pueda ver después de todas las telarañas que he atravesado. —Bajó la mirada hacia el macabro trofeo y le dio una salvaje patada. Este *Rencoroso* gesto lo animó un poco—. Estoy bien —dijo, con una voz a la que dio un toque acerado—; sólo vejado por la estupidez de los sacerdotes. —Sin decir nada más, pasó junto al guardia y comenzó a subir la rampa con la espada sujeta a un lado.

Por un momento, Malus tuvo la certeza de que Arleth Vann lo había conducido al sitio equivocado. Se encontró cerca del vértice de una sala ovalada y rodeada por una galería que ascendía en gradas hasta al menos seis metros. Hombres y mujeres abarrotaban las gradas, gritando y agitando los puños hacia el alboroto que reinaba en el centro de la sala. El aire olía a sangre y se estremecía con el estruendo de una plaza de lucha del distrito de ocio de la ciudad. A menos de diez metros de Malus, más de una veintena de druchii se empujaban, daban puñetazos y abrían tajos unos a otros. En el centro de la refriega, dos druchii de edad más avanzada forcejeaban entre sí, con la cara contorsionada por un odio bestial. En los puños de blancos nudillos temblaban cuchillos de hoja ancha y ambos intentaban sacarle ventaja al contrario. Cada uno de ellos vestía ricos ropones rojos y kheitan del más fino cuero tachonado de oro y piedras preciosas. Los guardias de los dos lucían ropas apenas menos adornadas, y la lucha había dejado una fortuna de oro y gemas esparcidos sobre el suelo de mármol. Los heridos se alejaban a traspiés o a rastras de la refriega, con las manos sobre las heridas, mientras gritaban palabras de aliento a sus bandos respectivos. Un puñado de cadáveres yacía, olvidado, entre los combatientes.

Malus alzó la mirada hacia la galería y se dio cuenta de que la muchedumbre estaba compuesta por ancianos de ropas aún más lujosas y sus sirvientes. En la grada inferior de la galería había seis tronos situados en torno al perímetro de la estancia.

Tres de ellos estaban vacíos, aunque rodeados por ancianos con sus séquitos, como lobos en torno a un ciervo recién muerto. En el ápice de la sala ovalada, en un trono que superaba a los restantes en tamaño y extravagancia, había sentado un druchii muy viejo ataviado con atuendos de latón batido que tenían engastados diamantes y rubíes. Una máscara de oro en forma de cráneo sonriente le ocultaba el rostro, y sus nudosos puños se agitaban cuando se echaba hacia adelante en el trono

para gritar palabras de aliento o maldiciones a los que luchaban abajo. Malus vio a Rhulan sentado en el trono de la derecha del viejo druchii. De todos los ancianos reunidos, parecía el menos interesado en la pelea. Tenía una máscara de oro en las manos y se inclinaba hacia un lado para hablar con uno de sus seguidores.

El noble miró a Arleth Vann cuando apareció por la rampa detrás de él.

—¿Es así como el consejo del templo dirime sus asuntos? —gritó.

Arleth Vann se encogió de hombros.

—Debes reconocer que es más entretenido que la corte de cualquier drachau —tuvo que gritar para hacerse oír. El noble sacudió la cabeza con irritación.

—A la Oscuridad Exterior con todo esto —gruñó, y señaló la refriega—. Ábreme camino —le dijo al asesino.

Arleth Vann asintió con expresión ceñuda y alzó las espadas cortas. Se deslizó rápidamente hacia la lucha, con Malus tras él, y se abrió paso a través de la muchedumbre como un trillador que siega grano. Los druchii caían a ambos lados, heridos por las velocísimas armas del asesino, y los demás retrocedían, conmocionados ante el fulminante ataque. Al cabo de pocos momentos, Malus llegó hasta los ancianos combatientes absortos en la lucha. El asesino se apartó a un lado con una reverencia y Malus avanzó hasta ellos e hizo un barrido con la espada que los decapitó a ambos de un solo tajo.

La sangre manó en una brillante fuente de los dos muertos mientras los cuerpos caían el uno contra el otro en un macabro abrazo. Las cabezas cortadas rebotaron audiblemente en el suelo de piedra en medio de un súbito silencio conmocionado.

Con la espada goteando sangre, Malus giró sobre sí para mirar a los ancianos reunidos con fríos ojos de color latón.

—Ahora que cuento con vuestra atención —dijo, y su voz resonó en la sala—, he venido a hacerle una advertencia al consejo. Debéis hacer sonar la llamada a las armas y correr al Sanctasanctórum de la Espada. Mientras reñís aquí como perros sobre un cadáver, Urial y sus partidarios cierran las manos en torno a la *Espada de Disformidad* de Khaine.

Entre los reunidos se oyeron murmullos escandalizados y gruñidos de desprecio. En el otro extremo de la sala, el Gran Verdugo del templo se levantó lentamente. A su derecha, el Arquihierofante se puso pálido y sus ojos fueron de Malus al jefe del templo y volvieron.

La voz del Gran Verdugo era un ronquido líquido, espeso de corrupción, que burbujeaba desde los viejos pulmones.

—¿Quién eres? —dijo, y sus palabras llegaron al otro lado de la estancia a pesar de la máscara que llevaba.

—Un servidor de Khaine —respondió Malus—. Alguien que os hace una advertencia terrible. Y, aparte de eso, ¿qué importancia tiene? Vuestros enemigos

están a punto de destruirlos, Gran Verdugo: a vosotros y a esta casa construida por vuestros predecesores. ¿Actuaréis, o nos quedaremos aquí sentados a malgastar en presentaciones un tiempo precioso?

Toda la estancia resonó con una sola inspiración cuando los presentes manifestaron su conmoción ante las palabras de Malus. El acero tintineó al saltar las espadas de sus vainas doradas, y algunos ancianos ordenaron a sus guardias que les abrieran paso para poder llegar al centro de la sala. Entonces, Rhulan se puso en pie de un salto y habló con voz clara y alta.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó, al tiempo que fijaba en Malus una mirada significativa.

El noble lo miró a los ojos y asintió respetuosamente con la cabeza.

—Porque he pasado los últimos cuatro días a los pies de Tyran el Intacto, jefe de los fanáticos que se oponen a vosotros —respondió—. He estado presente en los consejos y sé que tienen agentes dentro del mismo templo. —Recorrió con una mirada fría a los coléricos ancianos—. Han estado en estrecho contacto con Urial desde el momento en que entraron en la ciudad, y todo lo que han hecho ha sido para preparar esta noche, precisamente. —Alzó la espada manchada de sangre y señaló los tronos vacíos—. ¿Creéis que esto ha sido todo por accidente? ¿Debido a un cruel golpe de infortunio? No. Golpearon directamente al Haru'ann, sembrando la confusión y la discordia mientras formaban un consejo erudito propio. ¡Ahora, mientras todos vuestros guerreros golpean las puertas de casas vacías por toda la ciudad y nosotros hablamos, ellos se han escabullido al interior del templo y están llevando a cabo el Ritual del Portador de la Espada!

—¡Dejadlos! —gritó una mujer, con una voz cortante que atravesó la tensa atmósfera. Malus vio que una joven sacerdotisa de la tercera fila de la galería se encaraba con el Gran Verdugo—. Nosotros sabemos que Urial no es el Azote. ¡El ritual fracasará y tendremos la oportunidad que hemos estado esperando para denunciarlo!

—Si el ritual fracasa, los herejes buscarán el fallo en los hombres que lo llevan a cabo, no en su pretendido salvador —le contestó Malus—. Esto sólo puede acabar con la muerte —gruñó, mirando al Gran Verdugo—. Tú lo sabes.

—¡Yo digo que esto es obra de los herejes! —proclamó un druchii de más edad que estaba a la derecha de Malus, y se inclinó por encima de la barandilla de la galería para señalarlo con un largo dedo—. Ya en una ocasión anterior enviaron asesinos contra nosotros. ¡Tal vez han enviado a este alborotador para que nos atraiga hasta el sanctasanctórum y así poder matarnos a todos!

Malus clavó en el anciano una mirada fría.

—Si temes por tu vida, anciano, entonces no dudes en huir a esconderte bajo tu mullida cama. —Fijó la vista en los oscuros ojos del Gran Verdugo—. Esto es una

cuestión para guerreros.

—¡No es nada parecido! —le espetó la joven sacerdotisa—. ¡Si es verdad, los fanáticos nos han regalado una oportunidad! Dejad que intenten culminar el ritual. Cuando fracase, regresarán junto a sus seguidores y caerán los unos sobre los otros en busca de alguien a quien culpar. Esta crisis puede resolverse por sí sola.

Malus observó cómo el Gran Verdugo miraba a la joven sacerdotisa, y por un breve instante detectó un destello de incertidumbre en los ojos del vetusto druchii. «¿Tiene miedo?», pensó Malus, sobresaltado.

—Ya he oído lo suficiente —declaró el Gran Verdugo—. Llamad a los guardias. Marcharemos al sanctasanctórum y elevaremos plegarias al Señor del Asesinato para que nos libre con sangre de las obras de los herejes. —Extendió una mano y un guardia salió de detrás del alto trono para ponerle en la palma una enorme hacha que tenía grabadas runas—. Si hay intrusos dentro del sanctasanctórum, se los ofreceremos como sacrificio a nuestro señor.

El Gran Verdugo se puso de pie. Cuando alzó el hacha para señalar a Malus, bajo la piel del cuello y los brazos resaltaron unos tendones como cables de acero tensados.

—En caso contrario, te cortaré la cabeza y derramaré tu sangre sobre la piedra sagrada —declaró—. Como tú mismo has dicho, desconocido, esto sólo puede acabar en muerte.

11. La Espada de Disformidad

El cielo de Har Ganeth era del color de la sangre cuando las puertas de la Ciudadela de Hueso se abrieron y Malus siguió a los ancianos del templo que salieron a la noche desgarrada por la batalla. Abajo, en la ciudad, ardían edificios que lanzaban altos penachos de cenizas hacia el cielo, y el aire reverberaba con el lejano entrecocar de las armas. Malus sabía que las calles estarían atestadas de cadáveres al llegar el alba, pero que la locura y la matanza de la ciudad no era más que una mascarada. La verdadera batalla sería librada entre unas pocas decenas de hombres y mujeres dentro de la alta estructura situada a apenas treinta metros de las cámaras del consejo.

Una vanguardia de verdugos del templo encabezaba la marcha con globos de luz bruja que se mecían en el extremo de pértigas, y sus espadas destellaron fríamente cuando se desplegaron en la calle desierta del exterior de la relumbrante ciudadela. Detrás de ellos iban los ancianos del templo, con el Gran Verdugo de brillante máscara en forma de calavera en cabeza. Los demás dignatarios maniobraban para ocupar posiciones detrás del jefe, armados con anchos cuchillos y hachas que agitaban ante la perspectiva de cobrar cráneos para su hambriento dios.

Todos excepto Rhulan. El anciano de cara alargada se había puesto obedientemente la máscara, pero dejó que los demás lo adelantaran hasta quedar rezagado entre los guardias que escoltaban a Malus y a Arleth Vann. La escolta de verdugos miró a Rhulan con curiosidad cuando echó a andar junto al noble, pero no hicieron intento ninguno de intervenir.

—¿Por qué no me advertiste? —susurró el anciano. A diferencia del Gran Verdugo, su voz quedaba amortiguada por la pesada máscara.

—No había tiempo —replicó Malus—. El jefe de los fanáticos ocultó con cuidado sus planes. No se los contó a nadie hasta última hora de esta tarde.

Rhulan no dijo nada durante un momento, con la vista fija en la noche. Luego, la cara de calavera se volvió hacia Malus.

—Si Tyran y sus tenientes mueren esta noche, hay que matar también a sus agentes. Debemos acabar con todos ellos de una sola vez. ¿Lo entiendes?

«Entiendo que nuestro acuerdo toca a su fin», pensó Malus, ceñudo.

—Ya lo sospechaba —dijo con frialdad. Era inevitable. Tyran lo había obligado a enseñar las cartas, del mismo modo que él había obligado a los ancianos a mostrar las suyas.

Si lograban detener a Tyran y a Urial, Rhulan lo obligaría a revelar lo que sabía acerca de la red que tenían dentro del templo. Cuando se dieran cuenta de que era un farol, estaría acabado.

Malus contempló el edificio de piedra blanca que se alzaba hacia el cielo,

iluminado por las llamas como una espada alzada, y pensó que percibía la brujería que se practicaba dentro. De algún modo, en medio de la batalla, tendría que hacer su jugada.

—Cuando tengas la espada, ¿qué harás? —susurró el demonio—. ¿Te abrirás paso con ella entre los ancianos hacia la ciudad?

—Lo primero es lo primero —murmuró Malus. Rhulan negó con la cabeza, al pensar que se lo decía a él.

—No temas —dijo el anciano—. Por muchos agentes que tenga ese Tyran, es imposible que se haya escabullido dentro del templo con algo más que un destacamento reducido sin ser visto. Nosotros somos casi un centenar. Podemos sepultar a los herejes sólo con nuestros cuerpos, en caso necesario. El levantamiento de los fanáticos acabará esta noche.

—¿Y Urial? —preguntó Malus—. Estoy seguro de que sabíais que intentaría algo como esto, tarde o temprano. El templo pensó que estaba marcado por Khaine desde el momento en que salió con vida del caldero de sacrificios.

—No sabíamos nada de eso —le espetó el anciano—. Sí, está claro que fue bendecido por el Señor del Asesinato, pero ninguna de las brujas pudo adivinar su destino. Ciertamente, nadie creyó que Khaine fuera a ungir a un tullido como su Azote. La ambición se le ha subido a la cabeza.

El noble ladeó la cabeza al percibir el temblor de la voz de Rhulan, y lo estudió con los ojos entrecerrados.

—Tú no estás demasiado seguro de eso.

—No hagas suposiciones —replicó Rhulan con astucia—. Ya me has oído. Es un tullido. Es inconcebible que pueda tratarse del elegido de Khaine.

—Entonces, ¿por qué parece tan asustado?

Justo en ese momento, se oyó el reto proclamado desde la puerta del templo, feroz y jubiloso.

—¡Llorad, infieles, porque se avecina el gran ajuste de cuentas! ¡Los fieles se hallan en presencia de la espada y se aproxima el Tiempo de Sangre! Vuestra maldad será pronto expuesta para que el pueblo la contemple, pero ved el regalo de la misericordia de Khaine que tenemos en las manos. ¡Venid a redimiros bajo nuestras espadas hambrientas!

La procesión de ancianos se detuvo en medio de una confusión de gritos coléricos y maldiciones bramadas. Al ver su oportunidad, Malus le hizo un gesto de asentimiento a Arleth Vann y apresuró el paso para meterse en la agitada muchedumbre de ancianos y abrirse paso hacia el Gran Verdugo. Rhulan gritó algo que Malus no entendió. Luego se produjo un estruendo de pies que corrían cuando los escoltas del noble dieron un amplio rodeo en torno a los ancianos y avanzaron para unirse al semicírculo de guerreros que formaban en cordón entre el Gran

Verdugo y los cinco fanáticos de blanco ropón que se interponían en su camino.

Parecían esquivas vivientes de la relumbrante torre en forma de espada que se alzaba detrás de ellos. La luz lunar brillaba sobre su cabello suelto y destellaba en el filo de sus temibles *draichs*. Los oscuros ojos de los fanáticos ardían de sagrada determinación. Estaban dispuestos a derramar su sangre en un sagrado sacrificio dedicado al Señor del Asesinato. Malus pensó que en toda su vida no había visto a cinco guerreros más peligrosos.

Sin embargo, el Gran Verdugo no estaba impresionado. Alzó hacia el cielo el hacha encantada y su voz tembló de cólera.

—¡Silencio, infieles! ¡Cada vez que respiráis, profanáis este lugar sagrado! —El anciano abrió los brazos para dar una orden a los verdugos—. ¡Haced pedazos sus cuerpos y purificad esta tierra sagrada con libaciones de sangre!

Con un grito, los guardias del templo alzaron las largas espadas y cargaron hacia los fanáticos que aguardaban, y que respondieron con gritos triunfantes y una intrincada danza de muerte.

Malus observó con horrorizado asombro cómo los cinco fanáticos se abrían paso entre un número de enemigos cuatro veces superior. Sus espadas eran un brillante borrón cuando ellos acometían, se agachaban y rotaban; daba la impresión de que pasaban flotando a través de una red de furiosos tajos de espada, y compensaban las pesadas armaduras de sus oponentes con veloces golpes precisos. Los verdugos caían, aferrándose los muñones de brazos o manos cercenados, o se doblaban por la mitad al ser destripados por tajos que se deslizaban por debajo de sus petos. Gritos de cólera y dolor reverberaban en la noche teñida de rojo, algunos interrumpidos en seco por una tintineante nota de acero.

La lucha acabó en cuestión de momentos. Con un estruendo de su armadura de acero, el último verdugo se apartó con paso tambaleante de la pila de cuerpos caídos, con una mano tendida hacia el relumbrante templo de Khaine. El *draich* se soltó de su mano cuando cayó de rodillas. Luego se desplomó, sin vida.

Uno de los fanáticos yacía entre una veintena de guardias del templo muertos. El resto estaban salpicados de sangre, pero los blancos ropones dejaban claro que ni una sola gota de esa sangre les pertenecía. El jefe alzó la goteante arma hacia el Gran Verdugo, y sonrió.

—Tus hombres han sido perdonados —dijo el fanático con una sonrisa. Acababa de matar a cuatro en igual número de segundos, y ni siquiera jadeaba—. ¿Por qué vacilas, Gran Verdugo? ¿Acaso temes que el Dios de Manos Ensangrentadas no tenga fría misericordia en su corazón para alguien como tú? Te aseguro que sí la tiene.

Para sorpresa de Malus, el Gran Verdugo echó atrás la cabeza y rió. Esa risa era un terrible sonido burbujeante cargado de odio y furia. El Gran Verdugo alzó una mano y se quitó la máscara ceremonial, que dejó a la vista una masa informe de

huesos rotos y profundas cicatrices retorcidas. El maestro del templo era muy anciano y estaba marcado por siglos de guerra brutal. El terrible golpe de un hacha de guerra le había hundido el lado derecho de la cara y deformado su boca en una feroz mueca de dientes partidos. La punta de la nariz no era más que un bulto de carne destrozada, y la frente conformaba una colección de cicatrices superpuestas. El jefe de los fanáticos sostuvo la funesta mirada del Gran Verdugo y Malus vio en sus ojos un leve destello de miedo.

El Gran Verdugo sopesó el hacha encantada.

—Mi dios nada sabe de la misericordia, necio bizco —siseó—. El no perdona. No le importa en lo más mínimo la redención. Simplemente, siente hambre, y yo vivo para alimentarlo.

Eso ya estaba mejor, pensó Malus, y desenvainó la espada.

—¡Sangre y almas para Khaine! —rugió, y los ancianos recogieron el grito justo cuando el Gran Verdugo cargaba contra el jefe de los fanáticos.

Malus miró a Arleth Vann.

—Quédate cerca de mí —le gritó, mientras desenvainaba un cuchillo arrojadizo.

El asesino negó con la cabeza.

—No puedes esperar luchar contra éstos, mi señor. Son los mejores guerreros que tiene Tyran, y no temen a la muerte. Su destreza...

—No voy a luchar con ellos, estúpido. Voy a matarlos —gruñó Malus, y cargó hacia la refriega.

Los fanáticos habían reanudado su danza mortífera y dejaban una senda de sangre entre los ancianos y sus guardias. Estaban en constante movimiento, girando y asestando tajos con sus largas espadas curvas mientras pasaban entre la aullante multitud. Su destreza era trascendente y gloriosa en pureza y capacidad letal. Eran obras vivientes del arte de matar. Cualquiera que se detenía al alcance de sus veloces armas moría en segundos.

Malus observó cómo el fanático que tenía más cerca decapitaba a un aullante acólito y luego rotaba grácilmente sobre los talones para destripar a una sacerdotisa que cargaba hacia él. En ese momento, el noble mató al espadachín desde quince pasos de distancia, al lanzarle un cuchillo que se le clavó en la parte posterior del cráneo.

Mientras sacudía la cabeza, el noble miró entre la refriega en busca de la siguiente víctima. A cinco metros de distancia, el Gran Verdugo luchaba en combate singular con el jefe de los fanáticos. El señor del templo ya tenía media docena de heridas, pero no habían disminuido ni la velocidad ni la ferocidad de sus acometidas. Sabedor de que era mejor no interferir, el noble apartó los ojos de ellos y localizó a un tercer fanático acorralado por un círculo de prudentes ancianos. Acometían al espadachín desde todos lados, como lobos que rodearan a un león de montaña. Cuando el

fanático atacaba, ellos retrocedían, sin proporcionarle ninguna abertura en la que emplear la mortífera arma, pero dando a los druchii situados detrás de él la oportunidad de herirlo por la espalda.

Malus acompasó sus movimientos justo cuando el fanático iniciaba otra feroz acometida. Los ancianos retrocedieron como antes, pero el noble avanzó por detrás de ellos y cogió a uno por el pescuezo. El anciano lanzó un grito cuando Malus lo empujó hacia la espada del fanático. La hoja afilada como una navaja se clavó profundamente en el pecho del anciano, y Malus continuó empujando para dejar el *draich* atrapado bajo el cuerpo que se desplomaba. El fanático tuvo el tiempo justo para gritar una amarga maldición antes de que el noble le partiera el cráneo como un melón.

Un bramido salvaje hendió el aire. Al volverse, Malus vio que la sacerdotisa que se había enfrentado a él en la Ciudadela de Hueso alzaba un hacha ensangrentada y hacía volar la cabeza cortada de un fanático hacia el cielo iluminado por las llamas. Tenía una profunda herida en el hombro izquierdo, pero una salvaje sonrisa le iluminaba el rostro.

Eso dejaba sólo al jefe de los fanáticos. Si sabía que sus compañeros estaban muertos, no lo demostró. El espadachín sujetaba el *draich* ante sí, con la punta dirigida hacia la garganta del Gran Verdugo. Tenía el cuerpo tenso como una trampa de acero preparada para dispararse. El jefe del templo clavaba una mirada formidable en el joven guerrero mientras flexionaba los dos brazos con los que aferraba la enorme hacha y se balanceaba levemente de un pie a otro. La sangre manaba en abundancia de las profundas heridas que tenía en brazos, pecho y piernas.

Los dos guerreros se encararon el uno con el otro durante largos momentos, sin que ninguno le dejara una brecha al oponente. Ninguno de ellos se movía. Los ancianos del templo observaban la lucha con reverente silencio. Malus desvió los ojos hacia el templo y reprimió un gruñido mientras se llevaba una mano a la otra daga arrojadiza que portaba en el cinturón.

—Acabad de una vez, por amor de la Madre Oscura —murmuró—. No tengo tiempo para esto.

Fue el fanático quien perdió la prueba de voluntades. Al pensar que el oponente estaba débil por la pérdida de sangre, y tal vez por codiciar la gloria que obtendría si mataba al maestro del templo, el espadachín se convirtió en un repentino borrón de movimiento y dirigió un temible tajo hacia el cuello del Gran Verdugo. Pero el maestro lo estaba todo menos débil, y cuando la larga espada silbaba al hender el aire, la golpeó con un revés del hacha. El acero encantado rompió la espada en tres pedazos. Y el golpe de retorno del Gran Verdugo decapitó al fanático.

El maestro del templo se inclinó para recoger la cabeza que yacía en el suelo.

—Coged las cabezas de los otros —ordenó, mientras se ataba el trofeo al cinturón

—. Cuando esto acabe, haremos una alta pila con ellas sobre el altar del templo.

Malus observó los macabros restos de la batalla. Casi cuarenta miembros de su bando yacían muertos o agonizantes, y sabía que aún estaba por llegar lo peor.

—Démonos prisa —dijo el noble—. Podemos sorprender a Tyran y su consejo de herejes mientras intentan llevar a cabo el ritual.

—¡Sangre y almas! —gritó la sacerdotisa que blandía el hacha, y el resto de los ancianos recogieron el grito. Tenían la sangre encendida y corrieron hacia el templo en desordenada turba, ansiosos por demostrar su devoción para con el Señor del Asesinato. Pronto dejaron atrás al Gran Verdugo al ascender los blancos escalones del templo y atravesar las altas entradas estrechas. Malus iba detrás de ellos, no sin asegurarse de que Arleth Vann permanecía cerca de él. Asintió para sí. Esto iba a salir bien.

El templo estaba construido con el mismo alabastro que el resto de la ciudad, pero allí acababan las similitudes. En el diseño se evidenciaba la obra de esclavos enanos, decenas de ellos, tal vez incluso centenares. La construcción se centraba en una sola torre estrecha, que se alzaba como una espada hacia el cielo iluminado por el fuego, construida sobre una amplia base octogonal a la que daba soporte una ingeniosa red de gráciles contrafuertes que se elevaban a más de nueve metros de altura. Los bloques de mármol encajaban unos con otros con tal precisión que la totalidad de la estructura parecía más una escultura que un edificio, tallada en la cima de la colina por las manos de un dios. El templo era un símbolo de riqueza y poder capaz de hacer sentir humilde a un drachau, mucho más a alguien como Malus. Alzó los ojos hacia la grandiosa torre, y no pudo evitar sentirse invadido por una ola de negra avaricia.

El noble subió a la carrera por los escalones del templo mientras escuchaba los gritos de los ancianos que resonaban, iracundos, en el cavernoso espacio interior. Las puertas de roble negro, chapadas de latón, habían sido abiertas de par en par y dejaban ver la negrura teñida de rojo del interior del templo.

Malus atravesó el umbral y sintió sabor a sangre en el aire. A la piel se le adhirieron energías brujas que palpitaban a un ritmo inaudible. Tz'arkan se removió en el interior de su pecho, al reaccionar con ansia ante el poder que reverberaba en el templo.

El espacio del otro lado de la puerta era cavernoso, iluminado por docenas de braseros que pintaban en las paredes y el techo saltarinas formas carmesí y sombras amenazadoras. Sobre el suelo de mármol negro había pirámides de cráneos, centenares de ellas, colocadas según una compleja disposición. En lo alto, una niebla de humo teñido de rojo propagaba el sangriento resplandor del fuego. El aire olía a podredumbre y al perfume dulzón de la carne asada. A Malus le escocían los ojos y le dolía la garganta, y por un momento tuvo la sensación de haber retrocedido en el tiempo y estar avanzando trabajosamente por el reino teñido de rojo de la torre de

Urial, en Hag Graef.

En el extremo opuesto de la nave, Malus vio una amplia escalera que ascendía hasta otra estrecha puerta. Se volvió a mirar a Arleth Vann.

—¿Hacia dónde debemos ir? —preguntó.

El asesino inclinó la cabeza hacia la escalera.

—El templo tiene tres sanctasanctórum. Esta sala está reservada a los acólitos y visitantes. Al final de la escalera, al otro lado, encontraremos una capilla más pequeña donde los sacerdotes y ancianos del templo hacen sacrificios y rinden culto. Más allá de esa capilla se encuentra el Sanctasanctórum de la Espada.

Malus asintió con la cabeza y echó a andar a paso ligero hacia la escalera.

—Cuando lleguemos al sanctasanctórum, necesitaré tener el camino despejado hasta la espada. Haz lo que tengas que hacer.

—Entiendo —replicó el asesino, ceñudo—. Se hará la voluntad de Khaine.

El aire se hizo más denso cuando Malus se aproximó a los escalones. Notó un zumbido en los oídos, como los distantes gritos de una multitud. Una vez más recordó la torre de Urial, y se preparó para lo que podría encontrar más adelante.

—Necesitarás mi poder —susurró el demonio—. Tómallo, o morirás.

El noble se detuvo en medio de la amplia escalera.

—No —siseó.

—Éste no es momento para ser orgulloso, Malus. Estás débil, y lo sabes. Yo puedo ayudarte. Si no compartes mi poder, serás derrotado. Son demasiado fuertes para ti.

Un estremecimiento recorrió el cuerpo de Malus. De pronto, se sintió encogido y hambriento, con los músculos atrofiados y los huesos doloridos por la fatiga. Entonces pensó en Urial y su brujería, y en la temible destreza de Tyran con la espada.

—Tengo mi odio —susurró—. Tengo mi ingenio. Con eso bastará, demonio. Siempre ha sido así.

—Sabes que eso no es verdad. ¿Cuántas veces habrías estado perdido de no haber sido por mí?

Malus enseñó los dientes al desterrar la duda y el miedo de su mente mediante un puro y sanguinario esfuerzo de voluntad. Entonces oyó los gritos de guerra y los alaridos de los agonizantes que llegaron desde la capilla de lo alto de la escalera, y corrió hacia ellos.

La capilla era una sala más pequeña, de forma ovalada, de unos ochenta pasos de largo, rodeada de braseros encendidos de los que manaban columnas de humo perfumado que ascendían en espiral hasta el punto más alto del techo de bóveda. Entre los braseros había profundos nichos abovedados llenos de pilas de cráneos dorados, y una gran cantidad de trofeos similares sin adornos formaban altos

montones en torno a la tarima que se alzaba en el otro extremo de la capilla. Por encima de la plataforma de mármol flotaba un dosel de vapor ondulante y rojizo que manaba de la boca de un enorme caldero de latón empotrado en la piedra hasta la altura de las rodillas. De la olla surgía un poder terrible y el burbujeante líquido que contenía siseaba y salpicaba como si la desesperada batalla que se libraba cerca de él lo despertara a la vida.

Otra escalera, ésta más estrecha que la anterior, ascendía desde detrás de la plataforma hacia la enorme escultura del gran dios Khaine sentado en un terrorífico trono de latón. En la base de la temible estatua relumbraba una puerta iluminada de rojo, a pocos pasos de la cual se libraba una feroz refriega.

Otra retaguardia, pensó Malus, colérico. La multitud de ancianos del templo con sus guardias habían ascendido por la corta escalera para apiñarse en torno a la lucha, justo delante de la entrada. No podía ver mucho de lo que sucedía debido a la niebla de burbujeante sangre que ascendía del caldero, pero oía con claridad el entrechocar del acero y los alaridos de los agonizantes.

En el aire zumbaba el poder. Malus sintió las entrañas atravesadas por fuertes dolores, y una lágrima caliente le bajó por una mejilla. La gota se detuvo en sus labios y, al lamérselos, notó el sabor de la sangre. «Ya casi estoy —pensó—. ¡Un poco más!»

Se abrió paso entre los rezagados que estaban en su lado de la plataforma, y subió sobre ella. Se encontró mirando la hirviente superficie del caldero, donde se arremolinaban cráneos pequeños y huesos delicados en el líquido hirviente. Detuvo a Arleth Vann cuando subía detrás de él, y negó con la cabeza.

—Rodéala por el lado —le ordenó con voz ronca—. Yo atraeré la atención de la retaguardia. Tú atácalos por detrás.

El asesino asintió con la cabeza y bajó de la plataforma. Malus se volvió hacia el caldero, inspiró profundamente y saltó hacia el dosel de sangre vaporizada. Con la espada a punto, pasó por encima de la boca del caldero brujo y cayó en cuclillas al otro lado.

Se encontró mirando por encima de las cabezas de los ancianos que gritaban e intentaban abrirse paso escalera arriba para unirse a la refriega. Se empujaban y tropezaban con los cuerpos de los muertos, y con manos pálidas arrastraban los cadáveres ensangrentados afuera de la batalla y los dejaban recostados contra el pie de la plataforma. Malus se quedó quieto y observó atentamente la feroz lucha que se libraba en lo alto de la escalera. Una figura solitaria giraba y asestaba puñaladas dentro de un enfurecido círculo de ancianos del templo.

Atisbo una larga trenza apretada de lustroso cabello negro y unos delgados brazos de alabastro que se movían con un veloz y regular ritmo de matanza.

Entonces, la multitud retrocedió ante el feroz ataque y pareció que toda la primera

fila de ancianos simplemente se desplomaba como trigo segado. Apareció un semblante pálido y salpicado de sangre, y Malus se encontró mirando los ojos violeta de Yasmir.

Llevaba el atuendo ritual de las brujas del templo: un largo taparrabos carmesí de seda sujeto por un cinturón de cráneos de oro que le rodeaba las esbeltas caderas. Su torso estaba desnudo, decorado con listas y bucles de sangre pegajosa, al igual que los largos brazos y delicados dedos. Tenía una gargantilla de cráneos de oro en torno al esbelto cuello, y en las muñecas destellaban brazaletes de oro y rubíes. Bajo el peinado anguloso de las brujas del templo, el semblante ovalado estaba sereno y dolorosamente hermoso, como el de una escultura perfecta animada por el aliento del mismísimo Dios de la Sangre. En las manos, de las que goteaba sangre, destellaban dos dagas finas como agujas que lamían el aire como lenguas de víbora para desviar estocadas de espada y hender profundamente la carne blanda.

Cuando los ojos de la mujer se clavaron en los de Malus, éste sintió que lo atravesaba una conmoción fría. Era como mirar los ojos de la muerte misma, y en ese momento no deseó otra cosa que perderse en su abrazo.

La multitud de ancianos volvió a subir la escalera, sólo para perder a tres más a los que mataron las veloces armas de Yasmir. Cuando cayeron, adelantó uno de sus pequeños pies y avanzó un paso. Sus ojos no se apartaban de los de Malus.

—Viene por ti, Malus —susurró Tz'arkan—. ¡Acepta mi poder, o te matará!

Si llegaba hasta él, acabaría con su vida; se lo decía con los ojos. Sentía su deseo como un aliento gélido en la piel. La mano de Malus apretó la empuñadura de la espada, pero no le causó mejor sensación que si hubiera asido una barra de plomo.

Otros tres ancianos saltaron hacia Yasmir y la acometieron casi simultáneamente. Murieron antes de que sus golpes llegaran a medio camino del objetivo, con la garganta, un ojo y el corazón atravesados. Ella avanzó otro corto paso cuando los muertos cayeron a sus pies.

Malus no podía apartar los ojos de ella. Unos pocos más y estaría casi lo bastante cerca para tocarla. Sin embargo, no podía moverse, fascinado por la mirada violeta como un pájaro ante una sinuosa serpiente.

—¡Escúchame, Darkblade, éste es el momento de la verdad! La Novia de Destrucción se aproxima, y sin mí no puedes vencerla. ¡Acepta lo que te ofrezco! ¡Acéptalo!

Entre los ancianos se oyó un grito terrible, y todos retrocedieron ante la acometida de la santa viviente. Uno se dio cuenta de que no podía escapar, así que se dejó caer de rodillas ante Yasmir y recibió la punta de una daga en un ojo con una plegaria en los labios. Otros que se encontraban al pie de la escalera dieron media vuelta y huyeron.

Los separaban menos de tres metros. De pronto, el aire mismo resonó como

golpeado por el martillo de un dios, y Malus sintió que el Ritual del Portador de la Espada había culminado. Supo que en algún punto más allá de la entrada iluminada de rojo, Urial tendía una mano hacia la *Espada de Disformidad* de Khaine, y el pensamiento de verse frustrado cuando estaba tan cerca de la meta encendió una chispa de amargo odio en su pecho.

La muerte se aproximaba, con sus cuchillos oscuros, y la condenación se enroscaba dentro del pecho de Malus. ¿Qué podía hacer?

Con un grito de desesperación, tres ancianos cayeron y derramaron su sangre sobre los escalones de mármol, y Yasmir saltó como un venado hasta el borde de la plataforma. Malus inspiró temblorosamente y la miró a la cara.

—Hola, hermana —dijo.

Fue entonces cuando apareció Arleth Vann, gritando el nombre del Dios de la Sangre al saltar hacia la espalda de Yasmir. Más rápidas que el rayo, las espadas cortas del asesino lanzaron estocadas a la garganta y los brazos de la mujer, pero Yasmir giró con extraordinaria rapidez, como si fuera agua que fluyera en torno a las estocadas, y apuñaló al asesino una, dos, tres veces. La larga trenza se agitó como un látigo y rozó una mejilla de Malus.

Sin pensarlo, el noble aferró la gruesa cuerda de cabello y el hechizo se rompió. Su odio ardió como un alto horno y tiró de ella con toda su fuerza al tiempo que giraba y clavaba una rodilla en tierra. Yasmir cayó, chocó contra Malus, pasó por encima de él y se precipitó de cabeza en los hirvientes fluidos del caldero de Khaine.

Tz'arkan se retorció y gritó de furia, arañó el interior de las costillas de Malus, que lanzó un involuntario grito de dolor al tiempo que enseñaba los dientes en una mueca de triunfo. Arleth Vann se dejó caer contra un costado de la plataforma, con una mano apretada contra el pecho. De la comisura de la boca le caía un hilo de sangre.

—Se ha cumplido la voluntad de Khaine —jadeó el asesino.

El camino hacia el sanctasanctórum estaba despejado, y Malus sabía que ahora la velocidad era de la máxima importancia. Tyran y sus compañeros de ritual estarían casi agotados por el esfuerzo que requería la ceremonia. Se enfrentaría con Urial ahora, y reclamaría la *Espada de Disformidad* para sí.

Con un aullido de sed de sangre, saltó por encima de Arleth Vann y corrió escalera arriba con la espada preparada.

En la entrada apareció una sombra justo cuando llegó a ella. Sintió que una conmoción gélida lo atravesaba cuando su medio hermano Urial, recubierto por una brillante armadura negra, cruzó el portal. Sus ojos de color latón relumbraban de triunfo y tenía los finos labios tensos en una sonrisa salvaje.

Malus intentó alzar la espada, pero el cuerpo se negaba a obedecerle. Se tambaleó ligeramente, aún sin equilibrio, pero algo lo mantuvo en pie.

El noble bajó los ojos hacia la hoja de oscuro acero destellante que se le hundía en el pecho. Un fino hilo de sangre corría por la superficie de la *Espada de Disformidad* y llenaba las runas grabadas en ella.

—¿Buscas esto? —preguntó Urial, y clavó la espada más profundamente en el pecho de Malus.

12. Nacida del caldero

Malus sintió que el corazón se le encogía de dolor cuando la larga espada pasaba entre sus costillas. Un espasmo le contrajo el pecho y lanzó un grito ahogado, tosió y escupió sangre. La sepulcral risa de Urial resonó en sus oídos.

—¡Gloria a Khaine, el más grande de los Dioses! —gritó el medio hermano de Malus, con el pálido semblante iluminado por una expresión de triunfo—. En verdad que es un regalo encontrarte aquí en el momento de mi ascenso. —El antiguo acólito se acercó más a él, arrastrando ligeramente el deforme pie izquierdo por el pulimentado mármol. Llevaba apretado contra el peto el atrofiado brazo derecho cuya deformidad quedaba oculta bajo el acero negro. La cara flaca y aquilina de Urial estaba iluminada por una sonrisa salvaje, y su espeso cabello blanco caía, suelto, en torno a los hombros. Parecía un príncipe brujo de las leyendas antiguas que radiaba gélida crueldad e implacable poder.

—Es muy apropiado que seas el primero en morir —dijo Urial, casi susurrando—. Después de todo lo que tú y esa puta de Eldire me habéis hecho, esto será realmente dulce. —Sonrió y flexionó la mano sana sobre la empuñadura de la *Espada de Disformidad*—. Voy a abrirte desde la entrepierna al mentón y dejaré que te desangres sobre estos escalones. Luego ordenaré a las brujas de Khaine que te traigan de vuelta, y te miraré a los ojos mientras te devoro el hígado. —La sonrisa se ensanchó hasta transformarse en una mueca de burla—. Cuando me haya comido tu espíritu, Darkblade, dejarás de existir. Me apoderaré de tu fuerza, de la poca que tengas, y lo que quede se perderá en el abismo para siempre.

Con un solo movimiento grácil, Urial arrancó la *Espada de Disformidad* del torso de Malus. Una ola de dolor se propagó como hielo por el cuerpo del noble, tan fuerte que lo dejó sin aliento. Se balanceaba, aún de pie, y de la boca abierta le caía un hilo de sangre. Luego, las rodillas cedieron, cayó de espaldas y se deslizó, laxo, escalera abajo. Su espada, aferrada en una presa de muerte, raspó y tintineó al ser arrastrada con él.

Malus se detuvo en la base de la plataforma mientras su corazón, que latía trabajosamente, enviaba olas de dolor que le recorrían el pecho. Tz'arkan se removió, y por un breve instante desapareció el terrible dolor.

—Estoy aquí, Malus —susurró el demonio—. Pídemelo, y te curaré. La herida es profunda y morirás a menos que yo intervenga.

Era difícil pensar, y aún más difícil respirar.

—No es... posible —jadeó Malus, en las comisuras de cuya boca se acumulaba espuma sanguinolenta—. La profecía...

Urial miró a los ancianos del templo y alzó la espada manchada de sangre mientras saboreaba sus gritos de consternación. Detrás de él apareció una lenta

procesión de fanáticos de blanco ropón, entumecidos y exhaustos a causa del esfuerzo realizado. Tyran encabezaba la marcha, con el *draich* desenvainado a un lado. Miró a la multitud de ancianos y les dedicó la serena sonrisa de un verdugo.

—¡El Tiempo de Sangre se avecina! —proclamó el jefe de los fanáticos—. ¡Llorad por el fin de vuestro mundo, perros infieles! La verdad de Khaine destella en el filo de la espada del Azote. ¡Postraos a sus pies e implorad su perdón!

—Sí. Implorad una muerte limpia que lave vuestros pecados —le siseó Urial a la conmocionada multitud. Agitó la *Espada de Disformidad* hacia ellos como si fuera un tizón encendido—. Cuando el caldero me devolvió con vida, supisteis que había sido bendecido por el Señor del Asesinato. ¡Conocíais las profecías antiguas, y sin embargo os negasteis a creer en las señales que teníais ante vuestros propios ojos porque yo era un tullido —escupió—, un ser deforme y retorcido, indigno de blandir una daga, más aún esta espada sagrada! —Urial bajó lentamente otro escalón. Tenía la cara contraída por una cólera asesina y los ojos le brillaban de salvaje regocijo.

—¡Yo os digo que estas extremidades contrahechas eran una advertencia que revelaba vuestra ceguera y falta de fe! ¡Escogisteis la mentira placentera antes que la severa verdad de la voluntad de Khaine, y cosecharéis el amargo fruto de vuestra falta de fe! —El Portador de la Espada lanzó una carcajada sedienta de sangre—. Yo he reclamado la espada, y pronto tomaré a mi magnífica novia. Entonces el mundo arderá..., ¡ah, cómo arderá!..., y nos elevaremos sobre una ola de sangre tan alta como las estrellas mismas. —Urial apuntó a los ancianos del templo con la *Espada de Disformidad*—. Pero esas glorias no son para los de vuestra clase. ¡Las brujas de Khaine os traerán de vuelta y alimentaremos a los cuervos con vuestras entrañas!

—¡Silencio, hereje! —tronó la voz del Gran Verdugo.

La multitud de ancianos se apartó a ambos lados para dejar pasar al temible maestro del templo, que entró en la capilla y subió a la plataforma para detenerse junto al hirviente caldero. La cara del Gran Verdugo era una máscara de temible y justa cólera, y de la hoja con runas grabadas de su hacha goteaba sangre fresca. Llevaba en el puño derecho las cabezas de los fanáticos muertos en el exterior del templo, y el kheitan recubierto de oro estaba manchado de oscuras salpicaduras de sangre. Era la imagen de un héroe vengador ungido con sangre sagrada, y la furiosa mirada que posó sobre Urial detuvo en seco al Portador de la Espada.

—Eres una abominación, Urial de Hag Graef —proclamó el maestro del templo—. ¡Tú afirmas que el caldero te devolvió como un regalo de Khaine, pero yo digo que el Señor del Asesinato te perdonó la vida para poner a prueba nuestras creencias, no para darles cumplimiento! —El Gran Verdugo recorrió con los ojos a los ancianos reunidos en los que clavó, por turno, una severa mirada—. La voluntad del Dios de Manos Ensangrentadas está clara para los fieles: ¡Malekith es el Azote elegido, el que conducirá a los fieles a la gloria! —Arrojó las cabezas cortadas dentro del caldero y

alzó el hacha hacia Urial—. Eres un mentiroso y un falso profeta —declaró—. Has profanado el sanctasanctórum y puesto las manos sobre la espada sagrada del Azote. —El maestro del templo bajó de la plataforma y ascendió por la escalera con el hacha cogida a dos manos—. ¡Yo te condeno y repudio, y es mi jubiloso deber matarte en nombre del Dios de la Sangre!

Para sorpresa de Malus, Urial sonrió y negó con la cabeza.

—El primero que morirá por esta espada será mi medio hermano. Tú no eres digno de sangrar sobre mis botas; eres un fraude.

—¡Matad al blasfemo! —gritó Tyran, y dos fanáticos que respondieron al potente rugido cargaron escalera abajo y pasaron junto a Urial blandiendo sus mortíferas armas. El Gran Verdugo los recibió con un aullido de justa furia y, con el hacha girando, avanzó hacia Urial.

Los fanáticos a la carga fueron los primeros en llegar hasta el Gran Verdugo, con las espadas destellando como rayos. El maestro del templo calculó el avance de ambos y, con una destreza nacida de incontables batallas, cambió de postura y dio un paso a un lado para enfrentarse, arma con arma, con el de la izquierda. La espada del fanático se partió al chocar con el hacha hechizada del maestro, y el Gran Verdugo respondió con un velocísimo golpe de retorno que cercenó el torso del oponente con un tajo oblicuo, justo por debajo de las costillas. El movimiento repentino que hizo a continuación para esquivar la acometida del fanático de la derecha bastó para que no lo matara, pero no para ponerlo completamente fuera del alcance de la larga hoja. Malos sintió el calor de las gotas de la sangre del viejo druchii que lo salpicaron cuando la espada del fanático le abrió un profundo tajo en un costado.

Un torrente de sangre y visceras cayó por los escalones en torno a los pies del maestro del templo cuando las dos mitades del fanático que acababa de matar vaciaban su contenido sobre la escalera.

—¡Sangre y almas para Khaine! —gritó el Gran Verdugo, que pivotó grácilmente para hacer frente a la carga del fanático que quedaba. El viejo druchii paró un diestro tajo dirigido hacia uno de sus muslos y respondió con un golpe de revés lanzado hacia la cabeza del fanático, pero el guerrero se agachó ágilmente y la hoja pasó por encima de él. El fanático rotó a gran velocidad y penetró la guardia del maestro del templo para dirigir un tajo hacia el vientre del Gran Verdugo; sin embargo, el viejo druchii cedió terreno y paró el golpe con el largo mango del hacha. El espadachín resbaló ligeramente en la espesa sangre que cubría los escalones, pero con agilidad sobrenatural detuvo el movimiento y saltó atrás para tener espacio donde blandir la espada a dos manos y descargar un golpe descendente sobre la pierna derecha del Gran Verdugo. La larga espada abrió un profundo tajo en el muslo del maestro del templo, pero al igual que un viejo jabalí canoso, el Gran Verdugo bramó de cólera y redobló el ataque. Tras girar ligeramente para que la espada quedara atrapada en la

herida, el viejo druchii acometió con el hacha sujeta con una sola mano y cercenó el brazo derecho del fanático justo por encima del codo.

El fanático lanzó un agudo grito de dolor mientras la sangre manaba a borbotones por el muñón, pero con la mano izquierda arrancó la espada de la pierna del maestro del templo y situó la larga arma en posición defensiva cuando el Gran Verdugo se lanzó hacia él. Las gotas de sangre se dispersaron como lluvia cuando el viejo druchii descargó una andanada de golpes contra la débil guardia del fanático. Al tercer golpe tintineante, el hacha con runas grabadas partió el *draich* justo por encima de la empuñadura y la curva hoja se clavó en la cara del fanático. Ebrio de dolor y matanza, el Gran Verdugo arrancó el hacha y se volvió hacia Urial. Mientras reía como un demente, pasó la lengua por el filo de la hoja manchada de sangre.

—¡La sangre de los guerreros que uno mata es dulce —proclamó—, pero la cobardía es amarga! Huelo cómo tu sangre se transforma en vinagre, Urial. ¡El verdadero Azote de Khaine no se acobardaría ni dejaría que otros lucharan en su lugar!

Los ancianos del templo gritaron su acuerdo y los fanáticos respondieron con gritos enloquecidos cuando ambos bandos se lanzaron el uno contra el otro. Figuras ataviadas con ropones rodearon la plataforma como una marea negra y subieron por la escalera junto con su maestro, mientras los fanáticos de blanco ropón estremecían el aire con aullidos sedientos de sangre y corrían a hacerles frente. Las espadas hendían el aire y chocaban, y por la negra escalera corrió más sangre al trabarse la batalla.

En medio de la carnicería, Malus sintió que unas manos fuertes lo aferraban e intentaban levantarlo. Con un alarido de dolor y mientras tosía y escupía sangre, el noble intentó zafarse de la presa invisible, y al recobrar la serenidad se encontró mirando la cara manchada de sangre de Arleth Vann.

—¡Suéltame! —gritó con voz ronca—. ¡Suelta! Tienes que llegar hasta el Gran Verdugo. Cuando Urial fracase, debes coger la espada y traérmela.

El antiguo asesino negó con la cabeza.

—No hay esperanza —dijo con voz átona—. Urial tiene la *Espada de Disformidad*. Ni siquiera el maestro del templo puede prevalecer contra él.

—Pero tú sí puedes —susurró Tz'arkan dentro de la cabeza de Malus—, con mi ayuda. ¡Acéptala, Malus! ¡Rápido, antes de que sea demasiado tarde!

El noble negó con la cabeza, furioso.

—¡No necesito tu maldita ayuda! —jadeó. Se le aflojaron las rodillas y cayó contra Arleth Vann, que se esforzaba por mantenerlo erguido. El dolor de su vientre desmentía las desafiantes palabras que acababa de pronunciar. Sentía los pulmones pesados, como si tuviera una carga enorme sobre ellos, y un frío entumecedor se le propagaba por el pecho. Resoplando de frustración, intentó volver a erguirse y ver a

Urial entre la furiosa refriega de la escalera.

Urial y el Gran Verdugo se acometían el uno al otro como semidioses, a menos de cinco metros de distancia, y de las armas brujas saltaban lluvias de ardientes chispas al chocar una y otra vez en un torbellino de toscos golpes brutales. El maestro del templo acometía implacablemente a Urial, pero el antiguo acólito blandía la *Espada de Disformidad* con una sola mano y paraba con facilidad los golpes a dos manos del Gran Verdugo. A pesar de esto, el Portador de la Espada estaba cediendo terreno, retrocediendo lentamente hacia el interior del sanctasanctórum, paso a paso. Malus habría interpretado eso como una buena señal de no haber sido por la malévola sonrisa que había en el flaco rostro de Urial.

El maestro del templo estaba debilitándose. Debido a la sangre que manaba de sus profundas heridas, cualquiera de las cuales habría bastado para matar a alguien inferior a él, los golpes asesinos del viejo druchii eran cada vez un poco más lentos. Cualquiera que fuese la fuerza que el Gran Verdugo había extraído de sus enemigos, estaba casi agotada, y Malus se dio cuenta de que con cada paso que avanzaba hacia Urial quedaba más aislado de sus compañeros ancianos. Ya era una solitaria figura negra en un mar blanco.

Con un grito sanguinario, el viejo druchii hizo una finta hacia la cintura de Urial, y luego detuvo el golpe y lanzó un tajo de revés hacia las rodillas del Portador de la Espada. Urial bloqueó también este tremendo golpe con una velocidad atemorizadora, como si no blandiera más que una vara de sauce. El Gran Verdugo se tambaleó ligeramente, y Urial pasó la espada por la cara del maestro del templo e hizo manar una fina lluvia de sangre. El viejo druchii apenas si respingó con el tajo, y redobló el ataque con un mandoble dirigido al brazo con que Urial sujetaba la espada. Mientras reía, el antiguo acólito se inclinó hacia atrás y dejó que la hoja del hacha silbara al atravesar el aire vacío. Luego se enderezó y abrió un tajo en el brazo izquierdo del maestro del templo, desde la muñeca hasta el codo.

Malus se dio cuenta, con el corazón encogido, de que Urial estaba jugando con él. Buscó a tientas el cuchillo arrojadizo que le quedaba en el cinturón, pero la empuñadura estaba empapada en su propia sangre y le resbaló de los dedos. La amarga maldición se perdió en el estruendo de alaridos y espadas que chocaban en el aire cargado de vapor.

El Gran Verdugo osciló cuando Urial le pasó la hoja de la espada por la frente. Otro tajo cercenó la oreja izquierda del maestro del templo. El anciano herido se balanceó sobre los pies, mientras su pecho subía y bajaba a causa de la agitada respiración. La sangre le había empapado el ropón, que ahora brillaba en la luz rojiza. Malus vio que Urial le decía algo al Gran Verdugo, pero las palabras se perdieron en el tumulto. El maestro del templo respondió con un grito colérico y dirigió un tremendo golpe al centro mismo del pecho del Portador de la Espada.

Urial bloqueó fácilmente el golpe, con una sonrisa presuntuosa en los labios; sonrisa que se transformó en expresión de horror cuando el astuto viejo druchii atrapó la hoja de la espada con la de su hacha y tiró del antiguo acólito. El Portador de la Espada se estrelló contra el Gran Verdugo, boquiabierto como un pez ensartado en un arpón, y el viejo druchii cerró una fuerte mano en torno a la flaca garganta de Urial. El hacha ascendió hacia el cielo, temblando en la mano del maestro del templo, y luego descendió sobre el hombro izquierdo del antiguo acólito. Urial gritó de dolor y miedo cuando el arma bruja le atravesó la armadura y penetró en la carne y el hueso.

Por un momento, Malus pensó que Urial había soltado la espada. Vio que la hoja manchada de sangre descendía, pero luego ascendió velozmente para penetrar en el vientre del maestro del templo y subir por detrás de las costillas hasta que la punta salió por la clavícula derecha del anciano. Ambos hombres quedaron inmóviles durante varios largos segundos; luego, el viejo druchii se desplomó y cayó de rodillas.

Los ancianos del templo gritaron de horror al ver caer al maestro, gritos que se transformaron en lamentos de terror cuando Urial apretó los dientes y elevó la empuñadura de la espada para situarla en posición horizontal, con lo que abrió el pecho del viejo druchii como si fuera un ciervo muerto. El hacha manchada de sangre cayó de los dedos sin vida del maestro del templo, y su cuerpo destrozado se desplomó de costado.

—Bendita Madre de la Noche —susurró Malus cuando los fanáticos redoblaron el ataque y los ancianos del templo retrocedieron horrorizados. Vio que Urial recorría atentamente la refriega con la mirada, y supo a quién estaba buscando. El noble miró a Arleth Vann.

—Esto está a punto de convertirse en una fuga desordenada —gruñó—. ¡Tenemos que salir de aquí!

El antiguo asesino asintió con la cabeza y, sin previo aviso, subió a Malus otra vez sobre la plataforma. Gimiendo de dolor, el noble se arrastró por la tarima de mármol negro y pasó lo bastante cerca del caldero como para rozarle el borde. Oyó un grito exaltado por encima del estruendo: ¿lo había visto Urial? Mientras luchaba contra las oleadas de dolor lacerante, se obligó a gatear por la plataforma y adentrarse en la multitud del otro lado.

Detrás de Malus se oyeron alaridos de pánico y los frenéticos gritos de los fanáticos, y sintió que la multitud que lo rodeaba retrocedía como una marea negra que se alejaba hacia la entrada. Se dejó llevar por la muchedumbre hasta que se dio cuenta de que los gritos de los agonizantes se propagaban en torno a los lados de la plataforma como el fuego en la leña. Tyran y los suyos los rodeaban como una manada de lobos. Mientras gruñía coléricamente y escupía regueros de sangre oscura, el noble se lanzó hacia adelante y se valió de la hoja de la espada para apartar de su

camino a los ancianos sumidos en el pánico. Tropezó y pateó para pasar entre pilas de cráneos resecos.

—¡Resistid! —logró gritar—. ¡Vengad a vuestro maestro y matad a los infieles!

No sabía si sus palabras habían tenido algún efecto en los ancianos y sus guardias, pero los que estaban delante de él se apartaban para no sentir el mordisco de su espada. Arleth Vann apareció a su lado con las espadas desnudas y se situó mirando en dirección contraria al avance, por si los fanáticos lograban acercarse demasiado.

Al cabo de poco se habían abierto paso a través de la entrada. Malus se detuvo en el umbral y se arriesgó a mirar atrás justo en el momento en que un tremendo lamento de desesperación se alzaba entre los servidores del templo. Vio que los fanáticos habían dejado atrás la plataforma y llevaban a cabo una terrible matanza entre los desmoralizados ancianos presas del pánico. En lo alto de la plataforma de mármol, envuelto en vapor carmesí, Urial el Rechazado se erguía ante el gran caldero adonde lo habían echado como víctima de sacrificio cuando era un bebé, pero del que había renacido como uno de los elegidos de Khaine. Sujetó la cabeza cortada del Gran Verdugo sobre la gran olla y dejó que los regueros de sangre oscura cayeran en el siseante líquido del interior. Los ojos del Portador de la Espada estaban febrilmente brillantes de locura divina, y su mirada cargada de odio se clavaba, voraz, en Malus.

El contenido del caldero hizo erupción y regó a Urial y sus fanáticos con una lluvia de fluidos hirvientes cuando Yasmir salió de las profundidades. El calor rielaba al alzarse de su cuerpo desnudo, y la sangre corría como mercurio sobre su piel de alabastro. El pelo negro como ala de cuervo se le había vuelto blanco como la nieve, y cuando abrió los ojos, Malus vio que eran luminosos y dorados. Lo hipnotizaron al clavársele como garfios en el corazón, que latía trabajosamente.

Yasmir sonrió y dejó a la vista unos curvos colmillos leoninos. Largas garras negras destellaron en la luz rojiza cuando aferró el borde del caldero y salió grácilmente de él a la plataforma. La bruja de Khaine recién nacida extendió los esbeltos brazos hacia Malus y lo llamó a su lado mediante un gesto.

Malus ya huía, tropezando como un niño, al santuario inferior, con los ojos cerrados de miedo. Aún sentía la mirada de ella, como metal caliente que le quemara la piel.

Sintió que alguien lo cogía por un brazo cuando tropezó en la amplia escalera. Después de una docena de pasos se atrevió a abrir los ojos, y vio que Arleth Vann estaba a su lado. Rhulan lo observaba con miedo desde el centro de la sala. El Arquihierofante se encontraba de pie junto a una esbelta anciana que llevaba la cabeza afeitada y tenía el cuero cabelludo tatuado con una miríada de intrincados dibujos que parecían moverse incesantemente a la luz del fuego. Recordaba haberla visto fugazmente en la Ciudadela de Hueso, sentada en un trono situado casi directamente frente al del Gran Verdugo. Debía de ser el quinto miembro del

Haru'ann del templo. De repente se dio cuenta de que, tras la muerte del Gran Verdugo, ella y Rhulan eran los únicos máximos dignatarios del templo que quedaban con vida. Estaban rodeados por un fino cordón de guardias, bajo el ojo vigilante de la joven sacerdotisa que Malus había visto antes.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Rhulan, aunque por la expresión de su cara estaba claro que ya sospechaba lo peor.

—Hemos fracasado —respondió Malus con amargura—. El Gran Verdugo ha muerto, y nosotros seremos los siguientes si no salimos de aquí.

La anciana tatuada miró a Malus con desprecio.

—¿Esperas que le entreguemos el templo a una banda de herejes y ladrones? —le espetó, con una voz de fuerte acento rústico septentrional.

—Eso no es un tema de debate —le contestó el noble—. Ya hemos perdido el templo. Las únicas alternativas que tenéis son quedaros aquí y desperdiciar vuestras vidas, o retiraros y hallar otro modo de contraatacar. —Miró a Rhulan—. Necesitamos auténticos soldados, y rápido. ¿Queda algún guerrero dentro de la fortaleza?

Rhulan negó con la cabeza.

—Enviamos a todos los espadachines y brujas a las calles con la esperanza de vencer a los fanáticos. Si los llamamos de vuelta, los soldados del distrito noble podrán llegar aquí en una hora.

—Para entonces, será demasiado tarde —gruñó Malus, y se volvió para formularle una pregunta a Arleth Vann, pero ésta murió en sus labios. Miró otra vez a Rhulan—. ¿Y qué me dices de los asesinos del templo? —preguntó.

El Arquihierofante frunció el entrecejo.

—Se han retirado a su torre para escoger un nuevo maestre —dijo—. Después de eso, jurarán vengarse del hombre que mató al anterior, y no descansarán hasta haberlo matado.

Malus sonrió.

—¿De verdad? —preguntó—. Bueno, entonces tenemos una propuesta para ellos. Si quieren venganza, primero deberán impedir que Urial se vengue antes que ellos. Vamos.

13. Entre los muertos

En ese momento estalló un coro de aterrorizados lamentos dentro del santuario interior, cuando el valor de los ancianos del templo cedió finalmente. La corriente de servidores del templo heridos y desmoralizados que salían al santuario exterior se transformó de pronto en una violenta marea, cuando decenas de druchii presas del pánico huyeron ante Urial y su temible novia.

—¡Marchaos! —le gritó Malus a Rhulan—. Reunid a vuestros guardias y dirigios a las puertas del templo. —Luego se volvió para mirar a la marea de servidores del templo en retirada, y alzó la espada manchada de sangre.

—¡Resistid! —rugió, con la cara transformada en una máscara de furia implacable. El grito casi se perdió en el rugido de la turbamulta en retirada, pero las primeras filas de druchii que huían vieron la furiosa expresión del noble y se detuvieron. Avanzó un paso hacia los atemorizados ancianos—. ¡Volveos y enfrentaos con los enemigos! ¡Defended a vuestros dignatarios y la santidad del templo, porque Khaine os observa!

Cada palabra fue como una daga que se clavara en el pecho de Malus. Sentía los pulmones pesados e hinchados, y tenía la sensación de que no podían inspirar suficiente aire. El demonio tenía razón, Urial le había herido gravemente. El pecho le subía y bajaba debido a la respiración trabajosa, y volvió la cabeza a un lado para escupir un coágulo de sangre sobre el suelo de mármol, pero en lugar de sentir miedo, se sintió invadido por una negra cólera hirviente.

Se adentró intrépidamente entre la muchedumbre y apartó a ambos lados a los ancianos temerosos.

—¡Cráneos para el Dios de la Sangre! —gritó, y una espuma sanguinolenta le manchó los labios. La primera fila de servidores del templo dieron la vuelta para seguirlo, y alzaron las armas mientras Malus se abría paso a través de la multitud hacia la estrecha puerta.

Sabía que si lograba llegar a la puerta podrían defenderla casi indefinidamente. Los vapuleados guardias del templo podrían formar un círculo cerrado ante la entrada y matar a los fanáticos uno a uno si intentaban abrirse paso. La puerta estaba a menos de seis metros de distancia, pero el camino se hallaba atestado de figuras de ropón negro que forcejeaban y le disputaban cada escalón que ascendía. Malus gruñía como un lobo atrapado mientras golpeaba a los ancianos que tenía ante sí con el plano de la espada, y observaba la entrada con temor creciente. Si los fanáticos llegaban a ella antes que él, todo estaría perdido.

—¡Resistid! —volvió a gritar, y logró reunir a los que tenía más cerca—. ¡Id hacia la puerta! —ordenó, y los ancianos que lo rodeaban intentaron abrirse paso escalera arriba, a contracorriente. Los druchii que huían los empujaban hacia atrás,

chillaban y maldecían. Un guardia del templo que había ante Malus le lanzó una salvaje estocada, pero el noble le partió el cráneo sin vacilar lo más mínimo. Se metió por la brecha que había dejado el caído y continuó avanzando—. ¡Resistid en la puerta! —dijo—. ¡Los detendremos aquí!

Si hubieran sido soldados acostumbrados a obedecer órdenes en medio del caos de la batalla, el plan podría haber funcionado, pero se trataba de ancianos y acólitos del templo, muchos de los cuales no habían derramado sangre ajena como no fuera en los rituales. La muerte del Gran Verdugo y la matanza hecha entre ellos por los vengativos fanáticos habían reducido a polvo su valentía. Malus se encontraba a medio camino de la puerta cuando un coro de agudos gritos se alzó para desafiar sus órdenes vociferadas.

—¡El Portador de la Espada ha llegado! ¡Saludad todos a Urial, el Azote de Khaine!

Los druchii lanzaron alaridos cuando sus hermanos del templo se volvieron contra ellos, gritando el nombre de Urial, y les clavaron estocadas con la esperanza de salvarse. La multitud empujó con renovado vigor contra Malus y el puñado de soldados que había reunido, pero esta vez con puntas de cuchillo y hojas de hacha, además de codos y puños.

El noble oyó un crujido seco de huesos partidos cuando el druchii que tenía delante fue golpeado en la espalda por el hacha de un guardia. Cayó con un alarido gorgoteante, y el agresor arrancó el arma del cadáver con ambas manos y se lanzó contra Malus con un brillo febril en los ojos oscuros. Malus bloqueó el frenético tajo del hacha con la espada alzada, y luego estrelló el redondo pomo del arma contra la cara del atacante. El guardia se tambaleó y chocó con los que tenía detrás, y Malus hundió la espada profundamente en el cuello del renegado.

Una daga lo acometió por la derecha y dejó una fina línea en el bíceps izquierdo de Malus. El noble tosió y escupió más sangre, mientras respiraba con jadeos gorgoteantes. Una espada corta le lanzó tajos desde la derecha, y Malus paró los torpes golpes sin ser consciente de que lo hacía. La multitud de lo alto de la escalera avanzó. Un druchii cayó hacia Malus y él le clavó una estocada en el pecho, incapaz de distinguir si se trataba de un amigo o un enemigo. Entonces lo vio: una manga blanca salpicada de rojo que sujetaba en alto un *draich* manchado de sangre ante la entrada del santuario interior. Los fanáticos habían tomado la puerta y ya no eran capaces de contenerlos.

Otra daga acometió a Malus. Dado que no podía discernir quién la blandía en el enredo de cuerpos, le asestó un tajo a la mano y le cortó dos dedos. Algo afilado se le clavó en la parte inferior de una pierna y lo hizo gritar de sorpresa. Miró rápidamente a izquierda y derecha, y vio que los que tenía detrás presentaban batalla, pero la mayoría se volvía contra ellos. Si se quedaban donde estaban, los vencerían en pocos

minutos.

Malus inspiró tanto aire como pudo.

—¡Guerreros del templo! —gritó—. ¡Un paso atrás!

Los ancianos y sus guardias miraron a Malus con desconcierto, pero la fila desigual retrocedió un paso. Varios de los druchii que avanzaban hacia ellos perdieron el equilibrio y cayeron a los pies de los leales del templo que se retiraban, y Malus cobró ánimos al ver que éstos despachaban a los renegados con rápidos golpes despiadados. El noble se arriesgó a lanzar una mirada por encima del hombro, y vio a Arleth Vann justo detrás de él, con las espadas bajas a ambos lados del cuerpo. Reparó en los hilos de sangre que salían de dentro de las dos mangas del asesino y goteaban desde sus puños, pero no dudó de que su guardia continuaría luchando y matando si él se lo ordenaba.

—¡Nos retiramos hacia la puerta! —gritó—. ¡Guárdanos la espalda y evita que los bastardos nos rodeen por los flancos cuando hayamos salido de la escalera!

Arleth Vann asintió, ceñudo, y se volvió de espaldas a Malus para mirar hacia el suelo de la capilla.

—¡Guerreros del templo! ¡Un paso atrás! —ordenó Malus, y la retirada comenzó de verdad.

Los ochenta pasos que los separaban de la puerta fueron los más largos de la corta vida de Malus. Todos los servidores leales del templo que se habían interpuesto entre Malus y la entrada del santuario interior estaban muertos, y ante él no había nada más que una multitud sedienta de sangre que pedía su cabeza a gritos. Uno cargó directamente hacia él, agitando un hacha, y el noble echó una rodilla en tierra y le clavó una estocada en la entrepierna. Otro lo acometió con un tajo de espada corta dirigido a la cara. Malus arrancó la espada del cuerpo del que empuñaba el hacha y paró el golpe, para luego obligar al enemigo a retroceder con una estocada dirigida a la cara. Volvió a ponerse de pie y retrocedió, al tiempo que provocaba a los que tenía delante para que probaran suerte contra su espada.

Y así continuó: retroceder un paso, parar un golpe, matar y retroceder otro paso. Cuando los leales del templo abandonaron la escalera, la turba descendió al suelo de la capilla y rodearon los extremos de la irregular formación, obligando a los luchadores que se retiraban a reunirse en un apretado grupo de druchii cansados. Las pilas de cráneos del suelo de la capilla fueron como un regalo para los leales, porque estorbaban los ataques de los renegados, que no podían acometer a los defensores desde todos lados. Fiel a su palabra, Arleth Vann mantuvo despejada la línea de retirada y mató a todos los renegados que se cruzaban en su camino.

Cuando se encontraban a poco más de medio camino de la puerta, Malus jadeaba como un perro y en la periferia de su visión aparecían puntos rojos. Recogió la daga de un renegado muerto y continuó luchando con ambas manos, parando golpes con la

pesada espada nórdica y apuñalando enemigos con el cuchillo. Había perdido la cuenta de cuántos había matado. Los demás le seguían los pasos como lobos porque percibían que estaba debilitándose y aguardaban el momento oportuno para acometerlo. El noble boqueaba como pez fuera del agua, y apenas se atrevía a apartar los ojos de los oponentes para ver qué tal le iban las cosas al resto de los leales.

Con cada inspiración entrecortada sentía que el demonio se removía dentro de él, sin decir nada pero recordándole su presencia. En varias ocasiones, Malus se reprimió cuando ya tenía el nombre del demonio en los labios, sabedor de que una sola palabra le llenaría los pulmones de aire fresco y le transformaría la sangre en hielo mortal. En cada ocasión apartó de sí la tentación con un gruñido, aunque no sabía si lo hacía por miedo o por puro rencor sanguinario.

Sólo cuando los renegados redoblaron los ataques, Malus supo que se encontraban cerca de la puerta. Oyó que el tempo de la lucha se aceleraba a ambos lados, y los tres enemigos que habían pasado los últimos minutos poniendo a prueba sus defensas decidieron acometerlo todos a la vez. Dos de ellos empuñaban estoques cortos, mientras que el druchii situado más a la derecha blandía una gran hacha de un solo filo.

El hombre del hacha estuvo a punto de herirlo al acometerlo justo cuando Malus parpadeó para librarse de una nube de puntos rojos que tenía en el campo visual. Sintió más que vio la enorme forma del atacante, y por puro instinto saltó hacia adelante y a la derecha, cosa que lo situó por dentro del arco del barrido del hacha. El atacante pivotó más hacia la derecha para intentar corregir la dirección del arma, pero lo hizo un segundo demasiado tarde y apuntó mal, de modo que la hoja impactó en la parte posterior de la cabeza de uno de los espadachines. Antes de que el que blandía el hacha pudiera recuperarse, Malus le clavó una estocada en el pecho y otra en el cuello. Luego se lanzó hacia el último de los tres atacantes, que en ese momento pasaba por encima del compañero caído y dirigía una estocada a la garganta del noble. El hecho de que la espada del renegado fuera más corta lo obligó a lanzarse demasiado a fondo para llegar al objetivo, y Malus se lo hizo pagar muy caro; se apartó a un lado para evitar la estocada y le estrelló el filo de la espada en un costado del cuello.

Malus se arriesgó a echar una rápida mirada atrás y vio que la puerta se encontraba a apenas unos pocos pasos. Alguien —probablemente uno de los guardias de Rhulan—, había entrecerrado la puerta de modo que por ella pudieran pasar sólo uno o dos druchii por vez. En el interior ya sólo quedaba un reducido puñado de leales comandados por Arleth Vann, que apenas lograban mantener abierta la ruta de huida. El noble se habría echado a reír si hubiese tenido el aliento necesario para hacerlo. En cambio, se volvió otra vez hacia los renegados y se encontró cara a cara con uno de los fanáticos de Tyran. El espadachín tenía preparado el *draich* incrustado

de sangre y una sonrisa embelesada en los labios.

«No puedo vencerlo, maldición. Apenas si puedo respirar», pensó. A pesar de todo, saltó hacia el fanático al tiempo que lanzaba un grito ronco, con la daga cerca del torso, e hizo una finta con la espada para calibrar la destreza del oponente. El espadachín estaba claramente agotado a causa del esfuerzo realizado para llevar a cabo el ritual del Portador de la Espada, porque el golpe destinado a matar a Malus fue lo bastante lento para que el noble lo parara con el plano de la daga. Malus retrocedió ante el espadachín, jadeando, y el fanático lo siguió grácilmente, con expresión voraz y atenta.

Malus se desvió para ir hacia la puerta, con la esperanza de que la memoria y la vista borrosa no lo hubieran engañado. Lanzó otra estocada corta a los ojos del fanático, y retrocedió justo a tiempo de evitar que le cortara el brazo de la espada a la altura del codo.

El fanático rió.

—Te deshonras, blasfemo —dijo—. Había esperado que fueras un enemigo digno, pero jadeas y das traspies como un borracho. ¿Por qué no arrojas la espada y aceptas la fría misericordia de Khaine?

Una fantasmal sonrisa apareció y desapareció en los labios de Malus.

—Porque yo sé algo que tú ignoras.

El fanático frunció el entrecejo.

—¿Yes?

—Y es que mi guardia está a punto de clavarte una estocada en un costado del cuello.

El espadachín rotó y alzó la espada en un velocísimo movimiento defensivo. Malus saltó al mismo tiempo para asestarle un tajo en la curva interior del codo, y cercenó limpiamente el brazo. El fanático dio un traspie, pero antes de que pudiera recobrarse, el noble lo remató con una estocada en el cuello.

Arleth Vann acabó con el renegado que tenía delante y dio un paso atrás para situarse junto a Malus. Le dirigió a su señor una mirada acusadora.

—He oído lo que dijiste —declaró con severidad—. ¡Mira que sugerir que yo interferiría en un duelo sagrado!

—Yo mismo estoy un poco sorprendido de que se lo haya creído —replicó Malus. Cogió al asesino por una manga empapada de sangre y lo hizo retroceder a través de la entrada. A ambos lados de la puerta había druchii con los ojos muy abiertos cuyas manos sujetaban los bordes de las altas puertas de roble.

—¡Cerradlas! ¡Rápido! —ordenó Malus—. ¡Los tenemos casi encima!

Los guardias obedecieron de inmediato y tiraron con fuerza de las pesadas hojas de madera. En la abertura que se estrechaba aparecieron rostros frenéticos, manchados de sangre, y se oyeron los terribles golpes contra las puertas que se cerraban. Una

mano pálida asomó por la abertura, desesperada por coger a Malus. Con una maldición, el noble se desvió a un lado y descargó la espada sobre la mano agresora, cercenándola en medio de una fuente de sangre. El agónico alarido del renegado fue ahogado por el pesado ruido de las puertas al cerrarse.

Malus se volvió para buscar a Rhulan, que se encontraba al pie de la escalera del templo, con la cara cenicienta.

—¿La puedes dejar cerrada?

El anciano del templo se sobresaltó al oír la voz de Malus, como si estuviera perdido en ensoñaciones.

—¿Dejarla cerrada? —preguntó, mientras parpadeaba como un buho.

—¡La puerta, maldito seas! —le espetó el noble, con una voz tan dura que tanto Rhulan como sus guardias dieron un respingo—. ¿Conoces algún hechizo para dejar la puerta cerrada?

—Ah, sí. Por supuesto. —Rhulan avanzó y alzó la mano derecha—. Apartaos de la puerta —dijo.

Malus y Arleth Vann bajaron de la escalera, y el resto de servidores del templo se apartaron a los lados. Las pesadas puertas comenzaron a abrirse casi de inmediato y dejaron salir un coro de feroces gritos y puñetazos. Una cabeza cortada pasó rodando por la abertura cada vez más amplia y bajó rebotando por la escalera hasta detenerse a los pies de Malus.

Entonces, Rhulan se irguió en toda su estatura y pronunció una sola palabra de poder que restalló en el aire como un golpe de látigo. Cerró en un puño la mano alzada, y las puertas gemelas se cerraron con un golpe sonoro.

Malus asintió con cansada satisfacción mientras revisaba, hasta cierto punto, la opinión que tenía del frágil Rhulan. Con rapidez, hizo recuento del variopinto grupo de leales que habían escapado a la debacle del interior del templo. Rhulan tenía seis hombres y mujeres que formaban un amplio círculo en torno a él, y vio que la anciana tatuada, que se hallaba a cierta distancia, estaba rodeada por su propio círculo de guardias y parásitos, incluida la sacerdotisa armada con un hacha a la que había visto luchar antes. Otros cuatro leales se encontraban cerca de Malus, al pie de la escalera. Eran los únicos que quedaban del reducido destacamento que había conducido al exterior del edificio.

Del centenar de druchii que habían seguido al Gran Verdugo desde la Ciudadela de Hueso, quedaban menos de veinte. Malus sacudió amargamente la cabeza e intentó maldecir, pero lo único que logró fue una violenta tos húmeda que le provocó espasmos de dolor en el pecho. Se tambaleó, y Arleth Vann lo sujetó con una mano manchada de sangre.

—¿Estás bien? —preguntó Rhulan, cuyo semblante palideció aún más.

Malus tuvo que esforzarse para reprimir una réplica grosera. Escupió la sangre

que le llenaba la boca e inspiró como un estrangulado.

—Bastante bien —logró decir.

—No tenemos mucho tiempo —dijo el anciano con voz hueca—. ¿Qué hacemos? El demonio se removió.

—Escúchalo —susurró Tz'arkan—. Se te acaba el tiempo, pequeño druchii. Debes escoger.

Una punzada de lacerante dolor recorrió el pecho de Malus, tan intenso que casi lo hizo doblarse por la mitad. La mano de Arleth Vann volvió a sujetarlo, pero Malus retiró el brazo de un tirón. Sin nada más que la amarga furia para sostenerlo, se obligó a enderezarse.

—Vamos a hablar con esos asesinos vuestros —dijo, con los dientes apretados—, y luego acabaremos con esos fanáticos de una vez y para siempre.

Después de la ebúrnea eminencia de la Ciudadela de Hueso y la gloria del templo labrado por enanos, Malus no sabía qué esperar en el caso del sanctasanctórum de los asesinos sagrados. ¿Una afilada torre enteramente forjada en acero? ¿Un palacio de rubíes y granates? Muchas visiones fantásticas pasaron por su mente mientras Arleth Vann los conducía a través de los terrenos del templo.

Resultó ser un agujero en el suelo.

Para ser más precisos, se llegaba a él por un sendero en espiral de casi ciento veinte pasos de diámetro que se adentraba en la tierra. Grandes globos de luz bruja rodeaban el perímetro de la amplia espiral y proyectaban sombras móviles de luz sobre el estrecho sendero. Tenía la anchura justa para que lo recorriera sólo un druchii por vez, y estaba formado de vidrio rojo oscuro que brillaba como sangre en la luz bruja.

Rhulan encabezó la marcha. Los guardias del templo —incluso la temible sacerdotisa del hacha manchada de sangre—, se miraron aprensivamente unos a otros cuando echaron a andar en fila detrás de su señor. Incluso Arleth Vann pareció vacilar a la hora de iniciar el descenso, aunque Malus sospechaba que tenía razones muy concretas para evitar a sus antiguos camaradas. Suponía que los silenciosos cuchillos de Khaine no abrigaban compasión alguna para aquellos que rompían sus votos y desertaban de la orden.

El descenso le pareció interminable. Pasaron cinco minutos completos de lento paso metódico antes de que completaran el primer circuito y comenzaran a penetrar bajo tierra. Malus apretaba los dientes, se presionaba la herida del pecho con una mano, y esperaba oír sonidos de persecución en cualquier momento. Imaginaba que Urial no se vería demorado durante demasiado tiempo por el hechizo de Rhulan, ni tardaría un solo instante en lanzar a los sabuesos tras su pista.

Pasaron casi cinco minutos más antes de que se encontraran del todo bajo tierra. ¿Qué, en el nombre de la Madre Oscura, requería tanto tiempo para recorrer el

camino?, se preguntó. ¿Acaso había trampas dispuestas para los incautos? ¿Agujas envenenadas o espíritus voraces? Todos los que lo precedían parecían estudiar el sendero que tenían por delante con intenso interés. Concentrado en respirar regularmente, Malus los imitó y se puso a observar las brillantes piedras rojas en busca de reveladoras placas de presión o alambres que pudieran activar trampas.

Continuaron avanzando y avanzando. El olor de la tierra húmeda le inundaba la nariz, y cuando dejaron atrás la luz bruja, el camino quedó iluminado por musgo de sepultura que crecía en nichos abiertos en las brillantes paredes de piedra.

No tardó en perder la noción del tiempo. Un paso llevaba al siguiente, a una velocidad que ni disminuía ni aumentaba. Comenzó a sentirse como si una fuerte mano de dolor le apretara el pecho, y de vez en cuando una gota de sangre salía por sus labios y caía pesadamente en el sendero. Cada vez que respiraba sentía un burbujeo en la garganta, como si sufriera una terrible fiebre. Oía que el demonio le susurraba en los oídos, pero el sonido era extrañamente débil, como el murmullo de las mareas, y le prestaba poca atención.

Pasado un tiempo, Malus comenzó a sentir que el curvo sendero se encogía, se cerraba cada vez más con cada giro. Se animó al comprender que tenían que encontrarse cerca del lugar de destino, pero tuvo cuidado de no disminuir la atención hasta el punto de apartar los ojos del peligroso suelo.

Poco después de ver que sus pasos atravesaban un estrecho umbral, alzó la mirada y vio que habían llegado a una pequeña cámara circular excavada en piedra oscura. En las paredes brillaban globos de luz bruja tallados en forma de dragones y burlones demonios. Al otro lado del círculo había unas puertas dobles. Rhulan echó una sola mirada atrás, hacia el grupo, con una expresión que indicó claramente que debían aguardar allí; luego fue a detenerse ante las puertas. No dijo una sola palabra ni golpeó los paneles de madera, pero a pesar de eso, se abrieron silenciosamente para dejarlo entrar.

Después de que Rhulan se marchara, muchos de los extenuados leales se dejaron caer sentados en el suelo de piedra. Algunos se examinaron las heridas, mientras que otros se sumieron en un sopor de agotamiento. La anciana tatuada se apartó del resto, se sentó con la espalda contra la curva pared y cerró los ojos como para meditar o rezar. La sacerdotisa del hacha se sentó, luego se levantó, y finalmente se puso a pasear como un león enjaulado, con expresión distante y vengativa.

Malus también declinó sentarse, no tanto por nerviosismo como por no estar seguro de poder levantarse otra vez si lo hacía. Ya era bastante malo que Arleth Vann tuviera que verlo en un estado tan lamentable; maldito si alguien iba a tener que cargar con él. El asesino se recostó contra la pared junto a la entrada y apoyó la cabeza en la piedra curva. Tenía el macilento rostro sucio de sangre seca, y también la parte frontal del kheitan y las mangas acartonadas y oscurecidas por ella.

El noble volvió los ojos en la dirección por la que habían llegado.

—Tantas precauciones, y no había ni una sola trampa ni alarma —dijo—. Parece que los asesinos son menos temibles de lo que sugiere su reputación.

Arleth Vann alzó los ojos para mirarlo con expresión aturdida.

—¿De qué estás hablando?

Malus señaló hacia el sendero en espiral.

—Todas esas precauciones para no activar trampas eran innecesarias —dijo.

—¿Trampas? —dijo el guardia—. Eso era un laberinto, mi señor. Un viaje de meditación. ¿Quién pone trampas en un laberinto?

El noble parpadeó.

—Sí, bueno, nadie, supongo. —Frunció el ceño—. ¿Qué orden de asesinos te obliga a recorrer un laberinto para llegar hasta ellos?

Arleth Vann estudió a su señor durante largos momentos, sin saber si se estaba burlando de él.

—No somos meros degolladores, mi señor —dijo al fin—. La Shayar Nuan es una orden sagrada, muy parecida a las órdenes de los verdugos o las brujas del templo.

Malus alzó una ceja al oír el nombre.

—¿La Bendita Muerte? ¿Así se llaman a sí mismos?

—Es el nombre que nos damos a nosotros mismos —asintió el asesino, y le dedicó a Malus una de sus sonrisas espectrales—. Ahora que lo sabes, tengo que matarte, por supuesto.

El noble le gruñó a su servidor.

—Hablas como si todavía fueras uno de ellos.

Arleth Vann se encogió de hombros. Sus ojos color latón tenían una mirada obsesiva.

—Somos Shayar Nuan cuando emergemos del caldero, mi señor. Nada puede cambiar eso.

—No lo entiendo. Pensaba que el caldero estaba reservado para los sacrificios.

El asesino suspiró, mientras intentaba hallar un modo de explicarlo.

—Sí y no, mi señor. Las brujas del templo se bañan en el caldero. Es la fuente de su terrible atractivo y su vigor intemporal —dijo—. Ese poder nace, de hecho, del sacrificio: prisioneros, delincuentes, débiles y tullidos, así como todos los asesinos neófitos. Es el paso final del rito. Morimos y, sin embargo, vivimos al servicio de Khaine.

Malus miró al asesino con más atención.

—No querrás decir que, de hecho, estás muerto.

—Es una metáfora, mi señor. ¿Estás familiarizado con ese término?

—No te pongas frívolo conmigo —gruñó Malus débilmente—. En caso de que lo

hayas olvidado, me clavaron una estocada de espada hace poco, y no estoy de buen humor.

—Te pido disculpas, mi señor —replicó el guardia.

—Por otra parte, con todo lo que he visto en esta maldita ciudad, no me sorprendería en lo más mínimo.

—No, supongo que no —replicó Arleth Vann—. Bien, considera esto: ¿cómo matas a un hombre que ya está muerto?

Malus lo pensó.

—Le cortas la cabeza y las extremidades y quemas los trozos. Es el único modo de asegurarse.

El asesino frunció el entrecejo.

—Comienzo a entender por qué tu padre nunca consideró la posibilidad de enviarte al templo —dijo—. Permíteme que sea directo: el mayor poder que puede tener alguien es la capacidad de arrebatarse la vida a otro. Es el dogma central de los verdugos. No obstante, si alguien ya está muerto, ni siquiera las espadas benditas de Khaine pueden tocarlo. Es un fantasma que no teme a nada de este mundo ni del otro.

Malus gruñó, y eso le provocó un espasmo de tos.

—Interesante —dijo, mientras se limpiaba la boca con el reverso de una mano—. Si no recuerdo mal, dijiste que la orden era de reciente creación, que originalmente no formaba parte del culto del Señor del Asesinato.

Arleth Vann observó con cautela a los otros khaineítas.

—Así es —admitió en voz baja—. El Rey Brujo necesitaba un medio de eliminar las amenazas contra el Estado sin arriesgarse a una guerra abierta con las casas nobles, y el templo necesitaba una razón nueva para justificar su autoridad después de que hubiera sido asesinado el último de los brujos. —Se encogió de hombros—. En el pasado, a los que sobrevivían a la inmersión en el caldero se los llevaban las brujas y los educaban en la doctrina del culto. Muchos se hacían sacerdotes, y otros vivían como oráculos o eruditos superiores. Los ancianos del templo crearon para ellos una nueva vocación: el arte del asesinato sigiloso y silencioso, una combinación de la magia de las brujas y la destreza de los verdugos.

—¿Y Urial fue educado en esas artes?

El asesino negó con la cabeza.

—No. Según todos los informes, era un erudito voraz y un poderoso brujo, pero nada más. Sus deformidades le impedían dominar las artes del combate. Hasta donde yo sé, nunca se consideró incluirlo en la orden, ni tampoco podían considerarlo de verdad como sacerdote, porque incluso los ancianos como Rhulan deben estar preparados y capacitados para marchar a la guerra. Honradamente, no creo que nadie supiera muy bien qué hacer con tu hermano.

—Es una lástima que nunca me lo preguntaran a mí. Podría haberles hecho una

serie de agudas sugerencias. —Malus estudió las puertas cerradas—. ¿Crees que nos ayudarán, ahora que Urial tiene la espada?

Arleth Vann se encogió de hombros.

—La verdad es que resulta difícil saberlo. Al igual que las brujas de Khaine del pasado, la orden profesa el desinterés por los asuntos del templo. De hecho, una gran parte del prestigio y la autoridad de las brujas ha sido cedida a los asesinos a lo largo de los siglos. Podrían considerar que Urial está usurpando el papel de Malekith como Azote, o podría no importarles quién empuñe la espada, siempre y cuando se cumpla la voluntad de Khaine.

Malus sintió otra terrible punzada de dolor. Respiraba someramente y las sombras se cerraban desde la periferia de su campo visual. Sabía que estaba quedándose sin tiempo. ¿Dónde estaba Rhulan? ¿Por qué tardaba tanto?

—Da la impresión de que necesitan algo de persuasión —dijo, ceñudo, y corrió hacia las puertas.

Arleth Vann lanzó un grito de sobresalto, pero Malus llegó a la entrada antes de que pudiera reaccionar. Apoyó las manos contra la húmeda madera de roble, y empujó.

Las puertas se abrieron fácilmente y dejaron a la vista una oscuridad de caverna. Sin vacilar, Malus entró. Avanzó a ciegas, esperando chocar contra una pared o caer por el borde de un pozo en cualquier momento. Vagamente oyó que Arleth Vann gritaba su nombre, pero no le hizo caso.

Pasados escasos momentos, vio una luz mortecina ante sí. Pocos pasos después distinguió tres figuras, dos de pie y una tercera arrodillada ante ellas. Malus dedujo que la figura arrodillada tenía que ser Rhulan, y una docena de pasos más tarde se confirmó la sospecha.

El Arquihierofante se encontraba arrodillado dentro de un círculo de suave luminiscencia que parecía manar del aire mismo. Dos figuras que estaban ataviadas con ropón permanecían de pie ante él, con la cara oculta dentro de profundas capuchas.

Al acercarse Malus, Rhulan se volvió a mirar con temor, y sus ojos se abrieron más al reconocerlo.

—¡Por el Bendito Asesino! ¿Qué haces aquí? ¡Tenías que esperar!

—En este momento, el tiempo es más precioso que el oro —replicó Malus, impaciente—, y somos más pobres con cada momento que pasa. —Se encaró con los encapuchados—. ¿Perteneceís a los ancianos de la orden?

Uno de ellos dio un paso en su dirección.

—Los ancianos están reunidos en cónclave —replicó una voz joven. Alzó una mano para quitarse la capucha y dejó a la vista el rostro aniñado y los oscuros ojos de un iniciado.

Malus señaló a Rhulan.

—¿Sabes quién es, muchacho?

—Por supuesto —replicó el iniciado—, pero no ha traído ningún diezmo de sangre, y tú tampoco. Ni siquiera el Gran Verdugo puede hablar con los ancianos sin una ofrenda adecuada. Las reglas de la orden son claras...

La daga arrojada por el noble se clavó en la frente del iniciado con un golpe sordo. El cuerpo del muchacho tembló durante un momento, con la boca petrificada a media frase, y luego se desplomó.

Malus se volvió hacia la segunda figura encapuchada.

—Muy bien —dijo con frialdad—. Ahí tienes mi diezmo de sangre. Llévame ante los ancianos.

Rhulan dejó escapar un grito ahogado. El otro encapuchado observó al acólito muerto durante un momento, y luego se encaró con Malus.

—Tu diezmo es... aceptable —dijo—, pero los ancianos están escogiendo un nuevo maestro. No hablarán con nadie hasta que hayan cumplido con su sagrado deber.

—¿No os dais cuenta de que un usurpador ha robado la *Espada de Disformidad* de Khaine y matado al Gran Verdugo? ¡Si no actuáis con rapidez contra él, se apoderará del templo, y luego de la ciudad!

La figura no dijo nada.

Furioso, Malus probó con otro argumento.

—¿No estáis obligados a vengar la muerte de vuestro maestre caído?

—Sí —replicó la figura.

—¡Bueno, pues fui yo quien lo mató! —declaró el noble—. Le reventé los sesos al gordo patán con un trozo de mármol roto. Si vuestros malditos ancianos no mueven el culo y hacen algo respecto a Urial, él me matará y los privará de su venganza.

Alguien gritó, iracundo. Malus no estaba seguro de quién. La sala comenzó a rotar. Lo recorrió un dolor tremendo, pero con un alarido de rabia luchó para permanecer de pie. Manoteó en busca de la espada, pero unas manos poderosas lo aferraron por los brazos y lo derribaron.

Malus no llegó a sentir cómo impactaba contra el suelo.

Flotaba por la oscuridad. Un viento caliente le soplaba en la cara y oía sonidos extraños.

Las visiones aparecían y desaparecían en fugaces destellos rojos. Vio paredes de piedra y druchii ataviados con ropones, pasadizos sinuosos y estrechas escaleras. Pasado un rato, se dio cuenta de que lo transportaban, pero no logró adivinar adonde ni por qué.

A veces, los sonidos se resolvían en voces que resonaban en espacios estrechos y oscuros. A veces susurraban y otras gritaban. Intentaba responderles, pero de sus

labios no salían las palabras.

Lo siguiente de que se dio cuenta fue que tenía frío. No, que estaba tendido sobre algo frío. Sentía sabor a sangre. Se produjo otro destello rojo, y Malus dio un respingo y parpadeó en la luz repentina. Arleth Vann lo miraba desde arriba, con el pálido semblante a pocos centímetros del suyo. Los ojos de color latón penetraban profundamente en los de él.

Malus intentó hablar. Los sonidos que produjo como respuesta al esfuerzo apenas eran reconocibles.

—¿Dón... dónde estamos?

El rostro del asesino se alejó. La luz de antorcha hizo visible una pared de roca a la derecha de Malus, con nichos profundos abiertos a intervalos regulares desde el techo al suelo. Bajo la oscilante luz brillaron cráneos y pilas de huesos.

—Entre los muertos —replicó Arleth Vann. Luego, la oscuridad se cerró sobre él una vez más.

14. Contemplación del abismo

Un viento caliente azotaba a Malus, le enredaba el pelo suelto y le lanzaba a la cara arena fina que le raspaba la piel. Planas llanuras se extendían durante kilómetros, inertes y hostiles.

Yacía boca abajo y miraba al norte, hacia la dentada línea de unas montañas color de hierro que se alzaban al borde del ardiente mundo. Malus sabía que una de las montañas tenía una grieta, como si hubiese sido cortada por el hachazo de un dios. Al pie de esa montaña, en un bosque muerto y marchito, había un camino de piedras oscuras que llevaba hasta un templo antiguo.

Había intentado cumplir con su parte. Había tratado de reunir las cinco reliquias perdidas, pero al final había fracasado. Era demasiado: demasiado para que pudiera hacerlo cualquiera.

Ya caían los últimos granos de arena del reloj. Se los robaba el viento del desierto, que se los llevaba hacia el pálido cielo blanco.

Intentó ponerse de rodillas, pero el cuerpo se negó a obedecerle. Bajo la piel le ardía, como un ascua encendida, un dolor lacerante que lo dejaba sin aliento. Se había arrastrado a lo largo de kilómetros y kilómetros para intentar llegar hasta el templo e implorarle al demonio que pusiera en libertad su alma contaminada. El terror se apoderaba de él a medida que se aproximaba la hora en que Tz'arkan se apoderaría de su alma para siempre.

Una mano fresca y fuerte se cerró sobre su hombro. Un agudo dolor lo hizo gritar cuando le dio la vuelta para tenderlo de espaldas. Una dura luz blanca atravesó sus párpados cerrados. A continuación lo cubrió una sombra que bloqueó el despiadado sol.

Sintió una caricia en la mejilla llena de ampollas. La piel era áspera, callosa en las puntas de los dedos y la palma.

—¿Sufres, mi señor? —la voz femenina, ronca y profunda, le recordó el crucero esclavista y la época anterior a la maldición del demonio.

—Tengo que llegar al templo —dijo con voz entrecortada, mientras jadeaba con una respiración gorgoteante. Con dedos torpes se palpó el desgarró del ropón—. Estoy herido —afirmó, mientras lágrimas amargas dejaban surcos en la mugre que le cubría la cara—. Dentro de mí hay un demonio...

—Silencio, mi señor —replicó ella—, la corrupción te ha vuelto loco. No permitiré que un demonio te posea. No tengas miedo.

Unos dedos delicados palparon el desgarrón. Malus abrió los ojos y miró el rostro de Lhunara. Ella sonrió, lo que hizo que el globo lleno de sangre que había sido su ojo derecho se hinchara en la cuenca destrozada. De la terrible herida del cráneo manaron sangre y fluidos repulsivos, y en el cerebro podrido se retorcieron gusanos,

molestos por el terrible calor.

Los fríos dedos de ella penetraron por el desgarrón de la tela y hurgaron dentro de la herida abierta. Sintió que le cogía el interior de las costillas, y gritó cuando ella flexionó el brazo y rompió la caja torácica. La carne y los huesos se partieron con el sonido de algo podrido que se desgarrara.

Ella acercó la cara al agujero abierto y comenzó a comer, desgarrándole los órganos como una loba, y lo único que él pudo hacer fue abrir la boca y gritar.

Lo sacudían unas manos, primero con suavidad y luego insistentemente.

—Despierta, mi señor. ¡Por amor al Asesino, despierta!

Malus despertó, y el grito cada vez más potente fue interrumpido en seco por un espasmo de violenta tos. Tenía el cuerpo frío y húmedo, y le dolían las articulaciones por haber permanecido tumbado sobre la dura piedra. Rodó de lado para escupir coágulos de sangre y flema, y luchó para poder respirar.

Yacía sobre una losa mortuoria, dentro de una pequeña celda rectangular. Los ocupantes anteriores, unos marchitos ancianos del templo, de siglos pasados, habían sido arrojados sin ceremonias sobre el suelo de piedra toscamente tallada. En las paredes había largos nichos ocupados por los deshechos esqueletos de guardias y aliados predilectos. En uno de los nichos más altos ardía una pequeña lámpara de aceite que bañaba la antigua cripta con una débil luz amarilla. El aire era húmedo y estaba cargado de polvo, el cual se le había adherido a la garganta dolorida.

Unas manos fuertes lo sujetaron por los hombros y le provocaron un estremecimiento de terror al hacerle revivir los últimos momentos de la pesadilla. Intentó defenderse, pero fue como si un puño se le cerrara en torno al pulmón izquierdo, y estuvo a punto de perder el conocimiento debido al dolor. Arleth Vann hizo que su señor volviera a tenderse de espaldas sobre la losa, y lo miró con preocupación.

—Tenías una pesadilla, mi señor —dijo en voz baja—. Debe de haber sido terrible. No creo haberte oído gritar así nunca antes.

Malus se enjugó la cara con una mano temblorosa.

—Eso es porque no has pasado mucho tiempo conmigo últimamente —replicó, y le dedicó una desganada sonrisa—. En estos últimos meses he tenido ocasión de perfeccionar mis habilidades vocales. —Apartó las manos del guardia e intentó sentarse—. En el nombre de la Madre Oscura, ¿dónde estamos?

—En lo profundo de las tumbas —respondió el asesino—. Para cuando salimos del santuario de los asesinos, Urial ya había logrado abrir la puerta del templo y estaba en plena actividad para apoderarse de la totalidad de la fortaleza. Habían abierto la puerta principal para dejar entrar a un gran contingente de fanáticos que reforzaron el pequeño destacamento de Urial. Estaban matando a todos los esclavos que encontraban y apresando a los acólitos restantes. Apenas logramos evitar a los

grupos que registraban la fortaleza y perdernos en las catacumbas.

Malus hizo una mueca cuando un dolor lacerante le recorrió el pecho, pero se negó a tumbarse otra vez.

—¿Durante cuánto tiempo he estado sin sentido?

—Hace casi un día que recobras el conocimiento y vuelves a desmayarte —respondió el asesino. Ladeó la cabeza por encima de un hombro para señalar la estrecha entrada—. Rhulan y el resto están en la antecámara de ahí fuera. No han dejado de reñir desde que llegamos aquí.

El noble murmuró una maldición.

—Todo un día —dijo con amargura—. Urial se hace más fuerte a cada minuto que pasa. ¿Sabemos qué está sucediendo en la colina?

Arleth Vann se encogió de hombros.

—Salí a la superficie hace unas pocas horas, con la esperanza de conseguir un poco de comida y agua en las cocinas, y tal vez algo de *hushalta* —dijo—. Urial tiene el control absoluto del templo y ha cerrado las puertas para que no puedan entrar los guerreros que aún están en la ciudad. Una gran parte de Har Ganeth continúa en llamas, y oí sonidos de lucha en el distrito de los nobles.

Malus asintió con aire pensativo.

—Un plan condenadamente brillante —admitió—. Urial cuenta con todas las ventajas. —Intentó bajar las piernas de la losa, e hizo una mueca de dolor—. Si no hacemos algo muy pronto, todo estará perdido.

Arleth Vann tendió las manos hacia el noble.

—Mi señor, no creo que debas moverte —recomendó—. La herida... —Hizo una pausa, con expresión contrariada.

Malus se detuvo.

—¿Qué pasa con la herida?

El guardia meditó las palabras con cuidado.

—La *Espada de Disformidad* pasó entre las costillas y te perforó el pulmón izquierdo —dijo—. Tenías espuma sanguinolenta en los labios y jadeabas al respirar. La mayoría muere por una herida semejante, incluso con el auxilio de un cirujano. De hecho, durante la mañana ha habido momentos en los que tuve la certeza de que estabas a punto de expirar.

—¿Pero? —preguntó el noble.

Arleth Vann comenzó a responder, pero le faltaron las palabras. Impotente, señaló el corte del ropón de Malus.

El noble bajó los ojos y, por primera vez, se dio cuenta de que le habían quitado el *kheitan* y aflojado el ropón. Experimentó una punzada de pavor cuando alzó la mano y apartó la tela a un lado con dedos vacilantes.

Era evidente que Arleth Vann había usado un poco del agua que había conseguido

para limpiarle la herida lo mejor posible. La piel del lado izquierdo del pecho estaba cubierta de cardenales de color añil oscuro desde la clavícula al ombligo. La herida era una línea limpia casi tan larga como uno de sus dedos, abierta entre las costillas quinta y sexta. El dolor de la espalda le indicaba que en ella había una herida similar.

La piel que rodeaba el corte estaba casi totalmente negra. La herida en sí estaba cerrada, unida por un cordel de grueso tejido negro que supuraba un líquido pálido de olor repugnante.

«Madre de la Noche —pensó Malus, y se le heló la sangre—. ¿Qué me ha hecho Tz'arkan?»

Arleth Vann señaló la herida con mano vacilante.

—Yo... no he visto nunca nada parecido, mi señor —dijo—. ¿Qué es?

Corrupción, pensó él, al recordar las palabras de Lhunara. El poder que el demonio tenía sobre su cuerpo era mucho peor de lo que había imaginado que fuera posible. De repente, recordó la estocada sufrida en la batalla del camino de los Esclavistas. Se pasó una mano por el muslo, pero no halló siquiera tejido cicatricial. Apenas logró contenerse para no gritar de miedo.

«Estoy al borde del abismo —pensó—. ¡Un paso más, y estaré perdido!»

Entonces se dio cuenta de que Arleth Vann lo estaba observando y su expresión se volvía más inquieta a cada instante que pasaba. Se exprimió los sesos en busca de una explicación.

—Es... es la bendición de Khaine —dijo—. ¿Acaso no soy el Azote?

Una cruel risa entre dientes resonó dentro de la cabeza de Malus. Apenas logró contenerse para no cerrar los puños e intentar expulsar esa voz de su cráneo a golpes.

—¿Y cómo estás tú? —preguntó Malus, ansioso por pensar en otra cosa. Observó el ropón destrozado y mugriento de su guardia, y la piel sucia de sangre—. Vi lo que te hizo Yasmir con los cuchillos.

El guardia apartó la mirada, al parecer deseoso de aceptar la explicación de Malus, aunque la expresión de su rostro continuaba siendo de preocupación.

—Las heridas de los brazos se curarán —fue la simple respuesta—. Las brujas nos enseñan técnicas para acelerar el proceso de cicatrización y cerrar las heridas. Por lo que respecta al resto... —Alzó una mano y se levantó un faldón del ropón. La débil luz se reflejó en los pulimentados anillos de una fina malla de trama apretada que estaba cosida a la parte interior de las ropas del asesino—. No fueron tan graves como parecía.

Malus se arriesgó a reír débilmente entre dientes.

—Pensaba que tú y tus compañeros no le teníais ningún miedo a la muerte.

El asesino se encogió de hombros.

—Yo no le temo a la muerte, mi señor, pero eso no es razón para ponerles las cosas fáciles a los enemigos.

De repente, una acalorada discusión estalló en la antecámara de la pequeña cripta. —Hablando de ponerles las cosas fáciles a nuestros enemigos... —dijo Malus.

Inspiró tanto aire como pudo, y se asombró y asustó a la vez al descubrir que respiraba mucho más fácilmente que antes. Luego, lentamente a causa de los dolores, bajó de la losa de piedra. Las piernas amenazaron con fallarle y Arleth Vann se inclinó y tendió una mano hacia él, pero Malus lo detuvo con un gesto. Otra profunda inspiración, y recobró algo de fuerza.

El noble se compuso los ropones y los sujetó bien con el cinturón, para luego encaminarse hacia la entrada.

Otras dos lámparas de aceite proyectaban una luz oscilante sobre una cámara rectangular de unos treinta pasos de largo. En las paredes laterales había más entradas de criptas, muchas aún cerradas por delgadas puertas de madera, y en ambos extremos vio entradas más grandes que se abrían a la oscuridad subterránea. En el espacio que quedaba libre en todas las paredes se habían excavado nichos donde se apilaban cráneos y huesos envueltos en tela. En cada una de las cuatro esquinas había estatuas antiguas rotas que formaban montones cubiertos de musgo, y cuya apariencia original se había perdido hacía mucho en las nieblas del tiempo.

Rhulan estaba de pie en la entrada y miraba con enojo a la joven sacerdotisa que tan bien había luchado en la batalla del templo. Ella tenía las manos abiertas en un gesto de súplica, pero a Malus no se le escapó el acerado destello de sus ojos. En la voz de la sacerdotisa había un rastro de enfado y desesperación.

—Merecemos que se nos den respuestas, Arquihierofante —decía—. Si Urial no es el Portador de la Espada, ¿cómo puede haber sucedido esto?

Todos los ojos estaban fijos en Rhulan. Los leales al templo se hallaban sentados en el desnudo suelo de piedra y observaban la discusión con iguales dosis de esperanza y miedo. Incluso la anciana tatuada demostraba un agudo interés en la discusión, y permanecía sentada con la espalda apoyada contra uno de los montones de trozos de esculturas y dos cuchillos de hoja ancha desnudos sobre el regazo.

—¿Acaso las escrituras del templo no nos enseñan que Malekith, el Rey Brujo, es el Azote elegido por Khaine? —continuó la sacerdotisa—. ¿Acaso la espada no estaba atada por cadenas de brujería que la protegían para que sólo el Portador de la Espada pudiera empuñarla?

Malus vio que aparecía un destello de miedo en los ojos de Rhulan y le temblaban los labios al esforzarse por responder. Daba la impresión de estar viviendo la peor de sus pesadillas, pensó el noble.

—No existe ninguna protección perfecta —intervino Malus, cosa que hizo que todos dieran un respingo. Los sobresaltados rostros se volvieron a mirarlo como si se hubiera levantado de entre los muertos.

»Urial es un brujo poderoso por derecho propio —continuó Malus, que se recostó

en el marco de la puerta—; ¿y acaso no ha pasado años estudiando los textos del templo? Tuvo tiempo sobrado para descubrir un modo de burlar la magia que protegía la espada.

—Pero la espada sólo está destinada al Azote.

Malus estudió con atención a Rhulan. Claramente, estaba muy nervioso. «Sabe que la espada ha pasado por muchas manos a lo largo de los siglos —pensó—. ¿Acaso les han dicho a los fieles que había sido puesta directamente por Khaine en manos del templo?»

—Puede que la espada esté destinada al Azote, pero ¿no pueden empuñarla otros? ¿Blandiría, incluso? Después de todo, ¿durante cuánto tiempo la guardaron los ancianos, antes de llegar a Har Ganeth?

La sacerdotisa miró a Malus, con la frente pensativamente fruncida.

—¿Estamos seguros de que Urial no es el Azote?

—Yo lo estoy —declaró Malus con absoluta convicción, y miró a Rhulan. «Pero no estoy tan seguro de que lo esté el Arquihierofante», pensó.

—Malekith es el elegido —dijo Rhulan con voz débil—. Así está escrito.

—En ese caso, será mejor que le quitéis la espada de las manos a Urial, antes de que el Rey Brujo se entere de esto —dijo Malus.

—¿Y por qué? —preguntó la anciana tatuada, que clavó en Malus una mirada penetrante—. Este es un asunto que debe resolver el templo.

Malus negó con la cabeza.

—No si la noticia de este golpe llega a las otras ciudades —replicó—. Malekith no puede verlo como otra cosa que un desafío a su autoridad. Tendrá que quitarle la espada a Urial, aunque sólo sea para demostrar que es suya por derecho. Si otros miembros del templo deciden que Urial es el auténtico Azote, el enfrentamiento resultante podría desgarrar Naggaroth en pedazos.

—¡Por el Bendito Asesino! —exclamó Rhulan, que se cubrió la boca con una mano temblorosa—. ¿Qué es lo que vamos a hacer?

—Vamos a luchar contra ellos —replicó Malus, ceñudo—. Hace horas que deberíais haber salido a la ciudad para reunir a los fieles detrás de vuestro estandarte. En una batalla como ésta, triunfará el bando que tome la iniciativa, y os garantizo que Urial ya ha comenzado a actuar contra vosotros.

La sacerdotisa frunció el entrecejo.

—Urial no tiene ninguna posibilidad de detenernos —aseguró—. Cuenta con sus fanáticos, pero nosotros disponemos de un pequeño ejército a nuestras órdenes.

—Urial tiene algo más que sus verdaderos creyentes —repuso Malus—. Tiene a toda una ciudad a la que puede llamar en su ayuda. Todo lo que los fanáticos han hecho hasta ahora estaba destinado a volver a los ciudadanos de Har Ganeth en contra de los guerreros del templo. Provocaron al templo para que se lanzara a una campaña

de fuego y matanza y luego impidieron la entrada a su refugio seguro a los guerreros y los dejaron a merced del pueblo al que han atacado. Una vez que Urial le muestre al pueblo que se ha apoderado de la espada y condene a los guerreros del templo por sus crímenes, las calles se inundarán de sangre una vez más. —Señaló a los dos ancianos—. Debéis escapar de la fortaleza y reunir a los fieles. Denunciad a Urial y culpad a los fanáticos del derramamiento de sangre de ayer, luego dad caza a los herejes que queden en la ciudad y concentraos en recuperar la fortaleza.

El anciano le dirigió a Malus una mirada de asombro.

—No podemos luchar contra Urial —dijo.

—¿Por qué no?

—El Portador de la *Espada de Disformidad* no puede ser derrotado en batalla —replicó—. Así está escrito.

Malus iba a ponerse a discutir, pero entonces lo comprendió. «Tú crees que Urial es realmente el elegido —pensó—. Tú sabes la verdad sobre la profecía y te encuentras atrapado entre el Rey Brujo y el hombre que crees que es el auténtico Azote.»

—Dejadme a Urial a mí —dijo el noble—. Me quedaré aquí con un puñado de voluntarios y atacaré directamente al usurpador mientras vuestras fuerzas mantienen su atención fija en las puertas de la fortaleza.

Rhulan no dijo nada durante un momento, mientras sus ojos se entrecerraban al considerar el plan de Malus. Finalmente, asintió con la cabeza.

—Que así sea. —Se volvió a mirar a los fieles reunidos—. Mereia y yo debemos reunimos con nuestros hermanos y hermanas en la ciudad. ¿Quién permanecerá aquí para atacar al usurpador?

—No quiero más de una docena —dijo Malus—. Tendremos que atacar con fuerza y rapidez. Aun así, hay pocas posibilidades de que sobrevivamos muchos de nosotros.

La sacerdotisa se volvió a mirar al noble y alzó el mentón con gesto altanero.

—Yo me quedaré —dijo.

Otros druchii se pusieron de pie, de uno en uno o en pequeños grupos. Malus contó sólo diez, pero no iba a ponerse a insistir.

Rhulan miró a los voluntarios y asintió con la cabeza.

—Que la bendición del Señor del Asesinato sea con vosotros, hermanos y hermanas —proclamó—. Se hará la voluntad de Khaine.

—Se hará la voluntad de Khaine —respondieron los fieles. Mereia, la anciana tatuada, se levantó con gracilidad. —¿Cómo escaparemos de la fortaleza?

Malus miró a Arleth Vann.

—Subid por la escalera de caracol y seguid el camino antiguo que va hasta la casa de Thel —indicó el asesino—. Aunque haya guardias vigilando el camino, podréis

escabulliros ante ellos en la oscuridad. Incluso podréis lanzar contra ellos a los maelithii, si podéis abriros paso hasta tener a la vista las picas de hierro.

Rhulan asintió con la cabeza.

—En ese caso, vamos. Cada instante es precioso.

Mientras Mereia y los escoltas recogían las armas, el Arquihierofante se acercó al noble.

—¿Estás seguro de que podrás con esto? —preguntó, con una mirada intensa clavada en los ojos de Malus—. Estás herido de gravedad.

—He sufrido heridas peores —replicó Malus, sereno—. No temas, Rhulan. Cumpliré con mi parte del plan. Aseguraos de hacer lo mismo.

—El destino del templo..., tal vez de la propia Naggaroth..., está en tus manos. Hasta ahora, Urial aún no ha puesto a prueba la espada, y si podemos ocuparnos de él antes de que se le muestre la espada al pueblo, nadie tendrá por qué saber jamás que esto ha sucedido —dijo el anciano en voz baja—. ¿Cómo vas a separar a Urial de la espada?

Malus se encogió de hombros.

—No lo sé con seguridad, pero creo que implicará un cierto derramamiento de sangre.

—Recuerda lo que he dicho —susurró Rhulan—. Todos saben que la espada no puede ser derrotada en combate. Debes hallar otro modo de vencer a Urial y quitarle el arma, y una vez que esté en tu poder no debe ser usada en ningún caso, ni por ti ni por nadie más. ¡¡Júralo!!

El noble le dedicó al anciano una mirada de desconcierto.

—Como quieras, Arquihierofante.

Rhulan asintió con la cabeza.

—Bien. Muy bien. Cuando tengas la espada, tráemela a mí y serás recompensado.

Malus se esforzó por mantener neutra la expresión de la cara. «¿A qué estás jugando ahora?», se preguntó.

Antes de que pudiera formular más preguntas, se oyó un débil eco por el pasillo situado a la izquierda de Malus. Todos los que estaban en la antecámara quedaron petrificados al oírlo.

—¿Qué es eso? —susurró la sacerdotisa, y aferró el hacha.

El sonido se desvaneció, pero sus ecos permanecieron en la mente de Malus. Apretó las mandíbulas mientras desenvainaba la espada con lentitud.

—Parecía un aullido —dijo.

15. La morada de los muertos

Volvió a oírse el alarido, un grito agudo, casi desesperado, que sonó débilmente por los corredores de la cripta. Los khaineítas intercambiaron miradas de aprensión.

Malus miró a Arleth Vann. El asesino desenvainó sus espadas gemelas con expresión tensa.

—Sea lo que sea, viene hacia aquí —dijo el guardia.

—¿Podría tratarse de un espectro o un espíritu guardián? —preguntó el noble.

Fue Rhulan quien respondió, con un temblor de miedo en la voz.

—Construimos estas tumbas para contener a los muertos, no para darles rienda suelta.

—Entonces, creo que Urial ha venido a buscarnos —gruñó Malus.

Mereia avanzó un paso con movimientos gráciles.

—¿Qué hacemos?

—Tú y Rhulan salid de aquí. Ahora —dijo Malus—. Nosotros ganaremos tanto tiempo como podamos.

El alarido resonó otra vez más por el pasadizo oriental, y luego se transformó en un coro de gritos gorgoteantes que parecía acercarse más y más. Puestos en movimiento por los horrendos sonidos, Rhulan, Mereia y su escolta corrieron hacia el corredor occidental. La anciana tatuada le dedicó a Malus un asentimiento de camaradería al pasar.

—Mata uno por mí —dijo, cosa que hizo que el noble sonriera con malevolencia.

La despedida de Rhulan, cuando se detuvo en la entrada del pasadizo y se volvió a mirar al noble, fue mucho más ceñuda.

—Recuerda lo que he dicho —le advirtió—. El futuro del templo depende de eso.

—Haré lo que haya que hacer —replicó Malus con tono grave—. Cuenta con ello. —«Siempre y cuando sobreviva a los próximos diez minutos», pensó.

No se encontraba precisamente en forma para luchar; era de lo único que estaba seguro. La herida del pecho le dolía al moverse, y sentía las extremidades torpes y débiles. Inesperadamente, pensó en el demonio. Una pizca, una simple pizca del poder de Tz'arkan podría cambiar las cosas.

¿Podría beber un sorbo más de la fuente de corrupción sin perderse para siempre? Podría negociar con el demonio. Podría pedirle justo lo suficiente para superar la batalla inminente, y nada más. Podía hacerlo, ¿no? Si moría allí, en las profundidades de esta cripta dejada de la mano de la diosa, su alma le pertenecería al demonio de todas formas. ¿No era mejor vivir en la corrupción que morir y ser esclavizado para siempre?

Los gritos de los perseguidores sonaron más cerca, y Malus se dio cuenta, demasiado claramente, de hasta qué punto estaba atrapado.

De la oscuridad le llegaron otros sonidos: sonidos deslizantes y húmedos, puntuados por un seco raspar de zarpas. Uno de los leales lanzó un grito de miedo y retrocedió ante el pasadizo.

—Que la Bendita Madre nos proteja —dijo, con voz ronca de tensión—. ¡Vamos a morir todos!

Las palabras hicieron estremecer a todos los khaineítas, pero la sacerdotisa del hacha lanzó un bufido de desprecio.

—Habla por ti mismo, desdichado —replicó, mientras hacía rotar el mango del arma en las manos—. Yo voy a vivir lo suficiente para hacer que esos bastardos paguen por lo que han hecho.

Arleth Vann rió entre dientes.

—Nunca subestimes el poder del puro rencor sanguinario —dijo el asesino—. ¿No es cierto, mi señor?

Malus lo pensó, y una sonrisa lobuna apareció en sus labios.

—Nunca se ha dicho nada más cierto —afirmó, y sopesó la espada—. Los recibiremos en el umbral —dijo con decisión, mientras en su mente tomaba forma un plan de acción—. Prefiero enfrentarme de una en una a las cosas que se aproximan, sean lo que sean.

Los leales cobraron ánimo al ver la expresión feroz del noble, prepararon las armas y corrieron a formar un apretado semicírculo en torno a la entrada. Los sonidos de los perseguidores que se acercaban por el estrecho pasaje se hicieron más fuertes y terribles: un estruendo de deslizamientos, galopes y arañazos dementes que hizo que un escalofrío recorriera la espalda de Malus. De repente, recordó a las retorcidas bestias del Caos contra las que había luchado en la torre de Urial, hacía meses. A pesar de lo terribles que eran aquellas cosas, éstas sonaban muchísimo peor.

La agitada marea de movimiento antinatural los bañó en una avalancha de ruido inquietante, y luego, de repente, cesó. Los druchii clavaron vanamente los ojos en la oscuridad cavernosa, más nerviosos que nunca.

En el aire flotaba una quietud sobrenatural que a Malus le ponía los nervios de punta. Miró al druchii que tenía a la derecha.

—Tráeme una de esas lámparas —susurró, con voz apenas lo bastante alta para que lo oyera. El leal asintió con la cabeza y cogió rápidamente una lámpara que había sobre el pedestal de una estatua rota. Cuando se la entregó a Malus, el noble sintió que el recipiente de latón estaba caliente.

—Veamos con qué nos enfrentamos —dijo Malus, y la lanzó al interior del pasadizo.

La lámpara, del tamaño de una mano, giró por el aire, con la llama oscilando, hasta que chocó contra el suelo de piedra y se partió. El fuego anaranjado despertó a la vida cuando la mecha encendió el aceite que se derramaba, y dejó a la vista a los

perseguidores en todo su horror.

Eran tres, tan grandes que no podían pasar dos juntos por el estrecho corredor sembrado de huesos. La luz del fuego se reflejó en una gelatinosa carne brillante, surcada por finas venas negras, que palpitaba con fuerza antinatural. Tenían cuerpos esbeltos y poderosos, similares a los de leones, con las anchas zarpas rematadas por lustrosas garras negras, pero sus cabezas eran como pulpos hinchados. El que estaba más cerca del fuego se alzó de manos, con la blanda cabeza bulbosa latiendo de furia mientras batía el aire con ocho largos tentáculos como látigos. Cada tentáculo tenía cientos de ventosas provistas de un garfio con punta de anzuelo destinado a atrapar y desgarrar a la presa. En el centro de la masa de tentáculos había un cruel pico lustroso que atacaba furiosamente a las deladoras llamas mientras lanzaba un torrente de agudos chillidos y gritos gorgoteantes.

El druchii que estaba junto a Malus gritó como un niño, y las bestias del Caos atacaron.

El perseguidor que iba en cabeza saltó por encima del charco de llamas hacia el druchii, como atraído por el grito. Los tentáculos zumbaron en el aire al salir disparados hacia el aterrorizado elfo oscuro. Uno le golpeó el rostro y desgarró la piel y el músculo como si fueran tela podrida. El olor a salmuera y carne corrompida inundó la nariz de Malus y le provocó arcadas. Los otros tentáculos rodearon al impotente druchii en un abrir y cerrar de ojos, lo envolvieron y alzaron en el aire. Del interior de la móvil red de carnosas cuerdas salieron sonidos de desgarramiento, y los frenéticos alaridos de agonía del druchii le helaron la sangre a Malus.

—¡Matadlo! —gritó el noble—. ¡En el nombre de la Madre Oscura, matad a esa cosa! —Le asestó a la bestia un tajo de espada en un hombro, pero la gelatinosa carne de la criatura era engañosamente fuerte y la espada rebotó como si hubiera golpeado madera de roble maciza. Arleth Vann se lanzó hacia la bestia y la acometió con una lluvia de estocadas. Las hojas se clavaron apenas dos centímetros en el flanco de la criatura, e hicieron manar finos hilos de icor transparente de olor repulsivo.

Los golpes llovían sobre la criatura por todos lados. La sacerdotisa asestó un temible tajo a dos manos al cráneo bulboso, pero el hacha sólo dejó un corte somero en la carne palpitante. Impertérrita, la bestia del Caos continuó haciendo pedazos a la víctima, mientras la sangre manaba entre los frenéticos tentáculos.

Otros tentáculos zumbaron al atravesar el aire desde el lado izquierdo de la entrada. Malus oyó un alarido estrangulado y, al volverse, vio que otro druchii era alzado en el aire por una segunda bestia del Caos que se encontraba de pie en la pared del pasadizo como si fuera una araña. Una ancha pata había cruzado el umbral para afianzarse contra la pared de la cámara, y Malus vio que la base de la pata de la criatura también estaba ribeteada de ventosas con garfio. La bestia alzó a la víctima del suelo como si fuera un niño, rodeó con un tentáculo el brazo con que blandía la

espada, y se lo arrancó en medio de una fuente de sangre caliente.

—¡Madre de la Noche! —maldijo Malus, asustado. No tenían la más mínima posibilidad contra esas bestias—. ¡Corred! —le gritó al grupo de guerreros—. ¡No podemos contenerlos!

Los leales no necesitaban que los convencieran. Retrocedieron y echaron a correr hacia el pasadizo occidental sin lanzar apenas una mirada atrás. Malus, Arleth Vann y la sacerdotisa fueron los últimos en retroceder, y dejaron que las criaturas devoraran a las presas. Aunque eran poderosas, las bestias no parecían más inteligentes que sabuesos de caza y se distraían fácilmente con el olor a sangre, cosa que sugería que sus amos se encontraban probablemente por las inmediaciones.

Apenas estaban a medio camino de la antecámara cuando la tercera bestia corrió por la pared derecha del pasadizo y cayó pesadamente dentro de la sala, donde hizo ondular sinuosamente los tentáculos como si saboreara el aire en busca de una presa.

La sacerdotisa lanzó un grito de desafío y la bestia se orientó de inmediato hacia ella. Pensando con rapidez, Malus lanzó un grito de guerra y la bestia dio la vuelta para encararse con él, tras lo cual desplegó los tentáculos al máximo y enseñó el pico que se abría y cerraba. El noble corrió hacia la pared más cercana cuando la bestia se agazapaba para saltar y lanzaba un agudo lamento.

Cayó a menos de cinco pasos de Malus y extendió hacia él los carnosos tentáculos que se agitaban como látigos en el momento en que el noble cogía la segunda de las tres lámparas de aceite y la arrojaba hacia la cabeza de la criatura. Al partirse, la lámpara cubrió el bulboso cuero cabelludo con aceite ardiendo, y la bestia reculó con un chillido de dolor mientras su húmeda carne siseaba bajo las llamas. El noble no dedicó ni un instante a saborear el dolor causado. En cuanto la bestia se distrajo, corrió hacia el pasadizo occidental tan velozmente como pudo.

Se sumergió en una oscuridad casi total, sin tener la más remota idea de hacia dónde iba. Percibió que se encontraba en otro corredor estrecho, gemelo del pasadizo oriental. En algún punto situado ante él oyó gritos lejanos, así que apretó los dientes y corrió hacia ellos. Sus pies chocaron con una pila de huesos desparramados y trastabilló entre ellos mientras maldecía en voz baja. Detrás de él resonaron aullidos agudos cuando los cazadores comenzaron a olfatear presas nuevas.

Llegó a una encrucijada iluminada por manchas de musgo de sepultura, y se detuvo con el corazón acelerado. Los gritos parecían proceder de todas partes al mismo tiempo, mezclados con los inquietantes chillidos de las bestias del Caos. Pensando con rapidez, miró el suelo de piedra y vio señales de huellas mojadas que seguían el pasadizo de la izquierda.

El noble continuó corriendo, envuelto una vez más en la sofocante oscuridad. El pasadizo describió una curva antes de que se diera cuenta y rebotó contra la pared a lo largo de más de un metro antes de que el túnel volviera a seguir la línea recta.

Detrás de él sonó un grito penetrante. Daba la impresión de que una de las bestias había llegado a la encrucijada que quedaba cerca de una docena de metros más atrás. Malus aceleró la carrera sin importarle si de nuevo se estrellaba de cabeza contra otra pared.

Después de una docena de metros, el pasadizo desembocaba en una antecámara más grande y amplia, flanqueada por una serie de criptas, que conectaba otros tres pasadizos. A Malus le dio un salto el corazón al ver un pequeño globo de luz bruja que relumbraba en la entrada del pasadizo meridional. Arleth Vann le hacía gestos apremiantes.

—¡De prisa, mi señor! ¡Los tienes justo detrás!

En la mente de Malus se formó una réplica impertinente, pero prefirió ahorrar su agitado resuello para tareas más importantes. Al esforzarse para respirar sentía agudas punzadas de dolor en el pecho, y cuando se quedaba quieto tenía la sensación de que la sala comenzaría a dar vueltas. Mediante un esfuerzo de voluntad, inspiró tanto aire como pudo y continuó corriendo.

El asesino encabezó la carrera por el pasadizo, veloz como un venado. Arleth Vann se alejaba cada vez más de Malus al tiempo que los sonidos de los perseguidores se le acercaban. Oía las húmedas pisadas deslizantes y el golpeteo de las garras sobre la piedra cada vez más próximos.

El noble, sin aliento, sólo pudo lanzar una sorda maldición cuando el guardia giró rápidamente en torno a un recodo cerrado y la débil luz desapareció con él. Los sonidos de persecución resonaban por todas partes, y comenzó a temer el latigazo de los tentáculos de las bestias en la espalda.

Estaba tan concentrado en los sonidos que le llegaban desde atrás, que no vio el giro y se estrelló contra la pared con la fuerza suficiente para quedarse sin el poco aliento que tenía. Rebotó en la piedra y osciló como un borracho, con los gorgoteantes alaridos castigándole los oídos.

Dio unos cuantos trapiés en torno al recodo y se halló ante otro pasadizo iluminado por manchas de musgo que estaba atravesado por una larga fisura irregular.

No veía a Arleth Vann por ninguna parte.

Mientras gruñía a causa del dolor y la falta de aire, Malus se lanzó por el pasadizo. Oía el zumbido de los tentáculos en el aire. Los perseguidores estaban justo al otro lado del recodo.

—¡Mi señor!

Malus se sobresaltó al oír la voz del asesino, procedente de la fisura.

—¡Baja aquí! —dijo el guardia—. ¡Rápido!

No había tiempo para discutir. El primer perseguidor giró en el recodo con un rugido lastimero, y Malus se lanzó hacia la fisura. Un feroz dolor le estalló en el pecho cuando chocó contra el suelo de piedra y medio resbaló, medio rodó al interior

de la abertura irregular. Unos tentáculos con garfios rasparon la piedra a apenas un palmo detrás de él.

Al precipitarse por el borde de la fisura, Malus tuvo una fuerte sensación de vértigo. No se trataba de una mera grieta abierta en el suelo, sino de una falla que se adentraba profundamente en la tierra. Arleth Vann gritó una advertencia mientras Malus manoteaba desesperadamente las irregulares paredes escasamente separadas. Sintió un tremendo dolor en rodillas y codos cuando logró encajarlos contra las paredes con la fuerza suficiente para detener la caída. Estaba agarrotado de miedo, con las botas suspendidas sobre el vacío.

—¡Mi señor! —gritó el asesino desde lo alto—. ¿Estás bien?

—De milagro —le gruñó Malus—. Estas rocas rugosas han logrado detener la caída.

En la oscuridad resonó un aullido agudo, y unos tentáculos con garfios golpearon los lados de la grieta cuando una de las bestias intentó dar alcance a las presas.

—¡Continúa bajando! —gritó el asesino—. Las bestias no podrán llegar hasta nosotros.

Un tentáculo golpeó la pared de la grieta a menos de un palmo de la cabeza de Malus. El noble pataleó frenéticamente con las puntas de las botas en busca de un apoyo, pero no había nada lo bastante prominente.

Luego sintió un fuerte impacto cuando uno de los tentáculos de la bestia le golpeó una mejilla. Otro le rozó el cuello. Con un grito desesperado, relajó las extremidades y se precipitó hacia la negrura.

Unas manos fuertes sujetaron a Malus por los hombros y lo hicieron girar para tenderlo de espaldas. Abrió los ojos y volvió a cerrarlos con fuerza cuando una terrible punzada de dolor le atravesó el pecho. El noble reprimió un gemido de dolor y oyó que el sonido resonaba en el espacio circundante.

—¿Mi señor? —dijo Arleth Vann. El asesino se inclinó para examinar el pecho de Malus—. Estás sangrando otra vez. Creo que te abriste la herida al caer.

—En el nombre de la Madre Oscura, ¿dónde estamos? —jadeó, mientras obligaba a sus ojos a abrirse y recorría con la mirada la penumbra. Una débil luz bruja danzaba sobre unas paredes lisas y unas vigas cuadradas talladas en la roca viva. El techo de piedra del pasadizo estaba partido a lo ancho por una grieta irregular de cuyos bordes aún caía una fina lluvia de tierra provocada por la larga caída descontrolada.

—Estamos a salvo, por ahora —respondió el asesino—. Las bestias no pueden pasar por la grieta, y sus amos no las abandonarán para perseguirnos ellos solos. Puede que incluso piensen que estamos muertos.

Con los dientes apretados, Malus intentó levantarse, pero otra terrible punzada de dolor lo obligó a renunciar con un gruñido de frustración. Se llevó una mano al costado izquierdo y la retiró pegajosa de sangre fresca.

—Puede que no estén demasiado equivocados —gruñó—, pero eso no responde a mi pregunta. En el nombre de la Madre Oscura, ¿dónde estamos?

—Estamos en el Pabellón de los Excavadores —dijo Arleth Vann, mientras pasaba las manos por debajo de los brazos de Malus. Lentamente, con cuidado, lo puso de pie—. Puede que sólo quede un puñado de gente en el templo que conozca la existencia de este lugar.

Malus apretó los dientes ante las olas de dolor, y dejó que lo levantara. El pasadizo tenía el techo tan bajo que le rozaba la parte superior de la cabeza. Era tan recto como una flecha y se adentraba en la negrura hacia la derecha. A la izquierda se extendía treinta pasos más y acababa en un par de puertas de piedra sujetas por brillantes goznes de hierro.

Arleth Vann ayudó a Malus a avanzar por el pasadizo hacia la entrada. Al acercarse más, el noble vio que las puertas tenían labradas elaboradas escenas. Figuras bajas y robustas con barbas trenzadas iban y venían en escenas fantásticas de esplendor subterráneo, sacaban riquezas de las profundidades y las trabajaban con astucia y arte para construir una maravillosa ciudad cincelada en piedra. No se parecía a nada que el noble hubiese visto antes.

Extendió un brazo para tocar la superficie de las puertas, y las enormes losas de piedra se abrieron hacia el interior sobre goznes perfectamente equilibrados y dejaron a la vista una cámara amplia de techo bajo. Dentro de la estancia había varias mesas de piedra desnuda, todas bajas y anchas. A cada lado de la larga sala había cuatro de ellas, con la cabecera orientada hacia otra mesa de talla más elaborada, situada en el centro. Al otro extremo de la estancia había otra doble puerta.

Malus frunció el entrecejo.

—¿Es aquí donde el templo aloja a los esclavos enanos?

—Por decirlo de alguna manera —replicó el asesino—. Aquí es donde los constructores del templo fueron sepultados.

El guardia ayudó a Malus a entrar en la estancia, lo condujo hasta la mesa central y lo recostó contra ella.

—¿Los ancianos sepultaron a los esclavos enanos? —preguntó Malus, que no estaba seguro de haber oído bien.

Arleth Vann asintió con la cabeza.

—Fue un honor singular, en recompensa por su trabajo. Estoy seguro de que has reparado en la maestría de los edificios.

—En esos momentos tenía demasiadas cosas en la cabeza, pero, sí, reparé en ello —replicó Malus, irritado.

—Fue justo después del cisma —prosiguió el asesino, que estudiaba la habitación con mirada apreciativa—. Después de que los disidentes fueran expulsados o asesinados, los ancianos comenzaron las obras en el gran templo. Lo erigieron más de

ciento veinte esclavos enanos, y la construcción duró casi medio siglo. Cuando el edificio quedó acabado y la *Espada de Disformidad* instalada en su sanctasanctórum, los ancianos hicieron que los enanos construyeran este espléndido mausoleo para sí mismos. Les dijeron que la obra que habían realizado les había ganado un lugar de eterno honor entre los fieles y que sus espíritus serían venerados por todos los tiempos.

—¿Y luego?

Arleth Vann hizo una pausa.

—Cuando acabaron la cripta, los ancianos hicieron que los mataran a todos y los sepultaran aquí.

—Madre de la Noche —jadeó Malus—. ¿Ciento veinte enanos muertos en la flor de la vida? —Semejante desperdicio superaba lo imaginable. El noble podría construir y pertrechar un barco corsario con lo que costaba un solo esclavo enano. Aparte de los huevos de dragón, no había ninguna mercancía más valiosa en toda Naggaroth.

El asesino se encogió de hombros.

—Malo para todos, pero bueno para nosotros. Esta cripta fue construida en las profundidades de la colina, más profundamente que la Puerta Bermellón, y hace milenios que nadie viene por aquí. Sólo han quedado unos pocos documentos, sepultados en los archivos de la biblioteca del templo, donde consta su existencia. —Asintió para sí—. Es una base de operaciones perfecta, en realidad: fácil de defender y de difícil acceso, pero lo bastante cercana para que podamos llegar al pasadizo que conduce a la antigua casa de Thel y comunicarnos con los leales que están en la ciudad, en caso necesario. —Suspiró—. Ahora sólo tengo que volver a subir a los túneles y conducir al resto de los nuestros hasta aquí sin que nos alcancen esas malditas bestias —dijo—. Podría llevarme tiempo. ¿Estarás bien hasta que regrese?

Malus no tenía nada que decir. Cuando Arleth Vann miró a su señor, descubrió que se había desmayado una vez más.

16. Oscuridad y duda

—La herida es grave, mi señor.

Malus abrió los ojos. Yacía sobre la losa de piedra de la antecámara de las tumbas de los enanos. Alguien le había quitado el kheitan y los ropones, y tenía la carne de gallina en los hombros y la espalda.

La luz de las llamas que danzaba en las paredes iluminaba a una figura ataviada con ropones y capucha que trabajaba ante una de las largas mesas, a la derecha del noble. Malus oyó un débil tintineo de metal contra piedra cuando la figura desplegó ordenadamente una serie de pequeños instrumentos. La voz que había oído le resultaba familiar, pero no podía identificarla.

Intentó levantarse, temeroso de que la figura pudiera ver la contaminación del demonio que pesaba sobre él, pero unas cuerdas se tensaron en sus muñecas, hombros y frente. Los recuerdos de los días pasados en la torre de su padre hicieron que un escalofrío de pánico le recorriera la espalda.

—¿Qué está sucediendo?

—Hay infección —dijo la figura—. El pulmón se ha colapsado y la herida está... corrompida. Debe hacerse algo pronto, o morirás.

Un estremecimiento de miedo le recorrió el cuerpo. Sabía qué intentaba decir la figura.

—Vas a tener que cortar el tejido infectado —dijo Malus, incapaz de evitar que una nota de pavor aflorara a su voz—. ¿Tienes algo de *hushalta*?

—No —respondió la figura, que alzó hacia la luz un pequeño cuchillo curvo—. Debes prepararte para lo que hay que hacer, mi señor. Es el único modo.

La figura se volvió hacia él y tendió hacia su pecho una mano de largos dedos. La luz anaranjada se reflejó en la afiladísima hoja. Malus sintió que la herida del costado comenzaba a palpar, y su corazón se aceleró de miedo.

—Trabajaré muy rápidamente —le aseguró la figura. Los dedos pasaron sobre las costillas de Malus y rozaron como patas de araña la herida sangrante y abierta—. Puedes gritar si quieres. No me molestará.

Malus abrió la boca para responder, sin embargo las palabras se transformaron en un gemido terrible en el momento en que los dedos desnudos de la figura se metieron en el tajo y lo abrieron para ensancharlo. Por la herida manó sangre caliente que le corrió por el costado mientras el cuchillo comenzaba su obra. Fue como si le clavaran una y otra vez en el pecho una lanza de agudo dolor al rojo blanco que lo dejaba sin respiración. Justo cuando le parecía que no podía soportarlo más, la figura se enderezó con un trozo de carne rosada y brillante en una mano. La cabeza encapuchada se inclinó para mirarlo.

—¿Ves? Casi del tamaño de un puño. Como he dicho, muy grave.

A Malus lo recorrió un estremecimiento.

—Tengo... frío...

—Claro —replicó la figura, que dejó caer el trozo de carne al suelo—. Era de esperar, pero se trata de un bajo precio que pagar a cambio de la salud, ¿no crees?

La figura volvió a alzar el cuchillo, pero esta vez la mano ensangrentada tiró de su propio ropón y, con un giro de muñeca, lo apartó a un lado para dejar a la vista sus desnudas costillas lustrosas manchadas de negra corrupción. Faltaban casi todos los órganos internos, salvo un arrugado saco de carne que palpitaba cerca del esternón.

—Ya casi he acabado —dijo la figura. Mientras hablaba, se llevó el cuchillo a la cavidad del pecho y cortó aquel marchito resto supurante—. La herida es dolorosa, pero cicatrizará, y entonces tú y yo seremos más fuertes que nunca.

Malus intentó moverse, pero las ataduras lo sujetaban con firmeza. Chilló y maldijo a la figura que se inclinaba para meter el tejido corrupto dentro de la herida abierta del costado del noble. De inmediato sintió cómo la carne invasora se retorció y reptaba en su interior y, peor aún, sintió que sus órganos se hinchaban y ascendían para encontrarse con ella.

La cabeza encapuchada se dio la vuelta y se le acercó lo bastante para que pudiera ver la cara oculta en el interior. Era su propio rostro, pálido y perfecto, desprovisto de toda contaminación demoníaca. Sólo los ojos, globos negros como esquirlas de la mismísima Oscuridad Exterior, sugerían la profundidad de la corrupción que hervía en su interior.

Tz'arkan sonrió y dejó a la vista unos puntiagudos colmillos de obsidiana.

—Serás un hombre nuevo antes de darte cuenta —dijo el demonio, con una horripilante risa entre dientes.

—¡Cuidado! ¡Cuidado! ¡Sujetadlo bien!

Malus despertó con un grito y luchando contra cuatro druchii que lo sujetaban contra la losa de piedra. Arleth Vann estaba inclinado sobre él, le presionaba la frente fría y húmeda con una mano y le metía el gollete de un pequeño frasco entre los labios.

—Bebe —dijo con voz dura e inflexible.

El sabor a cobre quemado inundó la boca de Malus. Sufrió una arcada e intentó escupir la *hushalta*, pero el asesino maldijo con ferocidad y le tapó la boca. Mientras miraba coléricamente a su guardia, se tragó la droga a regañadientes y se obligó a relajarse.

Arleth Vann estudió de cerca los ojos de Malus durante un momento, y asintió con satisfacción.

—Muy bien. Podéis soltarlo —les dijo a los druchii. Los leales se retiraron y miraron a Malus con ojos atemorizados mientras regresaban a sus puestos de vigilancia, situados al otro lado de la entrada de la cripta de los enanos.

Malus alzó una mano temblorosa y se tocó el costado. La herida le dolía terriblemente. Se abrió el ropón mugriento, y al mirarse las costillas descubrió que se había formado una costra sobre el tajo, que ya comenzaba a encogerse. Sin embargo, los cardenales negros que le conferían el aspecto de un cadáver de una semana seguían allí. Aún le escocía en la boca el amargo sabor a cobre, y las articulaciones le crujían como cuero viejo.

—Agua —pidió con voz ronca.

El guardia alzó una botella de cuero hasta los labios del noble y Malus bebió ansiosamente el agua que contenía. Era tibia y salobre, pero la saboreó como si fuera vino. Cuando la ardiente sed se apagó un poco, posó una mirada feroz en el asesino de severo rostro.

—Has estado dragándome —dijo con voz ronca.

—De no haberlo hecho, habrías muerto, tanto si eres el Azote como si no —replicó Arleth Vann.

Malus inspiró someramente, y sus ojos se entrecerraron mientras evaluaba la extensión de la herida.

—¿Durante cuánto tiempo me has mantenido sin conocimiento?

—Tres días.

—¡Madre de la Noche! —exclamó Malus aferrando al guardia por el ropón—. ¿Tienes alguna idea de lo que has hecho? ¡Durante todo este tiempo, Rhulan ha estado esperando en el exterior de la muralla! ¡Podrías habernos condenado a todos!

—Rhulan no está ante la muralla —replicó el asesino—. De hecho, ni siquiera puedo afirmar que continúe dentro de la ciudad.

El enojo del noble se desvaneció.

—¿No ha reunido a los guerreros del templo?

Arleth Vann se encogió de hombros.

—Si lo intentó, es evidente que no lo escucharon —respondió con tono grave—. A la noche siguiente de nuestra llegada a la cripta salí a través de la casa de Curvan Thel con la esperanza de encontrar comida y otras cosas —explicó—. La ciudad se ha vuelto loca. En las calles había tumultos sangrientos, y una gran parte de los edificios estaban en llamas. Por lo que he podido discernir, los guerreros del templo están acorralados en grupos dispersos por toda Har Ganeth, aislados unos de otros por la turba enfurecida. Desde luego, nadie está dirigiendo el intento de reagruparse y llegar al templo.

Malus apartó lentamente la mano de Arleth Vann y, dolorido, se obligó a levantarse. El dolor le dio algo en lo que concentrarse, aparte de la creciente ola de consternación que le inundaba el cerebro.

—Así que Rhulan y Mereia han chocado con los disturbios —dedujo.

—Es posible. Hay cuerpos por todas partes —replicó el asesino—. O podrían

encontrarse atrapados con uno de los destacamentos de guerra aislados y no logran hallar un modo de comunicarse con el resto.

El noble miró a su guardia con expresión pensativa.

—Tú no crees que sea así, ¿verdad? —preguntó.

Arleth Vann midió cuidadosamente la réplica.

—Si no está muerto, creo que ha huido de la ciudad —respondió, con un suspiro—. Tal vez le falló el valor. ¿Quién sabe? Ya lo oíste en las criptas. Pensaba que Urial no podía ser derrotado.

—¡Condenación! —maldijo Malus—. Pensaba que al menos Mereia estaría hecha de una madera más dura. Necesitamos esa distracción para que nos ayude a llegar hasta Urial.

El asesino se incorporó y dejó la botella de agua en una mesa cercana.

—En un sentido, los guerreros del templo podrían estar haciéndonos un mejor servicio dentro de la ciudad del que nos harían si estuvieran ante las puertas del templo —dijo—. Mientras continúe la lucha, Urial tendrá que dividir sus fuerzas entre la fortaleza y los disturbios de las calles. No se atreve a reducir la presión y permitir que los destacamentos de guerreros se unan.

Malus consideró lo que acababa de decirle.

—¿Con qué facilidad puedes moverte por las catacumbas?

—Puedo ir y venir a mi antojo, siempre que tenga cuidado —respondió el asesino—. La red de túneles es demasiado vasta y compleja para poder patrullarla de modo efectivo. Aún se oye a las bestias de Urial deambular por las criptas, pero la verdad es que son malas rastreadoras. Siempre que uno sea paciente y silencioso, se las puede esquivar.

—Muy bien —dijo el noble con un suspiro. De pronto se sintió completamente agotado, como si el mero esfuerzo hecho para sentarse le hubiera consumido hasta la última pizca de energía—. ¿Cuántos quedan de los nuestros?

—Ocho, si nos contamos a ti y a mí —informó Arleth Vann—. Después de la huida de la cripta, logré descubrir dónde se ocultaban seis de los voluntarios y los conduje aquí abajo, uno por uno. Sólo Khaine sabe qué sucedió con los otros dos.

El noble asintió con la cabeza. Comenzaban a pesarle los párpados, y se dio cuenta de que era culpa de la maldita hushalta.

—Hay que pasar a la acción —masculló—. No tenemos tiempo que perder. Averigua dónde se oculta Urial..., cómo lo protegen...

Arleth Vann respondió algo, pero su voz pareció desvanecerse en la distancia a medida que la droga curativa hacía su efecto.

Cuando volvió a despertar, Arleth Vann se había marchado.

Malus estaba hambriento, y lo interpretó como una buena señal. El noble permaneció tumbado sobre la losa de piedra de la tumba de los enanos durante varios

largos minutos, mientras evaluaba la rigidez de las extremidades y el grado de dolor del pecho. Finalmente, se armó de resolución y bajó las piernas por el borde de la mesa.

Las rodillas estuvieron a punto de aflojarse cuando se puso de pie en el suelo de piedra. Los guardias de la puerta se movieron al ver que Malus se aferraba al borde de la mesa.

—Estoy bien —dijo, y con un gesto les indicó que volvieran a sus puestos. La verdad es que se sentía cualquier cosa menos bien.

Recorrió la sala con la mirada. Varias pequeñas lámparas de aceite ardían en tres de las largas mesas laterales, y la botella de agua del asesino continuaba donde la había dejado. La puerta opuesta a la entrada estaba abierta, y creyó oír ruidos débiles que resonaban al otro lado.

Cogió la botella de agua y bebió varios sorbos, aunque hizo muecas ante el desagradable sabor.

—¿Qué hora es? —les preguntó a los centinelas.

Los leales se miraron unos a otros y se encogieron de hombros.

—Es de noche, creo —dijo uno de ellos—. Ya no sé qué hora es.

Malus asintió pensativamente con la cabeza. Luego, con los dientes apretados a causa del esfuerzo, avanzó hacia la puerta abierta.

Al otro lado de la entrada se encontró en una larga cámara irregular que se extendía hacia la derecha. Era una extraña mezcla de columnas de talla cuadrada y paredes rectas que conectaban pequeños nichos redondos que habían sido cuidadosamente labrados para que parecieran cavernas naturales. En cada nicho, el suelo se elevaba para formar una tumba rectangular, ancha y baja, que tenía grabadas runas enanas y estaba recubierta de mágicos sigilos arcanos que destellaban a la luz de las lámparas. No había adornos dorados ni gemas preciosas, ningún objeto mortuorio ni esclavos momificados, pero la enorme extensión y maestría de las tumbas era asombrosa. Las cavernas y los pasillos que las conectaban habían sido tallados en la roca viva, y las criptas construidas con destreza sobresaliente.

Malus vio que las cuatro tumbas que tenía más cerca estaban abiertas. Cojeó lentamente hasta la más próxima y reparó en el nombre inscrito en druchast a los pies del ataúd de piedra: «THOGRUN MANOMARTILLO, MAESTRO CANTERO», decía. Dentro del ataúd yacía un enano ancho de hombros, ataviado con el sencillo ropón de lana de los esclavos. Tenía la espesa barba roja tesa como el alambre y la piel del color del granito. Sólo los más leves signos de corrupción se apreciaban en torno a los párpados cosidos y la nariz del maestro cantero. Era como si lo hubieran metido en el ataúd apenas unos días antes. Los bordes del tajo abierto que había seccionado la garganta del enano apenas comenzaban a marchitarse. Un auténtico palio de brujería flotaba sobre el cuerpo y lo encerraba en un apretado tejido de

energía mágica.

Desde el otro lado de la sala le llegaron más ecos: raspar de piedra, murmullos, débiles maldiciones cansadas. Con el entrecejo fruncido, el noble buscó el origen del ruido.

La sala se curvaba ligeramente hacia la derecha, siguiendo una lógica que tal vez sólo un enano podía apreciar. Malus pasó ante otras nueve criptas antes de que las paredes de la habitación se estrecharan para formar una entrada baja que conectaba con otra cámara. Dos leales que trabajaban ante ella cargaban pesadas losas rectangulares de piedra para colocarlas de modo que formaran una especie de parapeto defensivo orientado en la dirección por la que había llegado Malus. Al acercarse el noble, alzaron la mirada y dejaron de trabajar para enjugarse la cara con trapos mugrientos.

Malus examinó la obra y asintió apreciativamente, no sin reparar en que las losas de piedra eran las gruesas tapas usadas para sellar las tumbas de los enanos.

—Veo que mi guardia ha mantenido a todo el mundo ocupado —comentó.

Uno de los druchii asintió con la cabeza.

—Esta es la última, mi temido señor —dijo, un poco corto de aliento—. Hay otras como ésta que llegan hasta la cámara principal. No teníamos mucho que hacer, porque este lugar ya está construido prácticamente como una fortaleza. Un puñado de guerreros podría contener a un ejército, aquí abajo, si quisieran.

Malus observó las toscas fortificaciones y no pudo disentir. Con múltiples bastiones bien protegidos tras los cuales retirarse, podían causar enormes estragos entre los fanáticos de Urial, si los descubrían. El monstruo engendrado por el Caos que era su medio hermano, sin embargo, era otra cosa, pero no le pareció prudente señalarlo.

—¿Dónde está nuestro campamento? —preguntó.

El leal hizo un gesto por encima del hombro.

—Cinco cámaras más atrás, mi señor —dijo—. Justo fuera de la cámara principal. Hay algo de comida y agua, si tienes hambre. Tu guardia trajo provisiones hace un par de días.

Malus volvió a asentir con la cabeza y pasó con cuidado por encima de las barreras defensivas.

—Con un poco de suerte, no tendremos que ponerlas a prueba —comentó—. Pero continuad de todos modos.

Los druchii volvieron al trabajo, y el noble desapareció en la cámara adyacente.

La cripta serpenteaba de aquí para allá como el rastro de una serpiente por el interior de la colina. Cada cámara mortuoria era ligeramente curva y se alejaba en diagonal de la anterior. Tal vez se trataba de una técnica que permitía que un número tan elevado de tumbas cupieran en los confines de piedra de la zona, pero Malus

sospechaba que había un propósito ritual en aquel trazado, como si las líneas curvas de las cámaras formaran un sigilo o runa sagrada tallada en la roca imperecedera. En cada entrada, los druchii habían alzado defensas con las tapas de los ataúdes halladas en las inmediaciones. En cada cámara ardían una o dos lámparas de aceite que proporcionaban la luz suficiente para recorrerlas.

Para cuando atravesó la segunda cámara mortuoria, los sonidos de los que trabajaban detrás de él quedaron ahogados por los muros de piedra, y Malus quedó envuelto en un fúnebre silencio. Durante breves instantes se sintió realmente solo mientras iba de una sombra a otra como un fantasma en medio de las tumbas rotas, y, de algún modo, esto lo tranquilizó.

—¿Has tenido sueños agradables? —susurró el demonio dentro de su cabeza.

Malus se detuvo en la entrada de la cámara siguiente. ¿Era la cuarta o la quinta? No había llevado la cuenta.

—Soñé con meterte en un orinal y arrojarte a las profundidades del mar —gruñó.

Tz'arkan rió entre dientes.

—Sueños de venganza y rencor. No debería haber esperado menos. —El demonio se desenroscó dentro del pecho del noble—. ¿Qué tal la herida? ¿Te estás curando bien, pequeño druchii?

Malus cerró los puños.

—Tú deberías saberlo mejor que yo, demonio. Dentro de poco no estaré en mejores condiciones que los despojos de estas tumbas, empapado de tanta brujería que ni siquiera los gusanos me tocarán.

Una carcajada obscena estremeció las costillas de Malus.

—¡Qué niñerías! ¡Qué vanidad! Tu cuerpo se ha recuperado de una herida mortal en menos de una semana. Algunos considerarían eso un pasmoso regalo por el que merecería la pena pagar casi cualquier precio.

El noble entró en la cámara siguiente y aceleró el paso.

—La diferencia reside en que yo me doy cuenta de tus engaños —replicó—. Cada vez que me abro a tu poder, permito que aumentes tu dominio sobre mí.

—Tengo tu alma, Darkblade. —El demonio parecía divertido de verdad—. ¿Qué mayor dominio que ése me hace falta?

—Entonces, ¿por qué esto? —Se abrió los ropones para dejar a la vista las negras costras lustrosas que tenía en el pecho y los profundos moretones—. ¡Tus regalos están convirtiéndome en una abominación.

Tz'arkan suspiró.

—No, están convirtiéndote en alguien digno del destino que te aguarda. No disimules, Malus. Conozco los más profundos deseos de tu corazón. Codicias el poder. Sueñas con el día en que todo Naggaroth se incline ante ti.

Furioso, Malus continuó pasando en silencio ante las tumbas de los enanos.

—¿Pensabas que sólo la traición y la astucia bastarían para suplantar a alguien como el Rey Brujo? Necesitarás un poder muchísimo mayor que el de los grandes héroes druchii. Eso es lo que yo te ofrezco y, sin embargo, lo rechazas a cada paso.

—No me siento más fuerte, demonio. Me siento... vacío —replicó Malus—. Me siento retorcido y enfermo. Me estás corrompiendo.

—¿Con qué propósito?

—¡Con el de esclavizarme! ¿Con cuál, si no?

El demonio rió.

—¡Estúpido, estúpido Darkblade! ¿Por qué iba a hacer algo semejante? Conozco tu destino, del que puse los cimientos hace milenios. En ese sentido, fuiste esclavo de mis deseos desde el momento en que naciste.

»En bien de la discusión, supongamos que estás en lo cierto. Digamos que estoy subvirtiendo tu voluntad con cada toque de mi poder. Ahora, dime: ¿cómo es que continúas estando resentido conmigo, aunque tu cuerpo se debilita y tus enemigos aumentan su fuerza? ¿Has perdido tan sólo un ápice de tu obstinada personalidad desde que entraste en mi templo del norte?

Malus contuvo la lengua. Una parte de él ansiaba el poder del demonio como un borracho anhela desesperadamente un sorbo de vino. Si Tz'arkan no lo sabía, él no iba a darle voluntariamente esa información.

—¿No tienes nada que decir? Es lo que pensaba —continuó el demonio.

El noble atravesó la cámara funeraria mortecinamente iluminada y entró en la siguiente. Allí, las cosas eran diferentes. Había más lámparas que ardían a lo largo de la curva cámara y dejaban ver un improvisado campamento de mantas en el suelo y sacos de tela que habían sido dejados de cualquier manera en apretado montón en el centro de la estancia. La sacerdotisa y un novicio druchii yacían envueltos en las capas, profundamente dormidos sobre el suelo de piedra. Malus se dio cuenta de que, después de todo el tiempo pasado, aún no sabía el nombre de la joven sacerdotisa.

—¿Y qué harás, Malus? —preguntó Tz'arkan—. ¿Continuarás sufriendo innecesariamente, o me permitirás renovar tus fuerzas?

Malus avanzó en silencio y con cuidado de no molestar a los leales que roncaban, y se encaminó al otro extremo de la cámara. Allí habían alzado otra barricada, pero Malus vio que también una gran puerta de piedra sellaba esa entrada. En la superficie de la puerta se destacaban unas runas que habían sido rellenas con plata fundida. De esta barrera radiaban poderosos hechizos y protecciones espirituales que al noble le causaron hormigueo en la piel.

Malus pasó por encima de la barricada y empujó la puerta con precaución.

Dentro no había ninguna lámpara de aceite. Abrió la puerta de par en par para dejar que la iluminación de la cámara que abandonaba penetrara en la pequeña habitación que tenía ante sí. Era similar a los nichos funerarios ante los que había

pasado cuando iba hacia allí, excavada como una caverna artificial y con una sola tumba dentro. A diferencia del resto, el ataúd de piedra continuaba cerrado y estaba cubierto por una profusión de sigilos y hechizos. «GOTHAR GRIMMSON, MAESTRO HERRERO», decía la inscripción.

Malus entró en la cámara principal y, pasado un momento, cerró la puerta. La oscuridad y el silencio lo envolvieron totalmente.

—¿Cómo sé que me dices la verdad?

El demonio rió entre dientes.

—Las mentiras son para los débiles y los estúpidos, Darkblade. Yo tengo poca necesidad de ellas. Ya lo he dicho antes, y volveré a decirlo: nunca te he mentado; jamás.

—Tampoco me has dicho toda la verdad.

—Eso, Malus, es algo muy diferente —replicó Tz'arkan con sorna—. Te he dicho todo lo que necesitas saber de momento.

—¿Y qué no me estás diciendo ahora?

El demonio tardó un instante en responder.

—Nada de importancia, te lo aseguro.

Malus sonrió fríamente.

—En ese caso, comprenderás que busque respuestas en otra parte.

—¿Qué significa eso? —siseó el demonio.

Envuelto en la oscuridad, Malus alzó las manos y se palpó la fría banda de plata que le rodeaba un dedo de la mano izquierda. El centinela le había dicho que en el exterior era de noche, y hasta donde podía determinar, la luna estaría en cuarto creciente y brillante.

Por supuesto, Eldire no se había molestado en explicarle cómo funcionaba el condenado anillo. A falta de otras ideas, cerró el puño y se concentró en una sola palabra.

Madre.

Sintió que una brisa fantasmal le rozaba la cara. Percibió un débil olor a ceniza. De repente, el demonio se envolvió apretadamente en torno a su corazón y le hizo dar un respingo.

—Malus, ¿qué estás haciendo? —preguntó Tz'arkan con brusquedad—. ¿Qué necesidad es ésta?

La presa del demonio estaba relajándose y su voz se desvanecía. Un extraño resplandor plateado, como un débil claro de luna, comenzó a inundar la pequeña cámara. Malus sintió que sus dolores disminuían, y sin embargo el cuerpo se le volvía pesado y frío al mismo tiempo.

La luz se intensificó, hizo retroceder las sombras y silueteó nítidamente una figura que se encontraba de pie cerca de la antigua tumba. Con cada momento

transcurrido la figura adquiría solidez, pasando de ser poco más que una silueta a transformarse en una mujer alta, de hombros cuadrados, que iba ataviada con los ropones negros de las videntes. El largo cabello blanco le caía hasta más abajo de la cintura, recogido en una trenza rematada por una banda de oro. Era escultural y regia, con un rostro a la vez hermoso y fríamente formidable. Envuelta en perlada luz, estudió el entorno con interés distante, completamente impasible ante la mágica llamada.

—Eldire —dijo Malus, e inclinó respetuosamente la cabeza.

Ella se volvió al oírlo.

—Hola, hijo mío —respondió. La voz de la mujer sonaba con claridad en la habitación, aunque tenía un eco curioso, como si hablara desde el fondo de un pozo. El cuerpo de Eldire continuaba siendo algo etéreo, como el de un fantasma, y Malus vio la débil silueta de la tumba del enano a través de la vaporosa forma.

—Ha pasado algún tiempo, Malus —continuó Eldire—. Había comenzado a temer lo peor.

El comentario hizo que Malus riera entre dientes.

—Como si una vidente con tu poder tuviera alguna necesidad de preocuparse.

—Nada es nunca seguro, hijo, en especial por lo que concierne a la adivinación —replicó con frialdad—. Manejamos posibilidades. En lo que te concierne a ti, las hebras están más enredadas que en la mayoría de los casos.

El noble frunció el entrecejo.

—Eso no parece alentador.

—Por el contrario, significa que estás intentando crear tu propio destino, en lugar de tener uno ya asignado —dijo ella—. Por supuesto, eso significa que las cosas son menos seguras que antes.

—Estás diciendo que coqueteo con el desastre.

—Más de lo habitual, sí —afirmó Eldire, cuyos labios se estremecieron en la más fugaz de las sonrisas.

—Intentaré que eso me anime.

—Bien —aprobó ella, que se volvió a mirar la tumba que tenía al lado—. Ahora, tal vez puedas explicar qué estamos haciendo en una cripta de enanos, cuando deberías estar en Har Ganeth, buscando la *Espada de Disformidad*.

Se lo explicó lo mejor que pudo y narró cómo por fin había logrado entrar en la Ciudad de Verdugos para luego encontrarse atrapado en la guerra santa que libraban los leales al templo y los fanáticos de Tyran. Le habló de la debacle del sanctasanctórum y de la retirada a las catacumbas.

Luego habló de la herida que había sufrido, y del poder que Tz'arkan tenía sobre él.

—Afirma que está fortaleciéndome —dijo Malus con amargura—. Tiene algo de

sentido, si piensas en ello, pero ¿es la verdad? ¿Qué otra razón puede haber que no sea la de esclavizarme por completo?

Eldire pensó en todo lo que Malus acababa de decirle.

—El demonio dice la verdad, hasta cierto punto —replicó ella con cuidado—. Es verdad que Tz'arkan te ha robado el alma, y que corromperte el cuerpo no le daría más influencia sobre ti de la que ya tiene, pero no creo que a estas alturas intente controlarte. Lo que intenta es convertirse en ti.

Un escalofrío recorrió la espalda del noble.

—¿Qué quieres decir?

—Tz'arkan está transformándote, lenta e inexorablemente, para que te conviertas en un huésped de demonios —explicó la vidente—. Normalmente, un proceso semejante requiere muchísimo tiempo, pero tu caso no es nada normal, ¿verdad?

—Así que el demonio pretende... ¿qué? ¿Vestirme como si yo fuera un traje?

—Por decirlo de algún modo, sí. Tu alma será destruida y Tz'arkan ocupará su lugar.

Malus bajó los ojos hacia su pecho.

—Si las energías del demonio pueden curarme de esta manera, ¿hasta qué punto he llegado?

Eldire se deslizó silenciosamente hacia él y tendió una mano fantasmal hacia la herida. Su expresión se ensombreció.

—Caminas por el filo de un cuchillo, hijo mío —le advirtió—. Las energías del Caos hierven en tu carne, pero aún no te han consumido del todo. Tu voluntad continúa siendo fuerte, y mientras sea así podrás mantener controlado al demonio durante un poco más de tiempo.

Malus asintió con la cabeza, aunque se sentía todo menos fuerte. ¿Se atrevería a decirle cómo le temblaba el cuerpo cuando pensaba en el poder del demonio? Anhelaba la gélida inundación de los dones de Tz'arkan, y temía, en lo profundo de los huesos, que no podría derrotar a su medio hermano sin contar con él.

—La batalla que se avecina será difícil —dijo—. ¿Cómo podré enfrentarme con Urial en combate singular y vencerlo, cuando empuña la *Espada de Disformidad*?

—¿Cómo quieres que lo sepa? —preguntó Eldire, irritada—. Estoy a cientos de kilómetros de distancia. Nunca he puesto los pies en Har Ganeth, y mucho menos examinado la espada. Simplemente, tendrás que hallar el modo.

Malus suspiró y se rodeó el pecho con fuerza.

—¿Por qué no puedes aparecer y resolverlo todo sencillamente con un poco de sabiduría arcana, como los brujos de todas las leyendas?

Eldire se inclinó hacia él.

—Si de verdad pudiéramos hacer eso, hijo mío, no tendríamos necesidad de gente como tú —replicó la vidente—. Encuentra el modo de hacerlo. Tu alma depende de

eso.

—Con el odio, todo es posible —dijo él, y deseó que la frase aún tuviera el poder de tranquilizarlo.

Eldire sonrió y le acarició una mejilla con una mano insustancial, para luego retroceder. Estudió la tumba una vez más.

—¿Por qué tantas molestias por unos enanos? —preguntó.

—Fue una recompensa por construir el templo —explicó Malus con acritud—. Ciento veinte esclavos enanos en la flor de la vida. Qué desperdicio de una carne tan valiosa como ésa.

La vidente extendió un largo dedo con el que recorrió los sigilos inscritos en la tumba.

—Están muertos, pero sus espíritus perduran —dijo—. Estas son poderosas protecciones de retención. En estas tumbas se invirtió una gran cantidad de brujería.

—¿Quién puede entender la sabiduría de los sacerdotes? —preguntó Malus, con un encogimiento de hombros.

—En efecto —admitió Eldire, y suspiró.

—¿Han llegado a Hag Graef noticias de Urial?

—No, aún no —respondió ella—. Si las sacerdotisas del templo saben algo, no lo cuentan. Tú tienes razón, por supuesto. Cuando Malekith se entere de que Urial tiene la espada, marchará sobre Har Ganeth. Un jinete veloz puede llegar al Camino Odioso en menos de una semana.

Malus imaginó a Rhulan galopando a toda velocidad por el camino de los Esclavistas.

—¿E Isilvar?

Eldire se volvió para mirar a Malus.

—El drachau lo ha proclamado héroe por salvar la ciudad —le explicó—. Su poder aumenta día a día.

—¿Es tan poderoso como Lurhan?

—No, pero será lo bastante poderoso, llegado el momento —afirmó ella—. Olvídate de él y de Hag Graef, hijo mío. Tu futuro está en otra parte.

—Mi futuro debo decidirlo yo, madre —la contradijo Malus—. Tú misma me lo has dicho. Cuando llegue el momento adecuado, regresaré a Hag Graef. Tengo asuntos pendientes allí.

Eldire abrió la boca para responder, pero lo pensó mejor y se encogió de hombros.

—Como quieras, hijo. Antes, sin embargo, debes ocuparte de Urial. Me temo que eso será un reto lo bastante importante.

Dicho esto, desapareció. No hubo ningún gesto de despedida. Eldire simplemente se desvaneció como un fantasma y se llevó consigo la luz mortecina.

Malus quedó sumido en dudas y oscuridad.

17. Los secretos de la Espada

Cuando Arleth Vann regresó al pabellón, encontró a Malus sentado sobre la tumba de Gothar Grimmson, cogiendo con los dedos unas migas de pan rancio y un trozo de carne astillosa que tenía esparcidos en un paño grasiento, sobre el regazo. Encima del ataúd de piedra, cerca de los pies del enano, ardía una lámpara de aceite.

El noble alzó la mirada cuando el asesino se escabulló silenciosamente dentro de la pequeña cripta.

—¿Dónde encontraste esta porquería? —preguntó, con una mueca de asco. Cogió una tira de la oscura carne astillosa del paño, y se la metió en la boca a regañadientes—. Si no te conociera, diría que la robaste de las perreras del templo.

—No ha sido nada tan elegante —replicó Arleth Vann.

Malus se detuvo a medio masticar.

—¿Me interesa saberlo?

—Casi seguro que no.

El noble miró el resto de la comida con expresión consternada.

—Maldición —murmuró con cansancio, y se obligó a continuar comiendo.

—¿Cómo están tus heridas, mi señor?

—Mejor —respondió el noble, con la esperanza de parecer sincero—. O, en cualquier caso, lo bastante bien para que pueda salir de este condenado mausoleo. ¿Qué has averiguado?

El asesino se volvió a mirar hacia la otra cámara para ver si alguien podía estar escuchando. Aparentemente satisfecho, se acuclilló y unió las puntas de los dedos de ambas manos debajo del mentón mientras organizaba los pensamientos.

—Cada vez resulta más difícil moverse por los terrenos del templo —comenzó—. Los fanáticos han matado a la mayoría de novicios y esclavos, y convertido al resto. A los que han sobrevivido los han marcado en el centro de la frente con un hierro candente en forma de espada. Pienso que Tyran lo ha hecho para que los infiltrados sean más fáciles de identificar.

Malus consideró todo esto.

—¿Aún hay fanáticos en los terrenos de la fortaleza? —Sí. No sé cuántos, pero a estas alturas la mayoría se conocen de vista.

—Entiendo —dijo el noble. Sacó la daga y comenzó a cortar el pan rancio—. ¿Se sabe algo de los asesinos del templo?

Arleth Vann negó con la cabeza.

—Por increíble que parezca, continúan en cónclave. Supongo que la jugada de Urial ha complicado un poco la decisión que deben tomar.

—Eso no tiene buen aspecto. Si estuvieran resueltamente de parte de Rhulan y los leales, ya habrían tomado una determinación, a estas alturas.

El guardia se encogió de hombros. De entre los pliegues del ropón sacó otro paquete manchado y lo abrió sobre el regazo. Dentro había un trozo de pan sin levadura y un puñado de pequeños peces secos.

—Es verdad, pero al menos no se nos oponen de forma activa, todavía.

—Muy cierto —reconoció Malus. Dejó de aserrar el pan y lo inspeccionó, sorprendido de haber dejado apenas una línea en la dura corteza. Con el ceño fruncido, dejó el pan sobre la tumba y lo golpeó con el pomo del cuchillo. Los golpes no le dejaron marca alguna. Alzó el pan hacia la luz de la lámpara—.

Si pudiera ponerle una correa a esto, lo usaría como escudo —murmuró, sombrío.

Arleth Vann sacó un frasco de agua que llevaba en el cinturón y lo dejó junto a sus rodillas. Luego metió una mano dentro de uno de los voluminosos pliegues de las mangas y sacó una pequeña jarra de arcilla. El asesino rompió el sello de cera que rodeaba la tapa de la jarra, la retiró y olió el contenido. Satisfecho, hundió uno de los pescados en la jarra y se lo metió en la boca, para luego masticarlo, contento.

—¿Qué has averiguado sobre Urial y Yasmir?

El asesino frunció el entrecejo y volvió a concentrarse en la conversación.

—Me temo que nada bueno. Parece que tu medio hermano ha cogido a su futura esposa y se ha retirado con ella de vuelta al Sanctasanctórum de la Espada. Sólo a Tyran y a otros pocos fanáticos se les permite entrar para hablar con él, y el templo está fuertemente custodiado.

Malus se reclinó contra los pies del ataúd.

—¿Cómo de fuertemente?

—Sólo puedo hacer conjeturas basándome en lo que oí a hurtadillas, pero diría que al menos una docena de fanáticos hacen guardia en la entrada del sanctasanctórum, y que el doble de ese número guardan la escalera que asciende desde la capilla de la planta baja. —El asesino negó con la cabeza—. No podemos abrirnos paso con las armas a través de todos ellos sin que se dé la alarma.

El noble clavó los ojos en el suelo de piedra. Sabía que había un modo de lograrlo. Con ayuda del demonio podría atravesar las fuerzas de verdaderos creyentes como un torbellino, pero lo perseguían las palabras de Eldire. «Camina por el filo de un cuchillo.»

—Seguro que hay pasadizos secretos que llevan al interior del sanctasanctórum. Todos los demás edificios de la cumbre de la colina parecen acribillados de ellos.

Arleth Vann negó con la cabeza.

—El sanctasanctórum fue construido específicamente para salvaguardar la espada y albergar los más sagrados rituales del templo. Existe sólo una entrada.

La frustración que corroía a Malus le hizo rechinar los dientes. Al inclinar la cabeza hacia atrás, se dio un leve golpe contra la tumba.

—Tiene que haber otra entrada. ¡Piensa, maldito!

—No la hay, a menos que conozcas una manera de abrirte paso a través de la piedra tallada por enanos —replicó el asesino, ceñudo.

Malus se inmovilizó.

—¿Qué has dicho?

El asesino frunció el entrecejo.

—No intentaba ser impertinente. Sólo he dicho que a menos que conozcas una manera de abrirte paso a través de la piedra tallada por enanos...

—¡Eso es! —exclamó Malus, que se inclinó hacia adelante, concentrado—. Piedra tallada por enanos. —El noble se dio unos pensativos golpecitos con un dedo en el labio inferior. Lentamente, se volvió a mirar la tumba—. Bendita Madre de la Noche —susurró, asombrado.

Arleth Vann observó a su señor con desconfianza. Disimuladamente, cogió la jarra de salsa amarilla y la olió subrepticamente antes de dejarla otra vez en el suelo.

—¿Va todo bien, mi señor?

Malus clavaba una pensativa mirada en los pies del ataúd.

—¿Por qué llaman cámara principal a esta habitación? —preguntó.

El asesino se encogió de hombros.

—No es su nombre real. Los rituales de enterramiento de los enanos son ceremonias muy secretas. Preparan los cuerpos en la antecámara del otro lado, alejados de los ojos curiosos que no sean los de sus parientes, y luego los meten en las criptas. —Recorrió la pequeña habitación con la mirada—. Yo llamé a ésta la cámara principal porque hay sólo una tumba dentro, a diferencia de las otras.

—¿Así que este esclavo era alguien importante?

—Muy probablemente. Un maestro de su oficio, tal vez.

Malus asintió con la cabeza y notó que el corazón se le aceleraba.

—¿Y el sanctasanctórum está hecho de piedra? ¿Todo él?

Arleth Vann no pudo evitar dirigir a su señor una mirada condescendiente.

—Por supuesto, mi señor. Los enanos no construyen con madera. Todo él es de piedra tallada hábilmente encajada. ¿Adónde quieres llegar?

Una vez más, las palabras de Eldire resonaron en los oídos de Malus: «¿Por qué tantas molestias por unos enanos?».

El noble tendió una mano y tocó la inscripción de la tumba.

—Dime —dijo, con una sonrisa que indicaba que acababa de descubrir algo—, si el templo fue construido de piedra en su totalidad, ¿qué necesitaban los ancianos de un maestro herrero?

Los ojos de Arleth Vann se entrecerraron con desconfianza.

—No entiendo.

—Gothar Grimmson, aquí presente, es maestro herrero, no cantero —dijo Malus. Su mente empezó a trabajar a toda velocidad a medida que encajaba las piezas. Se

puso de pie y comenzó a pasearse por la pequeña habitación—. ¿Y si la espada que Urial cogió del sanctasanctórum no es la verdadera *Espada de Disformidad* de Khaine?

Por un momento, el asesino quedó demasiado pasmado para pronunciar palabra.

—Eso es absurdo —barbotó.

—¿De verdad? —preguntó Malus—. Dices que el sanctasanctórum fue construido para salvaguardar la espada, pero ¿de qué? La reliquia había estado en poder de los ancianos durante siglos. ¿Por qué esa repentina necesidad de encerrarla bajo capas de protecciones mágicas?

—Yo... —la voz del guardia se apagó mientras él luchaba con la idea—. No lo sé. Tal vez los ancianos temían que los jefes del cisma intentaran robar la espada en un momento u otro.

—¡O tal vez ya lo habían hecho! —exclamó el noble—. Dices que nunca volvió a tenerse noticia de los cinco fanáticos que se ofrecieron voluntariamente para matar a los dignatarios del templo. ¿Eso no te parece raro? Si los hubieran atrapado o matado, ¿acaso los ancianos no habrían querido convertir sus muertes en un espectáculo público?

—Supongo que sí.

—Entonces, es razonable suponer que no los atraparon. Así pues, ¿qué les sucedió? —Malus giró sobre un talón y su paso se aceleró junto con sus pensamientos—. ¿Y si se dieron cuenta de que el intento de asesinato estaba condenado a fracasar y decidieron seguir otra línea de acción? ¡Tal vez no podían matar a los ancianos, pero podían privarlos de la más preciada reliquia del culto! Así que se apoderaron de la espada y desaparecieron. —El noble asintió con la cabeza para sí—. Por eso los ancianos enviaron después a sus guerreros a asolar la ciudad. ¡No buscaban tanto a los jefes de los fanáticos como la propia *Espada de Disformidad*!

—Pero sabemos que los asesinos que fueron a la fortaleza no regresaron nunca —repuso el guardia—. ¿Adónde fueron, entonces?

—¿Adonde? Atravesaron la Puerta Bermellón.

Arleth Vann quedó petrificado, y una refutación murió en sus labios.

—Por el Bendito Asesino —juró en voz baja—. Por supuesto.

—Es fácil imaginar lo frenéticos que se pusieron los ancianos al enterarse de que la espada había sido robada —dijo Malus—. ¿Cómo podían afirmar ser los verdaderos servidores de Khaine sin tener la espada en su poder? ¿Qué sería de la alianza con el Rey Brujo? Puede que hubieran sobrevivido al intento de asesinato, pero de todos modos los fanáticos les habían asestado un golpe mortal.

«Entonces sucedió algo muy extraño. Los días se transformaron en semanas y las semanas en meses, y no volvió a tenerse noticia de la espada. Si los fanáticos la

hubiesen tenido, la habrían usado para desacreditar públicamente al templo. Así que los ancianos se dieron cuenta de que se les había otorgado una especie de respiro. Por el momento, nadie en Naggaroth conocía la suerte corrida por la *Espada de Disformidad*, así que pergeñaron un plan desesperado para salvarse.

—Hicieron una copia de la espada —dijo Arleth Vann, con voz cargada de asombro.

—Exacto —asintió el noble. Dio unos golpecitos en la base de la tumba—. Hicieron que Gothar forjara una copia perfecta de la reliquia, y luego la instalaron en el templo con grandes aspavientos. El sanctasanctórum no fue construido para salvaguardar la espada en lo más mínimo, sino para proteger el más oscuro secreto del templo.

—Por eso mataron a los esclavos enanos —razonó el asesino—. Tenían que silenciar a Gothar para que no pudiera traicionarlos, y asesinaron al resto para encubrir ese acto.

—Los ancianos llegaron incluso hasta el punto de retener a los espíritus en estas tumbas para que ningún brujo pudiera interrogarlos más tarde —dijo Malus con admiración—. Por eso los ancianos mantenían a Urial a distancia durante todo el tiempo. Aunque hubiera sido el verdadero Azote, no podían darle lo que no tenían.

—¿Así que Rhulan y los otros ancianos conocían la verdad?

—Sí. Por eso nos dijo que no podíamos luchar directamente con Urial: porque la leyenda dice que el Portador de la *Espada de Disformidad* no puede ser derrotado en combate. Si hubiéramos demostrado que esa afirmación era mentira, el resto del engaño se habría venido abajo.

El asesino asintió con aire pensativo.

—Todo tiene sentido —reconoció, aunque, por el sonido de su voz, detestaba creerlo. De repente, se irguió—. ¿Piensas que Urial sabe que no tiene la verdadera espada?

—Honradamente, pienso que no —respondió Malus—. Al menos, todavía no. Hasta que la espada no haya sido puesta a prueba, no tiene ninguna razón para pensar que es una copia.

—Por eso Rhulan no ha reunido a los guerreros del templo. No se atreve a entablar una verdadera confrontación con los fanáticos, a pesar de saber que tiene una buena posibilidad de derrotarlos. —El asesino negó tristemente con la cabeza—. ¡Qué locura!

—En efecto —asintió Malus. Continuaba paseando y dándose golpecitos en el mentón como un loco—. ¡Madre de la Noche! —juró—. La espada podría estar en cualquier parte del mundo. ¿Cómo vamos a averiguar adonde la llevaron los asesinos?

La ola de triunfo que lo había invadido cuando todas las piezas del rompecabezas

encajaron en su sitio se transformó en amarga frustración. Por un momento pensó que había hallado un modo de burlar al demonio y recuperar la espada sin tener que enfrentarse para nada con Urial y Yasmir. Ahora luchaba con una ola de furia desesperanzada tan enorme que al principio no reparó en que Arleth Vann había dicho algo. Al ver la expresión interrogativa de la cara del asesino, se detuvo en medio de un paso.

—¿Qué? —preguntó.

—He dicho que creo que sé cómo lograrlo —respondió Arleth Vann.

La mano derecha del asesino se alzó bruscamente, y el pequeño grupo se detuvo en seco. Malus y tres de los seis leales supervivientes se agacharon, y sus manos apretaron las armas con más fuerza. La oscuridad los envolvió cuando Arleth Vann cerró la mano izquierda para ocultar el pequeño globo de luz bruja que había conjurado.

Durante largos momentos, Malus no percibió nada más que los trabajosos latidos de su propio corazón en los oídos. Luego oyó un débil lamento agudo que merodeaba por la negrura en algún punto situado ante ellos. Dos de los druchii que estaban detrás de Malus se movieron con nerviosismo al oír el ominoso aullido. Uno dejó escapar un gemido de miedo.

—¡Shhh! —chistó Malus, amenazador—. ¡Silencio!

Nadie se movió. Malus se dio cuenta de que estaba conteniendo el aliento y aguzando el oído por si llegaban hasta él ruidos que indicaran que los habían descubierto.

Al fin, Arleth Vann se relajó y abrió la mano, momento en que el estrecho túnel se inundó de fría luz. Giró ligeramente el cuerpo para mirar a Malus.

—Las bestias del Caos están merodeando en algún sitio de ahí delante, pero no parecen estar en nuestro camino —le susurró al noble.

Malus asintió con la cabeza. No tenía ni idea de cómo podía saberlo el asesino, pero sabía que era mejor no poner en duda los agudos sentidos del druchii.

—¿A qué distancia está la ciudadela? —preguntó.

—Unos pocos minutos más, si todo va bien.

—Entonces, adelante.

El guardia se puso silenciosamente de pie, y Malus lo imitó. Detrás de él, la sacerdotisa del hacha —cuyo nombre, según había averiguado por fin, era Niryal— y otros dos leales se dispusieron a marchar. Hacía más de una hora que recorrían los túneles del interior de la colina; habían ascendido desde los niveles más profundos, donde estaba situado el pabellón de los enanos, y seguido una sinuosa ruta hacia las cámaras subterráneas de la Ciudadela de Hueso. Muchas veces habían tenido que agacharse en la oscuridad y contener la respiración mientras las criaturas de Urial merodeaban por las proximidades, pero hasta el momento el asesino había logrado

mantenerlos alejados de las horrendas bestias. El juicio de Arleth Vann había sido correcto: los monstruos eran depredadores terribles pero malos rastreadores. Si los fanáticos hubiesen dejado suelta una manada de nauglirs en los túneles, los leales se habrían hallado en serios problemas.

No por primera vez, Malus se preguntó cómo le irían las cosas a *Rencor* en la ciudad desgarrada por la guerra. ¿Aún lo alimentarían y alojarían en los corrales para nauglirs del distrito de los nobles, o acaso el hambre o la desventura habrían impulsado al gélido a salir a las calles? No sentía ningún temor real por la seguridad del nauglir, ya que la bestia de guerra era rival más que digno para cualquiera que no fuesen los grupos más pesadamente armados que merodeaban por Har Ganeth. Era la seguridad de las reliquias que había dentro de las alforjas del gélido lo que le daba motivo de preocupación. Lo obsesionaban visiones del gélido que se abría paso con las garras a través de las puertas del corral, y las alforjas le eran arrancadas del lomo en el proceso; o se las desgarraban en una lucha y el contenido se esparcía por la calle.

Una cosa que comenzaba a comprender sobre las reliquias mágicas era que encontrarlas constituía sólo la mitad del desafío. Conservarlas, durante el tiempo que fuera, resultaba igual de difícil, si no más.

Si los fanáticos habían robado la espada y escapado a través de la Puerta Bermellón hacía cientos de años, Malus no tenía ni la más remota idea de cómo seguirles el rastro, pero Arleth Vann conocía una biblioteca, situada dentro de la Ciudadela de Hueso, que podría contener algunos indicios útiles. Lo único que tenían que hacer era dejar atrás a las bestias de Urial y las patrullas de fanáticos y escabullirse sin ser vistos dentro de uno de los más importantes edificios de la fortaleza. Como siempre, el asesino se ofreció a intentarlo en solitario, pero Malus había insistido en enviar a un pequeño grupo. Simplemente, había demasiado en juego como para arriesgarse a enviar a uno sólo, aunque fuera tan diestro como Arleth Vann. Si algo salía mal y Urial adivinaba qué interés tenían en la biblioteca, el pretendido Azote podría ponerla bajo una vigilancia tan estrecha que no lograrían ni acercarse; o peor aún, pondría una trampa mágica para cogerlos desprevenidos la próxima vez que intentaran llegar a ella.

Con el globo de luz bruja por encima de la cabeza, Arleth Vann echó a andar por el estrecho corredor sembrado de huesos. Muchos de los pasadizos habían quedado sumidos en el desorden a causa del paso de las bestias del Caos. De los nichos habían caído esqueletos que las patas leoninas de los monstruos habían reducido a polvo. Algunos de los más recientes incluso tenían el cráneo y los huesos largos partidos debido a que las bestias buscaban carne en vano. El asesino pasó con cuidado entre los huesos y la tela podrida, y Malus y los leales le seguían los pasos y observaban cada nicho y pasadizo lateral con creciente sensación de inquietud. Nadie hablaba,

pero todos compartían la misma sensación de miedo. Cuanto más tiempo pasaban en los túneles, mayor era la posibilidad de que las bestias olfatearan su olor. Antes o después, se les acabaría la suerte.

Arleth Vann avanzaba con seguridad por el laberinto de túneles, y sólo de vez en cuando se detenía para comprobar su orientación en los cruces de pasadizos o en las antecámaras. Por lo que Malus podía ver, Niryal y los otros servidores del templo estaban tan desorientados como él. Lo único que sabía con certeza era que se encontraban cerca de la superficie. Los corredores mostraban señales de tráfico frecuente, y en su mayor parte estaban libres de telarañas y capas de polvo. El noble se sorprendió ante lo ansioso que estaba por salir de debajo de la tierra, aunque fuera durante poco tiempo. Habían pasado seis días desde que había estado al aire libre por última vez, y el claustrofóbico peso de las catacumbas comenzaba a afectarle los nervios.

Pasaban largos minutos, y la impaciencia de Malus aumentaba. Un pasadizo conducía a otro, y cualquier sonido lo ponía nervioso. No oyeron resonar más aullidos de cacería en la negrura. ¿Significaba eso que las bestias se habían alejado, o que se les aproximaban sigilosamente y esperaban hasta el último instante para lanzarse sobre ellos en medio de un estruendo de terribles chillidos sibilantes?

Al fin, Malus no lo pudo aguantar más. Aceleró ligeramente el paso, lo suficiente para dar alcance a Arleth Vann, y le tironeó de la ropa. El asesino se detuvo.

—Dijiste que faltaban apenas unos minutos más —susurró Malus.

—Ya casi hemos llegado —replicó el guardia, y señaló hacia la negrura de delante—. Hay una cámara situada a pocos metros, en esa dirección. Al otro lado encontraremos una rampa que asciende hasta las habitaciones inferiores de la ciudadela.

Malus inspiró profundamente y se obligó a relajarse.

—De acuerdo —dijo—. Adelante.

El asesino avanzó silenciosamente por el corredor y, al cabo de pocos minutos más, Malus vio que el resplandor de la luz bruja se expandía para llenar una amplia cámara situada justo delante. Se trataba de una habitación rectangular de casi veinte pasos de largo, y contra paredes y rincones se apilaban esqueletos y cráneos medio deshechos. A derecha e izquierda partían pasadizos, y al otro lado de la cámara ascendía una rampa. Arleth Vann se apartó a un lado al entrar, y Malus se precipitó al interior junto con los leales, justo detrás de él.

—¡Espera, mi señor! —le advirtió el asesino con un susurro—. Hay algo raro...

Con el entrecejo fruncido, el noble se volvió para preguntar de qué hablaba, pero la pregunta quedó sin formular cuando un coro de alaridos agudos hizo estremecer el aire húmedo.

18. El interrogatorio de los muertos

Durante un brevísimo instante, Malus quedó petrificado de horror cuando los agudos chillidos reverberaron por la cámara débilmente iluminada. Los atacantes cargaron desde los pasadizos en sombras, pero en lugar de las rapaces bestias del Caos que esperaban, sus enemigos tenían forma de druchii. Vestían ropones y kheitans azules bajo largos camisotes, y llevaban la piel y el pelo embadurnados con una gruesa capa de hollín o ceniza. Iban armados con lanzas cortas de punta engarfiada o con espadas de filo serrado, y sus expresiones estaban contorsionadas en una mueca ferozmente sanguinaria.

Malus sabía que no eran monstruos mágicos que se encogieran de hombros ante el mordisco del acero afilado, y ese conocimiento lo colmó de vigor asesino. El noble alzó la espada y recibió la carga de los enemigos con una risa sedienta de sangre.

—¡Sangre y almas para Khaine! —gritó, y corrió hacia los druchii que iban hacia ellos.

El primero, con los ojos muy abiertos de sorpresa ante la intrépida carga de Malus, intentó ensartarlo con la lanza. El noble desvió el arma a un lado con el plano de la espada, y con el golpe de retorno la estrelló en la cara del atacante. Se oyó un crujido de hueso cuando la afilada hoja impactó justo debajo de la nariz del oponente y le cortó el cráneo en dos. El cadáver pasó junto al noble al dar unos pasos más llevado por su impulso antes de desplomarse en el suelo.

El estruendo de la batalla inundó la cámara en el momento en que los leales se lanzaron contra sus enemigos. Un atacante pálido lanzó un grito cuando Niryal se agachó por debajo de la estocada de lanza que le dirigía y le cortó la pierna derecha justo por debajo de la rodilla. Arleth Vann desenvainó una de las espadas que llevaba y penetró como un bailarín entre los enemigos que los acometían desde la izquierda, para matar a dos en medio de una brillante fuente roja.

Dos druchii acometieron a Malus con cuchillos de hoja serrada dispuestos a apuñalarlo. Sin dejar de reír furiosamente, cargó contra el primero de ellos, al que hizo retroceder con un barrido dirigido a la cara. El segundo vio que tenía una oportunidad y lo atacó por la derecha con un tajo ascendente destinado a destriparlo, momento en que descubrió que había caído en la trampa del noble. En el último momento, Malus pivotó para esquivar la puñalada y cercenó la mano que sujetaba el cuchillo con un tajo corto y fuerte. La sangre caliente salpicó el rostro de Malus mientras el guerrero mutilado caía de espaldas, pero él ya había desviado la atención hacia el segundo. El druchii dirigió a la garganta de Malus un tajo que éste bloqueó con facilidad y desvió el arma, más pequeña, con la espada. Antes de que el druchii pudiera recuperarse, el noble plantó en el suelo el pie izquierdo al tiempo que reía, y acometió la garganta del atacante con el filo del arma. La punta de la hoja raspó

contra la columna vertebral del druchii, que, herido de muerte, se desplomó sin vida.

De repente, Malus sintió que algo curvo y afilado le rodeaba el tobillo izquierdo. Miró hacia la izquierda justo a tiempo de ver que uno de los druchii le sonreía triunfalmente antes de tirar de la lanza. La curva hoja del arma hizo que Malus perdiera el equilibrio. El instinto y los reflejos desarrollados en la batalla lo hicieron rotar en el aire y le permitieron caer de espaldas en lugar de hacerlo sobre el brazo que llevaba la espada, pero el lancero era un luchador rápido y astuto; avanzó velozmente y estrelló la hoja de la lanza contra la mano con que Malus empuñaba el arma. El noble rugió de dolor y cólera cuando la espada salió girando por la habitación.

La lanza volvió a acometer, esta vez dirigida hacia el cuello de Malus, pero el noble atrapó el asta con ambas manos y tiró del druchii hacia sí. Cuando daba traspies hacia él, le pateó la entepierna con fuerza y estrelló el tacón contra la rodilla izquierda del atacante. El druchii cayó con una mueca de dolor, y Malus le arrebató la lanza de las manos. El noble hizo girar el arma y clavó la punta en una sien del enemigo. Luego se alejó a gatas del cuerpo que se estremecía y fue en busca de su espada.

Junto a él pasaban druchii corriendo. Los atacantes de rostro cubierto de ceniza estaban en plena retirada, desmoralizados por la ferocidad del contraataque enemigo. Algo con el brillo del acero pasó girando por el aire, se oyó un impacto sordo y uno de los druchii fugitivos lanzó un grito estrangulado antes de caer al suelo con la espada de Arleth Vann clavada en la espalda. Malus llegó hasta su espadón y se puso en pie de un salto, pero para entonces se había desvanecido el resto de los atacantes y sus pasos se alejaban con rapidez en la oscuridad.

Arleth Vann corrió hasta su víctima y le arrancó la espada al tiempo que mascullaba una maldición. Malus pasó revista al grupo y se encontró con que ninguno de ellos había resultado herido en el breve combate. Se volvió a mirar al guardia.

—En el nombre de la Oscuridad Exterior, ¿quiénes eran?

—Señores de las Bestias —replicó el asesino—. El templo los contrata para que le proporcionen animales para los juegos de las festividades y para que entrenen a sus guerreros. —Dirigió la mirada hacia el pasadizo lateral con expresión preocupada—. Debemos de haberlos sorprendido tanto como ellos a nosotros, pero en cualquier momento llamarán a las bestias para que acudan. ¡Tenemos que entrar en la ciudadela, ahora!

—Guíanos —dijo Malus, y Arleth Vann corrió rampa arriba sin decir nada más.

La rampa atravesaba una serie de espaciosos almacenes y giraba ciento ochenta grados después de cada nivel. Pasaron ante cajones polvorientos y urnas de cerámica rajadas que en otros tiempos habían contenido costosa tinta; balas de tela medio

podrida y haces de varitas de incienso que cargaban el aire de sofocantes esencias especiadas. No vieron a nadie durante la carrera hacia los niveles superiores de la torre, aunque en algunos sitios Malus observó en las capas de polvo las huellas de unas botas que iban por delante de ellos.

Tras varios largos minutos, llegaron a la cámara situada en lo más alto de la rampa, con la nariz cargada de polvo y extraños perfumes. Al otro extremo de la estancia había un par de puertas anchas con bandas de hierro, y una de las pesadas hojas estaba ligeramente entreabierta. Arleth Vann corrió por un pasillo formado por cajones apilados y la abrió más, como si temiera que pudiera cerrarse en cualquier momento. Al otro lado, Malus vislumbró una amplia habitación mortecinamente iluminada donde también había grandes pilas de suministros. A lo largo de las altas paredes de piedra ascendía una escalera hacia la torre.

El asesino suspiró de alivio y apagó la luz bruja.

—Estamos de suerte. Los necios no han pensado en barrar la puerta. ¡Rápido!

Malus y los leales al templo cruzaron el dintel y Arleth Vann cerró la puerta tras ellos. Junto a ella había una gran rueda de madera montada sobre un eje encajado en la pared de piedra. El asesino se aferró a un radio de la rueda y se apoyó en él para empujar con todas sus fuerzas. Desconcertado, el noble se situó en el lado contrario de la rueda y tiró. Hizo una mueca por el dolor que despertó en su pecho. Al principio, la rueda se negó a moverse. Luego, centímetro a centímetro, comenzó a girar. Se oyó un crujido cada vez más fuerte de hierro oxidado, y al fin la puerta se estremeció con un golpe sordo.

—Ya está —dijo Arleth Vann, sin aliento, al tiempo que se reclinaba contra la rueda—. Los enanos construyeron este artilugio para asegurar la ciudadela en tiempos de guerra. —Señaló la parte superior del marco de la puerta—. Hay unas barras de hierro que bajan para encajarse en unos orificios abiertos en lo alto de las puertas e impedir que se muevan. Ahora las bestias no pueden llegar hasta nosotros.

—¿Y cómo se supone que vamos a regresar al pabellón? —preguntó Malus.

Para su sorpresa, Arleth Vann le dedicó una de sus fantasmales sonrisas.

—Honradamente, no tengo ni idea. Podría decirse que voy decidiendo sobre la marcha.

Malus hizo una mueca de dolor. —Ah, bueno, eso es tranquilizador.

—¿Serviría de algo si te dijera que podría no ser un problema?

—¿Y eso por qué?

—Hay muchas probabilidades de que muramos todos cuando llegemos a la biblioteca.

El noble le dirigió a su guardia una mirada funesta.

—Creo que en Hag Graef pasaste demasiado tiempo con Hauclir. Ha sido una mala influencia.

Arleth Vann se irguió.

—¿De verdad? Eso es interesante.

—¿Por qué?

—Él dijo lo mismo acerca de ti.

Malus frunció el entrecejo.

—Desgraciado impertinente...

—Resulta gracioso. Él dijo lo mismo...

—¡Basta! —gruñó el noble—. ¡Vayamos a ver esa condenada biblioteca!

Arleth Vann le hizo a Malus una ligerísima reverencia y se alejó a paso rápido hacia la escalera que había al otro lado de la estancia.

Ascendieron dos pisos más antes de salir a un corredor iluminado por globos de luz bruja. El aire olía a limpio, y Malus lo bebió como si fuera vino. Por fin se encontraban en la superficie.

En un extremo del corredor resonaron gritos sordos, y Malus se volvió a mirar a Arleth Vann.

—¿Qué es eso?

—Uriel debe de tener hombres de guardia en la ciudadela —replicó el asesino—. Los Señores de las Bestias deben de estar dando la alarma. —Miró hacia el otro extremo del pasillo, y por un momento pareció perdido en sus propios pensamientos—. Iremos por la escalera de servicio —dijo a continuación—. ¡Por aquí!

Malus y los demás corrieron tras el asesino a través de un laberinto de pasillos, antes de llegar a una estrecha escalera curva que ascendía hacia los niveles superiores de la torre. Subieron durante largo rato por el estrecho espacio donde resonaba la respiración jadeante de los miembros del grupo. El noble esperaba que en cualquier momento cayera sobre ellos una ola de fanáticos vociferantes, pero varios minutos más tarde salieron a un pasillo brillantemente iluminado. Arleth Vann alzó una mano para prevenirlos, avanzó silenciosamente hasta el extremo del pasillo y se asomó al otro lado. Un momento más tarde, llamó al grupo con un gesto.

El pasillo los llevó a una espaciosa sala abierta, semejante al vestíbulo de la casa de un noble. Una amplia escalera ascendía hasta una galería que daba a la estancia en cuyo centro había una plataforma circular con una alta pila de cabezas cortadas encima. El aire estaba cargado de incienso en un intento de disimular el hedor a podrido que manaba de los trofeos. Un par de puertas doradas cerraban una umbría alcoba situada bajo la galería, frente a una arcada abierta que conducía a una antecámara situada al otro lado de la torre. El suelo de mármol estaba recubierto por trozos de basto papel marrón. Malus frunció el ceño y movió con la punta del pie una pila de papeles. Las hojas estaban llenas de una fina letra arcaica.

—¿Qué es esto? —preguntó en voz baja.

—Poderes para solicitantes —respondió Arleth Vann—. Los miembros del

templo pueden solicitarle acceso a las bibliotecas al Haru'ann, y si se lo conceden les entregan una hoja donde figura la firma del anciano y uno o dos versos de las *Parábolas de carne rasgada*. Luego los solicitantes permanecen aquí para meditar los versos y esperar hasta que los bibliotecarios los llaman por su nombre. —Hizo un gesto hacia la pila de trofeos—. Muchos solicitantes traen ofrendas con la esperanza de que los bibliotecarios aceleren su acceso, pero los guardianes de los textos sagrados se dejan impresionar muy raras veces. —El asesino señaló la doble puerta—. Este nivel no contiene más que libros de historia y copias de textos sagrados —dijo, y señaló la galería—. Lo que nosotros queremos está ahí arriba.

Arleth Vann atravesó la estancia hacia la escalera, cuyos escalones subió de dos en dos. Malus fue tras él, no sin reparar en que Niryal y los otros lo seguían con considerable reticencia. Las sacerdotisas y los meros novicios no eran bien recibidos en aquel lugar.

La galería estaba provista de gruesas alfombras y mullidas sillas de alto respaldo dispuestas en hileras gemelas ante una sola puerta de magnífico roble. Los aparadores situados en los rincones opuestos estaban provistos de copas de plata y botellas de vino, claramente destinadas al placer de los ancianos del templo. Arleth Vann se volvió a mirar a Niryal y los demás leales del templo.

—Esperad aquí —dijo.

Para sorpresa de Malus, Niryal le lanzó una mirada feroz.

—Sabemos cuál es nuestro lugar —replicó—. Eres tú el que sobrepasa sus límites. ¡Esto no es correcto!

—Se lo puedes explicar al Gran Verdugo, si quieres —contestó el asesino, con frialdad. Abrió la puerta y entró en la sala del otro lado como si estuviera en su propio elemento. Malus lo siguió de cerca.

La biblioteca superior era enorme, con las curvas paredes cubiertas de librerías que se alzaban hasta tres pisos de altura. Por unas vías de latón pulimentado que circunvalaban las altísimas librerías, corrían unas altas escaleras de roble para permitir que los aprendices de bibliotecario subieran a buscar los volúmenes que solicitaban sus señores. Los cubículos de madera, cuya superficie de trabajo iluminaban con brillante luz un conjunto de globos de luz bruja suspendidos mediante una cadena del techo abovedado, estaban rodeados de gruesas alfombras. En el aire flotaba un fuerte olor a polvo, cuero viejo y papel antiguo. A Malus le recordó a la antigua biblioteca que su hermana Nagaira tenía en Hag Graef.

—Estos sitios no traen más que problemas —murmuró sombríamente.

Arleth Vann avanzó con rapidez hasta el otro lado de la estancia. Allí, detrás de la última hilera de cubículos de lectura, las alfombras acababan bruscamente para dar paso a una extensión de negro mármol pulimentado. En la piedra había grabado un amplio círculo de sigilos arcanos, y más allá de éste se veía una serie de altos

armarios de madera dispuestos aproximadamente en semicírculo. El asesino estudió cada armario por turno, antes de detenerse ante el cuarto de la línea y abrir las puertas.

Dentro había docenas de cráneos lustrosos que descansaban sobre estantes cubiertos de terciopelo negro. Parecían todos muy viejos, y muchos estaban atados entre sí por intrincadas redes de alambre de oro y plata.

—¿Qué es esto? —preguntó el noble.

Arleth Vann miró a su señor por encima de un hombro y sonrió débilmente.

—Estos son los auténticos tesoros de la biblioteca —dijo—. Los textos sagrados están muy bien, pero el templo siempre ha depositado su máxima fe en la sabiduría y perspicacia de sus ancianos. Estos armarios contienen los cráneos de más de cuatrocientos de los más grandes hombres y mujeres del templo, que se remontan hasta más de cuatro mil años. Los espíritus permanecen unidos a los cráneos mediante poderosos hechizos para que puedan continuar sirviendo a los fieles mucho después de morir.

El asesino tendió las manos hacia el interior del armario y levantó reverentemente uno de los cráneos de su sitio de descanso. Malus reparó en que había varios espacios vacíos en los estantes, y pensó en el cráneo que Urial le había enseñado cuando estaban en el camarote del *Saqueador*. Se le ocurrió una idea.

—¿Por qué Urial renegó del templo como los otros fanáticos? Tenía que saber que los ancianos no se atreverían a reconocerlo, aunque hubiese sido el verdadero Azote.

Arleth Vann se encogió de hombros.

—Supongo que por codicia. Ya has visto la riqueza y el lujo de que disfrutaban los ancianos aquí. Sospecho que Urial mantuvo a los fanáticos a distancia durante años, sabedor de que los necesitaría cuando llegara el momento de hacer su jugada por la espada, pero deseoso de aumentar su influencia dentro del templo al mismo tiempo. Tal vez intenta reconciliar a ambos bandos de algún modo, cosa que le permitiría disfrutar de lo mejor de cada mundo.

Malus dejó oír un gruñido escéptico.

—Vaya con la pureza de la fe —comentó—. Al menos, los adoradores de Slaanesh son honrados respecto a sus apetitos.

El asesino le lanzó al noble una mirada de advertencia.

—No blasfemes —dijo—, especialmente en presencia de cuatro mil fantasmas muy piadosos y muy salvajes.

—Tienes razón —replicó Malus, mientras observaba cómo el guardia llevaba el cráneo al interior del círculo mágico—. Para ser un asesino, pareces saber muchísimo acerca del templo y su historia —añadió.

Arleth Vann se detuvo y bajó la mirada hacia el cráneo.

—Nunca quise ser un asesino —dijo con voz queda—. Era aquí donde quería estar, entre los libros y los viejos huesos.

—¿Querías ser bibliotecario? —se extrañó Malus, sin molestarse en ocultar su desdén.

El guardia se encogió de hombros.

—Crecí aquí. Mis padres me entregaron al templo cuando no era más que un bebé, como muchos otros. Crecí en las celdas cercanas a la Puerta del Asesino, y cuando tenía cinco años me entregaron a los bibliotecarios para que llevara los libros de un sitio a otro e hiciera recados. Las letras se me daban bien y sabía escribir a los siete años. —Alzó los ojos hacia las librerías—. También era bueno con las escalerillas, cosa que los bibliotecarios ancianos agradecían. Me enorgullecía de subir y bajar por ellas tan rápida y silenciosamente como podía. —Su expresión se ensombreció—. Y, en un sentido, eso fue mi perdición. Los bibliotecarios me asignaron a una bruja que trabajaba en un importante proyecto, y ella pensó que mi destreza se estaba desperdiciando en el acarreo de libros y la recogida de basura. Así que habló con el maestro bibliotecario, y a los diez años de edad comenzó mi tutelaje con los asesinos del templo.

Arleth Vann se arrodilló y depositó suavemente el cráneo en el centro del círculo.

—Una vez que ingresé en la orden de los asesinos, se me prohibió la entrada en la biblioteca, por supuesto. Así que me escabullía al interior de las criptas por la noche y volvía a entrar en la ciudadela, donde pasaba horas sumido en la lectura de los viejos tomos. Así me enteré de todo lo relativo al cisma, y del engaño que los ancianos habían mantenido durante milenios. La verdad está aquí, en vagas referencias y pequeños detalles dispersos por decenas de libros que no están relacionados entre sí. —Se irguió y señaló uno de los cubículos situados cerca del fondo de la sala—. Estaba sentado justo allí la noche en que reuní todas las piezas. Fue a la vez la mejor y la peor noche de mi vida. Nada fue igual a partir de entonces.

—Así que apostaste por los fanáticos.

El asesino le lanzó a Malus una mirada de indignación.

—No estamos hablando de una insignificante intriga de nobles, donde las lealtades cambian con el viento. Yo era un servidor de Khaine, y había estado practicando la herejía desde el momento en que entré en el templo. ¿Qué otra alternativa tenía que no fuera abandonar Har Ganeth y buscar la sabiduría de los fanáticos?

—¿Por eso te enviaron a Hag Graef en busca del Azote?

—No —replicó el asesino—, a pesar de todo lo que has visto de Tyran y sus intrigas aquí, en la ciudad, el verdadero culto no es tan dogmático ni rígido como el templo. Los maestros recorren el territorio, donde practican sus devociones y perfeccionan sus artes de matar, y los aspirantes al culto deben buscarlos si desean

instrucción. Cuando el maestro considera digno al estudiante, se le envía en solitario al mundo para que adore al Dios de Manos Ensangrentadas y espere la llegada del Azote. —El asesino sonrió débilmente—. A diferencia de la mayoría de verdaderos creyentes, yo no me contenté con aguardar simplemente a que se anunciara el Tiempo de Sangre. Comencé a buscar señales del Azote en cada ciudad a la que iba.

—¿Por qué?

El asesino se encogió de hombros.

—Porque buscaba redención, supongo, o por venganza contra el templo. En cualquier caso —añadió con un suspiro—, así fue como me encontré en la choza de una vidente de las afueras de Karond Kar, hace varios años, apostando mi alma en una partida de dientes de dragón, a cambio de que me adivinara el futuro. La mujer estaba completamente loca, pero sus visiones eran certeras. Me dijo que el Azote nacería de una bruja en la Ciudad de Sombras, y que moraría en la casa de las cadenas. —Sacudió la cabeza tristemente—. Después, la vieja desdichada intentó servirme vino envenenado. Los de la ciudad me habían advertido de que era mala perdedora.

Malus pensó en ello e intentó ocultar su incomodidad. Nunca había inquirido acerca de las creencias de Arleth Vann cuando el asesino estaba a su servicio en Hag Graef, y ahora toda esa charla sobre servicio y devoción le resultaba algo más que inquietante.

—Espero que no desees algún tipo de perdón divino por mi parte —dijo—, porque no hago ese tipo de cosas.

El asesino negó con la cabeza y rió suavemente entre dientes.

—¡Khaine no lo permita! —bromeó—. No, yo simplemente sirvo, mi señor. Si el Señor del Asesinato así lo quiere, hallaré mi propia redención. Y hablando de eso —inspiró profundamente y añadió—: estamos perdiendo el tiempo. Los guardias de Urial podrían estar registrando la ciudadela mientras hablamos, y no sé cuánto tiempo requerirá esta invocación.

—Pensaba que habías dicho que la orden de los asesinos os enseñaba sólo brujería menor —comentó Malus.

Arleth Vann asintió con la cabeza.

—Es cierto, pero he observado rituales similares en el pasado.

—Quieres decir que nunca antes has hecho esto. El asesino vaciló. —Estrictamente hablando, sí.

—Madre de la Noche —maldijo Malus—. ¿Qué sucederá si la invocación sale mal?

—Bueno —replicó Arleth Vann con cautela—, existe una posibilidad muy pequeña de que pueda perder el control de las fuerzas mágicas y provocar una pequeña explosión.

—Ah —dijo el noble—. En ese caso, esperaré en la galería.

—Muy bien, mi señor.

Malus giró sobre los talones, salió rápidamente de la sala y cerró las puertas de roble tras de sí. Niryal y los otros dos leales del templo se encontraban en la periferia de la galería, asomados a la balaustrada observando al espacio de abajo. La sacerdotisa se volvió al aproximarse él.

—¿Encontrasteis lo que buscabais? —preguntó.

—Mi guardia aún está buscando —respondió el noble—. No debería tardar mucho más. —Se reunió con ella ante la balaustrada. Los dos servidores del templo se apartaron y retrocedieron hasta el inicio de la escalera.

Niryal reanudó la vigilancia con expresión turbada. Era alta y delgada, con una piel curtida y muy tensa sobre músculos duros como cables. Tenía unas leves cicatrices en el dorso de las manos y los lados de la delgada cara y el cuello, y su pequeña boca estaba contraída en una línea de determinación.

—¿Cómo debo dirigirme a ti? —preguntó.

El le lanzó una mirada de soslayo.

—¿Qué?

Los oscuros ojos de ella se posaron en los de Malus.

—Tienes un guardia..., alguien que tiene la bendición de Khaine sobre sí y lleva las espadas de un asesino, nada menos... Salvo Rhulan, ninguno de los otros ancianos tenía la más remota idea de quién eras. No sabes casi nada sobre el templo, pero de la *Espada de Disformidad* y de Urial sabes cosas que no conoce nadie más. —Lo miró de arriba abajo—. Vistes como un mendigo pero das órdenes como un noble, y de algún modo pasaste varios días en compañía de Tyran y sus fanáticos, para luego presentarte en las cámaras del consejo sin ser anunciado y hacerle una advertencia anónima al Gran Verdugo. —Ladeó la cabeza con gesto inquisitivo—. Así que, ¿quién..., o qué, eres?

El noble desplegó las manos ante sí y logró sonreír para ocultar la preocupación.

—Como le dije al consejo, soy un servidor de Khaine. ¿Qué más importa?

Niryal alzó una ceja fina como un látigo.

—Se me ocurren muchísimas cosas, pero comencemos por ésta: ¿Cómo puedes estar tan seguro de que Urial no es el Portador de la Espada, después de todo? Cuanto más lo pienso, más me cuesta creer que encontró un medio para burlar la voluntad de Khaine y apoderarse de ella.

Malus vaciló.

—Malekith es el Azote de Khaine, así está escrito.

—Sí, pero ¿escrito por quién? Lo único que yo sé es que el Rey Brujo está en su torre de Naggarond, y Urial está aquí con la *Espada de Disformidad* en las manos. Lo vi con mis propios ojos, del mismo modo que lo vi matar al Gran Verdugo en

combate singular. ¡Al Gran Verdugo! ¿Cómo es posible eso, si Urial no es el elegido de Khaine?

Los ojos del noble se entrecerraron, cautelosos.

—Porque Urial es un brujo de formidable poder, y ha codiciado la *Espada de Disformidad* durante muchos años. El Arquihierofante comprendió eso. ¿Por qué razón no puedes hacerlo tú?

Niryal se inclinó hacia Malus.

—El Arquihierofante ha huido de la ciudad —susurró—. Se lo oí decir a tu guardia.

Malus se puso rígido.

—Rhulan es un cobarde —susurró.

—O no tiene ninguna fe en ti, y si él no la tiene, ¿por qué debería tenértela yo?

Con el rabillo del ojo, Malus vio que los leales del templo que vigilaban desde la escalera se ponían en cuclillas. Pero este movimiento de advertencia lo captó un momento demasiado tarde. Antes de que pudiera reaccionar, oyó gritos de alarma en la cámara de abajo. El noble gruñó en silencio al ver al trío de Señores de las Bestias del templo de pie justo en la entrada de la estancia. Uno de ellos miró a Malus a los ojos y lo apuntó a la cara con una lanza corta.

—¡Maldición! —exclamó Malus, y el aire se estremeció con roncós gritos de guerra cuando los Señores de las Bestias echaron a correr hacia la escalera de la galería. Cinco de los fanáticos de Tyran los seguían de cerca, con los brillantes *draichs* en alto.

—¡Detenedlos en la escalera! —les gritó el noble a los leales del templo. La escalera era lo bastante amplia para que dos hombres subieran juntos por ella. Si podían impedir que los enemigos entraran en la galería, los fanáticos se encontrarían en desventaja con aquellas espadas largas. Al pasar corriendo junto a Niryal, Malus lanzó una mirada nerviosa a la puerta de la biblioteca superior, pero no se veía nada que indicara qué podía estar sucediendo en el interior. Lo único que podía hacer era esperar que Arleth Vann averiguara con rapidez lo que necesitaba saber. No podrían resistir durante mucho tiempo.

Los Señores de las Bestias se lanzaron hacia los leales del templo y los acometieron ferozmente con las lanzas, con la esperanza de hacerlos retroceder. Uno de ellos comenzó a ceder terreno, pero Malus llegó a lo alto de la escalera y aferró al druchii por los ropones para obligarlo a volver. El noble se situó cerca de los leales del templo, justo detrás y por encima de ellos, y buscó una oportunidad para golpear.

Uno de los Señores de las Bestias paró un lanzazo con la espada y abrió un tajo de través en el brazo del oponente. Al ver que se presentaba la oportunidad, el segundo Señor de las Bestias le hizo una finta al druchii que tenía delante y acometió con una rápida estocada al espadachín que se había lanzado demasiado a fondo, pero la

espada de Malus descendió como un rayo y penetró profundamente en el antebrazo del agresor. Los huesos se partieron con un crujido, y el alarido de dolor del Señor de las Bestias se transformó en un gorgoteo ahogado cuando su oponente se recobró de la finta y le clavó la espada en la garganta.

El Señor de las Bestias moribundo se desplomó hacia la izquierda y cayó rodando por la escalera. Su compañero avanzó para llenar la brecha, y dirigió un golpe bajo a las piernas del enemigo. El leal del templo intentó bloquear la estocada, pero lo hizo a destiempo y la punta de acero de la lanza le abrió un profundo tajo en un muslo. Con un grito de dolor, el servidor del templo acometió salvajemente la cabeza del Señor de las Bestias, pero el guerrero se agachó por debajo del arma y clavó profundamente la lanza en el abdomen del druchii. Malus vio que la afilada punta de acero salía por la espalda del leal del templo, que murió lanzando un gemido terrible.

El noble gruñó como un lobo y le dio al muerto una patada en la espalda para lanzarlo contra su asesino. El Señor de las Bestias gritó, colérico, y sacó al cadáver de la escalera de un empujón, pero cuando intentaba arrancar la lanza del cuerpo que caía, Malus bajó corriendo por los escalones y le partió el cráneo de un tajo. El Señor de las Bestias se desplomó mientras la sangre le corría por la cara dividida en dos, y el noble pivotó sobre la punta de un pie y clavó la espada en el pecho del tercer Señor de las Bestias.

Este segundo ataque estuvo a punto de hacer que lo mataran. Justo cuando arrancaba la espada del druchii moribundo, vislumbró un destello de acero y el instinto lo hizo retroceder para apartarse del velocísimo tajo de *draich*. La espada pasó por el lugar que había ocupado su cabeza y continuó descendiendo hasta abrir un tajo en el antebrazo del noble. Hizo una mueca al sentir el repentino dolor, pero no había tiempo para preocuparse porque el fanático continuaba con el ataque: invirtió el movimiento de la espada curva y dirigió una estocada ascendente al cuello de Malus. El noble rodó hacia la derecha y sintió que la afiladísima hoja cortaba el aire a un par de centímetros de su mandíbula. Entonces se oyó un golpe sordo y le saltó un reguero de sangre a la cara. Abrió los ojos a tiempo de ver al fanático caer por la escalera con la parte superior de la cabeza rebanada por un tajo del hacha de Niryal.

Con las piernas palpitándole furiosamente, Malus gateó escalera arriba. Los fanáticos se lanzaron hacia ellos. A la izquierda del noble, el leal del templo superviviente también se retiraba con una herida profunda en el hombro que sangraba en abundancia. Niryal estaba situada más arriba que Malus, y hacía girar el hacha en mortíferos molinetes para mantener a los enemigos a distancia. Entonces, un movimiento que se produjo en el piso de abajo atrajo la mirada del noble. Un torrente de fanáticos y conversos del templo con ropones negros entraban en la sala y se sumaban al grupo que intentaba subir por la escalera.

—¡Atrás! —gritó Malus, furioso—. ¡A la biblioteca!

Al oír la orden, el leal del templo herido lanzó una mirada rápida a Malus, y ese error le costó la vida. Su oponente saltó hacia él con un grito y le descargó la enorme espada en la unión del cuello con el hombro. El tajo cercenó clavícula y costillas, partió el esternón y penetró en los órganos vitales. Una fuente de sangre manó por la boca abierta del druchii, que cayó en total silencio. Ya fuera por suerte o intencionadamente, su cuerpo chocó contra la primera línea de fanáticos y los enlenteció durante el tiempo suficiente para que Malus pudiera ponerse de pie y correr hacia la puerta de la biblioteca.

El picaporte estaba frío como el hielo. Malus abrió la puerta y una bocanada de aire gélido le azotó el rostro. En la cara interior de la puerta brillaba la escarcha, y la sala estaba inundada por un oscilante resplandor azul. Al otro extremo de la estancia, Arleth Vann se encontraba de pie ante el cráneo del anciano, el cual flotaba en el aire a más de dos metros por encima de su cabeza. En las cuencas vacías del cráneo ardían llamas azules, y estaba unido a un cuerpo vaporoso que se contorsionaba y retorció suspendido en el aire.

Al atravesar la sala a la carrera, Malus sintió en la piel la tensión invisible de la lucha bruja que se libraba. Arleth Vann tenía la espalda arqueada y la cabeza echada hacia atrás, y su boca se movía silenciosamente en una lucha de voluntades contra el espíritu del anciano. Niryal dio un traspié al atravesar la puerta detrás de Malus, y sus ojos se abrieron de asombro al ver la escena que se representaba ante ella.

—¡Al interior del círculo! —le gritó Malus, mientras él atravesaba la línea mística. El poder lo envolvió y crepitó. Sintió una ola de frío gélido en la cara, y se le erizó el cabello. Una borboteante crepitación le inundaba los oídos. Al volverse, se encontró con que la sacerdotisa le pisaba los talones. Cuando ella entró en el círculo, ambos fueron sacudidos por un ciclón de energías inestables. La cabeza de Arleth Vann se enderezó de golpe, con la cara marcada por el esfuerzo y los ojos muy abiertos.

—¡Deja la energía en libertad! —gritó Malus, para hacerse oír por encima de la creciente tormenta—. ¡Marchémonos!

La puerta de la biblioteca se abrió bruscamente cuando el primero de los fanáticos irrumpió en la sala. Media docena de pasos llevaron a los espadachines hasta la mitad de la sala. Malus iba a gritarle otra vez al asesino, cuando oyó que Arleth Vann bramaba de dolor. El mundo estalló, entonces, en una detonación de llamas azuladas.

19. Reveses de la fortuna

El restallar de un rayo hirió los oídos de Malus, que fue levantado del suelo por la fuerza de la explosión, como si fuera una hoja de árbol alzada al paso de un furioso viento. Oyó gritos y el sonido de madera que se partía, y luego se estrelló contra algo duro e inamovible que lo dejó sin conocimiento.

Cuando por fin se le aclaró la vista, largos momentos más tarde, se encontró tendido bajo una pila de destrozados libros humeantes, al pie de una de las muchas librerías de la biblioteca. El zumbido de los oídos comenzó a disminuir para ser reemplazado por lamentos de los heridos.

En el aire flotaba una neblinosa luz azulada que parecía manar de cada piedra del suelo, las paredes y el techo. Los globos de luz bruja se habían hecho añicos en la explosión, y en el resplandor ultraterreno flotaban restos de papel destrozado como si fuera ligera ceniza. Todo lo que estaba en el radio de la onda de la explosión había quedado destruido. Los cubículos de lectura estaban hechos pedazos, como la borda de un barco golpeada por la piedra de una catapulta, y los centenares de libros que ocupaban los estantes de la habitación habían quedado hechos jirones por una tormenta de metralla de madera. Los altos armarios que contenían los cráneos de antiguos ancianos del templo estaban igualmente destrozados, y el suelo sembrado por una lluvia de fragmentos de hueso.

Niryal yacía contra una librería situada a la izquierda de Malus, cubierta de deshechos pero aparentemente ilesa. Cuando el noble se puso de pie con torpeza, vio que Arleth Vann se levantaba, aturdido, al otro lado de la sala. La cara del asesino estaba marcada por el dolor y el agotamiento, y tenía los ojos muy abiertos por el horror que sentía ante la devastación que acababa de causar. Había desaparecido el círculo arcano del suelo, ya que las líneas de plata habían sido borradas por la energía mágica descontrolada. Malus dedujo que la única razón por la que él y sus compañeros estaban vivos era porque la destructiva fuerza había radiado hacia fuera desde el borde del círculo, y los había arrastrado consigo.

Sus enemigos no habían sido tan afortunados.

De los fanáticos que se encontraban más cerca del círculo ni siquiera podía decirse que se parecieran a druchii. Las espadas que empuñaban se habían hecho pedazos y sus ropas habían sido consumidas, pero los cuerpos simplemente se habían fundido como cera y dejado unos montoncitos de pulpa roja humeante. La siguiente fila había recibido la plena furia de la metralla de la explosión, que había hendido y desgarrado sus cuerpos hasta convertirlos en despojos destrozados y sangrantes. Sólo los que se hallaban más cerca de la estrecha puerta habían escapado a la muerte, aunque la puerta en sí había sido hecha astillas y lanzada hacia la galería. Los druchii se retorcían en el suelo, donde se aferraban las heridas sangrantes y las extremidades

cercenadas.

Malus, cuyo aliento se transformaba en vapor en el aire antinaturalmente frío, miró a un lado y a otro en busca de la espada, y la encontró clavada en un par de gruesos tomos encuadernados en cuero que aún descansaban en su estante, aproximadamente a la altura del pecho. Cuando el noble arrancó el arma, desparramó el destrozado contenido de los libros sobre el suelo relumbrante, y avanzó a traspies hacia los heridos con una expresión ceñuda en el rostro.

—Bendita Madre —jadeó Niryal, con el semblante pálido y furioso al contemplar la desolación—. ¿Qué habéis hecho?

—Lo que era necesario —le espetó Malus, que se acercó al primer par de heridos y los remató con breves tajos cargados de rencor. Humeantes fuentes de sangre trazaban un arco en el aire teñido de azul cada vez que la hoja de doble filo volvía a ascender—. ¿Habrías preferido dejar que estos blasfemos nos mataran?

—¡Por supuesto! —gritó la sacerdotisa—. Nuestras vidas no significan nada comparadas con el conocimiento encerrado entre estos muros...

Malus se volvió hacia ella y le apuntó la cara con la espada goteante.

—No comiences —le advirtió. Al lado, un fanático rodó hasta quedar boca abajo y comenzó a arrastrarse hacia una espada que tenía cerca. El noble vislumbró el movimiento y cayó sobre el herido, al que asestó despiadados tajos en cabeza y cuello.

—¡Nada... de... esto... es... tuyo! —dijo Malus, que enfatizó cada palabra con un brutal golpe de espada. El fanático se desplomó y el noble buscó otra víctima—. Cada libro, cada maldito cráneo, pertenece a Urial. ¿Lo ves?

—¡Lo que veo es otro maldito desastre! —le espetó la sacerdotisa. De algún modo había logrado no soltar el hacha durante la explosión, y señaló a Malus con los curvos extremos de la hoja de doble filo—. Dejas muerte y ruina tras de ti, a dondequiera que vas.

Malus pasó por encima de un cuerpo inmóvil y lo estudió. Veloz como una víbora, le clavó una estocada en la garganta y fue recompensado con una brillante fuente de sangre. El druchii comenzó a sufrir convulsiones y el noble gruñó de satisfacción.

—¿No dije que era un servidor de Khaine? —replicó, y le lanzó una mirada desafiante.

—¿Qué servidor de Khaine dejaría en ruinas el templo de su dios? —preguntó ella.

—Uno que esté librando una guerra —replicó el noble. Señaló al otro lado de la puerta con la espada—. Si piensas que ese usurpador del sanctasanctórum es el verdadero Azote, acude a él a ver cómo recompensa tus equivocadas creencias.

Los dos druchii intercambiaron miradas furibundas: Niryal temblando de cólera, y

Malus frío e inmóvil como una piedra.

Un montón de deshechos se movió y dejó a la vista a un fanático malherido. La sangre borboteó en los labios del guerrero cuando gimió.

La cara de Niryal se contorsionó con una mueca amarga. Alzó el hacha, avanzó tres rápidos pasos y clavó la pesada hoja en el pecho del herido. Al arrancarla del cuerpo, la sacerdotisa salpicó los libros circundantes con gotas de color rojo vivo, y luego salió de la sala con una mirada de odio. Momentos después, Malus oyó los golpes sordos del hacha al rematar a los supervivientes de la galería.

El noble se volvió a mirar a Arleth Vann. Los ojos del asesino aún recorrían las ruinas de su infancia e iban de una pila de libros destrozados a otra. El noble avanzó con cuidado entre los restos, para reunirse con él.

—No lo laments —le dijo el noble, con tranquilidad—. Hiciste lo que había que hacer.

Arleth Vann pareció reparar en él por primera vez, y salió de su inhóspita ensoñación.

—Ella tiene razón —dijo con voz hueca—. No puedes imaginar lo que se ha perdido, mi señor: ¡tanto conocimiento..., tanta historia!

Malus cogió al guardia por el cuello y lo atrajo hacia sí.

—El conocimiento es ilusorio —gruñó—. La historia no es más que un prólogo. Todo lo que se guardaba en esta sala estaba destinado a conducir al templo al momento presente. Ha servido a su propósito, Arleth Vann. El Tiempo de Sangre está cerca.

El asesino miró fijamente a Malus, y una expresión dolorida afloró a su rostro. Entonces, asintió lentamente con la cabeza.

—Sí, por supuesto. Tienes toda la razón, mi señor. —Arleth Vann hablaba como si intentara convencerse a sí mismo—. Lo pasado, pasado está.

—Bien dicho —lo animó Malus—. ¿Averiguaste algo por el anciano?

Arleth Vann desvió los ojos hacia el círculo destruido. El cráneo descansaba en el centro, milagrosamente intacto.

—Fue difícil, mucho más de lo que yo esperaba —admitió—, pero sí, el anciano acabó por comunicarme una parte de sus conocimientos.

—¿Y?...

El asesino suspiró y su cálido aliento se transformó en vapor ante él.

—No hay forma de seguirles la pista a los fanáticos al otro lado de la puerta —dijo—. Hacerlo requeriría un lazo personal con uno de ellos, como el parentesco de sangre o el poder de un juramento mágico.

Malus gruñó.

—Eso no nos sirve de nada.

Arleth Vann interrumpió las protestas del noble con una mano alzada.

—No tenemos ningún lazo con los fanáticos, pero sí un poderoso nexo de unión con la espada en sí.

—¿Cuál?

—Tú, por supuesto —le aclaró el asesino—. Tú eres el Azote. La espada está destinada a que la empuñes tú durante el Tiempo de Sangre. Ese destino te une a la *Espada de Disformidad*, y con eso puedes orientar tu rumbo al otro lado de la Puerta Bermellón.

«¡Condenado destino!», pensó Malus amargamente. Imaginó que sentía cómo el demonio se hinchaba de placer dentro de su pecho.

—En ese caso, debemos partir de inmediato —manifestó con brusquedad—, siempre y cuando podamos regresar a las criptas.

—No podemos volver por donde vinimos, obviamente —replicó el asesino, con una voz que recobraba lentamente la fuerza a medida que se libraba del agotamiento del ritual y su cataclísmica culminación—, pero si nos movemos con rapidez podremos atravesar la planta baja y hallar otro punto de entrada en uno de los edificios cercanos.

—¿Y qué me dices de los guardias?

El asesino logró reír débilmente entre dientes.

—Están todos aquí arriba, y en cualquier momento llegarán más.

A Urial no le habrá pasado inadvertido lo que ha sucedido aquí.

—No debería sorprenderme —dijo Malus—. Marchémonos. Pero tengo otro encargo para ti, cuando lleguemos al pabellón.

—Como quieras, mi señor —respondió el guardia, con un suspiro cansado—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Hazla rápido.

Arleth Vann señaló con la cabeza en dirección a la galería.

—¿La habrías dejado acudir ante Urial, si hubiera querido hacerlo?

Malus no dignificó semejante necedad con una respuesta.

Los tres leales del templo que quedaban salieron en la cámara principal, no sin lanzar miradas de preocupación por encima del hombro a Malus y a la tumba de Gothar, el maestro herrero. Niryal fue la última. No había pronunciado una sola palabra desde que salieron de la Ciudadela de Hueso, pero Malus veía claramente el enojo y la duda que guerreaban tras sus ojos. Ese conflicto no había hecho más que aumentar cuando él les había contado su teoría respecto a la *Espada de Disformidad*.

Se daba cuenta de que querían creerle, porque eso significaba que aún había una posibilidad de restaurar el legítimo orden del templo y obtener venganza en una situación por lo demás desesperanzada. El hecho de que los ancianos del templo hubieran mentido a los fieles durante siglos con respecto a la espada no les había causado demasiada impresión de momento, pero con el tiempo lo haría. Siempre y

cuando alguno de ellos sobreviviera.

No había manera de saber qué encontrarían al otro lado de la puerta. Malus se había devanado los sesos intentando deducir adonde habían llevado la espada los fanáticos, pero no se le ocurría un solo sitio que tuviera sentido. Quería formarse alguna idea de con qué se enfrentarían cuando pasaran al otro lado.

Lo recorrió un estremecimiento que le hizo lanzar una mirada de preocupación hacia la puerta de la cámara. Por fortuna, los servidores del templo se habían marchado, ya que les habían dicho que levantarán el campamento y se dispusieron a partir. Malus se rodeó el pecho con los brazos e inspiró profundamente, mientras intentaba evitar que le temblaran las rodillas.

Ansiaba probar el poder del demonio. La necesidad se había apoderado de él cuando se escabullían de la ciudadela y recorrían secretamente los terrenos del templo. Tal vez se debía al contado con la brujería dentro de la biblioteca o a los efectos de la batalla, pero mientras caminaba sentía que los músculos se le marchitaban como raíces viejas y las entrañas se le transformaban en hielo. Fue mediante pura fuerza de voluntad que se obligó a concluir el recorrido hasta el pabellón. Se había recostado contra la tumba para contarles los planes a los leales del templo, de modo que no vieran que le temblaba el cuerpo.

«Sólo un poco —pensó—. Apenas un poco. Eldire dijo que aún no estaba todo perdido. Mi voluntad todavía es fuerte.»

Lo recorrió otro violento estremecimiento. Sintió que se le doblaban las rodillas y no logró extender la mano a tiempo para evitar caer con fuerza sobre el suelo de piedra. Reprimió un torrente de terribles maldiciones, espantado ante su propia debilidad.

—No hará más que empeorar, pequeño druchii —susurró el demonio, que se deslizó como aceite por su cerebro—. Esto no es más que una muestra de las rigurosas pruebas por venir, a menos que me permitas ayudarte.

—Estás corrompiéndome —gruñó el noble, débilmente—, royéndome las entrañas por dentro, como una rata. ¿Piensas que no me doy cuenta de lo que estás haciendo?

—Malus, tú te has causado esto a ti mismo —replicó el demonio—. Las penas experiencias que viviste en la torre de Lurhan, y todas las ocasiones posteriores, cuando regresabas a Naggaroth desde el mar. Fuiste demasiado codicioso y tomaste demasiada fuerza de mí de una sola vez.

—¡No me culpes a mí! —gritó el noble, colérico—. ¡Hice lo que tenía que hacer para sobrevivir! No tomé más de lo que necesitaba en cada ocasión.

—Si insistes en considerarlo de esa manera, no puedo hacer que lo veas de modo distinto —replicó Tz'arkan—; pero todo eso queda en el pasado. Eres lo que eres, y nada puede cambiar eso. ¿Por qué pasar sufrimientos y arriesgar tu vida en el

proceso, andando por ahí en este lamentable estado? Permíteme restaurar tus fuerzas. Vas a necesitarlas para lo que se avecina.

Malus apretó los puños. Todo aquello parecía deliciosamente razonable. ¿Por qué luchar cuando ya estaba perdido? ¿Qué sentido tenía? «Si ya estás maldito, es mejor desaparecer en una llamarada de gloria que marchitándote y gimoteando en un rincón.»

—¿Qué se avecina? —preguntó, desesperado por cambiar de tema—. ¿Qué sabes tú?

—Sé que habrá lucha, por supuesto, combates desesperados y ríos de dolor. Es tu destino, pequeño druchii.

—Destino —dijo Malus, como si escupiera la palabra, y sintió que se encendía una pequeña parte de su viejo odio. Mentalmente, se acurrucó alrededor de la débil llama—. Te refieres a la grandiosa trampa que has construido para mí. —De repente, se le ocurrió una idea—. ¿Dónde encaja Khaine, en todo esto?

—¿De qué estás hablando?

—De tu plan —insistió el noble—. ¿Qué tiene que ver un demonio de Slaanesh con el Azote de Khaine? ¿Y cómo es que una de las cinco reliquias usadas para sujetarte resulta ser el talismán del elegido de Khaine?

Al principio, el demonio no respondió, y Malus lo interpretó como señal de que había dado con algo importante.

—La espada no siempre ha sido conocida como *Espada de Disformidad* de Khaine —explicó Tz'arkan—. Es muy, muy antigua, y ha tenido muchos nombres a lo largo del tiempo.

—¿Cómo se llamaba cuando la empuñaba el señor del Caos que te esclavizó?

—¿Qué importa? De todos modos, no tienes los órganos bucales necesarios para pronunciarlo correctamente.

El noble apartó de la mente esa desagradable imagen.

—Lo que me interesa es que la reliquia no fue entregada por el propio Khaine a sus devotos. Cayó en sus manos algún tiempo después de que tú quedaras encerrado en el lejano norte. —La mente de Malus comenzó a trabajar a toda velocidad, al considerar la trascendencia de esa cuestión—. Debían guardarla hasta que yo viniera a buscarla, así que, ¿la profecía del Azote también forma parte de tu plan? ¿Sembraste esa semilla, además de poner la espada en sus manos?

Tz'arkan rió alegremente entre dientes.

—¿Quién puede entender las maquinaciones del destino, Darkblade? Ciertamente, tú no. ¿Cómo iba a poder manipular tantas cosas mientras estaba atrapado en mi prisión de cristal, a cientos de leguas de distancia?

—No lo sé. Esperaba que tú me lo dijeras.

—En ese caso, me temo que estás destinado a la decepción.

Malus se relajó un poco. Al tener la mente completamente ocupada, los dolores del cuerpo parecían disminuir.

—Muy bien. Supongamos que Khaine transmitió la profecía del Azote, y tú te las arreglaste para insertar esa reliquia en las leyendas porque sabías que, un día, yo, o algún otro bastardo ilegítimo como yo, llegaría para declarar que él era el Azote y reclamar la espada. ¿No estás coqueteando con la posibilidad de despertar la cólera de Khaine, con todo esto?

El demonio suspiró.

—Vaya una bestezuela lista que estás hecho, a veces. De acuerdo, como una demostración de compasión por el triste estado en que te encuentras, te contaré esto: al Dios de la Sangre no le importa quién derrame sangre en su nombre, ni por qué, sólo le importa que la sangre fluya.

Malus consideró esta afirmación.

—Entonces, en verdad, cualquiera puede blandir la espada. —¿Cualquiera? En absoluto.

—Resulta obvio que no está destinada solamente al Azote de Khaine, lo que significa que yo no estoy más unido que cualquier otro a esa condenada cosa.

—Tú no, pero yo sí —replicó el demonio—. Yo he sentido su mordisco, y ella recuerda mi sabor.

El noble abrió los ojos de asombro.

—Entonces, sabías que la espada que Urial tiene en las manos era una falsificación.

—Por supuesto. Lo supe desde el mismo instante en que te hirió a ti.

—¿Y en ningún momento se te ocurrió decírmelo?

—Claro que sí —ronroneó el demonio—, pero ¿qué tendría de divertido decírtelo?

Malus enseñó los dientes al oír la alegre risa del demonio, y se acurrucó contra la tumba de piedra del maestro herrero al sentir que comenzaba otro temblor.

Dormitaba con un sueño inquieto cuando Arleth Vann regresó por fin.

Malus despertó cuando le dieron unos suaves golpecitos en una bota. Al abrir los ojos, se encontró con al asesino acuclillado a una distancia prudente. El pálido semblante de Arleth Vann estaba sucio de hollín y salpicado de gotas de sangre seca.

—¿Dónde has estado? —preguntó el noble, mientras se frotaba la cara para intentar librarse del agotamiento.

—En la ciudad, por supuesto —replicó el asesino, con cansancio—. Las cosas han cambiado a peor.

—¿Peor para nosotros o para ellos? —Malus hizo una mueca—. Déjalo, la respuesta es obvia. —Intentó ponerse de pie—. Ayúdame a levantarme.

Con el entrecejo fruncido de preocupación, Arleth Vann lo alzó.

—¿Es la vieja herida?

—Eso y más cosas, pero sobreviviré —respondió el noble—. Ahora cuéntame qué ha sucedido.

El asesino asintió con la cabeza y se encaminó hacia la entrada, con Malus tras él.

—En algún momento de esta mañana, muy probablemente justo después del alba, los guerreros del templo abandonaron los puestos de resistencia e intentaron abrirse paso a punta de espada a través de las barreras de enemigos formadas por la maniobra de envolvimiento de Urial.

El noble negó con la cabeza, aturdido.

—¿Por qué ahora, precisamente?

Arleth Vann se encogió de hombros cuando atravesaban la primera cámara de enterramiento. Los dos leales del templo que descansaban allí se pusieron de pie al ver a Malus en movimiento, recogieron los zurrónes de tela que contenían las provisiones, y echaron a andar tras el noble.

—Corren rumores por las calles. La mayoría piensa que los puestos de resistencia se quedaron sin comida hace varios días, así que la alternativa era abrirse paso o morir de inanición. Otros dicen que los oráculos de baja estofa del barrio de los comerciantes tuvieron visiones de un terrible ejército que caía sobre Har Ganeth, procedente del oeste.

Malus aspiró entre los dientes apretados, pensativo. ¿Podía ser que el Rey Brujo estuviera ya en movimiento?, se preguntó.

—Todo es posible —admitió—. ¿Lograron atravesar las barreras?

—Sí —afirmó Arleth Vann—. La lucha se prolongó durante todo el día, y corren rumores de que murieron centenares de guerreros y brujas. Parece que prendieron fuego a lo poco del distrito de almacenes que no había ardidado antes. A lo largo del día, los destacamentos aislados lograron reunirse y abrirse paso a través de la puerta de la ciudad.

El noble se detuvo en seco.

—¿La puerta de la ciudad? ¿No a través de la puerta de la fortaleza?

Arleth Vann asintió con la cabeza.

—Se retiraron a poco menos de un kilómetro hacia el oeste por el camino de los Esclavistas, y están plantando el campamento cerca de la orilla.

—Vaya unos estúpidos. ¡Urial controla toda la maldita ciudad! Ahora será cien veces más difícil echarlo. A menos que...

—A menos que, tal vez, esos oráculos de baja estofa tengan razón y las brujas del templo hayan visto que Malekith está de camino.

—¡Condenación! —exclamó Malus—. Si eso es verdad, casi nos hemos quedado sin tiempo. Si Urial aún tiene el control de la ciudad cuando llegue el Rey Brujo, la suerte estará echada y no habrá modo de evitar la guerra que vendrá a continuación.

—Con un gemido sordo, volvió a ponerse en movimiento y atravesó con rapidez la sucesión de cámaras con largas zancadas impacientes.

—Honradamente, mi señor, me sorprende que eso te importe —dijo Arleth Vann, que caminaba de prisa para mantener el paso—. ¿Acaso una guerra sagrada no serviría a los propósitos de Khaine?

El noble le lanzó al guardia una mirada dura.

—Dadas las circunstancias, creo que eso debo decidirlo yo.

—Por supuesto, mi señor.

Malus continuó adelante y atravesó la última cripta hasta llegar a la puerta abierta que daba a la antecámara del pabellón. Percibió un hedor acre que le resultó familiar, y oyó que uno de los druchii que los acompañaban lanzaba una maldición de sorpresa ante el olor. Dentro de la antecámara se oyó un nítido siseo prolongado, como si escapara vapor de una tetera rajada.

Aunque era pequeño para su especie, *Rencor* ocupaba casi un tercio de la amplia antecámara rectangular. Arleth Vann lo había dejado justo dentro de las puertas principales del pabellón, e incluso con la poderosa cola enroscada a un lado, el nauglir era lo bastante largo como para rozar los extremos de las largas mesas situadas a los lados de la habitación.

Malus alzó una mano para advertir a los demás.

—Esperad aquí —les dijo a Arleth Vann y a los otros.

Rencor, al oír su voz, se levantó sobre las zarpas y volvió el enorme hocico cuadrado hacia él. Las fosas nasales se le dilataron al percibir el olor de su amo.

El noble atravesó la estancia con lentitud mientras estudiaba atentamente al gélido en busca de señales de peligro. Antes de enviar a Arleth Vann a la ciudad en busca de *Rencor*, había untado tanto su piel como la del guardia con una nueva capa del vrahsha que guardaba en un pequeño frasco dentro del ropón. El ungüento disimulaba el olor del druchii, pero no la corrupción demoníaca que Malus sabía que estaba propagándose por su cuerpo.

Del pecho de *Rencor* ascendió un lento gruñido.

—Tranquila, grandiosa bestia tonta —dijo alegremente—. Soy yo.

El gélido bajó levemente la cabeza. De las enormes fauces le caía baba venenosa en largos regueros espesos. Gruñó amenazadoramente cuando el noble avanzó otro paso. Al desenroscar la cola, las escamas rasparon la piedra. El musculoso apéndice grueso como un cable rozó la mesa central de la estancia al pasar y redujo a polvo una de las esquinas con un fuerte crujido.

Malus se detuvo, repentinamente reacio a ponerse al alcance del gélido.

—¿Dónde lo encontraste? —preguntó.

—En los establos donde lo dejaron los fanáticos de Tyran —respondió el asesino—. Había logrado salir del corral hacía días, y parecía estar instalado allí.

El noble examinó al nauglir y reparó en varias heridas recientes en el pellejo acorazado de la bestia de guerra. Ninguna parecía ni remotamente grave. Para su gran alivio, la silla de montar y las alforjas del lomo del gélido estaban intactas.

—¿Le han dado de comer a *Rencor*?

—Sí, ha comido bien —le aseguró el guardia—. Había restos de carne y trozos de hueso por todo el corral. Probablemente se comió primero a los cuidadores, y luego se puso a cazar a los habitantes de la ciudad durante los últimos días.

Malus asintió con la cabeza. Si *Rencor* estaba bien alimentado, era un momento tan seguro como otro para acercarse a la bestia. Tras inspirar profundamente, avanzó un paso más.

El gélido se apoyó ligeramente sobre los cuartos traseros en una postura defensiva; otra mala señal.

—¿Qué crees que estás haciendo? —le preguntó Malus a la bestia de guerra—. Soy yo, y no tengo tiempo para tus tonterías. Tenemos una dura cabalgata por delante.

Avanzó otro paso, y las fauces de *Rencor* comenzaron a abrirse lentamente, centímetro a centímetro.

El noble se dio cuenta de que el gélido se disponía a atacar, y lo inundó una abrumadora ola de frustración.

—Mira, escúchame, enorme montón de escamas —le espetó Malus, y apuntó con un dedo colérico a la bestia de guerra de una tonelada de peso—, no he llegado hasta tan lejos para convertirme en comida de mi propia montura. ¡Quieto, y déjame que te mire!

El grito autoritario de Malus resonó en las paredes de la cámara y sobresaltó al gélido. *Rencor* se echó bruscamente atrás, con las fosas nasales dilatadas, y lanzó dentelladas al aire con los largos colmillos como dagas capaces de machacar incluso hueso. Por un instante, el noble temió que la bestia de guerra diera media vuelta y huyera de la antecámara hacia el túnel del otro lado de la puerta, pero el gélido se detuvo, echó vapor por la nariz y se sentó, obediente.

Interiormente, el noble suspiró de alivio.

—Eso está mejor —dijo, y se acercó al nauglir. Caminó en torno al gélido para examinarle las garras, los dientes, los ojos, los flancos y la cola. Cuando se convenció de que la bestia estaba prácticamente ilesa, pasó a examinar sus pertenencias—. Ayúdame con esta armadura —le pidió a Arleth Vann.

Con movimientos cautelosos, el guardia se reunió con Malus junto a *Rencor* y lo ayudó a retirar las alforjas de cuero que contenían la armadura del noble. Arleth Vann trabajó con rapidez y eficiencia para desenvolver las piezas de la tela aceitada que las protegía, y luego ayudó a Malus a ponerse el viejo kheitán. Al cabo de pocos minutos, el noble se sujetaba el cinturón de la espada sobre el faldar de malla, y casi

se sentía otra vez como el de antes.

—Dices que la lucha en la ciudad se prolongó hasta la puesta de sol, más o menos —recordó Malus, mientras se ponía los guanteletes—. ¿Qué hora es ahora?

—Han pasado dos horas desde la puesta de sol, aproximadamente, mi señor —respondió el asesino.

Malus hizo una mueca. Las primeras luces previas a la aurora palidecían el cielo cuando él, el asesino y Niryal habían escapado de la Ciudadela de Hueso.

—Hemos perdido muchísimo tiempo —se lamentó, y miró hacia la puerta principal del pabellón—. ¿Dónde está Niryal? Ella y otro de los leales del templo estaban montando guardia.

Arleth Vann frunció el entrecejo.

—No vi a nadie cuando llegué, mi señor.

Malus se quedó petrificado. Un frío nudo de pavor le contrajo las entrañas.

De repente, *Rencor* se volvió para dirigir el hocico hacia el túnel exterior y gruñir amenazadoramente. De inmediato, le respondió un coro de agudos aullidos.

20. Sangre y almas

—¡Barrad la puerta! —gritó Malus, y cogió a *Rencor* por las riendas y lo llevó hacia el interior de la antecámara. Arleth Vann y los otros saltaron a obedecerle, aunque pasaron tan lejos del siseante nauglir como pudieron. Los tres druchii llegaron a las puertas y las cerraron, para luego coger un trozo de piedra en forma de cuña que habían partido y comenzar a encajarlo en el estrecho espacio situado bajo los paneles de piedra.

—¿Qué has visto? —le preguntó el noble al guardia, mientras conducía a *Rencor* en torno al otro extremo de la mesa central de la cámara.

—Vi al menos a una de las bestias —le informó el asesino, que encajaba la cuña con un martillo sacado de una de las tumbas. Con cada golpe, volaban esquirlas de piedra—. Peor aún, vi luces brujas.

—¿Cuántas?

—Al menos una docena —respondió Arleth Vann, ceñudo.

—Madre de la Noche —susurró Malus. Tantas luces podían significar cincuenta druchii o más—. ¿Alguna señal de Niryal o del otro centinela?

El guardia negó con la cabeza.

—Si finalmente los asesinos decidieron unirse a Urial, podrían haberlos matado a ambos sin que nadie se diera cuenta. Es probable que me dejaran pasar a mí porque me acompañaba *Rencor*.

—Y saben que estamos atrapados —dijo el noble, con cara de preocupación.

Algo pesado se estrelló contra las puertas con un estruendo atronador que hizo que *Rencor* diera un salto. A través de la jamba penetró una nube de polvo, y en el exterior resonó un aullido agudo. Malus oyó cómo unos tentáculos espinosos azotaban la piedra.

—Retroceded —ordenó Malus, y desenvainó la espada. Arleth Vann y los dos druchii se retiraron para situarse detrás de *Rencor*. El nauglir había vuelto a adoptar una postura defensiva y gruñía ominosamente, con la cola extendida. El noble le dio unas palmaditas en el cuello al gélido, mientras sus compañeros desenvainaban las armas y formaban un pequeño semicírculo detrás de él.

Oyeron otro impacto tremendo, y un crujido seco de piedra partida.

—Esto no aguantará mucho —murmuró Arleth Vann.

—Supongo que no hay ningún pasadizo secreto para salir de aquí del que no me hayas hablado —comentó Malus.

—Si lo hubiera, ¿no crees que los enanos lo habrían usado?

—Buen argumento.

Otro golpe impactó contra las puertas, y esta vez los druchii vieron abrirse rajaduras arriba y abajo desde el centro de la hoja de la izquierda.

Malus intentó pensar, a despecho del frenético latido del pulso que le atronaba los oídos.

—Tal vez podríamos escondernos en las tumbas. Fingir que somos enanos.

Arleth Vann negó con la cabeza.

—No resultaría, mi señor. *Rencor* es demasiado alto para ser un enano.

—Es verdad —reconoció con voz átona—. Supongo que tendremos que encontrar una manera de matar a esos bastardos, entonces.

Con un estruendo tremendo, la puerta de la izquierda estalló en una lluvia de polvo y fragmentos de piedra, y la esbelta forma de una de las bestias del Caos entró rodando en la antecámara. Tenía la húmeda piel gelatinosa cubierta de polvo, y arañó la piedra del suelo con las garras al resbalar y detenerse. Agitó coléricamente los tentáculos en el aire, y uno de los ojos grandes como puños de la bestia se clavó en el noble, al que tenía a pocos metros de distancia.

Con los temibles látigos espinosos extendidos y el lustroso pico siseando, el monstruo se agazapó para saltar. Malus dio una palmada en el cuello del nauglir.

—¡Caza, *Rencor*! ¡¡Caza!! —gritó, justo cuando la criatura se lanzaba hacia él.

La bestia del Caos era veloz como un gato, pero el nauglir lanzó un bramido que hizo caer polvo del techo y se encontró con la temible criatura saltando en el aire. El monstruo era enorme, pero *Rencor* era un tercio más grande y mucho más corpulento. Las dos bestias chocaron y el monstruo salió despedido hacia atrás mientras azotaba furiosamente con los tentáculos el acorazado pellejo del gélido, que le clavaba las zarpas y desgarraba la garganta de la bestia. Cayeron con una fuerza tal que estremeció el suelo e hizo pedazos dos de las mesas laterales justo cuando una ola de druchii vociferantes cargaban a través de la puerta rota.

Se trataba de un destacamento variopinto armado con una mezcla aparentemente aleatoria de armas y armaduras: servidores del templo de negro ropón que blandían espadas cortas y pesadas hachas, junto con druchii que empuñaban cuchillos y vestían ropas civiles. Una mujer que llevaba el justillo de cuero de los carniceros, empuñaba una cuchilla incrustada de sangre junto a un noble ataviado con armadura completa y armado con un par de espadas. Lo único que la turba tenía en común era el símbolo del Dios de la Sangre marcado a fuego en la frente, y la estúpida mirada de la sed de sangre en los oscuros ojos.

La salvaje carga los llevó a lanzarse de cabeza al camino de las dos bestias que forcejeaban. La cola de *Rencor* derribó a tres ciudadanos y lanzó los cuerpos quebrantados de vuelta hacia sus compañeros. Los tentáculos azotaban como mortíferos látigos las filas enemigas, donde los ganchos arrancaban manos, piernas y caras con indiscriminada furia. Entre los druchii que cargaban estallaron lluvias de sangre y carne desgarrada, pero los supervivientes prestaron poca atención a la carnicería. Vieron a Malus y a los suyos al otro lado de la cámara, y pasaron

rápidamente junto a las criaturas que se debatían, con la cara encendida ante la perspectiva de matanza. Malus enseñó los dientes a la turba.

—Si quieren una batalla, se la daremos —dijo, al tiempo que alzaba la espada—. ¡Sangre y almas!

—¡Sangre y almas! —gritaron los guerreros de Khaine, y la matanza comenzó de verdad.

Los atacantes carecían de destreza en su mayor parte, y el frenesí les hacía cometer errores en los que no habría caído ningún soldado experimentado. Los vociferantes fanáticos corrieron en torno a la gran mesa central detrás de la cual había situado Malus a los suyos, cosa que desbarató la fuerza de la carga; pero algunos estaban tan ansiosos por derramar sangre que pasaron por encima de la mesa. El noble los dejó acercarse, se agachó fuera del alcance de las armas cortas que empuñaban y les cortó las piernas por las rodillas. Tres ciudadanos murieron de ese modo, derramando ríos de sangre sobre el liso suelo, y se desplomaron sobre las cabezas de sus compatriotas.

A la izquierda de Malus, Arleth Vann mataba a todos los enemigos que se le ponían al alcance; bloqueaba los golpes con una espada y mataba fríamente a cada contrincante con una sola estocada o tajo de la otra. A la derecha del noble, los dos leales del templo supervivientes se tambalearon ante la frenética embestida de los fanáticos, pero se mantuvieron firmes y acometían a los enemigos con espadas manchadas de sangre.

Despejada la mesa, Malus volvió la atención hacia la derecha y se valió de la esquina para mantener a los fanáticos a una distancia suficiente para que no pudieran herirlo con los cuchillos y hachas. Era como sacrificar ganado. Los frenéticos ciudadanos acometían a los leales del templo contra cuyas espadas chocaban sus armas, y Malus les clavaba en el pecho y la garganta estocadas que acababan con ellos. Lo que fuera que los había despojado de cordura, también los cegaba ante la asesina eficiencia de la táctica del noble.

La violenta lucha de las enormes bestias continuaba cerca de la puerta. Los flancos y el cuello de *Rencor* mostraban una red de incontables arañazos de los tentáculos con garfios del monstruo, pero el nauglir tenía a la bestia del Caos sujeta por el cuello y mantenía a distancia el temible pico negro. Las dos criaturas forcejeaban para dominar a la otra, pero la mayor corpulencia y larga cola de *Rencor* le daban al gélido una gran ventaja. El nauglir logró apoyar las patas y afianzar las fauces, lo que provocó un chillido estrangulado del monstruo. El grueso pellejo era más que suficiente para protegerlo de los tajos de espadas y hachas, pero no podía resistir al temible poder de las fuertes mandíbulas del gélido. De las fauces de *Rencor* cayeron regueros de icor translúcido cuando la bestia de guerra alzó al monstruo del suelo y lo zarandeó como un terrier sacude a una rata. Los tentáculos se agitaron y se

oyó el crujido de huesos. Luego, *Rencor* movió bruscamente la cabeza hacia un lado y la criatura salió volando por el aire para caer sobre otra de las largas mesas, que se hizo añicos bajo su peso, y quedó laxa.

El bramido de victoria de *Rencor* estremeció la antecámara y ahogó incluso los frenéticos gritos de los fanáticos. Quedaba apenas un puñado de atacantes de los veinte o más que habían cargado al interior de la antecámara, y Malus se sintió más animado. Si esto era lo mejor de lo que disponían los fanáticos, Malus y sus seguidores podrían abrirse fácilmente paso hasta la Puerta Bermellón.

La druchii que sujetaba la cuchilla a dos manos cargó contra uno de los leales del templo con un penetrante chillido bestial, espumajeando, y le dirigió un tajo al cuello con la mugrienta arma. El leal del templo intentó parar el ataque, pero la cuchilla, más pesada, apartó su espada a un lado y se deslizó hacia un hombro del druchii. Antes de que la carnicera pudiera retirar el arma ensangrentada, Malus se inclinó hacia adelante y le rebanó la parte superior de la cabeza con la larga espada. Hueso y sesos saltaron por el aire, pero el noble se quedó mirando a la frenética mujer, conmocionado, mientras ésta arrancaba el arma del hombro de su oponente e intentaba asestarle un segundo golpe antes de desplomarse en el suelo.

Sólo quedaban dos atacantes a la derecha de Malus. A la izquierda, Arleth Vann estaba trabado en duelo con el noble acorazado cuyos golpes torpes y frenéticos bloqueaba, para luego avanzar velozmente y lanzar estocadas hacia las juntas desprotegidas o las rendijas abiertas entre las placas metálicas. Malus dejó que el asesino acabara con el noble, pasó por detrás del leal del templo herido y acometió a los fanáticos.

Uno de ellos se lanzó contra Malus con un hacha de leñador en alto. El noble pivotó sobre el pie izquierdo al descender el arma y dejó que la hoja pasara inofensivamente de largo, para luego clavarle una estocada en el pecho al fanático. Con una burlona sonrisa de desdén, declaró la espada del cuerpo y se volvió contra el segundo atacante, que descargaba una lluvia de golpes sobre el druchii ileso con un garrote nudoso en una mano y una espada corta en la otra. El fanático estaba tan concentrado en su víctima que no llegó a ver que Malus se situaba a su espalda y le abría la cabeza de atrás hacia adelante, lo que regó al leal del templo con una lluvia de trozos de hueso y gotas de sangre.

Al otro lado de la mesa, el noble acorazado se desplomó contra la plana superficie con un gemido, al sucumbir a la pérdida de sangre y a una veintena de heridas profundas. Arleth Vann se le acercó, pasó el filo de las espadas por el cuello del caído como si fueran las hojas de una tijera, y la cabeza se alejó rebotando por el suelo.

Jadeando como un sabueso, Malus se reclinó contra el otro lado de la mesa e intentó no hacer caso del palpitante dolor que sentía en el lado izquierdo del pecho. Los cuerpos se amontonaban por todas partes, desangrándose. La lucha había durado

menos de medio minuto.

El leal del templo que había sido herido por la cuchilla sangraba en abundancia. El hombro y la manga del ropón ya estaban empapados y goteaban sobre el suelo. El otro parecía ileso, al igual que Arleth Vann. Consideradas en conjunto, las cosas habrían podido ir mucho peor, pensó el noble.

Malus se apartó de la mesa y se encaminó hacia el cuerpo de la bestia del Caos. La criatura tenía en el cuello un desgarrón que dejaba a la vista extraños músculos amarillentos y un espinazo que parecía más propio de un tiburón que de un león. Después de atravesar con cuidado el creciente charco de pegajoso icor, el noble alzó la espada y se puso a hender la carne a partir del desgarró. Era una tarea ardua, pero al cabo de pocos minutos la gran cabeza parecida a un pulpo rodó por el suelo. Se inclinó para cogerla por los tentáculos y la llevó hasta la puerta destrozada. Gruñendo a causa del esfuerzo, avanzó dos rápidos pasos y lanzó el trofeo a través de la entrada.

—Dejaremos que piensen un poco en esto —dijo el noble, ceñudo, y se volvió a mirar a Arleth Vann—. Examínale el brazo a ése. Yo examinaré a *Rencor*.

Lo hicieron con rapidez, ya que no estaban seguros de qué los aguardaba en el exterior del pabellón. El examen superficial reveló que *Rencor* tenía docenas y docenas de cortes someros producidos por los tentáculos de la bestia, pero nada que la legendaria constitución del nauglir no pudiera superar. Malus había pasado a comprobar el estado de las alforjas, cuando Arleth Vann se reunió con él.

—La herida es profunda —dijo en voz baja—, y no tengo manera de cerrarla. Morirá en pocos minutos, tal vez antes.

—En ese caso, será mejor que acabemos rápidamente con esto —decidió el noble—. Vayamos a echar un vistazo afuera.

Los dos druchii fueron cautelosamente hasta la entrada y se asomaron al túnel del otro lado. Los globos de luz bruja que inundaban el ancho pasadizo con fría luminiscencia fantasmal obligaron a Malus a entrecerrar los ojos. Lo que vio hizo que se le cayera el alma a los pies.

El túnel estaba ocupado por decenas de fanáticos con los blancos ropones y las armas sucios de hollín y sangre. Se encontraban reunidos en apretado grupo detrás de otras dos de las terribles bestias del Caos, que azotaban el aire con los tentáculos como si las enfureciera ver la cabeza cortada de su compañera. Un puñado de Señores de las Bestias rodeaban a las criaturas, con las lanzas cortas a punto. Lanzaban miradas tétricas hacia la puerta rota del pabellón, como si planearan los actos con que vengarían la muerte de sus camaradas.

—Madre de la Noche —maldijo Malus en voz baja—, deben de haber hecho retirar al interior de la fortaleza a todos los fanáticos de la ciudad.

—Si los guerreros del templo se han marchado, ¿por qué no hacerlo? —replicó el asesino, ceñudo—. Enviaron por delante a esos ciudadanos sólo para tomarnos las

medidas y mantenernos ocupados.

—Bueno, ¿y qué están esperando?

Cuando Malus pronunció estas palabras, entre las apretadas filas de fanáticos se produjo un movimiento. Los guerreros se apartaron hacia los lados e inclinaron la cabeza cuando Urial pasó entre ellos. Un trío de brujas de Khaine acompañaban al usurpador, que llevaba la copia de la *Espada de Disformidad* en una mano. La mera visión del arma pareció drenar los miembros de Malus de toda su fuerza al recordarle la herida que había sufrido y el venenoso contacto del demonio.

El pretendido Azote de Khaine llegó a la primera línea de la formación y se detuvo. Urial miró la cabeza de la bestia del Caos muerta, y se echó a reír.

Malus reprimió una negra ola de desesperación. Posó los ojos sobre los fanáticos reunidos, y la implacable aritmética de la batalla le mostró el futuro con tanta claridad cómo podría hacerlo cualquier vidente. No había manera de que pudieran prevalecer ante tal número de enemigos, por no hablar de la magia de Urial y las brujas de Khaine.

—Tendremos que retirarnos —dijo—. Es imposible que podamos resistir aquí. Echaremos mano de las fortificaciones de cada cámara de enterramiento para estorbarlos, desangrarlos...

—No —negó Arleth Vann en voz baja.

—¿Qué? —exclamó Malus, con expresión incrédula.

—No seas necio, mi señor —dijo el asesino—. Sabes que no servirá de nada. Podríamos luchar contra ellos hasta llegar a la mismísima cámara principal e intercambiar diez de sus vidas por cada una de las nuestras, veinte, si contamos a *Rencor*, y aún les sobrarían efectivos. Y eso, sin contar a tu medio hermano, y mucho menos a las brujas de Khaine.

—¿Tienes una idea mejor? —gruñó Malus.

El asesino asintió con la cabeza.

—Cuando ataquen, monta a *Rencor* y pasa entre ellos. Te cubriremos la espalda durante el mayor tiempo posible.

—No puedes hablar en serio —dijo Malus.

—¡Por supuesto que hablo en serio! —replicó Arleth Vann, acalorado—. ¡Tú tienes que escapar y encontrar la espada, por el amor de Khaine! De lo contrario, el templo, incluso la propia Naggaroth, bien podrían hacerse pedazos a sí mismos.

—¿Por qué quieres hacer algo semejante? —preguntó el noble, desgarrado entre la indignación y la admiración—. No le debes nada al templo.

Arleth Vann apartó la mirada hacia la multitud de fanáticos y las leoninas brujas de Khaine.

—¿Recuerdas lo que dije respecto a buscar redención, respecto a una buena muerte que compensara una mala vida? ¿Qué mejor oportunidad que ésta para

limpiar mi honor? —Volvió los ojos hacia su señor—. No hay gloria ninguna en vivir como un forajido, mi señor, a pesar de lo que digan los bardos.

Malus se sorprendió ante lo mucho que le escocía aquel comentario.

—Has sido el guardia de un noble durante los últimos cinco años —gruñó.

—Eso no cambió quién era yo —replicó el asesino—, pero esto sí lo hará.

El noble reprimió el enojo. Huir de la batalla le parecía una cobardía, pero la lógica del asesino era irrefutable. Podía quedarse y morir, o peor aún, caer en las garras de Urial, o abrirse paso a través de los enemigos y encontrar la espada.

—Condenación —gruñó Malus, para luego darse la vuelta y encaminarse hacia *Rencor*.

Los dos leales del templo que se encontraban cerca lo observaron atentamente. El herido estaba pálido y tembloroso, y se presionaba torpemente con la mano izquierda un paño empapado en sangre contra la herida del hombro. Las expresiones de ambos eran desesperanzadas.

—Vamos a pasar a través del enemigo —les explicó Malus, mientras cogía las riendas de *Rencor*—. Vamos a provocar a los fanáticos para que carguen, y entonces yo me lanzaré contra ellos con mi nauglir y abriré una brecha en sus filas. Permaneced cerca de mí y mantened libres los flancos, y lograremos pasar. ¿Entendido?

Ambos asintieron con la cabeza. La expresión de las caras decía que habían comprendido perfectamente.

Malus asintió con la cabeza y luego llevó a *Rencor* hacia la entrada. Los fanáticos no se habían movido. Parecía que Urial estaba hablando a los reunidos, pero Malus no podía oír lo que estaba diciendo su medio hermano. «Probablemente les está ordenando que me capturen con vida —pensó—. Supongo que él y las brujas de Khaine tienen algo especial planeado para mí.»

El noble se volvió a mirar a Arleth Vann.

—¿Estás preparado? —preguntó.

—Supongo que he estado esperando esto durante mucho tiempo —respondió el asesino con calma—. Adiós, mi señor. Cuando llegue el Tiempo de Sangre, tal vez tú y yo volveremos a encontrarnos.

Malus no sabía qué decir. Negó violentamente con la cabeza.

—Si ves al Señor del Asesinato antes que yo, acude ante su trono y dile que estoy de camino. Dile que cuando llegue voy a hacerle tragar los dientes de latón de una patada.

Antes de que el asesino pudiera replicar, el noble inspiró profundamente y gritó hacia el interior del túnel.

—¿Qué estás esperando, hermano? ¿Más efectivos, tal vez? ¡Creo que estos panaderos y carniceros reunían más valentía que tú y todos los de tu calaña juntos!

Oyó la risa de Urial.

—¿Eres tú, hermano? —preguntó el usurpador—. Estaba seguro de que habías muerto. La última vez que te vi, ese guardia tuyo arrastraba tu cuerpo laxo para alejarlo de mí a la máxima velocidad posible.

—¿Qué puedo decir, hermano? Es un hombre muy piadoso, y le daba miedo que yo pudiera herir al Azote de Khaine —respondió Malus con una voz que destilaba desprecio—. No temas, que ya lo he puesto en su sitio. Le conté todo lo referente a aquella noche, en el *Saqueador*, y lo que me contó aquel condenado cráneo tuyo. Dime, ¿alguna vez ese cráneo te habló sólo a ti, o simplemente olvidaste mencionarles eso a los ancianos del templo? Era parte de la profecía, ¿no?

—¡Cierra tu blasfema boca! —le espetó Urial, con un tono tan acalorado que Tyran y los fanáticos que tenía más cerca le dirigieron miradas interrogativas.

—¿Cómo van las cosas con tu nueva novia? ¿Todavía te desdeña? Espero que sí —continuó Malus, que sonrió a pesar de sí mismo—. La Novia de Destrucción no está destinada a los que son como tú, hermano. Nunca pensará en ti como otra cosa que un marchito ser lastimoso.

Las pullas del noble fueron ahogadas por un inarticulado chillido de rabia de Urial.

Arleth Vann rió entre dientes y preparó las espadas.

—Siempre has sido hábil con las palabras, mi señor.

Malus montó.

—Tal vez habría sido un sacerdote bastante bueno, después de todo.

El asesino sonrió con tristeza.

—No sé si yo iría tan lejos...

Un rugido estremeció el túnel cuando los fanáticos se lanzaron a la carga. Con las espadas destellando, pasaron como una furiosa marea junto a las bestias del Caos y se lanzaron hacia el pabellón de los enanos a una orden de su señor.

—¿Ya? —preguntó Malus, mirando a Arleth Vann.

El asesino, asomado al túnel, negó con la cabeza.

—Todavía no.

Los gritos sanguinarios resonaban en la antecámara. El estruendo de los pies a la carrera ensordecía a Malus.

—¿Ya?

—Todavía no.

Malus ya podía distinguir algunas voces en la tormenta de gritos. Podía oír el golpeteo de los tacones de las botas sobre la piedra.

—¿Decidimos que lucharíamos con ellos dentro del túnel, ¿cierto? —preguntó el noble, con tono cargado de intención.

El asesino miró a Malus y asintió con solemnidad.

—Adelante, mi señor, y que Khaine sea contigo.

—No lo hará si sabe lo que le conviene —gruñó Malus. Clavó los tacones en los flancos de *Rencor*—. ¡A la carga!

La bestia de guerra saltó hacia adelante con un rugido estremecedor, y con el hombro golpeó la puerta de la derecha y arrancó la pesada hoja de los goznes. Malus se agachó en el último momento, al atravesar el umbral, y sintió que la parte superior del marco le rozaba la espalda.

Cuando volvió a erguirse, vio que iban lanzados hacia la primera fila de fanáticos que se encontraba a menos de diez metros de distancia. La carga de los druchii vaciló al ver al nauglir que se les echaba encima, chasqueando los dientes al olfatear la sangre de los blancos ropones que vestían. Malus aulló como un lobo cuando se lanzaron hacia la turba, y la espada comenzó a descender a derecha e izquierda para asestar tajos indiscriminadamente a los cuerpos que pasaban a gran velocidad.

Los fanáticos gritaban, arrojados al aire por las fauces del nauglir como muñecas ensangrentadas, o lanzados hacia los lados por los acorazados hombros de la bestia. Una espada impactó contra el muslo izquierdo de Malus y resbaló sobre el quijote de acero. El noble descargó un tajo a la derecha, sobre un rostro alzado hacia él, y partió el cráneo del druchii como si fuera un melón. Se dio la vuelta y golpeó a la izquierda, con lo que desvió a un lado un *draich* sucio de sangre y abrió de un tajo la frente de otro fanático.

El gélido continuaba corriendo y dejando cuerpos desgarrados y quebrados a su paso. Los fanáticos acometían al nauglir desde todas partes y abrían heridas profundas en los musculosos flancos de la bestia, pero el dolor sólo lograba encolerizarlo aún más. Un fanático saltó hacia la cara del gélido y dirigió una estocada veloz como el rayo al ojo izquierdo de *Rencor*, pero el entrenamiento del nauglir se impuso y éste lanzó una dentellada hacia el rápido movimiento. Las descomunales fauces cercenaron el brazo derecho del druchii a la altura del codo, y la bestia escupió la deformada espada al suelo.

Malus miró por encima del hombro para ver qué tal resistían Arleth Vann y los otros. El herido ya estaba muerto, y su cuerpo decapitado yacía a pocos metros de las destrozadas puertas del pabellón. El asesino y el último guerrero que quedaba luchaban, codo con codo, cerca de la agitada cola del gélido.

Los rugidos de furia se transformaron en alaridos de cólera, dolor y miedo. Los fanáticos retrocedían a ambos lados del nauglir lanzado a la carga, pasmados ante la ferocidad del repentino ataque. Entre el gélido y Urial se formó un apretado semicírculo de fanáticos. Malus sonrió ferozmente y dirigió a *Rencor* directamente hacia ellos.

Los espadachines se mantuvieron firmes, dispuestos a morir para proteger a su señor. Malus hizo todo lo posible para concederles el deseo.

Rencor lanzó un rugido sediento de sangre y acometió al fanático de la derecha, cuyo brazo diestro y torso atrapó entre las fauces y partió en dos de una dentellada. El fanático que estaba a la izquierda del gélido vio que tenía una oportunidad y dirigió un tajo con todas sus fuerzas hacia el cuello inclinado del nauglir, pero Malus se anticipó al ataque y bloqueó el tajo con la espada. Al oír el sonido, *Rencor* giró con brusquedad la cabeza y derribó al fanático al suelo, donde lo aplastó bajo una garra entre chillidos del druchii.

Malus captó un movimiento con el rabillo del ojo y se inclinó instintivamente hacia la izquierda. Esto le salvó la vida, ya que un *draich* resbaló sobre la hombrera derecha en el momento en que un fanático saltaba hacia un flanco de *Rencor* y se aferraba a la silla de montar de Malus. Con un gruñido, el noble le dio un codazo en la cara y le abrió la garganta de un tajo cuando aún estaba aturdido por el golpe.

Otros fanáticos se cerraban sobre ellos por ambos lados, ya recuperados de la sorpresiva carga. Urial se encontraba a apenas cinco metros de distancia, rodeado por las feroces brujas de Khaine. El noble golpeó con las botas los flancos de *Rencor* al tiempo que lanzaba un grito de combate.

Los fanáticos fueron lanzados a derecha e izquierda por la arremetida de la bestia de guerra, y Malus alzó la espada para descargar un tajo destinado a decapitar a Urial. Las brujas de Khaine se dispersaron, chillando maldiciones, pero el usurpador se mantuvo firme. Con menos de dos metros entre ellos, Malus vio que su medio hermano sonreía.

De repente, Urial alzó la espada con la mano izquierda y gritó una palabra que sacudió a Malus con tanta fuerza como un golpe físico. *Rencor* se detuvo en seco, rugiendo de dolor y confusión. Malus necesitó de toda su destreza de jinete para no ser desarzonado por la parada repentina.

—¡Adelante, *Rencor* ¡Adelante! —rugió el noble, pero la bestia de guerra sólo podía sacudir la cabeza y bramar de dolor, como si se encontrara frente a una muralla de fuego.

Urial rió.

—No se moverá, aunque su vida dependa de ello —dijo—. ¿Pensaste que soy un estúpido, sabiendo que tenías contigo a tu maldito gélido?

Malus gritó de cólera impotente. Los fanáticos se cerraban sobre ellos por detrás y por ambos flancos del nauglir, como lobos que cercan una presa.

Entonces se produjo un destello de movimiento y Urial se agachó. El cuchillo arrojado por Arleth Vann le dio en un lado de la cabeza en lugar de clavársele en la garganta. Dejó una línea sangrante en el cuero cabelludo del usurpador, y en un abrir y cerrar de ojos el hechizo se rompió.

—¡Adelante, mi señor! —gritó Arleth Vann, que corría ahora junto a Malus con el último leal del templo vivo detrás de él. El asesino cargó hacia Urial con las espadas

dirigidas hacia su garganta.

Los fanáticos lanzaron rugidos sanguinarios al aproximarse a *Rencor*. Malus apretó los dientes y volvió a espolear al nauglir para que avanzara.

—¡Corre, *Rencor*, corre! —chilló, pues sabía que Urial podía volver a lanzar el hechizo en cualquier momento.

Arleth Vann estaba decidido a no darle esa oportunidad al usurpador. Las espadas cortas tejían una tela de muerte ante él, lanzando estocadas a la cara y el cuello de Urial. El usurpador paraba los ataques con agilidad sobrenatural y blandía la enorme espada como si se tratara de una vara de sauce. Aunque no era una *Espada de Disformidad*, estaba claro que el herrero enano la había imbuido de un poder considerable.

Malus tragó amarga bilis mientras espoleaba a la montura y dejaba atrás a Urial.

—¡Sangre y almas! —gritó una voz solitaria, cuando el último guerrero del templo cargó contra las brujas. Lanzó un tajo a la cabeza de una bruja de Khaine, pero ésta esquivó el golpe con rapidez sobrenatural y sus dos compañeras cayeron sobre el druchii desde ambos lados. Los feroces gritos se transformaron en un alarido gorgoteante cuando las garras le abrieron la garganta. Las brujas derribaron al druchii que se debatía y, como leonas, comenzaron a devorarlo.

Cuando Malus vio a Arleth Vann por última vez, intercambiaba golpes con Urial; se movían en círculos y se lanzaban estocadas, saltaban y se dirigían tajos dentro de un anillo de fanáticos que se iba cerrando. Apartó la mirada entre venenosas maldiciones e intentó hacer pasar la montura entre las bestias del Caos.

A diferencia de los fanáticos, los Señores de las Bestias sabían muy bien lo peligroso que podía ser un gélido lanzado a la carga. Se dispersaron como pájaros ante la atronadora carrera del nauglir mientras gritaban órdenes a las bestias del Caos en un extraño idioma salvaje. El aire se estremeció con los agudos chillidos obscenos que los monstruos lanzaron contra Malus y *Rencor*.

No tenía sentido intentar luchar. Malus sabía demasiado bien lo inútil que era su espada contra el pellejo de los monstruos. Se inclinó sobre la silla de montar.

—¡Corre como el fuego, bestia de las profundidades! —gritó—. ¡Demuéstrales a estos caracoles cómo corres!

Rencor rugió como un caldero, bajó obedientemente la cabeza y estiró las patas para lanzarse a un galope que hizo temblar el suelo.

Malus lo dirigió de forma que pasaran por la derecha de los monstruos. El más cercano lanzó hacia adelante los tentáculos y arañó al nauglir, pero el gélido embistió a la bestia del Caos y le dio un fuerte golpe con un hombro. La criatura salió despedida hacia un lado, agitando los tentáculos, y el noble recibió un golpe de revés de uno de los apéndices. El golpe, que estuvo a punto de arrancarle la cabeza, lo lanzó con fuerza hacia la izquierda y casi lo derribó del lomo de la montura. Otro

tentáculo le rozó la pierna y los garfios le rasparon la armadura.

De repente, *Rencor* dio un respingo y bramó de dolor. Había recibido en el cuarto trasero un golpe que lo desvió hacia la izquierda. Malus parpadeó para librarse de las lágrimas de dolor, miró hacia atrás y vio que otra de las bestias clavaba las garras en una de las poderosas patas traseras de *Rencor*, del mismo modo que haría un león que intentara derribar a una gacela. El noble miró el ojo derecho de la criatura y oyó en el aire el zumbido de los tentáculos que iban hacia él para derribarlo de la montura.

Malus tiró de las riendas, clavó el tacón derecho en el costado de *Rencor*, y la obediente bestia de guerra azotó con la cola hacia la izquierda. El poderoso golpe hizo volar a la bestia del Caos por encima del lomo del nauglir y la estrelló contra el lateral del túnel.

—¡Adelante! —gritó Malus, que espoleó a su montura una vez más para que continuara galopando.

Con los bramidos de los monstruos resonando detrás de ellos, Malus y *Rencor* corrieron por el amplio pasadizo. La oscuridad los envolvió, y los sonidos de lucha se desvanecieron.

Dejó que *Rencor* corriera a su antojo y confió la carrera por el pasadizo a los sentidos del nauglir nacido en las cuevas. Arleth Vann le había mostrado adonde llevaba el túnel, y sabía que cien metros más adelante acababa en una cámara vacía que en otros tiempos había albergado a los enanos mientras trabajaban en sus propias tumbas. Una rampa de caracol situada en el extremo oeste de la cámara ascendía hasta el camino de losas negras que llevaría a Malus hasta la Puerta Bermellón.

Cuando el eco de los pasos de *Rencor* cesó repentinamente, supo que habían entrado en la cámara de alojamiento. Refrenó la velocidad de la bestia de guerra y la guió hacia la izquierda, aunque dejó que fuera el nauglir quien escogiera el camino a través de la estancia sembrada de escombros. Cuando sintió una corriente de aire en las mejillas, tocó con los tacones los flancos del gélido.

—Sube por la rampa —dijo Malus, seguro de que estaba allí aunque él no podía verla—. ¡Arriba!

Con un gruñido, el gélido avanzó al paso y, efectivamente, Malus sintió que comenzaban a ascender. La rampa era justo lo bastante ancha para que el gélido pasara por ella, y el noble se tendió sobre el lomo del nauglir e intentó no estorbarlo.

Pasados varios largos minutos, Malus descubrió que podía distinguir vagos contornos de la rampa en torno a él. Estaban casi al final, donde los hongos luminosos del camino proyectaban una tenue luz. Dos giros más tarde, *Rencor* salió con prudencia al pasadizo principal, y el noble suspiró de alivio.

Hizo girar a *Rencor* a la izquierda para adentrarse más en la colina, y la bestia de guerra comenzó a trotar por el túnel. Continuaron en silencio durante unos minutos, hasta que Malus empezó a sentir el cosquilleo de un poder sobrenatural en la piel.

Estaban acercándose a la antigua puerta.

Momentos después, Malus se encontró con que atravesaban una plaza subterránea alargada cuyo techo se perdía en la oscuridad de lo alto. La larga cámara estaba flanqueada por erosionadas estatuas de piedra cuyas facciones había borrado y alisado el paso de los milenios. En el enorme espacio flotaba un silencio opresivo, e incluso *Rencor* pareció sentir su peso.

La plaza los llevó hasta una gran galería semicircular situada al borde de un amplio pozo natural. Allí había estatuas de hermosas y aterradoras brujas de Khaine que sostenían globos de luz bruja, y verdugos ataviados con ropón que empuñaban elegantes espadas de mármol blanco. Un esbelto puente de piedra iba desde la galería hasta un monolito de roca circular que se alzaba del centro del pozo. La parte superior del monolito era plana y estaba pavimentada con adoquines de lustroso mármol negro sobre los que se alzaba un arco de piedra roja sin juntas.

Malus inspiró profundamente y llevó a *Rencor* hacia el puente. No tenía ni idea de si soportaría el peso del gélido, y apenas era lo bastante ancho para permitirle atravesarlo. Debajo del puente se abría un frío abismo que tal vez llegaba al corazón mismo del mundo.

—Espacio, *Rencor*, espacio —dijo. El nauglir pareció comprender, ya que comenzó a atravesar el vacío paso a paso.

Casi cinco minutos más tarde habían recorrido poco más de la mitad del puente, y Malus comenzaba a respirar con mayor tranquilidad. Entonces oyó unos pasos que corrían pesadamente detrás de él, y se volvió justo a tiempo de ver que la bestia del Caos saltaba hacia *Rencor* con un aullido escalofriante.

21. Cielos rojos

La bestia del Caos cayó sobre el lomo de *Rencor* y clavó las garras profundamente en los cuartos traseros del nauglir. El gélido rugió de sorpresa y dolor y se volvió instintivamente para morder al atacante. La pata posterior derecha del nauglir resbaló fuera del puente, y a Malus le pareció que el mundo se desplazaba vertiginosamente hacia la derecha. Se lanzó hacia la izquierda para alejarse del abismo sin fondo justo cuando el monstruo lo acometía con un par de tentáculos.

Uno de los apéndices provistos de garfios se le enroscó en torno al brazo izquierdo, y el otro lo envolvió por la cintura. Con un grito de miedo y furia, Malus les asestó unos tajos, pero apenas logró dejar marca sobre la gomosa piel. Sin esfuerzo aparente, la bestia lo arrancó del lomo de la montura.

Malus miró hacia abajo y no vio más que vacío y sombras. Entonces, *Rencor* le lanzó una dentellada al monstruo y atrapó los tentáculos con sus terribles fauces.

Los dientes del gélido cercenaron los tentáculos como si fueran de hilo, y salpicaron a Malus de icor pegajoso. El noble, que continuaba gritando, cayó como una piedra, golpeó contra el costado del puente y se precipitó de cabeza por el borde.

Por una mezcla de pura suerte y desesperación a partes iguales, Malus tocó con la mano izquierda el reborde del puente y se aferró a él como un náufrago. Las piernas le quedaron colgando, y se meció como un péndulo sobre el abismo mientras las dos bestias luchaban en lo alto. Oía garras raspando la piedra al esforzarse *Rencor* por hallar apoyo para la pata posterior derecha y volver a asentarse sobre el puente. Un reguero de piedra rota cayó hacia la negrura, y Malus oyó un crujido ominoso.

El brazo y la mano cubiertos de icor se le deslizaron por la piedra. Con un escalofrío de terror, se dio cuenta de que estaba resbalando. El noble pasó bruscamente la mano derecha por encima del borde del puente con la esperanza de impedir la caída sin perder la espada, pero no se había dado cuenta de lo resbaladizo que era el repugnante fluido que le cubría los brazos, y ese movimiento repentino hizo que la mano izquierda volviera a resbalar.

Se le contrajo el estómago al deslizarse un poco más. Sintió que algo pesado se apoyaba sobre su brazo izquierdo y lo frenaba bruscamente. Quedó suspendido sobre el vacío durante un instante, con las piernas balanceándose, inútiles. Entonces disminuyó el pánico que le embotaba la mente, y tuvo la presencia de ánimo para soltar la espada e intentar hallar algún asidero con la mano derecha.

El peso que tenía sobre el brazo izquierdo se movió ligeramente, y Malus sintió con claridad que el avambrazo acorazado cedía bajo la presión. El dolor comenzó a aumentar en el antebrazo y la muñeca, que soportaban una presión cada vez mayor. Malus apretó los dientes y se izó con la mano derecha hasta que pudo pasar el codo por encima del redondeado borde del puente.

Una pata delantera con garras, del tamaño del torso del noble, pasó junto a él y no le golpeó la cabeza por centímetros. *Rencor* había logrado apoyar la pata trasera en el puente y se daba la vuelta con fauces y zarpas para morder y desgarrar a su atacante. En el proceso, la bestia de guerra de una tonelada de peso había pisado el brazo de Malus.

La bestia del Caos continuaba aferrada a los cuartos traseros de *Rencor* y le desgarraba una pata con el afilado pico mientras azotaba la cara del gélido con los tentáculos que le quedaban. Las chasqueantes fauces del nauglir habían cercenado otros varios, y los muñones rociaban al gélido con borbotones de translúcido icor salobre. *Rencor* rugía y agitaba la cola con la esperanza de sacudirse al monstruo de los cuartos traseros, pero la bestia del Caos le clavaba más profundamente las garras y continuaba aferrada. La pata del nauglir se desplazaba ligeramente al mover la cola, y el dolor del brazo de Malus se intensificaba. Pasó una pierna por encima del borde del puente y logró subir la mayor parte del cuerpo. Entonces recogió la espada y golpeó la pata de *Rencor* con el plano de la hoja.

—¡Fuera, enorme masa de escamas!

Ya fuera por accidente o porque le entendiera, el caso es que *Rencor* alzó la pata y el noble retiró el brazo. El avambrado estaba abollado, y entre las uniones de las dos mitades manaba un fino hilo de sangre. Los bordes de las piezas metálicas le habían herido la piel, pero el noble no se encontraba en posición de quejarse.

Rencor volvió a desplazarse, y Malus oyó que sus fauces se cerraban en vacío por encima de su cabeza. Una ola de terror inundó al noble al ver una sombra que se extendía como una mancha por el puente en torno a él, y por puro instinto rodó hacia la izquierda, tan lejos como pudo, justo cuando un sofocante peso de carne maloliente se estrellaba contra él.

Por un momento no pudo respirar, y mucho menos ver, pero luego la bestia del Caos que lo había acometido se retiró, y Malus vio lo horrorosamente cerca que había estado de ser ensartado por el pico del monstruo. La carne que le rodeaba la boca se apartó de él; y al quedar libre de ese peso, el noble cayó de espaldas por el borde del puente. Gritó y manoteó, y se aferró a lo primero que pudo: un sangrante muñón de tentáculo que se retorció. El noble sintió que las ventosas con garfios del monstruo le raspaban el guantelete mientras la criatura chillaba y sacudía la cabeza, agitando a Malus por el aire.

El noble se aferró desesperadamente mientras era lanzado de un lado a otro por la bestia. Otros tentáculos envolvieron las piernas de Malus e intentaron atraerlo hacia el afilado pico de la criatura. Se palpó el cinturón en un desesperado intento de hallar un arma que poder usar contra el monstruo. La enorme fuerza de la bestia lo arrastraba inexorablemente hacia el gran pico, y él no se hacía ilusiones respecto a que el peto de acero retrasara a la criatura más de un momento antes de que lo hiciera

pedazos.

Pero, al atacarlo, la bestia se había estirado demasiado, y *Rencor* aprovechó la oportunidad. Se lanzó hacia adelante y cerró las fauces sobre el cuello del monstruo. La bestia del Caos se estremeció y chilló, con lo que regó a Malus de saliva y grandes gotas de icor pegajoso.

Oyó cómo los huesos de la criatura se rompían al apretar *Rencor* las mandíbulas, y supo qué estaba a punto de suceder: el nauglir partiría el cuello del monstruo con una salvaje sacudida de cabeza y lanzaría a la bestia a un lado, del mismo modo que lo había hecho en la cripta. Comenzó a patear y debatirse frenéticamente entre los tentáculos de la criatura, mientras le rogaba a la Madre Oscura que comenzaran a debilitarse por efecto de las heridas.

Con una patada feroz, Malus logró que le soltara la pierna izquierda. Sintió que la bestia comenzaba a moverse cuando *Rencor* afianzó las patas y empezó a alzarse. Por impulso, el noble encogió la pierna izquierda y le asestó una patada al monstruo en un lado del pico. Para su sorpresa, la criatura aulló y le soltó la otra pierna.

Con un gruñido profundo, *Rencor* alzó a la bestia en el aire y comenzó a sacudir la cabeza. Malus oyó el sonido de huesos al partirse y cómo la bestia quedaba laxa. Cuando las sacudidas del nauglir hicieron pasar a la criatura otra vez sobre el puente, el noble inspiró profundamente y soltó el muñón del tentáculo.

Durante un momento aterrador, Malus tuvo la certeza de haber calculado mal. En lugar de ser arrojado de vuelta al puente, le pareció que era lanzado a lo largo de éste, y agitó desesperadamente los brazos al comenzar a caer. En el último instante, su mano izquierda golpeó contra el borde del puente y se aferró, al tiempo que sentía un dolor tremendo en el hombro que recibió de lleno el impacto. Sin vacilar, Malus pataleó hacia arriba y logró pasar por encima del borde del puente, justo a tiempo de ver que *Rencor* arrojaba al abismo el quebrantado cuerpo de la bestia del Caos.

Jadeante y mareado de terror, Malus rodó cuidadosamente hasta quedar de espaldas, y saboreó la sensación de estar tumbado sobre algo que no se retorció ni intentaba arañarlo. Un poco más lejos, sobre el puente, *Rencor* alzó el hocico y lanzó un rugido de triunfo, y el noble sintió que el curvo puente comenzaba a moverse.

—Maldita sea —jadeó, y rodó para ponerse de rodillas. Vio que unas anchas grietas se abrían a lo largo de puente y corrían hacia él desde la sección debilitada en la que aún estaba el nauglir—. ¡*Rencor*! —gritó, mientras agitaba los brazos—. ¡Camina! ¡Muévete!

El gélido miró a su amo con curiosidad. Sopló por la nariz para expulsar una masa de icor, y desplazó el peso para comenzar a avanzar poco a poco hacia él.

—¡No! ¡Hacia aquí no, lagarto estúpido! ¡Atrás! ¡Ve hacia atrás! —le chilló. Corrió por el puente al tiempo que agitaba los brazos como loco hacia el gélido. Con un gruñido, el nauglir acabó por entenderle y dio media vuelta para avanzar

pesadamente hacia la Puerta Bermellón.

El puente crujía y rechinaba con cada espeluznante paso, pero Malus logró recuperar la espada y avanzar con cautela hasta la aguja de piedra sin más incidentes. Cayó de rodillas junto al gélido, temblando de agotamiento.

—Bueno, creo que podemos decir, sin temor a equivocarnos, que no regresaremos por donde hemos venido —jadeó Malus.

El nauglir gruñó y se volvió a olfatear el arco de piedra roja. Pasado un momento, Malus logró recuperar el aliento y, tras ponerse de pie con piernas inseguras, pasó a examinar las heridas del gélido. Contó más de una docena de desgarrones profundos hechos por el pico del monstruo, y antes de volver a montar, le aplicó a cada uno un ungüento curativo que llevaba en las alforjas.

Acababa de coger las riendas cuando oyó una conmoción en la galería que habían dejado atrás. Al volverse, vio alrededor de una docena de fanáticos que se habían detenido al otro lado del puente y lo miraban con furia. Al parecer, habían visto los desperfectos del tramo central y no sentían ningún interés por poner a prueba su resistencia.

El noble les dedicó un saludo burlón con la espada y luego taconeó a *Rencor* para que avanzara hacia el arco. Tras inspirar profundamente, le habló al demonio.

—Supongo que tú no sabes nada con respecto a esta puerta.

—Sé algo —respondió Tz'arkan.

Malus reprimió una maldición de enojo.

—Bueno, ¿y por qué no me cuentas cómo funciona?

El demonio se removió dentro de su pecho.

—Hay poco que contar. Pasa por debajo del arco y fija mentalmente tu punto de destino con firmeza.

—No tengo un punto de destino, como sabes condenadamente bien —le espetó Malus.

—No seas infantil, pequeño druchii —se burló Tz'arkan—. Yo os guiaré hacia donde debemos ir.

Avanzaban hacia la arcada. Malus la estudió atentamente mientras se aproximaban. No había ni una sola runa ni un sigilo. Lo que fuera que influía en ella, era invisible para sus inexpertos ojos. Pero percibía el poder que lo bañaba en palpitantes olas, le hacía zumbiar los oídos y le daba escalofríos.

Cuando pasaron bajo el arco, el noble esperaba ver un portal de humo o luz, pero no apareció nada.

—¿Estás seguro de saber cómo funciona esto? —preguntó.

Entonces, el mundo se tornó del color de la sangre y Malus se sintió como si lo volvieran del revés.

Tz'arkan había olvidado mencionarle el dolor.

Malus estaba ciego, se precipitaba a través de una aullante oscuridad, y se sentía como si unos cuervos le devoraran las entrañas. El noble sentía los afilados picos que le desgarraban el corazón y los pulmones, arrancaban pequeños pedacitos y picoteaban minuciosamente su carne trémula como si saborearan una comida deliciosa. No podía moverse ni gritar. Lo único que pudo hacer fue sufrir los destrozos de las aves carroñeras durante lo que pareció una eternidad.

Luego, se oyó un restallar de rayo, y un viento caliente le golpeó la cara. *Rencor* bajaba a trompicones por una ladera baja de piedras sueltas y tierra requemada.

El nauglir bramó de confusión y dolor. Malus se balanceaba sobre el lomo del gélido, y sentía la cara mojada de algo pegajoso. Se le contrajo el estómago, y durante un momento aterrador tuvo la sensación de que algo quería abrirse paso fuera de él.

Rencor resbaló hasta detenerse al pie de la colina, y Malus prácticamente cayó del lomo del gélido. Se desplomó brutalmente de rodillas y vomitó una fuente de sangre oscura y lustrosas plumas negras sobre el suelo inerte.

—Madre de la Noche —gimió, mientras se limpiaba la boca con el dorso del guantelete, que retiró brillante de sangre. Jadeando, se irguió e intentó descubrir dónde estaba.

La ladera por la que habían descendido acababa en un llano seco y desolado que cubría un arremolinado cielo color sangre. En el horizonte septentrional se alzaban unas enormes montañas negras en cuyas laderas de hierro pintaban claroscurios zigzagueantes rayos amarillos. El viento caliente parecía soplar desde todas las direcciones y girar enloquecidamente entre los puntos cardinales a capricho de algún dios lunático. Gemía y susurraba en los oídos del noble con un murmullo de extrañas voces para insinuar cosas que apenas lograba discernir, pero lo que entendía le helaba las entrañas.

Una ciudad de negro hierro y piedra desgastada se extendía por el llano como una enorme araña negra. Altas torres como espadas se alzaban iracundas hacia el cielo rojo por detrás de las ruinosas murallas y almenas. Dispersas aquí y allá por la ciudad, ascendían columnas de humo negro mezclado con ceniza que formaban un dosel sofocante. Hacia el este, gigantescas formas del tamaño de ciudadelas se contorsionaban y movían pesadamente a lo largo del horizonte, con los brazos alzados hacia el cielo, como si quisieran atrapar los destellantes rayos, bramando su locura y su furia.

La puerta lo había transportado hasta el lejano norte, a los desiertos del Caos. En ninguna otra parte del mundo podía existir semejante visión de tormento.

¿Por qué habrían llevado los fanáticos la espada hasta allí?, se preguntó. ¿Qué los había poseído? ¿Era por miedo a ser descubiertos por el templo, o la propia espada había escogido su lugar de reposo?

—¿Dónde está la espada, demonio? —preguntó Malus con voz ronca, la garganta dolorida después de la dura prueba pasada—. Ya basta de tus malditos juegos. ¡Simplemente dime dónde encontrarla para poder marcharnos de este condenado lugar!

—Está allá, creo —respondió Tz'arkan. Malus supo que se refería a la inmunda ciudad del llano.

—¿Crees?

—¿Qué piensas que soy, un sabueso que olfatea espadas? —le espetó Tz'arkan—. La puerta no es tan precisa como yo imaginaba, o bien mi control no fue tan perfecto como podría haberlo sido. Nos encontramos en la zona correcta, y percibo una fuente de gran poder situada al norte. ¿Qué otra cosa podría ser?

—¿Aquí? ¿En los desiertos del Caos? Podrían ser muchísimas cosas. —Pero antes de que Malus pudiera especificar, *Rencor* miró en la dirección por la que habían llegado y husmeó el aire con desconfianza.

El noble se volvió a mirar por encima de un hombro. En lo alto de la larga ladera rocosa, tal vez a unos doscientos metros de distancia, un grupo de jinetes lo contemplaban desde la cima.

Malus le dirigió al nauglir una colérica mirada de soslayo.

—Tú y tus condenados bramidos —murmuró, mientras se ponía de pie. En ese momento, los jinetes tocaron a los caballos con las rodillas para que avanzaran, y los hicieron bajar con precaución por la traicionera pendiente.

—Es hora de ponerse en marcha —dijo el noble, y alzó las manos hacia la silla de montar. Subió al lomo de *Rencor* y le clavó los tacones para que se pusiera al trote. Mientras pensaba a toda velocidad, dejó que la bestia avanzara a su antojo por el llano.

Las patas del gélido levantaban nubecillas de polvo gris al trotar por el páramo hacia la ciudad ruinosa. Los jinetes mantuvieron con facilidad el paso del gélido, y se desplegaron expertamente en formación semicircular una vez que llegaron al pie de la ladera. Malus los estudiaba atentamente, pero no logró distinguir muchos detalles, salvo las lanzas que se alzaban por encima de las cabezas de los jinetes y la destreza con que éstos cabalgaban. Hasta donde podía calcular el noble, eran al menos una veintena. Eso representaba una patrulla numerosa o una pequeña fuerza incursora. Malus no estaba seguro de cuál de las posibilidades prefería.

Al principio, *Rencor* iba a buen paso, pero con el transcurso de los minutos el noble reparó en que la gran bestia comenzaba a cansarse. Su paso se hizo irregular, y Malus soltó una maldición. El nauglir estaba cojeando a causa de las profundas heridas de las patas posteriores. Era mucho más difícil lisiar a un nauglir que a un caballo, pero, cuando sucedía, los efectos eran mucho peores porque corría sobre dos patas. El noble gruñó. No se atrevía a detenerse para dejar descansar a la bestia, pero

si no ralentizaba la marcha el gélido acabaría por desplomarse. Dado que tenía pocas alternativas, tiró de las riendas y continuó al paso.

Los jinetes ganaban terreno constantemente, aunque no parecían especialmente ansiosos por acercarse al solitario druchii para tenerlo al alcance de las lanzas. Sin embargo, cuanto más se aproximaban, más cercaban a Malus por la derecha y por la izquierda. Al cabo de poco, sus intenciones resultaron claras: lo conducían hacia la ciudad del llano.

Mientras continuaban adelante, Malus consideró las opciones que tenía. Hasta donde él sabía, la espada se encontraba en algún lugar de la ciudad, y era perfectamente posible que quienquiera que comandara a los jinetes conociera su paradero. Sin embargo, dudaba de que alguien de ese páramo dejado de la mano de la diosa tuviera algún interés en ayudarlo. Era muchísimo más probable que estuvieran pastoreándolo como a una vaca camino del matadero. Eso le dejaba las alternativas de luchar o huir, y en ese momento no podía hacer ninguna de las dos cosas a menos que recurriera al demonio.

Con la ayuda de Tz'arkan podría matar hasta al último de los jinetes, con o sin *Rencor*, pero ¿a qué precio? «¿Acaso tengo alternativa, aún?», pensó.

Detrás de él, los jinetes hicieron sonar un extraño cuerno estridente. El corazón de Malus se aceleró al pensar que los jinetes estaban a punto de cargar, pero cuando se volvió a mirarlos, vio que continuaban manteniendo la distancia de unos cuantos centenares de metros.

Se encontraban a pocos kilómetros de la ciudad. El noble sabía que pronto tendría que actuar. No tenía la más mínima intención de convertirse en prisionero de aquellos retorcidos salvajes del Caos. Cuanto más pensaba en pedirle ayuda al demonio, más le dolía el cuerpo de deseo de probar el poder de Tz'arkan. ¿Cuánto más poderoso sería el demonio allí, donde las energías del Caos se agitaban en el cielo mismo? ¡Cómo podría llegar a parecerse a un dios!

Malus tenía el nombre del demonio en los labios cuando coronaron una suave elevación del terreno y vio a los jinetes que lo esperaban más adelante.

No había habido advertencia alguna de su llegada, ni toques de cuerno ni reveladoras nubes de polvo. Habían aprovechado con diabólica astucia el terreno, de cuyos pliegues se habían valido para maniobrar y situarse directamente en su camino. Y así la trampa se cerró en torno a él. Los jinetes de la patrulla que lo seguía ya habían llegado a la elevación por ambos lados, y le cortaban la retirada. Los jinetes de delante se encontraban a menos de cien metros de distancia, y aguardaban pacientemente.

Estudió a los hombres que lo esperaban mientras hacía que *Rencor* descendiera la pequeña loma. Eran hombres fuertes, de anchos hombros, ataviados con pieles de animales y piezas de malla maltrecha. Se adornaban los brazos con brazaletes de

plata o latón batido, y cubrían sus peludas cabezas con cascos de acero con gorguera de malla. Eran de piel cetrina, casi como cuero pardo, y tenían los cuerpos deformados por los años de vida bajo el hirviente cielo. Malus vio que de las sienes de uno de los guerreros crecían cuernos, mientras que otro miraba fijamente al noble con un único ojo gatuno situado en el centro de la frente. Otro hombre tenía dos cabezas al final del cuello, una ancha y con la nariz chata y la otra arrugada, escamosa y bestial. Incluso los caballos presentaban signos de terribles mutaciones, con cascos hendidos y roñosos cuerpos de músculos como cables. De las bocas flojas les sobresalían colmillos, y las lenguas que colgaban eran bífidas, como en el caso de las serpientes.

Al aproximarse más a ellos, tres de los jinetes tocaron con las rodillas a los caballos para que avanzaran de acuerdo con una orden tácita. Los tres sacaron sus armas, que destellaron en la luz sangrienta. El hombre de un solo ojo preparó una larga espada curva y una rodela de acero, mientras que el de dos cabezas empuñó un par de hachas de mango largo. Un tercero, con penetrantes ojos azules y un babeante agujero de bordes desiguales donde debería haber tenido la boca, desenrolló un largo látigo con la siniestra y alzó una corta maza con púas en la diestra.

Ninguno de los otros jinetes se movió. Malus se volvió a mirar a los hombres de detrás, y vio que observaban la escena desde la loma situada a muchos metros de distancia. El noble se preguntó si se trataría de algún tipo de desafío. Había oído contar que algunas tribus bárbaras practicaban el juicio por combate y enfrentaban a sus campeones con los del enemigo. Si ésa era la intención que tenían, estaría encantado de complacerlos y ver adonde iba a parar la cosa. En el peor de los casos, podría pronunciar el nombre del demonio y abrirse paso luchando.

Los tres guerreros se desplegaron y avanzaron muy despacio. *Rencor*, al oler la carne de caballo, aceleró el paso y lanzó un furioso rugido, pero los animales mutantes se mostraron impertérritos ante el grito de caza del nauglir.

Malus se dio cuenta de que iban a atacarlo todos a la vez. Dedujo que eso era, supuestamente, una especie de elogio. Desenvainó la espada y decidió cambiar las reglas del juego.

Clavó con fuerza los tacones en los flancos de *Rencor* y lo hizo girar bruscamente hacia la derecha para cargar contra el hombre de dos cabezas. El gélido cubrió la distancia en un abrir y cerrar de ojos, pero el jinete reaccionó con asombrosa rapidez, lanzó la montura al galope y se apartó ágilmente del camino del nauglir. Luego corrió otra vez hacia Malus y lo atacó con las dos mortíferas hachas. Sorprendido por la diestra maniobra, el noble apenas logró alzar la espada a tiempo de parar la lluvia de tajos. Aun así, el último golpe del jinete resonó con fuerza contra una de las hombreras de Malus y le arrancó un gruñido de dolor.

Malus hizo girar a *Rencor* en redondo, pero el jinete de dos cabezas ya se alejaba

a toda velocidad sobre su caballo, que respondía a las órdenes como si ambos tuvieran una sola mente. El noble se disponía a lanzar a *Rencor* tras él, cuando un movimiento atrajo su mirada hacia la derecha. El espadachín de un solo ojo cargaba en su dirección desde el flanco, con la espada reflejando la luz roja. Malus maldijo y giró sobre la silla de montar para bloquear el golpe del jinete, pero el ataque fue muy violento y casi le arrancó la espada de la mano.

El jinete de un solo ojo pasó de largo, y Malus sintió que algo se enroscaba en torno al brazo con que sujetaba la espada y tiraba de él forzando dolorosamente la articulación. El hombre de ojos azules, que se encontraba detrás de *Rencor*, tiró de las riendas e intentó derribar al noble.

Malus apretó los dientes de dolor, tiró a su vez de las riendas y taconeó con la bota izquierda, y *Rencor* lanzó un latigazo con la poderosa cola. El hombre de ojos azules tuvo el tiempo justo para comprender su error antes de que el musculoso apéndice impactara contra el costado del caballo, al que le partió las costillas junto con la pierna del hombre. El caballo se desplomó con un extraño alarido humano, pero el guerrero herido no soltó el látigo que sujetaba con ambas manos y comenzó a arrastrar a Malus hacia el suelo.

Un dolor lacerante nacido de la clavícula atravesó el estrecho pecho del noble cuando hizo girar a *Rencor*. Miró por encima de un hombro y vio que el espadachín de un solo ojo arremetía contra él por el flanco izquierdo, y que el de dos cabezas armado con hachas se le acercaba a toda velocidad justo detrás del primero por el flanco derecho. Tiró del látigo que le aprisionaba el brazo, pero el trenzado cuero sin curtir no cedió.

Encarado con el bárbaro caído, Malus lanzó a *Rencor* al trote. El guerrero de ojos azules intentó rodar para apartarse de la embestida, pero el látigo que retenía al noble también obró en su contra. El bárbaro lanzó un terrible alarido gorgoteante cuando el nauglir lo aplastó con las patas.

Se oyó el pataleo de un caballo cuando el hombre de un solo ojo acometió a Malus por la izquierda con un tremendo tajo dirigido a la nuca. Malus calibró la llegada del hombre, y en el último momento clavó con fuerza las rodillas en los costados de *Rencor* y alzó el brazo izquierdo. El nauglir avanzó de lado hacia el caballo que cargaba, con lo que acertó distancia a mayor velocidad de lo que el hombre esperaba, y lo hizo errar el blanco. La destellante espada impactó en la parte posterior del hombro de Malus con la fuerza suficiente para que el noble oyera el ruido de la hombrera al abollarse. Entonces cerró la mano izquierda en torno a la muñeca del bárbaro y bajó el brazo, con lo que atrapó la espada contra su pecho.

El espadachín de un solo ojo lanzó una salvaje maldición e intentó pasar de largo, pero se encontraba demasiado cerca del gélido como para poder escapar. Las fauces del nauglir se cerraron sobre la cabeza del caballo y la reventaron como si fuera un

huevo. Cuando el animal se desplomó y desarzonó al jinete, Malus le soltó la muñeca. Rodó de manera admirable al llegar al suelo, y se detuvo a más de tres metros y medio de distancia. *Rencor* saltó hacia el hombre como un gato salta sobre un ratón. El espadachín apenas tuvo tiempo de gritar antes de que las ensangrentadas fauces del nauglir se cerraran y lo partieran por la mitad.

Malus estaba dándose la vuelta para buscar al tercer jinete, justo cuando un par de golpes impactaron contra su espalda. Uno le dio de lleno entre los omóplatos y lo hizo oscilar, mientras que el otro le dio de refilón en la cabeza. El dolor estalló detrás de los ojos de Malus y su cuerpo quedó flojo. Lo siguiente que sintió fue el demoledor impacto al dar contra el suelo polvoriento.

Ruidos vagos iban y venían mientras recobraba el sentido con lentitud. Oyó pataleo de cascos y el rugido del gélido, y ambos sonidos le reverberaron de modo extraño dentro de la cabeza. Al abrir los ojos vio que el hombre de dos cabezas daba un amplio rodeo en torno al gélido para luego desviarse hacia él.

Intentó sentarse, y gritó cuando un punzante dolor le atravesó el cráneo. Sintió que por una mejilla y la parte posterior de la cabeza le corría sangre caliente. Vio un destello metálico en el suelo, cerca, y lo reconoció vagamente como su espada. Rodó sobre sí mismo y gateó hacia ella en el momento en que el hombre de dos cabezas lanzaba al caballo al galope y cargaba hacia él. El suelo se estremeció al aproximarse el caballo, y supo que no había forma de que pudiera llegar a tiempo hasta el arma.

Cuando el atronar de cascos se le echó encima, Malus se tendió cuan largo era y rodó para quedar de espaldas, mirando al bárbaro que se inclinaba fuera de la silla de montar para golpearlo con el hacha. La hoja pasó como un borrón por el aire. Malus alzó los brazos y los cruzó para formar una X, y el mango de la larga hacha impactó contra ellos. El noble atrapó el mango envuelto en cuero y se aferró a él con todas sus fuerzas. El bárbaro, ya al límite del equilibrio, cayó de la silla al suelo, cerca de Malus.

El noble tiró con fuerza del hacha, que se soltó de las manos del bárbaro, y luego rodó y se puso de pie con la inseguridad de un borracho. Su oponente yacía de espaldas, aún con la segunda arma bien sujeta. Sin vacilar, Malus se lanzó hacia el hombre y descargó el hacha sobre una de las cabezas. El hombre alzó la segunda hacha y paró el tajo, pero el noble hizo girar el arma y con la hoja de su hacha enganchó el mango de la que empuñaba su enemigo para apartarla. Avanzó y estrelló una bota acorazada en la entepierna del bárbaro, y a continuación le partió varias costillas. Luego, sujetó el hacha con ambas manos e hizo un movimiento de torsión para arrancar el arma de las manos del guerrero aturdido, y procedió a cortarle, una tras otra, ambas cabezas.

El noble se irguió, jadeando violentamente, y buscó alguien más a quien matar. El grupo de jinetes situados en el fondo de la depresión se habían desplazado durante la

lucha. Ahora, uno de ellos bajó grácilmente del caballo y se acercó a Malus.

Era un enorme guerrero de anchos hombros, con oscuros tatuajes que trazaban espirales por su poderoso pecho. Su piel era de color caoba pulida, y uno de sus ojos tenía un brillo verde nacarado, como una luz bruja atrapada. Le colgaban dos espadones de un ancho cinturón, pero el hombre no hizo gesto alguno de desenvainarlos.

Un hilo de sangre bajó por una mejilla de Malus y le llegó a los labios. Escupió la sangre al polvoriento suelo.

—Si no quieres morir con las manos vacías, será mejor que saques una de esas espadas —gruñó.

Para su sorpresa, el guerrero se detuvo y le habló en un druhir pasable.

—Estuviste magnífico, santo. ¿A quién tengo el honor de dirigirme?

El noble frunció el entrecejo. Eso era casi lo último que esperaba.

—Soy Malus, de Hag Graef, un guerrero de los druchii.

El hombre le hizo una profunda reverencia.

—Llevas la bendición del Señor del Asesinato en los ojos. —Se irguió y habló con tono grave—. Has venido a buscar la espada.

La franqueza de la pregunta dejó a Malus pasmado.

—Sí. Sí, así es. ¿Cómo lo has sabido?

—Fue anunciado —replicó el guerrero con una horrenda sonrisa que mostraba los dientes limados en punta—. Eres el Azote. Hace mucho tiempo que estamos esperándote.

22. Los reyes intemporales

El guerrero de piel oscura se volvió a mirar a sus compañeros y gritó algo en una inmunda lengua envilecida. La partida de guerra estalló en aclamaciones y salvajes aullidos, a los que respondieron como un eco los jinetes de lo alto de la loma.

Malus frunció el entrecejo, pensativo, al considerar lo que acababa de oír.

—¿Quién eres? —preguntó.

El bárbaro tatuado volvió a hacer una reverencia, en una aceptable encarnación de un guardia druchii.

—Soy Shebbolai, jefe de la Tribu de la Espada Roja. Servimos a los Reyes Intemporales en la Ciudad de Khaine, allí.

Al principio, Malus no supo si había oído correctamente. La Ciudad de Khaine, pensó.

—¿Quiénes son esos Reyes Intemporales?

—Servidores del Dios de Manos Ensangrentadas, los que quitaron la gran espada a los blasfemos y la mantuvieron a salvo durante muchos siglos, en espera del día en que el Azote de Khaine llegaría del desierto para reclamar su derecho. —El jefe le dedicó a Malus otra sonrisa de dientes afilados y lo invitó con un gesto—. Ven, no debemos perder tiempo. Los reyes querrán verte de inmediato.

Malus quedó desconcertado. ¿Era posible que los cinco asesinos continuaran vivos después de todo el tiempo transcurrido, guardando la espada hasta que llegara el Tiempo de Sangre? Parecía increíble, pero ¿quién sabía qué extrañas fuerzas operaban en los desiertos del Caos?

Con lentitud, dolorosamente, el noble recuperó la espada. Miró los cuerpos de los hombres que había matado.

—¿Quiénes eran estos guerreros?

—Los campeones de la tribu —respondió Shebbolai, orgulloso—. Ni siquiera yo habría podido derrotarlos a todos a la vez.

Malus pensó que eso no era muy halagador para Shebbolai ni para el resto de su tribu, pero contuvo juiciosamente la lengua. Por impulso, se acercó a cada uno de los hombres, les cortó la cabeza y llevó los trofeos hasta *Rencor*. El jefe bárbaro lo observó, mientras asentía con aprobación.

El noble metió las cabezas dentro de uno de los sacos vacíos que habían contenido la armadura y se lo colgó del cinturón como cualquier peregrino fanático. Cogió las riendas de *Rencor* y fijó una dura mirada en uno de los ojos del gélido.

—Caza, *Rencor* —dijo—. Mira a ver qué puedes comer en este condenado desierto, y espera mi llamada. —Luego le dio una palmada en el cuello, y el nauglir se alejó trotando, a comer. Quienesquiera que fuesen esos Reyes Intemporales, no estaba dispuesto a confiar plenamente en ellos, no cuando el alijo de reliquias de

Tz'arkan estaba en juego.

Malus se volvió a mirar a Shebbolai.

—Cogeré su montura —dijo, y señaló el caballo del hombre de dos cabezas. El guerrero asintió.

—Es tuyo —afirmó—. El caballo y las tres mujeres del hombre. Es tu derecho.

—Me conformo con el caballo —replicó el noble, que se esforzó por reprimir una expresión de puro horror.

Shebbolai condujo al grupo a través de la ruinosa puerta situada en el lado este de la Ciudad de Khaine, y pasaron ante torres de cráneos blanqueados que se alzaban más de nueve metros hacia el cielo carmesí. La ciudad en sí era enorme, posiblemente tan grande como Hag Graef, y al mirar las pulimentadas piedras negras con que estaba construida, Malus no pudo evitar ver las manos de elfos en su factura. Ciertamente, los Reyes Intemporales no la habían construido. Las estructuras ruinosas crujían bajo el peso del tiempo, y tal vez se remontaban hasta la Gran Guerra contra el Caos, o incluso más.

Malus y los bárbaros cabalgaron por las calles desiertas donde se apilaban escombros. En más de una ocasión captó movimiento con el rabillo del ojo, pero cuando se volvía a mirar, sólo veía callejones umbríos y portales desiertos. En cada esquina había pilas de cráneos antiguos que al noble le recordaron Har Ganeth, ahora a centenares de leguas de distancia.

—¿Cómo llegó tu tribu a servir a los Reyes Intemporales? —preguntó Malus.

Shebbolai rió entre dientes, y dejó que el caballo hallara por sí mismo el camino a lo largo de la avenida, mientras avanzaba junto a Malus.

—Por conquista, por supuesto. Hace mucho, mucho tiempo, mi tribu recorría estas llanuras igual que las otras tribus, pero los Reyes Intemporales llegaron de las tierras frías y mataron a nuestro jefe y a casi todos sus guerreros con el poder de la espada roja. Luego reunieron a las esposas e hijos de la tribu y los trajeron aquí, a la Ciudad de Khaine. Los hemos servido desde entonces. —El bárbaro se volvió sobre la montura y señaló hacia los llanos de los que acababan de llegar—. Gobernamos toda la tierra de este a oeste, y muchas tribus nos pagan tributo en gente y tesoros para atravesar nuestro territorio. —Shebbolai sonrió con orgullo—. Otras tribus deben viajar muchas leguas en busca de riqueza y gloria que acumular a los pies de los Dioses Ancestrales, pero nosotros sólo tenemos que tender las manos y las tribus hunden el rostro en el suelo y nos entregan todo lo que tienen. No existe una tribu más poderosa ni más favorecida por los dioses que la nuestra.

—La gloria de una tribu se forja en la batalla, ¿no es así? —preguntó Malus.

La sonrisa de Shebbolai desapareció.

—Luchamos de vez en cuando, pero son pocas las tribus que se atreven a desafiar el poder de la espada. Los Reyes Intemporales nos dicen que esperemos nuestro

momento, cuando llegue el Azote, ¡y entonces nos ahogaremos en sangre caliente!

El noble asintió pensativamente con la cabeza.

—Los Reyes Intemporales son sabios —comentó—. Dime, ¿cuántos son?

—La leyenda dice que al principio eran cinco, pero ahora sólo quedan tres —respondió el jefe—. En otros tiempos cabalgaban a la cabeza de la tribu con la espada roja ante sí, pero desde hace muchos centenares de años se mantienen dentro del templo del dios, aquí, en la ciudad. —Shebbolai extendió un brazo—. Está allí.

Malus vio una torre cuadrada, ancha y baja, que se alzaba sobre un montón de ruinas, justo ante ellos. Tal vez siempre había sido un templo o una ciudadela de uno de los señores de la ciudad. Ahora, los inclinados flancos estaban adornados por miles y miles de cráneos. La descomunal escala de las ofrendas dejó pasmado al noble. Ni todos los templos de Naggaroth combinados podían compararse con aquello.

Cuanto más se acercaban al templo, más gente veía Malus: monstruosos desdichados, ataviados con harapos y trozos de pieles, que observaban el paso del jefe y su séquito con duras miradas de odio. Muchos de los edificios cercanos al templo estaban habitados, pero pocos se encontraban en buen estado de mantenimiento. Cualquiera que fuese la riqueza acumulada por la tribu, no se había dedicado a proporcionar a los bárbaros lujos ni comodidades. Al recorrer las calles más pobladas, Malus sintió que de la miseria ascendía una corriente secreta de malestar, y se preguntó cómo podría usar eso para su propio beneficio.

Antes de llegar al templo, atravesaron una amplia plaza. En eras pasadas, príncipes y generales podrían haber pasado revista a sus ejércitos en una extensión tan grande. Ahora, sin embargo, era un bosque de astas de hierro que sostenían los putrefactos cadáveres decapitados de miles de víctimas de sacrificios. La fetidez era tremenda. Malus apretó los dientes e intentó mantener una expresión neutra mientras atravesaban el miasma de muerte.

El noble estudió los cuerpos más próximos al estrecho pasadizo que recorrían.

—Muchos parecen bastante frescos —observó—. Da la impresión de que habéis luchado recientemente.

La expresión de Shebbolai se ensombreció.

—Sólo una matanza de perros —dijo, malhumorado, y no volvió a hablar.

Más allá de la plaza rebosante de cadáveres, los jinetes llegaron a una ancha escalinata de piedra que ascendía hasta la torre. Cuando detuvieron las monturas, un par de enormes puertas situadas en lo alto de la escalera rechinaron al abrirse, y por ellas salió un gran número de acobardados esclavos humanos desnudos. Tenían los cuerpos flacos y amarillentos, cubiertos de cicatrices y llagas supurantes, y bajaron corriendo hasta el pie de la escalera para hacerse cargo de los caballos de los bárbaros y ocuparse de sus necesidades. Malus bajó, agradecido, de la montura, feliz por verse

libre de la roñosa bestia maloliente, y le arrojó las riendas a uno de los temblorosos humanos antes de seguir a Shebbolai escalera arriba, hacia la entrada.

El jefe hizo una reverencia para invitar a Malus a atravesar el umbral, y luego volvió junto a sus compañeros. Al otro lado se extendía un largo y ancho corredor, iluminado por globos de oscilante luz bruja. El noble se compuso antes de avanzar rápidamente por el pasillo a lo largo del cual había centinelas ataviados con arcaicas armaduras de ornamentado latón. Los hombres eran inhumanamente fuertes, con cuerpos hinchados por proporciones monstruosas, y empuñaban descomunales hachas de doble filo en las anchas manos cubiertas de cicatrices. El noble los estudió al pasar; sentía el peso de sus miradas, pero no podía ver las expresiones que había tras la ornamentada máscara de los yelmos.

Entró en un amplio espacio mortecinamente iluminado que se abría al final del pasillo. Un solo haz de luz descendía por el centro de la estancia y caía sobre un pequeño altar de piedra tallado en mármol oscuro, cuyos lados cuadrados estaban ungidos con sangre fresca; sobre él reposaban dos sonrientes cráneos teñidos de un color amarronado por los siglos de libaciones de sangre.

Malus se aproximó a los antiguos cráneos, y advirtió que tenían una forma perfecta, libres de mutaciones. Los pómulos eran pronunciados y las mandíbulas de líneas regulares.

—Los dos reyes muertos —murmuró, y tendió una mano para tocar los restos de uno de los cinco asesinos perdidos.

—¡No eres digno de tocar los huesos de los Reyes Intemporales! —siseó una voz desde la oscuridad. El sonido era inquietante, como un viento gimiente que soplara entre ramas desnudas y formara palabras que Malus podía comprender. Resonó en la vasta estancia y pareció manar de todas partes al mismo tiempo—. ¡Profanas este lugar sagrado con tu presencia!

Malus se volvió para buscar el origen de la frágil voz.

—¿Eres espectro u hombre? —gritó—. ¡Muéstrate!

Habló otra voz. Al igual que la primera, era escalofriantemente antinatural, como el crujido del hielo.

—Somos intemporales —dijo—, y nosotros gobernamos aquí, no tú.

El tono imperioso de la rechinante voz fastidió al noble.

—¿Vosotros gobernáis aquí? Pensaba que estabais esperando, que servíais la voluntad de Khaine y guardabais la espada hasta la llegada del elegido.

Respondió una tercera voz, fina y crujiente como cuero viejo.

—¿Quién eres tú, para interrogarnos de este modo?

Malus inspiró profundamente.

—Soy el Azote —respondió—. Vuestra vigilia ha concluido. He venido a buscar la espada. El Tiempo de Sangre está cerca.

Los ecos de su voz se desvanecieron en el silencio. Malus esperó, mientras aguzaba los sentidos para localizar a los ancianos asesinos en las profundidades de la estancia. Pasado un momento, captó un leve sonido de movimiento a la izquierda; un seco susurro de ropones.

—Imposible —replicó la primera voz—. Tú no puedes ser el Azote.

Malus se volvió hacia el lugar donde se había producido el movimiento.

—¿Ah, no? ¿Acaso no soy un druchii, como vosotros? ¿No llevo la bendición de Khaine en el rostro? Os he seguido hasta aquí a través de la Puerta Bermellón, atraído por el lazo que me une a la espada. ¿De qué otro modo podría haberos encontrado aquí, en los desiertos del Caos? —Tendió las manos ante sí—. ¿Me traeréis mi espada, o deshonraréis vuestra larga vigilia cuando ya toca a su fin?

Otros débiles atisbos de movimiento susurraron en la oscuridad. La segunda voz habló.

—Tú vienes del templo —rechinó.

—Lo mismo que vosotros, hace mucho tiempo —replicó Malus—. Los verdaderos creyentes os cuentan entre los muertos. Los herejes del templo ocultaron el robo de la espada y han gobernado incontestados durante siglos.

—Eso a nosotros no nos importa —crujió la tercera voz—. Que sigan gobernando en lo alto de su inmunda colina. Será arrasada cuando llegue el Tiempo de Sangre.

Las voces se le acercaban. Malus estaba seguro de eso.

—¿Por qué ocultasteis el triunfo obtenido a vuestros seguidores? —preguntó—. De haberlo sabido, habrían podido atraer a los habitantes de la ciudad hacia la fe verdadera.

Unas formas vagas adquirieron resolución en la periferia de la luz. Malus vio los contornos de unas encapuchadas figuras ataviadas con ropones que lo observaban desde la oscuridad.

—Nosotros somos la fe verdadera —afirmó la primera voz.

—Demostradlo —replicó Malus—. Dadme la espada.

—La espada no está aquí —rechinó la segunda voz—, y tú no eres digno.

—¿Os atrevéis a negar mi derecho? —les espetó el noble—. Soy Malus, de Hag Graef, nacido en la Ciudad de Sombras, de la casa de cadenas. Mi madre era una bruja y maté a mi padre con mis propias manos. El cráneo de Aurun Var me habló a través de mi hermana, una santa viviente del Señor del Asesinato. ¿Habéis olvidado vuestro deber después de tantos siglos, o acaso vuestra sed de poder os ha transformado en los mismos herejes contra los que una vez os rebelasteis?

—¡Blasfemia! —gritaron las tres voces al mismo tiempo.

—Se blasfema contra los dioses, no contra cobardes figuras que se ocultan en las sombras de un templo ruinoso —gritó Malus—. ¿Robasteis la espada para alejarla de las manos de los ancianos del templo, o codiciabais secretamente su poder? ¿Qué

sois, sino patéticas parodias de los mismos herejes contra los que una vez os levantasteis?

—¡Apresadlo! —chilló la primera voz. Malus tendió la mano hacia la espada, pero unas enormes figuras salieron de las sombras a ambos lados de él. Había más de aquellos guardias acorazados apostados en silenciosa guardia en las sombras de la habitación; lo cogieron por los brazos y lo levantaron en el aire como si fuera un niño.

Las figuras ataviadas con ropón avanzaron lentamente hacia la luz al tiempo que se quitaban las capuchas, y Malus gritó al mirarlas, horrorizado al ver en qué se habían transformado los asesinos.

Sus cuerpos eran imposiblemente viejos, marchitos y resecos, como momias que hubiesen pasado miles de años en el caliente aire de los desiertos del Caos. Dos varones y una mujer —los labios delgados como papel de esta última enmarcaban un par de colmillos amarillos que le indicaron a Malus que había sido una bruja de Khaine—, poco más que esqueletos vivientes con piel apergaminada tensada sobre los huesos prominentes.

El del centro del trío se acercó a Malus para estudiarlo con fríos ojos de reptil que guardaban poca semejanza con los de un ser vivo.

—Eres joven y fuerte —dijo la criatura, cuya voz silbó al salir de las profundidades de los resecos pulmones y pasar por los labios agrietados—. La gente de aquí es fiel, pero sus espíritus son débiles. Hemos vivido de un alimento pobre durante demasiado tiempo —se lamentó el druchii apergaminado—. Eres un blasfemo, pero en un sentido eres una bendición de Khaine. Esta noche te mataremos, y mañana podremos llamar de vuelta a tu espíritu y consumirlo. Tus energías nos restaurarán y nos darán fuerzas durante mucho tiempo.

—¿Os atreveríais a arrebatarle la vida al Azote elegido de Khaine? —se enfureció Malus.

La arrugada criatura alzó la mirada hacia el noble y negó con la cabeza.

—Al verdadero Azote no lo habrían prendido con tanta facilidad —respondió, y les hizo un gesto a los guardias.

—Llevad al hereje a la plaza y crucificadlo —ordenó el Rey Intemporal.

23. La espada ardiente

Malus rugió como un animal atrapado, se debatió y pataleó en la férrea presa de los guardias que lo sacaban de la sala del altar. Consumido por la cólera, usó la fuerza de sus captores contra ellos mismos para girar por la cintura y darle una patada en un costado de la cabeza al de la izquierda. La acorazada espinilla del noble resonó como un gong contra el pulimentado yelmo de latón, y el guardia dio un traspié, cosa que le permitió a Malus liberar el brazo.

El guardia de la derecha reaccionó con rapidez para un hombre de su inmenso tamaño, y tendió hacia la garganta de Malus una ancha mano del tamaño de una pala. Con un gruñido, el noble se agachó para que la mano pasara por encima, e intentó coger la empuñadura de hueso de la daga que el hombre llevaba envainada a la cintura. Logró aferrarla y desenvainarla justo cuando una mano con garras le aprisionó una mejilla y un gélido dolor estalló en todos los nervios de su cuerpo.

Malus sufrió convulsiones bajo el terrible contacto de la bruja. Su cuerpo se curvó, tenso como un arco, y un rictus de dolor le petrificó el rostro. Malus oyó vagamente un chasquido seco, y se dio cuenta de que afretaba con tanta fuerza la empuñadura de hueso con la mano temblorosa, que la había partido.

Unas manos acorazadas lo recogieron con rudeza, le arrebataron la daga y lo levantaron del suelo. Tenía la mirada fija. No podía moverse ni respirar, ni siquiera parpadear. El dolor era tan intenso que apenas era capaz de pensar. El nombre de Tz'arkan afloró a su mente sin querer, pero no tenía la capacidad de pronunciarlo.

La bruja de Khaine se apartó de Malus y retrocedió con un gemido de miedo, y sus negros ojos destellaron de conmoción y horror mientras los guardias lo arrastraban afuera. Lo último que vio antes de que la oscuridad lo envolviera, fue el blanco rostro arrugado de la bruja que se tambaleaba, sus correosas facciones contorsionadas por una expresión de desesperación ante el atisbo del alma de Malus que se le había concedido.

En su momento, el dolor comenzó a disminuir como una lenta marea que abandonara su torturado cuerpo. Las visiones de rojo se resolvieron, poco a poco, en un cielo rojo con retorcidas formas de nubes de humo negro y ceniza. A lo lejos, rugió el trueno.

Unas figuras alargadas se movían por la periferia de su campo visual. Estaba tumbado de espaldas en medio de un bosque de hombres agonizantes cuyos cuerpos destrozados estaban empalados en astas de hierro altas como árboles jóvenes. Tenía el cuerpo extrañamente contorsionado sobre los grandes adoquines, como una estatua que hubiera caído del pedestal. Fuera de su campo visual se desplazaban lentamente figuras cuyos movimientos percibía apenas como sombras móviles proyectadas a través de su cuerpo contorsionado.

Creó oír que alguien alzaba la voz con enfado, así como gemidos de derrota y desesperación. Malus no sabía si eran reales o formaban parte de un sueño, y su mente divagaba con los ojos fijos en el móvil cielo carmesí.

En un momento dado creó ver a la bruja de Khaine de pie junto a él, con un cuchillo curvo empuñado en una mano. En el aire cargado resonaban alaridos y gemidos, y cuando la miró a los ojos ella se lamentó como un fantasma y se apartó de su vista. Intentó reír, pero sólo logró emitir un lento gemido torturado.

El cielo se oscureció. El trueno sonó como tambores de guerra, y sobre su cara cayeron gotas de sangre mezcladas con ceniza arenosa. Unas manos lo cogieron por los brazos y lo levantaron. Mientras ascendía en el aire, se preguntó si lo estaban ofreciendo a la tormenta.

Luego descendió otra vez, y lo colocaron sobre una estructura de madera sin pulir en forma de X. Le estiraron las extremidades contraídas para adaptarlas a la dirección de los maderos cruzados. La cabeza le cayó hacia atrás, y las gotas rojo oscuro le corrieron por la piel hasta las orejas y los ojos.

Sintió que le quitaban los guanteletes. Algo frío y afilado ejerció presión sobre su muñeca derecha. Tenía la mente confusa y era incapaz de dar un sentido a lo que sucedía.

Entonces dieron el primer martillazo que le hundió el clavo profundamente en la muñeca, y Malus comenzó a gritar.

El restallido de un trueno le hizo vibrar la armadura como un gong, y despertó con un sobresalto. Dio un respingo y gritó al sentir el espantoso dolor que los clavos que lo sujetaban a los maderos le causaron en las muñecas y los tobillos partidos. El sufrimiento le contrajo el estómago, y vomitó sangre y bilis sobre el adoquinado.

Había caído la noche desde que los guardias lo habían clavado a los maderos y dejado en la plaza para que muriera. En lo alto corrían rayos que proyectaban una pesadilla de sombras sobre los adoquines de la plaza. La sangre y la ceniza se le habían secado en las mejillas para formar una frágil máscara mortuoria que confería una apariencia demoníaca a su rostro anguloso.

De no haber sido por la armadura, ya habría muerto, sofocado por su propia caja torácica, colgado de los maderos cruzados. Las placas, trabadas unas con otras, impedían que colgara sólo de las mutiladas muñecas, a las que descargaban de una parte del peso. Había estado perdiendo y recobrando el conocimiento durante horas, delirante a causa del dolor y la pérdida de sangre.

Ahora tenía la mente más clara. Tal vez se habían desvanecido los últimos vestigios del toque de la bruja, o bien sus nervios ya no tenían la capacidad de comunicarle la atroz realidad de las heridas sufridas. Ya era bastante con que pudiera detectar la solidez de la figura solitaria que se encontraba a pocos metros de distancia, silueteada por el destello de los rayos.

Gruñendo de dolor, logró levantar ligeramente la cabeza y mirar a la figura inmóvil.

—Sh... Shebbolai —susurró, con poco más que un ronco hilo de voz.

La figura se movió.

—Te creía muerto —le dijo el jefe. Se acercó a él, y otro rayo que delineó con nítido relieve su rostro cetrino mostró una expresión de enojo, atormentada—. ¿Cómo es posible? —preguntó—. Eres el primer guerrero de Naggaroth que acude aquí desde la llegada de los Reyes Intemporales. Venciste a mis mejores guerreros y llevas la marca de Khaine en los ojos. ¡Tienes que ser el Azote!

—Los Reyes Intemporales han olvidado el deber que tienen para con el Señor del Asesinato —afirmó Malus—. Han sido seducidos por el poder y la riqueza. Hace mucho tiempo, gobernaban este territorio para salvaguardar la espada de Khaine. Ahora, gobiernan sólo por su propio interés.

—¡No blasfemes! —le espetó Shebbolai.

—¡Tú sabes que es verdad! —insistió Malus. Intentó alzar la mirada hacia los cuerpos que colgaban cerca de él—. De camino hacia aquí me dijiste que tu tribu luchaba sólo raras veces. ¿De dónde, entonces, han salido todos estos hombres? Tienen aspecto de guerreros, pero ¿fueron enemigos apresados en batalla, o son miembros de tu propia tribu que se rebelaron contra los Reyes Intemporales y su ignominioso gobierno?

—¡Ahora tú estás aquí —dijo el jefe—, y el Tiempo de Sangre se halla cerca! ¿Cómo pueden negar lo que eres?

—Porque esto es lo único que tienen —respondió Malus—. Se han aferrado durante tanto tiempo a la vida y el poder, que esa lucha es la única que conocen. No pueden regresar a Naggaroth, no como están ahora, y cuando yo recupere la espada, ¿quién les temerá? Los siglos los han vuelto locos, Shebbolai, y débiles. Su tiempo se acaba. —Malus lo miró a los ojos—. Ahora ha llegado vuestro tiempo. De todos los cientos de jefes que han gobernado a los de la Espada Roja, eres tú quien cabalgará a la batalla junto al Azote elegido de Khaine.

Una expresión de reverencia transformó el rostro con cicatrices de Shebbolai.

—¿Qué quieres que haga?

—Dime dónde encontrar la *Espada de Disformidad*.

—No... no está aquí —dijo el jefe—. Hace mucho tiempo, cuando los reyes acababan de llegar, la espada pasaba de uno a otro con cada fase lunar con el fin de que todos compartieran la carga de salvaguardarla. Un día, el rey que tenía la espada se negó a entregarla, y lucharon entre ellos. La lucha duró siglos, o eso dice la leyenda. —Shebbolai se volvió a mirar el templo—. Dos de los reyes murieron durante esos enfrentamientos. Tú viste sus cráneos en la cámara relicario.

—¿Y la espada?

—Acordaron guardarla en un sitio que estuviera fuera de su alcance, salvo en las peores circunstancias, para no volver a pelear entre sí nunca más. Se llevaron la espada al norte, al interior de las montañas, y la escondieron en una cueva —explicó Shebbolai, ceñudo—, según dice la leyenda que ha pasado de generación en generación a través del linaje de los jefes. Guardar el secreto de los Reyes Intemporales ante el resto del mundo es parte del pacto que tenemos con ellos.

—Todo eso es fascinante —resolló Malus, impaciente—, pero ¿cómo voy a encontrar la espada?

—Sigue los cráneos —replicó el jefe—. Te conducirán a través de los barrancos hasta la cueva y su guardián.

—¿Guardián? —le espetó Malus—. ¿Qué clase de guardián?

El jefe se encogió de hombros.

—Las leyendas no lo dicen; algo lo bastante poderoso para guardar la espada durante mucho tiempo y no ser tentado por ella como lo fueron los reyes.

—Delicioso —gruñó el noble. El dolor de las muñecas comenzaba a aumentar otra vez. Apretó los dientes e intentó aliviarlas de una parte del peso, y gimió de dolor al descargarlo en los clavos que le atravesaban los pies justo por debajo de los tobillos.

Cuando el dolor cedió y se le aclaró la visión, miró a Shebbolai una vez más.

—Debes hacer correr la voz entre aquellos de tu tribu en los que puedas confiar —dijo—. Cuando regrese con la espada, el reinado de los Reyes Intemporales acabará. ¿Entiendes?

El jefe asintió con la cabeza.

—Entiendo.

—Bien. Ahora, bájame de esta condenada cruz —gimió. Pero Shebbolai permaneció impassible y miró a Malus a los ojos.

—Si todo lo que dices es verdad y eres el Azote de Khaine, deberías poder liberarte tú mismo. —Retrocedió ante la cruz—. Esperaré tu regreso —dijo, y desapareció oscuridad adentro.

Malus reprimió una maldición furibunda. Tenía un plan para Shebbolai y sus guerreros, así que por el momento necesitaba que el jefe estuviera de su lado. Además, pensó con amargura mientras intentaba en vano cerrar los puños, no habría en el mundo leche materna suficiente para curarlo de las heridas causadas por los clavos de los guardias.

Un rayo destelló en lo alto y cayó entre las astas de hierro de la plaza. Oyó alaridos y percibió el olor dulzón de la carne quemada. Inspiró profundamente.

Esta vez no sería una simple cata del poder del demonio. Se encontraba al borde del abismo, y el siguiente paso que daría sería hacia la oscuridad.

Restalló el trueno.

—¡Tz'arkan! —le gritó al sangrante cielo, y le ardieron las venas con el gélido toque del demonio.

El poder corrió por él en un helado torrente que desterró el miedo, la debilidad y el dolor. Lo recorría la fuerza de un dios. Apretó los puños, arrancó las muñecas de los clavos de hierro y rió como un demente mientras el hueso partido y la carne desgarrada se recomponían. Se inclinó para arrancar los clavos inferiores con las manos desnudas, y cayó de rodillas sobre los adoquines resbaladizos de sangre. Malus estrujó los clavos entre los dedos como si fueran de cera medio fundida, y los lanzó hacia lo alto.

Sintió la llegada del rayo antes de que destellara en lo alto. Oyó los latidos de los corazones de los hombres que morían lentamente entre el bosque de pértigas de hierro. Percibía el olor de todos y cada uno de los seres vivos de la ciudad, y veía los picos de las montañas del norte a pesar de la agitada oscuridad de lo alto.

No se parecía a nada que hubiese sentido antes. El demonio no sólo lo fortalecía y curaba: él era el demonio, y el demonio era él.

Encontró al gélido a un kilómetro y medio de la ciudad, tras haberle seguido el rastro por su peculiar olor acre. Cuando se le acercó, le gruñó amenazadoramente al tiempo que bajaba la maciza cabeza y chasqueaba las temibles fauces, pero lo había mirado a los ojos y le había impuesto su voluntad. El nauglir se resistió apenas un momento, para luego recular y gritar de dolor. Avanzó hasta la bestia a la que azotó una y otra vez con su poder hasta que se echó sobre el vientre y le permitió subir a la silla de montar.

Malus condujo a *Rencor* en torno a la ruinoso ciudad, a cubierto de la oscuridad, y ascendió hacia las escabrosas estribaciones de las montañas septentrionales. Sus sentidos agudos como navajas penetraban las tinieblas y le permitían recorrer los estrechos barrancos laberínticos como si fuera pleno día.

Shebbolai había dicho la verdad. Casi de inmediato comenzó a ver los huesos: esqueletos destrozados de hombres y caballos cuyos huesos largos estaban rotos y vaciados de tuétano y los cráneos partidos para sacarles los sesos. Las armaduras que les habían quitado y las espadas partidas que yacían, herrumbrosas, en la tierra, bastaban para equipar a un ejército. Durante la primera hora se entretuvo en contar los cráneos para calcular cuántas almas habían entrado en los barrancos para buscar la espada de Khaine. Antes de acabar la hora ya había contado mil, y no se molestó en continuar.

Al cabo de poco rato las anchas patas de *Rencor* avanzaban entre montones de huesos que aplastaba y pateaba. Conducían infaliblemente hacia lo alto, y en muchos casos se desviaban hacia sinuosos pasos laterales, pero Malus continuaba por la senda principal porque sabía adónde tenía que llevarlo.

—Quienquiera que viva aquí, demonio... tiene muy buen apetito —dijo.

—En ese caso, esperemos que esté durmiendo, Malus —replicó Tz'arkan. La voz que reverberó dentro del cráneo del noble no se diferenciaba en nada de la suya propia, como si él y el demonio fuesen simplemente dos espíritus encerrados en el mismo cuerpo—. En alguna parte de estos barrancos descansa la perdida *Espada de Disformidad* de Khaine. No nos marcharemos hasta haberla encontrado.

El tono de la voz del demonio enojó a Malus, como si él no fuese más que un esclavo dedicado a los asuntos de su amo. Por el momento, decidió contener la lengua. El poder de Tz'arkan había disminuido un poco, pero aún corría en libertad y le infundía una fuerza y un poder como no había conocido en meses.

El barranco se ensanchó más adelante para formar una Y que señalaba hacia la entrada de una cueva grande. Ante la cueva, el suelo del barranco estaba literalmente cubierto por una alfombra de huesos y despojos de muertos. Después de muchos largos meses, llegaba por fin a la meta.

Malus detuvo a *Rencor* y se deslizó cautelosamente de su lomo. El nauglir se apartó de él de inmediato y se alejó un poco más por el barranco. Le lanzó una mirada de advertencia a la bestia.

—Te encontré una vez, dragoncillo. Puedo volver a encontrarte —le advirtió, y volvió la atención hacia los huesos que cubrían el suelo rocoso. Era un sistema de alarma tosco pero efectivo, siempre y cuando el guardián de la espada tuviera el oído fino.

Escogió cuidadosamente el recorrido y comenzó a avanzar con prudencia entre la multitud de cazatesoros caídos. Intentó no pensar en el hecho de que muchos de ellos probablemente habían intentado hacer eso mismo.

—Con sigilo ahora, Darkblade —dijo Tz'arkan—. No despertemos a nadie.

Un rayo destelló silenciosamente en lo alto, y pareció que el campo de huesos se movía y deslizaba. Desorientado, Malus intentó pasar por encima de un cráneo amarillento que estaba justo en su camino, y en cambio, lo pisó directamente. El hueso antiguo se hundió con un crujido hueco que pareció resonar como el trueno entre las paredes del barranco.

Malus se quedó inmóvil, sin atreverse a respirar siquiera. Pasó un momento, y luego otro. Continuó esperando, aguzando el oído por si oía movimiento.

Pasaron dos minutos. Sólo entonces se relajó Malus y maldijo su deplorable suerte.

Fue entonces cuando la noche se estremeció con un rugido ensordecedor y de las profundidades de la cueva emergió una figura enorme.

El guardián de la espada era gigantesco. Sólo la parte inferior del cuerpo era más grande que un gélido, cubierto de escamas color añil y rojo oscuro. Las grandes patas de dragón que lo impulsaron en una atronadora carga ladera abajo, hacia Malus, levantaban nubes de polvo de hueso a cada pesado paso. Por encima del par de patas

anteriores, donde normalmente estarían el cuello y la cabeza de un dragón, había en cambio un ancho cinturón de cuero decorado con escamas de oro y una hebilla en forma de calavera. Por encima del cinturón se alzaba el torso de un temible ogro ataviado con una tosca armadura que le protegía la cintura y le cubría los poderosos hombros. De los gruesos labios del shaggoth asomaban colmillos lo bastante gruesos para destripar a un jabalí, y los ojos azul hielo destellaban bajo una frente escabrosa y un casco de acero redondo. En una mano grande como una bandeja, el guardián empuñaba una espada más larga que el propio Malus, y la criatura la alzó, colérica, mientras iba hacia él.

—¡Madre de la Noche! —maldijo el noble.

—¡Malus, dadas las circunstancias, creo que dejaré que huyas!

La terrible espada silbó en el aire. Al hacerlo reaccionar el grito del demonio, Malus se lanzó hacia la izquierda y se puso justo fuera del alcance de la espada, que golpeó una pila de huesos e hizo volar esquirlas. Aun rugiendo de furia, el ogro-dragón pasó de largo y cambió con rapidez de dirección para girar y arremeter otra vez.

La criatura estaba entre Malus y el gélido. El noble miró frenéticamente en torno para buscar otra vía de escape, pero las paredes del barranco eran empinadas y lisas.

—¡No hay adonde huir! —exclamó.

El ogro dragón cargó otra vez hacia Malus con un terrible crujir de huesos aplastados. El noble alzó la espada para protegerse. No había manera de que pudiera intercambiar golpes con algo tan inmenso. Tendría que cansar al monstruo con ataques veloces como el rayo, de modo muy parecido a como le había visto hacer a Arleth Vann cuando mató al noble en la cripta.

Se agachó en cuanto la bestia se le acercó y barrió con la espada en diagonal con la intención de cortar al druchii desde un hombro hasta la cadera. En el último momento, Malus se lanzó hacia la izquierda, atravesándose en el camino del ogro dragón para desbaratar el efecto del golpe. La criatura lanzó un bramido furioso y el noble respondió con un grito de guerra druchii al tiempo que ponía todas sus fuerzas en un potente tajo dirigido justo por debajo del cinturón del shaggoth.

La pesada espada nórdica, movida por la terrible fuerza del demonio, golpeó de lleno al monstruo y la hoja de acero se hizo pedazos con un tañido discordante. Malus apenas tuvo tiempo de percibir su propia conmoción antes de que el ogro dragón lo atacara con una extremidad anterior provista de garras y le asestara un revés que lo lanzó dando volteretas por el aire.

Si le hubiera golpeado el mentón le habría arrancado limpiamente la cabeza, pero la zarpa del shaggoth le había dado de refilón en el pecho y abollado el grueso peto. Se sintió como si lo hubiera pateado un nauglir, y se esforzó por respirar cuando chocó contra una pila de viejos cráneos que había cerca de la pared del barranco.

Malus rodó para apartarse de la pila de huesos y le lanzó una feroz mirada de impotencia al monstruo. Intentó dominarlo mediante la fuerza de voluntad, como había hecho con el nauglir, pero al ogro dragón no le causó ningún efecto. Furioso, cogió un cráneo y se lo lanzó a la bestia con todas sus fuerzas.

—¡Te maldigo, criatura! —rugió—. ¡Te condeno a regresar al infierno!

El proyectil golpeó a la bestia en un costado de la cabeza y se hizo pedazos, sin dejar marca alguna en el grueso cráneo del monstruo.

Malus se sentía lleno de terror y desesperación. Los dones del demonio eran inútiles. ¿Había renunciado a los últimos vestigios de sí mismo a cambio de nada?

El ogro dragón bramó como un toro y giró al tiempo que preparaba la descomunal espada.

Malus sentía que lo inundaba la palpitante fuerza de Tz'arkan. Oía la sangre que le corría por las venas y percibía la furia de la violenta tormenta de lo alto, pero nada de eso importaba. Dentro de pocos instantes, el shaggoth lo partiría por la mitad.

Cuando el ogro dragón cargó hacia él, los ojos de Malus se volvieron hacia la oscura entrada de la cueva. «Maldito sea si voy a morir con las manos vacías», pensó.

El noble se puso de pie y corrió por el barranco. El ogro dragón bramó coléricamente, sorprendido por el repentino movimiento. Tz'arkan también se sorprendió.

—Malus, ¿adónde vas? ¡Corres hacia la cueva!

—Aún tenemos algo que hacer, ¿recuerdas? —contestó el noble.

—¡Estúpido! ¡Lo tenemos justo detrás! —dijo el demonio—. ¡Nos dejarás atrapados ahí arriba!

—Necesito una arma —gruñó Malus—. La *Espada de Disformidad* está ahí. Me servirá.

Malus llegó a la entrada de la cueva. Lo siguió un estruendo de pesados pies y huesos partidos cuando el shaggoth cargó por el barranco.

—¡La *Espada de Disformidad* de Khaine no es una jabalina que puedas usar en una pendencia! —se enfureció el demonio—. Es un talismán de glorioso poder...

—Sigue siendo una espada —replicó Malus—. ¡Cállate, demonio!

El noble entró corriendo en la cueva. Esperaba encontrarse con un largo pasadizo atestado de carroña que se adentrara en las tinieblas. Por el contrario, se halló en una amplia caverna de techo alto donde, no obstante, había montones de huesos y cuerpos en estado de putrefacción, salvo una zona despejada cerca del centro, donde evidentemente dormía el ogro dragón. Al otro lado de la zona despejada se alzaba un altar de piedra sobre el que descansaba una espada.

La *Espada de Disformidad* de Khaine tenía una hoja de doble filo casi tan larga como un *draich*, ligeramente más ancha en la punta que en la empuñadura con el fin de conferirle al arma mayor fuerza de impacto. Estaba metida en una vaina de hueso

lacado de negro con filamento de oro y decorado con ardientes rubíes. La empuñadura del arma era larga y esbelta, hecha para dos manos y envuelta en cuero oscuro. Un gran rubí cabujón, como un ojo de dragón, destellaba en el punto en que la empuñadura se unía con la hoja. Relumbraba con el poder que radiaba de toda la espada en olas de calor invisible.

Malus contempló el arma y vio el potencial que se ocultaba en sus profundidades. Vio rojos campos de batalla y torres derrumbadas, ciudades saqueadas y reyes caídos. Con un arma semejante, un druchii podía conquistar el mundo.

—¡Malus, te lo prohibo! —gruñó el demonio. ¿Había un rastro de miedo en la voz de Tz'arkan?

El noble atravesó la cueva a la carrera. El shaggoth irrumpió en ella justo detrás de él, y estremeció el aire húmedo con sus furiosos gritos.

—¡Entonces moriremos aquí! —replicó Malus—. La elección es tuya.

En verdad, no lo era. Nada que el demonio pudiera decir o hacer evitaría que Malus pusiera la mano sobre la empuñadura de la *Espada de Disformidad* y la sacara de la vaina.

Estaba caliente al tacto, como si aquella arma antigua acabara de salir de la forja. El calor atravesó la piel de Malus y le inundó los músculos con su poder. Desenvainó la espada con un solo movimiento suave y quedó maravillado por el acabado negro de la hoja. Los fillos destellaron como fuego en la oscuridad.

Con un bramido estentóreo, el ogro dragón cargó contra él. Malus no sintió miedo. Cuando se volvió para enfrentarse con la bestia que arremetía, sonreía como un lobo.

Avanzó para situarse en el camino del shaggoth y movió la espada en un limpio arco perfecto que era virtualmente idéntico al del golpe que había asestado antes. Los brillantes fillos de la hoja dejaron un arco de luz fantasmal en la oscuridad al abrir un tajo a la altura de la cintura del ogro dragón. La bestia lanzó un alarido y fue arrojada hacia atrás por la fuerza del golpe. Cayó, desmañada, cerca de la entrada de la cueva, con la armadura semifundida y una herida terrible en el abdomen de la que manaba humo. La bestia estaba muerta, casi como si la hoja de la espada hubiese penetrado dentro del enorme cuerpo para apagarle la vida como la llama de una vela.

El noble contempló la espada, maravillado. El calor del arma le recorría el cuerpo y desterraba el gélido hielo de Tz'arkan. El corazón le latía con fuerza y su mente se inundó de un sentimiento que no había experimentado en muchos meses: esperanza.

—Buena espada —dijo Malus, con un susurro reverente—. No me extraña que la quisieras para tu colección.

El demonio parecía encogerse dentro de Malus, y su presencia mermó hasta que se enroscó como una serpiente en torno al negro corazón del noble.

—Desespero de ti, Malus —bufó Tz'arkan, cargado de odio—. Cuando hayas

cumplido la última tarea, habrá un tremendo ajuste de cuentas.

Malus clavó los ojos en las profundidades tenebrosas. Una débil sonrisa apareció en su delgado rostro.

—Cuento con ello —dijo.

24. El azote de Khaine

Malus Darkblade entró en la ciudad de los Reyes Intemporales con la espada en la mano y una tormenta del Caos rugiendo a su espalda.

Los rayos herían el cielo carmesí y conferían a las murallas y torres derrumbadas un nítido relieve. Rugía el trueno, al que respondía el terrible gruñido del nauglir que avanzaba por las calles atestadas de desperdicios. Los bárbaros se levantaban de las pieles sobre las que dormían, con hachas y espadas en las manos, e intentaban ver noche adentro al sentir que estaba a punto de suceder algo terrible.

Malus atravesó la plaza de hombres empalados y pasó ante los maderos cruzados de los que había colgado él mismo apenas unas horas antes. La oscura mole del templo se alzaba ante él, con los flancos adornados de calaveras silueteados en el parpadeante despliegue de rayos de color metálico. Detuvo al gélido al pie de la alta escalinata y contempló con frialdad las puertas cerradas. *Rencor* echó la cabeza atrás y rugió en dirección al antiguo edificio, un sonido primigenio de furia que resonó en los gruesos muros del templo.

Al cabo de pocos momentos, se abrió la doble puerta y por ella salió un destacamento de guardias del templo que empuñaban pesadas armas de asta larga y hachas. Malus bajó de la silla de montar, empuñó la *Espada de Disformidad* con ambas manos y saboreó el calor que radiaba del arma ultraterrena. Palpitaba al ritmo de los latidos de su corazón, y parecía vivificada y hambrienta ante la perspectiva de la batalla.

Los guardias del templo se desplegaron a la carrera y bajaron por los escalones gritando el nombre de Khaine, bendito Señor del Asesinato.

En el ceñudo rostro de Malus apareció una sonrisa lobuna.

—Sangre y almas —susurró, y corrió hacia ellos.

Vio desplegarse la batalla con espantosa y gélida claridad, como si fuera una danza ritual ejecutada a cámara lenta. Un guardia lo acometió por la izquierda para clavarle una lanza. Malus cercenó la punta del arma con un barrido de la espada, y cortó en dos al hombre con el golpe de retorno. Sin pausa, barrió hacia la derecha para bloquear el hacha de otro guardia, antes de invertir el golpe y cortarle las dos piernas por encima de las rodillas. Hendió la armadura como si fuera papel podrido, la carne se ennegreció y los huesos se partieron bajo el voraz toque de la espada. Los alaridos de los hombres formaban un treno brutal en torno a Malus, que pasaba entre los enemigos haciendo manar arcos de sangre caliente que siseaba y humeaba en el aire.

Uno de los guardias hizo un barrido bajo con la lanza con la intención de derribar a Malus. Antes de que el golpe impactara, el noble extendió los brazos y clavó la punta de la *Espada de Disformidad* en el cuello del atacante, para luego rotar sobre

un talón y cercenar ambos brazos y la cabeza acorazada del que cargaba contra él por la espalda. El noble reía como un borracho, giraba y cortaba con la siseante espada sin dejar de ascender por la escalinata hacia las puertas del templo.

Un guardia gritó de furia y saltó hacia él, sin hacer caso de la larga caída que lo separaba del suelo de la plaza. El ataque pilló a Malus con la guardia baja durante una fracción de segundo, pero, presa de la fiebre de la batalla, le pareció que el enemigo flotaba lánguidamente en el aire, con los musculosos brazos tendidos como los de un niño. Grácil como un danzarín de la espada, Malus giró media vuelta y echó una rodilla en tierra al tiempo que alzaba el arma en un destellante tajo que abrió al hombre desde la entrepierna al mentón y lo hizo volar, en medio de un arco de sangre, hacia las piedras grises, donde cayó ante las patas del nauglir.

Malus oyó un zumbido que avanzaba perezosamente hacia él. Se volvió y desvió a un lado el hacha que le habían arrojado, para luego subir a toda velocidad los últimos escalones hacia el único guardia que quedaba. El guerrero apenas tuvo tiempo de desenvainar la daga antes de que Malus llegara hasta él.

Se miraron el uno al otro. El gigante acorazado se encumbraba por encima del pequeño noble, y su cara oculta por el yelmo lo observaba desde lo alto con aturrido sobresalto. Luego lanzó un suspiro gorgoteante, y por los orificios de respiración de la visera del yelmo manó sangre cuando el noble retiró la *Espada de Disformidad* que atravesaba el peto del hombre. Malus se apartó grácilmente a un lado cuando el cuerpo del gigante cayó de cara sobre los escalones de piedra y rodó hasta el pie de la escalinata, donde dejó un rastro de sangre.

Una figura pálida que se encontraba justo fuera de la entrada del templo contemplaba al noble. La bruja de Khaine cayó lentamente de rodillas, y sus ojos marmóreos destellaron de miedo cuando Malus se le aproximó. Los finos labios marchitos se tensaron para dejar a la vista sus dientes amarillentos en una terrible mueca de muerte.

—Sabía que volverías —gimió—. Intenté decírselo a los otros, pero no quisieron creer lo que yo había visto. —La anciana bruja de Khaine abrió las manos ante él—. Eres la encarnación de la muerte y la destrucción, oh, hijo de la casa de cadenas, y te acompaña la bendición de los Dioses Oscuros. Nuestro tiempo ha acabado. Que comience el Tiempo de Sangre.

Alzó el mentón y la *Espada de Disformidad* pareció saltar en las manos de Malus. La negra hoja destelló en el aire, y la bruja de Khaine se puso rígida bajo el viento que levantó la espada al pasar.

Malus estudió fríamente a la bruja durante un momento. Un fino hilo de sangre oscura manó de la delgada línea que le cruzaba la garganta. El noble avanzó hacia ella, la cogió por el pelo blanco y alzó la cabeza cortada.

Se colgó del cinturón la cabeza de la bruja y pasó junto al cuerpo aún erguido en

dirección a la oscuridad interior del templo.

Cuando Malus salió del templo poco rato después, lo esperaba la Tribu de la Espada Roja.

Ocupaban toda la plaza que se extendía al pie del edificio, como espectros en medio de un bosque de hombres empalados. Los rayos se reflejaban en los yelmos de acero y la destellante malla, en las espadas afiladas y en los colmillos desnudos. Las caras disformes se alzaron cuando el noble acorazado avanzó hasta el primer escalón, y todos los ojos contemplaron la humeante espada y el trío de cabezas cortadas que Malus llevaba en las manos.

Shebbolai se encontraba al frente de su tribu, y aguardaba al pie de la amplia escalinata con expresión de ceñudo júbilo. Malus le dirigió una mirada funesta y luego recorrió con los ojos a los guerreros reunidos. El trueno rugió en el norte.

—El gobierno de los Reyes Intemporales ya no existe —declaró Malus, y su penetrante voz atravesó la plaza—. Olvidaron su deber para con el Señor del Asesinato, y Khaine ha hecho sentir su cólera, pero la contaminación que los poseía se ha extendido a vosotros, guerreros de la Espada Roja. ¡Los hijos de Khaine no se ocultan en ciudades de piedra ni rehúyen el campo de batalla! La gloria del Dios de Manos Ensangrentadas reside en la muerte, no en los esclavos, ni en el oro, ni en las murallas de piedra. Los Reyes Intemporales prefirieron aferrarse a la vida, y vosotros os unisteis a su depravación.

Ante estas duras palabras del noble, un gemido se alzó entre los guerreros reunidos. Malus los hizo callar con un grito.

—Cuando Khaine envió a su Azote elegido a reclamar su derecho de nacimiento ante los reyes, estaban tan hundidos en su iniquidad que no lo reconocieron. —Malus alzó la terrible espada—. ¡Contemplad la *Espada de Disformidad* de Khaine, y sabed que su Azote se ha levantado!

Los guerreros replicaron con gritos de cólera y desesperación. Los hombres se abrían tajos en las mejillas y el pecho y le ofrecían al noble las afiladas hojas manchadas de sangre. Los guerreros se volvían contra los hombres más débiles de la tribu y los cortaban en pedazos, para luego arrojar los brillantes trozos de carne y hueso sobre los escalones del templo.

—¡Vivimos para servir! —gritó Shebbolai, cuya cara era una máscara de vergüenza y desesperación—. ¡Perdónanos, temido Azote!

—No hay perdón a los ojos de Khaine —gruñó Malus—, sólo muerte. Sólo la sangre puede lavar vuestros pecados.

—¡Entonces, sangre será! —rugió Shebbolai—. Muéstranos el camino, santo. ¡Viviremos y moriremos a tus órdenes!

El noble miró desde lo alto al jefe, y le dedicó una sonrisa de verdugo.

—Seguidme, hijos de la Espada Roja. Muerte y gloria aguardan.

Malus condujo a la tribu al desierto para regresar al sitio en que lo había dejado la Puerta Bermellón. No tenía ni idea de si eso cambiaría las cosas, pero le daba algo de tiempo para pensar y hacer inventario de las fuerzas de que disponía.

Los guerreros del Caos no marchaban como un ejército de Naggaroth, en ordenadas filas y divisiones. Recorrían el llano como una muchedumbre desordenada, de tal vez doscientos miembros, sobre rápidos caballos esbeltos que se movían como si compartieran una sola mente con sus amos. En la oscuridad resonaban los roncós bramidos y gritos de guerra de los guerreros que seguían al Azote desde la ciudad. La perspectiva de la batalla les había encendido la sangre y desterrado la duda y el miedo.

No podía decirse lo mismo de Malus. Cabalgaba en cabeza de la ingobernable turba, con la *Espada de Disformidad* dentro de la vaina, colgada a la cadera. Con el arma envainada volvía a sentir frío, ya que el calor del hambre de Khaine abandonaba lentamente sus músculos y lo dejaba débil y agotado. Cada pocos instantes, su mano se desplazaba hasta la empuñadura de la espada, como si el noble se calentara junto a una pequeña hoguera.

Tz'arkan se removió en el interior de Malus. Cuando antes la presencia del demonio parecía hincharse dentro del pecho del noble, ahora hacía que todo su cuerpo temblara.

—Te vuelves temerario, pequeño druchii —se burló el demonio—. Juegas con fuerzas que escapan a tu comprensión. ¿Piensas conducir a esta lastimosa chusma a una guerra contra tu hermano?

Malus se volvió a mirar a Shebbolai, que cabalgaba a pocos metros detrás de él, y a la turba de jinetes desplegados por el llano.

—Espero que mueran del modo más dramático posible. Necesito una grandiosa distracción, si quiero llegar al Sanctasanctórum de la Espada y ocuparme de Urial.

Era una apuesta arriesgada, sin duda, y desesperada. Por temible que fuera la *Espada de Disformidad*, Malus prefería no enfrentarse con Tyran y toda su horda de fanáticos. Si podía distraerlos con un ataque repentino dentro de las murallas de la fortaleza, podría ganar el tiempo suficiente para llegar hasta el templo y enfrentarse directamente con Urial. Tenía la esperanza de que, muerto su medio hermano, los fanáticos lo aceptaran a él como el nuevo Azote, o se descorazonaran y huyeran noche adentro. Luego podría ocuparse de Rhulan o de quienquiera que estuviera al mando de las fuerzas del templo.

—¿Piensas que puedes derrotar a Urial tú solo? —se burló el demonio.

La mano de Malus se desplazó hasta la empuñadura de la espada.

—Con esto, sí que puedo.

—¡Eres un estúpido, Darkblade!

—No, demonio. Tú me pusiste la espada en las manos. Si pensabas que no iba a

empuñarla y usarla para matar a mis enemigos, el estúpido eres tú, no yo.

Mientras hablaba, Malus vio un trío de formas andrajosas que yacían en el suelo, sin vida, y se dio cuenta de que habían llegado al lugar de la batalla que había librado contra los campeones de Shebbolai. Le clavó los tacones a *Rencor* para que fuera al trote, y ascendió hasta la mitad de la loma baja, donde se volvió y contempló a los bárbaros. Cuando el nauglir giró, los jinetes detuvieron sus monturas y aguardaron, expectantes.

Malus desenfundó la *Espada de Disformidad* y se estremeció ligeramente cuando el torrente de calor le inundó el cuerpo.

—¡Guerreros de la Espada Roja —gritó—, la hora de vuestra redención está cerca! ¡Seguidme y purificad vuestras almas en la sangre de los enemigos! ¡Matad a todos los que se interpongan en vuestro camino!

Shebbolai desenvainó una temible espada curva y la agitó en el aire.

—¡Sangre para el Dios de la Sangre!

El aire de la noche se estremeció con un estruendo de bestiales gritos a Khaine. Malus sonrió y concentró la voluntad en la espada.

—Abre la puerta —le ordenó—. Devuélvenos al templo, maldito Dios del Asesinato, y recogeremos una roja cosecha en tu nombre.

Un retumbar colérico estremeció el aire. Malus no supo si era un trueno o un gruñido del dios sediento de sangre, porque en ese momento los guerreros de la tribu gritaron de terror y el mundo se volvió del revés.

Aparecieron bajo un cielo despejado, con un par de brillantes lunas en lo alto. La transición había sido tan violenta, que por un momento Malus quedó desorientado.

Los caballos relinchaban y los hombres gritaban de asombro y miedo. La noche se estremeció con un severo toque de trompetas, y Malus oyó que por los paseos de la fortaleza del templo resonaban gritos de alarma. Luego, el mundo volvió a adquirir nitidez.

Malus y los guerreros se encontraban en la amplia avenida situada entre la Ciudadela de Hueso y el templo construido por los enanos. Desde todos los senderos y edificios llegaban fanáticos de blanco ropón, y las trompetas de alarma continuaban sonando. Era como si, de algún modo, esperaran su llegada, pensó el noble. De ser así, su estrategia ya había fallado.

Sin embargo, los sonidos de batalla dieron nueva vida a los guerreros del Caos, y por la avenida empezaron a resonar alaridos y el entrecocar del acero. Malus se puso de pie en los estribos.

—¡Guerreros de Khaine, redimios con la sangre de vuestros enemigos!

Con un rugido sediento de sangre, los bárbaros espolearon a los caballos y se lanzaron de cabeza hacia los fanáticos, y al cabo de pocos momentos se había trabado una feroz refriega a lo largo de toda la avenida. Los fanáticos continuaban llegando

en torrentes desde todas partes, pero de momento los jinetes tenían la ventaja, tanto en número como en movilidad. El noble sabía que eso cambiaría muy pronto.

Malus clavó los tacones en los flancos de *Rencor* y galopó hacia el templo.

Guerreros de blanco ropón se le cruzaron en el camino por la derecha y la izquierda con la intención de cortarles el paso. El noble tiró de las riendas y se dirigió directamente hacia el fanático de la derecha, que tuvo la presencia de ánimo para mantenerse firme y preparar el arma con la intención de golpear la cabeza de *Rencor*, pero, en el último momento, Malus volvió a cambiar de dirección; giró a la izquierda y dirigió un tajo contra el guerrero al pasar. El *draich* del fanático abrió un tajo en el hombro de *Rencor* justo cuando Malus le rebanaba la parte superior del cráneo.

A la izquierda de Malus resonó el acero. Se volvió a tiempo de ver que el cuerpo decapitado del segundo fanático se desplomaba en el suelo. Shebbolai y media docena de bárbaros habían seguido a Malus, y usaban las lanzas y espadas para matar a todo aquel que se acercara demasiado. El jefe bárbaro alzó la espada hacia los cielos, riendo como un demonio. Malus le dedicó una sonrisa cruel y clavó los tacones en los flancos de *Rencor*.

Las puertas del templo estaban abiertas cuando Malus detuvo el gélido ante la amplia escalera del edificio. Temeroso de una emboscada, desmontó con rapidez y dejó que Shebbolai y los bárbaros encabezaran la marcha. Los guerreros del Caos atravesaron el umbral a la carrera, y casi de inmediato Malus oyó alaridos y ruido de batalla. Cuando entró a la carga, se encontró con que los bárbaros estaban matando a un grupo de servidores del templo que habían estado apilando una nueva serie de trofeos cerca de la puerta.

—¡Por aquí! —gritó Malus, mientras atravesaba a toda velocidad la amplia cámara.

Shebbolai y sus hombres siguieron al noble escalera arriba, hacia la capilla. Cuando irrumpió en ella, Malus esperaba hallar al menos un puñado de fanáticos de guardia, pero estaba desierta.

«Algo va mal», pensó Malus, que sintió las primeras punzadas de pavor en el corazón. El Caldero de Khaine siseaba y burbujeaba sobre la tarima ceremonial sin que nadie lo atendiera. Parecía una emboscada, pero ¿era posible que Urial hubiese previsto esto?

Con los dientes apretados, Malus decidió que eso carecía de importancia. Estaba comprometido, de un modo u otro, y tendría que llegar hasta el amargo final. Inspiró profundamente y se encaminó hacia la escalera del sanctasanctórum.

Shebbolai y los bárbaros lanzaron exclamaciones ahogadas de asombro ante la gigantesca estatua de Khaine, mientras rodeaban la tarima y subían hacia la entrada iluminada por una luz roja. Malus aferró con energía la *Espada de Disformidad* para sacar fuerzas de su calor al aproximarse a la puerta. Recordaba demasiado bien lo

sucedido la última vez que había estado ante el estrecho umbral.

El poder puro que salía, hirviendo, por la puerta, bañó la piel de Malus e hizo vibrar la espada que tenía en las manos.

—Preparaos para cualquier cosa —les advirtió el noble a los bárbaros, y siguió adelante.

Malus no estaba preparado para lo que encontró en el interior.

El aire mismo aullaba y rielaba de dolor.

Malus se encontraba ante un ancho puente hecho de cráneos que atravesaba un mar de hirviendo rojo. El calor y la luz manaban de la superficie como si fueran el resplandor de un alto horno. Le ardía la piel y se le inundaban los oídos con los gritos de los condenados.

Al otro lado del puente había otra puerta que conducía al sanctasanctórum, y en medio del puente, desnuda y reluciente en la luz roja, se encontraba Yasmir.

Al mirarla, Malus se sintió más pequeño y débil que nunca. Yasmir era un ser sobrenatural, radiante en su letal belleza. Los ojos oscuros de ella se posaron en los suyos y, al sonreír, la joven dejó a la vista unos colmillos leoninos. Detrás de Malus, uno de los bárbaros gimió como si se tratara de un niño asustado.

—¿Quién es? —preguntó Shebbolai, con voz cargada de pavor.

Malus no sabía qué decir. Finalmente, se encogió de hombros.

—Es mi novia —dijo, ceñudo, y fue a su encuentro.

Ella esperó a que se acercara, con los brazos ligeramente abiertos. De no haber sido por los cuchillos finos como agujas que tenía en las manos, podría haber estado ofreciéndose a su amante.

El noble aferró con fuerza la *Espada de Disformidad*. Uno no luchaba contra Yasmir, sino que se le ofrecía para morir. Por un instante, pensó en el demonio, pero apartó la idea de sí. Tendría que bastar con la *Espada de Disformidad*.

La mirada de la mujer era inescrutable, como si viera a través de él y contemplara un paisaje inalcanzable a los ojos de los mortales. Cuando la tuvo al alcance de la espada, más larga que las dagas, se detuvo. Flexionó los dedos sobre la empuñadura envuelta en cuero.

Yasmir no se movió. Continuaba mirando a través de él, como si no lo tuviera delante. El noble frunció el entrecejo.

—Hola, hermana —dijo.

Al oír su voz, la expresión de ella cambió. Sus ojos se desviaron ligeramente, como si lo viera por primera vez, y luego se lanzó hacia él con las dagas dirigidas contra su garganta.

Malus alzó la *Espada de Disformidad* en el momento preciso, y desvió lo suficiente las mortales armas, pero no tuvo tiempo para recuperarse porque la santa viviente se concentró en otros objetivos y comenzó a lanzarle una serie de mortíferas

puñaladas a la cara, el pecho y la entrepierna. No dejaba de moverse ni por un segundo; flotaba en su dirección como una bailarina y hacía un movimiento letal a cada paso.

Malus no tuvo tiempo de asustarse. La *Espada de Disformidad* parecía moverse por propia voluntad y responder a cada ataque de Yasmir. Una vez más, vio desplegarse la lucha con distante claridad, como si fuera un espectador en lugar de un combatiente. La rapidez y gracilidad de ella eran devastadoras. Aunque podía prever el siguiente ataque de Yasmir, su cuerpo se veía en apuros para contrarrestarlo.

Lo hacía retroceder un paso tras otro, y lo mantenía constantemente a la defensiva. Una puñalada le clavó más de medio centímetro la daga en el cuello, sin embargo él apenas la notó. Otra lo picó como una víbora justo por debajo de un ojo.

La siguiente iba a herirle la cadera, justo donde el peto se unía al faldar. Malus aguardó hasta el último instante posible para pivotar sobre el pie izquierdo y dejar pasar de largo la puñalada. Continuó girando y transformó el movimiento en un revés de espada rápido como el rayo, dirigido al cuello de su oponente. La *Espada de Disformidad* zumbó en el aire, pero Yasmir ya se había apartado y rodado hacia adelante, fuera del camino del arma.

Malus la acometió, pero ella se recuperó de inmediato de la voltereta y rotó, apartando a un lado la estocada para luego lanzarle una velocísima puñalada al cuello. El noble previó el golpe y se echó atrás, al tiempo que desviaba la daga con el plano de la espada. Dos bárbaros cargaron contra Yasmir, con las armas dirigidas hacia su esbelta espalda. La joven invirtió las dagas con una floritura y los apuñaló a ambos en el corazón. Apartó los cuerpos de un empujón y se lanzó con una voltereta hacia el noble. Al salir de la voltereta, las dagas encaraban la garganta de Malus y una sonrisa terrible le iluminaba la cara sobrenatural.

Malus había previsto este ataque y se agachó por debajo de las dagas. La espada ascendió hacia el torso de Yasmir, cuyas dagas se cruzaron para bloquearla y atraparon la hoja. Malus liberó la espada de un tirón, hizo una finta baja y cambió a una estocada dirigida al cuello justo cuando ella doblaba el cuerpo, desviaba el ataque con la daga de la mano derecha y apuñalaba a Malus con la izquierda.

La punta de la daga le arañó la depresión del cuello y se detuvo. No podía seguir si continuaba bloqueando la espada de Malus con la mano derecha. Se inmovilizaban el uno al otro.

Yasmir miró a Malus a los ojos, y por primera vez pareció reconocerlo de verdad.

—No puedo matarlo —dijo, jadeante.

Malus frunció el entrecejo con desconcierto, y luego se dio cuenta de que no hablaba con él.

El noble oyó a su espalda, en dirección a la entrada del otro lado del túnel, la enfadada voz de Urial.

—¿Qué es esta estupidez?

Malus pensó con rapidez.

—No puede matarme porque somos demasiado iguales —dijo. Lenta, cautelosamente, se apartó de Yasmir y bajó la espada. Ella imitó con exactitud sus movimientos—. Como debe ser en el caso de una novia y un novio, ¿no crees?

Unos gritos coléricos atrajeron su atención hacia el otro extremo del puente. Los bárbaros retrocedían ante un grupo de fanáticos sucios de sangre y dos aterradoras figuras grises que bajaban como arañas por las paredes de piedra de encima de la entrada de la capilla. Las bestias del Caos agitaban los tentáculos con furia a medida que se acercaban a las presas.

Se oyó un sordo golpe carnoso cerca de los pies de Malus, y algo rebotó con fuerza contra su pantorrilla. Bajó la mirada y vio que la cabeza sucia de sangre de Arleth Vann se detenía a sus pies.

—Me lo contó todo —siseó Urial—. El cuerpo de un asesino puede resistir la tortura, pero su temple es impotente ante alguien como yo.

Malus se volvió para encararse con su medio hermano, con los ojos cargados de intenciones asesinas.

—Si te contó adonde me había dirigido —respondió, al tiempo que alzaba la *Espada de Disformidad*—, ya sabrás lo que es esto.

Urial permaneció al otro lado del puente, con la copia de la *Espada de Disformidad* aferrada en la mano izquierda. Su rostro se contorsionó de furia.

—¡No es tuya, perro bastardo! ¡Está destinada a mí! Yo renací del caldero, mientras que a ti te parió esa puta naggorita. Si estás aquí es porque así lo ha querido Khaine. Estás aquí para que pueda recoger la espada de tu cuerpo destrozado y sangrante.

Malus sonrió.

—¿La quieres, hermano? Ven, entonces, y cógela.

Urial gritó como un condenado y cargó hacia Malus con la espada levantada. Detrás del noble, Shebbolai rugió un desafío a los fanáticos, y de repente el aire se estremeció con el choque del acero y los alaridos de los moribundos.

Malus cargó hacia su medio hermano con un alarido de guerra. Se anticipó a todos los movimientos de Urial; supo que la espada descendería hacia su hombro medio segundo antes de que el golpe llegara hasta él. La *Espada de Disformidad* ascendió y desvió el tajo. Luego, Malus invirtió el golpe y dirigió un tajo al pecho de Urial. Sin embargo, antes de que la hoja hallara su blanco, la forma de Urial se volvió borrosa y la espada atravesó el espacio que él había ocupado.

¡Maldita brujería! Malus giró justo cuando la espada de Urial se lanzaba hacia su cara desde un ángulo inesperado. Pillado por sorpresa, la espada le abrió un tajo limpio en una mejilla. La sangre caliente le corrió por la cara, y Urial rió.

Malus lanzó una estocada a su medio hermano, pero otra vez el cuerpo del brujo se tornó borroso y volvió a materializarse un metro más a la izquierda. Urial lanzó una estocada con la espada que resbaló sobre la armadura de Malus, y el noble rotó y descargó un tajo sobre el brazo extendido, pero, una vez más, fue como cortar el aire. Urial se tornó borroso y volvió a materializarse a la derecha de Malus. Esta vez el noble esperaba el ataque, y estaba preparado cuando Urial le lanzó un tajo al cuello. Paró el golpe y avanzó para arremeter, pero su medio hermano volvió a transformarse en humo y reapareció a un metro a la derecha del noble. La espada de Urial destelló, y Malus sintió que una punzada de dolor le recorría el muslo derecho.

El noble rugió de furia y arremetió contra su hermano en el preciso momento en que algo pesado caía sobre el puente, detrás de él. Oyó el zumbido de los tentáculos una fracción de segundo demasiado tarde, y la bestia del Caos lo atrapó por el brazo de la espada y la cintura y lo alzó en el aire.

En los oídos de Malus resonaron aullidos gorgoteantes cuando la bestia se irguió sobre las patas posteriores y lo acometió con el resto de los tentáculos. Mientras era zarandeado por el aire, los garfios de los tentáculos le arañaban la armadura. Oía cómo Urial maldecía a la bestia, pero ésta no le prestaba atención ninguna al brujo, concentrada en atraer a Malus hacia el chasqueante pico.

Con un gruñido, Malus cambió la *Espada de Disformidad* a la otra mano y descargó un tajo sobre los tentáculos que lo retenían. La hoja cortó los carnosos látigos en medio de una fuente de humeante icor, y él cayó de cara sobre el puente. Impacto con fuerza sobre el hombro izquierdo y pasó rodando junto al monstruo para alejarse de él. Malus se puso de pie cuando la bestia del Caos se volvía hacia él, y clavó la espada en el cuello de la criatura justo cuando dos de los tentáculos le golpeaban un costado de la cabeza. Los golpes lo derribaron y él rodó sobre sí, con la espada bien sujeta.

Cuando se le aclaró la vista, se encontró de cara a la capilla situada al otro lado del puente. La segunda bestia del Caos había saltado de la pared y se aferraba al costado del puente, desde donde atrapaba a los hombres en medio de la refriega y los levantaba en vilo. Malus vio que arrebatava de la batalla a uno de los bárbaros y alzaba el cuerpo que se debatía muy por encima de la cabeza, momento en que comenzó a arrancarle las extremidades una a una.

Tyran y Shebbolai se enfrentaban en combate singular e intercambiaban golpes con sus curvas espadas en un borrón de hojas afiladas como navajas. Por todas partes, fanáticos y bárbaros se hacían mutuamente pedazos con feroz determinación, aunque estaba claro que, al contar con la bestia del Caos en su bando, los fanáticos no tardarían en imponerse. Yasmir se mantenía aparte de la batalla y observaba la matanza con desapasionado interés.

Una sombra se proyectó sobre Malus. La espada de Urial silbó en el aire e

impactó contra el puente en el sitio que había ocupado el noble, pero Malus había rodado a un lado y estaba levantándose con pies inseguros.

Urial rugió de odio y cargó contra su medio hermano con una serie de poderosos tajos que Malus paró con movimientos regulares y diestros. No intentaba devolverlos, sabedor de que con eso sólo le daría a Urial la oportunidad de desvanecerse y atacarlo desde un ángulo inesperado. En cambio, cedía terreno, se defendía con soltura e intentaba pensar en un medio de invertir la situación.

Con cada paso, Malus se acercaba más a la refriega del extremo del puente. Por impulso, bloqueó el siguiente ataque de Urial, para luego dar media vuelta y correr hacia la batalla. Detrás de él, Urial rió con desdén y se lanzó tras él, arrastrando el pie deforme por encima de la piedra pulida.

Un fanático mató a uno de los guerreros del Caos y se interpuso en el camino de Malus. El noble cortó al druchii por la mitad y pasó de largo antes de que los dos trozos cayeran al suelo. Corrió directamente hacia la bestia del Caos, que lo vio venir y tendió hacia él ocho tentáculos. Parecía correr directamente hacia el abrazo de la criatura, pero en el último instante se lanzó al suelo y pasó rodando por debajo de la cabeza de la bestia.

Como esperaba, Urial corrió de cabeza hacia el monstruo. El engendro del Caos, incapaz de diferenciar entre amigos y enemigos, tendió los tentáculos hacia Urial con el mismo entusiasmo con que había intentado apoderarse de Malus, pero el cuerpo del brujo volvió a transformarse en un borrón para reaparecer a un metro a la izquierda del lugar que acababa de abandonar. Medio loco de furia, Urial le clavó una estocada en un ojo a la bestia, que se precipitó desde el borde del puente con un chillido. Uno de los últimos bárbaros saltó hacia la espalda de Urial, pero el usurpador giró en redondo y cortó al hombre por la mitad con un salvaje barrido de la espada.

Sonó un grito a la izquierda de Malus cuando el último de los fanáticos cargó hacia los dos bárbaros que quedaban. Ambos guerreros del Caos clavaron las espadas en el pecho del druchii, pero el fanático se estrelló pesadamente contra los dos hombres y los tres cayeron por el borde del puente hacia el rojo mar de abajo. Sus gritos se apagaron cuando se hundieron en el hirviente líquido y no volvieron a salir a la superficie.

Sólo quedaban Tyran y Shebbolai. Ambos hombres se movían en cautos círculos el uno ante el otro, y sangraban por decenas de heridas profundas que tenían en el pecho y los brazos. Malus vio que Shebbolai alzaba la espada y cargaba hacia Tyran con un feroz rugido. El jefe de los fanáticos observó el avance del hombre y se agachó por debajo de la estocada en el último momento, al tiempo que arremetía con el *draich* y lo clavaba de lleno en el pecho del bárbaro. El propio impulso de Shebbolai hizo que se ensartara en la hoja del arma de Tyran, que le salió por la

espalda. Antes de que éste pudiera arrancarle la espada, el jefe aferró la muñeca del jefe de los fanáticos. Con una sonrisa demente, tiró del druchii hacia sí, con lo que la espada se le clavó aún más. Tyran intentó soltarse, pero la presa del guerrero del Caos era férrea. La espada de Shebbolai destelló y cercenó por el hombro el brazo con que Tyran sujetaba la espada. El fanático retrocedió con paso tambaleante entre espantosos alaridos, y se precipitó de espaldas desde el puente. Sin dejar de sonreír, Shebbolai cayó de rodillas y se desplomó, muerto.

Urial cargó contra Malus con un rugido y una estocada dirigida al cuello del noble. Malus bloqueó la estocada e intentó asestar un tajo a la cabeza de Urial, pero una vez más el cuerpo del brujo se desvaneció en un borrón para aparecer a un metro de distancia. El súbito contraataque del usurpador estuvo a punto de decapitar a Malus, pero éste vio venir el golpe justo a tiempo de agacharse y esquivarlo.

El medio hermano de Malus rió.

—Estás acabado, Darkblade —se burló—. Puedo hacer esto durante toda la noche, si es necesario.

—Lo sé —le espetó Malus, al tiempo que dirigía un tajo al pecho de Urial. El cuerpo del brujo se transformó en un borrón..., pero el noble continuó con el tajo, que dirigió hacia un punto situado a un metro a la izquierda.

Urial gritó, con los ojos fijos en la espada negra que tenía entre las costillas. La sangre corrió por la larga hoja de la *Espada de Disformidad*, donde se vaporizó en contacto con el caliente filo.

—Eso te hace predecible —dijo Malus, y le arrancó la espada.

Urial retrocedió con paso tambaleante y el arma se le cayó de las manos. La sangre le corría como un río por la parte delantera de la armadura. Se desplomó de espaldas y se encontró rodeado por los esbeltos brazos de Yasmir.

Ella lo tendió con suavidad en el suelo y le sostuvo la cabeza entre las manos. Urial la miraba fijamente con una expresión anhelante en los ojos. Movié la boca, pero no le quedaba aliento.

Yasmir se puso de pie y caminó en torno a él para arrodillarse a su lado. Con una sonrisa amorosa, bajó las manos hasta la juntura del peto y tiró de él. Al arrancarle la coraza saltaron remaches y se partieron correas, y el pecho deforme de Urial quedó a la vista. Luego, la santa viviente pasó un delicado dedo por el torcido esternón del usurpador hasta hallar el punto que buscaba, donde hundió ambas manos. Los cartílagos se partieron cuando Yasmir desgarró el pecho de su hermano para abrirlo.

Lo último que vio Urial fue a su amada hermana devorando su corazón aún palpitante.

Según fueron las cosas, los guerreros de la Espada Roja se desarrollaron mucho mejor de lo que Malus hubiese podido esperar. Después de matar a todos los fanáticos y servidores del templo que pudieron encontrar, abrieron las puertas de la fortaleza y

continuaron sus desenfrenos por la ciudad arrasada. Varios de sus cuerpos fueron hallados en sitios tan alejados de la fortaleza como el distrito de los almacenes, cuando los guerreros del templo volvieron a entrar en Har Ganeth.

Malus estaba sentado en el trono del Gran Verdugo cuando el Arquihierofante Rhulan entró en la arena del consejo acompañado por un puñado de sacerdotes y sacerdotisas. Al ver a Malus, su expresión de alivio se transformó en abyecto horror.

—¡Tú! —exclamó—. ¿Qué ha sucedido? ¿Dónde está Urial?

El noble miró al anciano con desprecio.

—¿Por qué, Arquihierofante, ya no recuerdas el plan? Dije que encontraría la manera de atacar directamente al usurpador, y así lo he hecho. Ya no le causará problemas al templo. —Se reclinó en el trono, con la mano derecha posada sobre el pomo de la *Espada de Disformidad* desenvainada—. Habría podido resolver esto con mayor rapidez de no ser porque no llegó a producirse la distracción que se me había inducido a esperar.

Rhulan miró a Malus con la boca abierta y los ojos dilatados de miedo.

—Es que... es decir, lo intentamos, pero los ciudadanos se habían vuelto locos. No pudimos llegar hasta el templo...

—¿Dónde está la anciana? —lo interrumpió Malus—. Aquella tan impresionante, con tatuajes.

—¿Me-Mereia? —tartamudeó Rhulan—. Ella... ella murió cuando intentaba llegar hasta uno de los destacamentos más aislados.

—Lo que significa que ella intentó cumplir con vuestra parte del plan y murió luchando, mientras tú te escondías cobardemente en un sótano —gruñó Malus.

—No presumas de poder juzgarme —lo desafió Rhulan—. Hice lo que creía mejor. —Se volvió a mirar a sus acompañantes, y luego fijó en Malus una mirada de conspiración—. No puedes haber vencido a Urial. Tenía la *Espada de Disformidad*. No podía ser derrotado en combate.

Malus le dedicó una fría sonrisa.

—Ah, sí, las escrituras. Veamos, deja que vea si lo he entendido correctamente: en interés de la veracidad doctrinal, me traicionaste y me abandonaste para que muriera. ¿Correcto?

Rhulan comenzó a temblar.

—No, no, no fue así. Teníamos que aguardar la llegada de Malekith. Él podría haber encontrado un medio para detener al usurpador.

—Afortunadamente para nuestro pueblo, no tendrá que hacerlo. —Malus se levantó del trono con la Espada de Disformidad falsa en la mano izquierda. Avanzó hasta la barandilla, saltó y cayó de pie en la arena. Hizo una mueca al sentir una punzada en la pierna herida, pero hizo a un lado la sensación de dolor. De hecho, la molestia era una buena señal. Significaba que el poder del demonio no lo estaba

curando tan rápidamente como antes. De algún modo, el poder de la espada lo contrarrestaba. No sabía cómo, pero por el momento no iba a ponerse a cuestionarlo.

Malus se irguió y avanzó hacia Rhulan a grandes zancadas.

—Esto, según creo, pertenece al templo —dijo, al tiempo que soltaba la espada falsa y ésta caía con estruendo a los pies del Arquihierofante—. El Gran Verdugo puede devolverla al sanctasanctórum, y por lo que concierne al resto de Naggaroth, jamás abandonó su refugio.

Rhulan frunció el entrecejo.

—No entiendo...

—Lo sé —respondió Malus, y decapitó a Rhulan con la *Espada de Disformidad*.

Hombres y mujeres gritaron de horror mientras el cuerpo del Arquihierofante se desplomaba. Malus los silenció con una fría mirada feroz. Luego señaló con la espada a una de las sacerdotisas.

—Tú, ven aquí.

Niryal salió de entre el grupo. En algún momento había dejado el hacha y se había puesto ropas mejores. A diferencia de Rhulan, ella dominó el miedo y mantuvo el mentón alto al acercarse a la espada manchada de sangre.

Malus le lanzó una mirada letal.

—No fuiste sorprendida por asesinos. Mataste al otro centinela y luego nos traicionaste.

La sacerdotisa ni siquiera se inmutó.

—Estaba segura de que nos engañabas y, según queda demostrado, era verdad.

—Luego, en cuanto Urial murió, volviste a cambiar de bando.

—Yo sirvo al templo —dijo Niryal.

Malus sonrió.

—Ya pensaba que dirías eso. Por ese motivo te nombro nueva Gran Verdugo. De toda la gente de esta maldita fortaleza, eres la única cuyas motivaciones puedo entender.

Los demás sacerdotes y sacerdotisas lanzaron una exclamación ahogada. Incluso Niryal estaba pasmada.

—No puedes hacerlo —dijo.

Malus alzó la *Espada de Disformidad*.

—Soy el elegido de Khaine, Niryal, desde luego que puedo. —Miró al resto de miembros del templo—. Y ellos serán tu nuevo Haru'ann. Parecen un atajo de atontados, pero puesto que conocen la verdad acerca de la espada, sólo podemos matarlos o emplearlos en algo útil.

Niryal se debatió durante un momento más con su repentino cambio de fortuna, y logró recobrar la compostura.

—¿Qué quieres que hagamos, santo? —preguntó.

El noble sonrió.

—Eso está mejor. Devolverás la espada falsa al sanctasanctórum. A estas alturas, salvo nosotros, no hay nadie vivo que haya visto a Urial empuñarla.

—¿Y qué hay del Rey Brujo? Probablemente marcha en este mismo momento por el camino de los Esclavistas.

—Cuando llegue, lo recibiréis con lujosa hospitalidad y lo informaréis de la usurpación de Urial —dijo Malus—. Decidle que Urial y un aquelarre de fanáticos usaron la magia del Caos para sembrar el descontento entre los ciudadanos y asesinar a los ancianos del templo. Se luchó en las calles durante casi una semana, pero al final enviasteis a través de los túneles a un grupo de voluntarios que lograron asesinar al usurpador y a los jefes de la conspiración. Es probable que el Rey Brujo quiera ejecutar públicamente a algunos ciudadanos para descargar su enojo, pero, aparte de eso, quedará satisfecho con los resultados. —Alzó la espada como gesto de advertencia—. No le contaréis nada acerca de mí ni de Yasmir. Ella deberá permanecer en el sanctasanctórum hasta que el Rey Brujo se marche. Después podrá hacer lo que le plazca.

Niryal pensó en todo lo que acababa de oír, y finalmente asintió con satisfacción.

—Se hará como dices, santo, pero ¿qué harás tú?

—Yo me marchó —replicó Malus—. El verano casi ha acabado, y tengo asuntos urgentes que atender en otra parte.

A regañadientes, metió la espada en la vaina. *Rencor* aguardaba en los corrales para bestias del templo, ensillado y preparado para la partida. Allí fuera, en alguna parte, se encontraba el Amuleto de Vaurog, la última de las reliquias que necesitaba el demonio. Estaba quedándose sin tiempo.

Ya se abría paso entre la multitud de pasmados sacerdotes y sacerdotisas y avanzaba a paso vivo hacia la puerta, cuando Niryal lo llamó.

—No lo entiendo. Tú eres el Azote. La *Espada de Disformidad* de Khaine es tuya. ¿Qué hay del Tiempo de Sangre? ¿No estarás aquí para conducirnos a una era de muerte y fuego?

Malus se detuvo. Se volvió a mirar a Niryal a través de la muchedumbre, y su mano se desplazó hacia la empuñadura de la espada ardiente.

—Tal vez —replicó, con una sonrisa fugaz—, pero no hoy. El apocalipsis tendrá que esperar.